
Retelling de
La Bella
y la Bestia
UNA
ESPERANZA
ENTRE LAS
ZARZAS
KELLY DREAMS

Una Esperanza entre las Zarzas

Retelling La Bella y la Bestia

KELLY DREAMS

COPYRIGHT

UNA ESPERANZA ENTRE LAS ZARZAS
© edición 2025
© Kelly Dreams
Portada: https://stock.adobe.com
Diseño y Maquetación: Kelly Dreams
Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler u otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

*A **Dhyah Nocturn** y **Elizabeth Bowman***
Gracias por formar parte de mi vida.

ARGUMENTO

Un revés del destino llevó a **Elvia Rose** al pequeño pueblo de *Apricow Green*. Su vida, tal y como la conocía, cambió de la noche a la mañana, y ahora, además de intentar subsistir, también tiene que cuidar de su padre; si tan solo él dejase de meterse en problemas. Cuando recibe la noticia de que él ha sufrido un accidente y todo lo que encuentran es su coche, no duda en unirse a la partida de búsqueda. Lo que no esperaba era que la profundidad boscosa donde lo están buscando fuese también el portal a un lugar en el que los cuentos de hadas pueden convertirse en una peligrosa realidad.

Cuando un inesperado viajero entra en su territorio, **Briar** teme que su presencia sea tan solo el principio de algo más grande. Sus temores acaban haciéndose realidad con la aparición de una inesperada joven, la cual está dispuesta a todo para que libere a su cautivo; incluso cambiarse por él. Sabiendo que ella puede ser la última oportunidad que tiene para romper el encantamiento que pesa sobre su helado reino, accede a su petición. Solo hay un problema, Elvia Rose no es dócil ni maleable, sino una poderosa ventisca que amenaza con darle vida a una esperanza que ya había dado por perdida.

Atrapados bajo el mismo techo, tendrán que aprender a convivir y confiar el uno en el otro, pues son la única esperanza que tiene el reino helado de *Winteria* para acabar con su maldición.

ÍNDICE

COPYRIGHT
ARGUMENTO
Texto
ÍNDICE
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
EPÍLOGO

PRÓLOGO

Winteria Castle
Reino de Winteria

El salón de baile resplandecía. No había un solo invitado que no estuviese disfrutando de la velada, que no admirase la belleza del lugar o no cotillease, entre otras cosas, sobre su anfitrión. Retuvo una sonrisa, conocedor de lo que despertaba en muchos de los hombres que se encontraban por debajo de él. La envidia y el disgusto de que alguna de las damas presentes prefiriese un solo baile con su anfitrión que una vida aburrida a su lado.

Qué pusilánimes. Era casi divertido verlos corroerse de envídia, con las caras encendidas y los ojos gritando una amenaza a la que luego ninguno daba voz. Por supuesto que no. Nadie tenía las agallas de oponerse a él, de perder su posición y ser despojado de título y tierras, que era lo que podían encontrar como resultado de semejante desafío.

Colores vivos, tonos pastel, muchos blancos y dorados… Había tanto donde elegir, tantos bellos pavos reales desplegando sus plumas para atraer su atención, que empezaba a resultarle aburrido. A la mayoría de las damas las conocía y una vez había sido más que suficiente para el resto de su vida. Abundaba la belleza, sí, pero sus cabecitas estaban tan huecas como sus risas y las que poseían cerebro eran lo bastante peligrosas como para que no quisiera ni cruzar una sola palabra con ellas.

Le dio la espalda al concurrido baile y admiró su propia apariencia en el nuevo espejo que había llegado esa mañana como

regalo de uno de los dignatarios de un reino vecino. Sabían cómo atraer su atención, eso seguro. El objeto, con un marco de oro puro bellamente labrado, le devolvía no solo su reflejo, sino también el de toda la sala que ahora se encontraba a sus espaldas.

Una sombra a su derecha captó su atención. No tuvo que girarse para saber que se trataba del capitán de su guardia. Ese hombre nunca estaba demasiado lejos de él, como si temiese que el hecho de perderlo de vista más que unos pocos minutos podría desencadenar algún hecho catastrófico.

—¿Te diviertes, Tristan? —preguntó. Ladeó la cabeza y se encontró con esos ojos grisáceos, como el cielo en un día de tormenta.

—¿Debo hacerlo? —replicó con su habitual seriedad.

No se molestó en ocultar su sonrisa. Ante él, no. Le conocía bien, posiblemente mejor que ningún otro en ese castillo.

—Dejarías de asustar a los pajarillos si al menos sonrieses —le aseguró volviéndose de nuevo hacia sus invitados. Desde el estrado en el que había sido ubicado el trono, tenía una vista privilegiada del populacho—. Dime, capitán. ¿Quién crees que sería una interesante compañía para esta noche?

—Decídmelo vos, alteza.

Dejó vagar la mirada sobre los perfectos peinados, los más extravagantes tocados, las finas sedas e hizo un mohín.

—Lady Autum… —mencionó en voz lo bastante baja como para que solo lo escuchase el soldado—. Pero no es lo bastante bella.

—A lord Philips le alegrará saber que no tenéis interés en su futura esposa.

Lo miró de soslayo y sonrió, pero no había hecho más que comenzar.

—Lady Gillian. —Localizó un pequeño y alborotado pavo real, pero en cuanto vio cómo reía a algo que le decía su acompañante, reculó de inmediato—. Por Dios. Mi caballo tiene mejor sonrisa.

—¿Lady Eleanor? —sugirió el capitán gesticulando discretamente hacia una de las esquinas.

—Los dioses le harían un favor si se la llevasen ya.

Tristan no se inmutó. Cualquiera que hubiese compartido un par de palabras con el capitán pensaría que era un hombre carente de emociones, de sentimientos, pero solo era una máscara que se ponía delante del mundo. Él lo conocía bien y sabía que su último apunte había sido una burlona sugerencia.

—Ninguna es lo bastante buena, lo bastante hermosa y fina para vos, ¿mi príncipe?

Briar dejó escapar un suspiro de puro tedio y se inclinó ligeramente para responder:

—Son insulsas, Tristan. ¿Qué atractivo puede tener una mujer que deshoja margaritas? Me moriría de aburrimiento. Y ya no digamos en la cama. Sería como follarse un témpano de hielo.

—Entonces, ¿a quién deseáis?

Volvió a inspeccionar el salón y se detuvo sobre un pequeño y hermoso pichón. Hermosa y educada, con un recato encantador. Parecía tan aburrida como él, sonriendo por puro compromiso.

—Evangeline Coldwood —decidió.

Su acompañante enarcó una ceja y mencionó en voz baja:

—Lady Evangeline está prometida con lord Edmond —le recordó—. Es el emisario de Vhagos, el reino que os envió el espejo que tenéis justo detrás.

—Bueno, entonces eso hará las cosas mucho más interesantes.

¿A quién le importaba si la mujer estaba o no comprometida? Si ella le deseaba, no era culpa suya. La que cometería el pecado sería la dama, no él. Esa era su filosofía de vida, una nacida del capricho, de saber que cualquier cosa que desease la tendría a su alcance por ser quien era.

Era el heredero de Winteria, señor de este castillo. Un título que había heredado a edad muy temprana tras el repentino fallecimiento de su padre. No tenía muchos recuerdos del hombre. Nunca había sido alguien presente en su vida, al igual que su propia madre. Había sido criado por su nodriza, su ama de llaves. Siempre había estado rodeado de sirvientes que cubrían sus necesidades y cumplían cada uno de sus caprichos; algo que no había cambiado ahora, en su adultez.

Las puertas se abrieron al otro lado del salón y sonrió al ver entrar por ellas a su más cercano consejero. Se sacudió como un perro, la nieve cayendo de su capa antes de quitársela y lanzarla a los brazos de un lacayo con certera puntería.

—Por los dioses, hace un tiempo endemoniado ahí fuera, Briar —le dijo tras recorrer el salón y subir los peldaños que separaban el estrado del resto del salón—. Mi caballo no ha perdido una herradura de puro milagro. Abusaré de tu hospitalidad y me quedaré en Winteria una temporada.

London de Turia era una de las pocas personas a las que escuchaba, quizá porque era de las pocas que siempre tenía algo interesante que decir. El sobrino del rey de Turia era un hombre acostumbrado a hacer su santa voluntad, inteligente como pocos y con un sentido de la lealtad inquebrantable, se había convertido en una de las pocas personas a las que se permitía escuchar.

Sonrió ante las últimas palabras del recién llegado.

—¿Escapando de nuevo de las presiones de tu tío, amigo mío?

Su mirada fue suficiente respuesta, pensó divertido.

—Tristan, ¿el príncipe ya ha elegido nueva conquista? —inquirió, saludando al capitán de la guardia.

—Digamos que todavía está… pensándoselo.

—No hay nada que pensar, capitán —declaró y señaló con un gesto de la barbilla a su presa—. Lady Evangeline comerá esta noche de mi mano.

—¿El ángel de Seamoor? —London a duras penas consiguió ahogar una carcajada—. ¿Vas a quitársela a Edmon? Eres incorregible.

—Es más que eso —bufó Tristan señalando con un gesto a su espalda—. El emisario de Vhagos ha traído esta mañana esa pieza para el príncipe.

—Bonito espejo —replicó con una mueca y se volvió hacia él—. Con la cantidad de mujeres disponibles, ¿quieres terminar la noche con un conflicto diplomático?

—Ella es el ave más hermosa de este salón, ¿y acaso yo no merezco a la más hermosa?

—Claro que sí, pero…

Agitó la mano dejando claro que no escucharía ninguna queja al respecto.

—Ocúpate de Edmon.

Abandonó el estrado y fue directo a su nueva presa. Los asistentes enseguida empezaron a hacerse a un lado, inclinándose a su paso. Los ignoró a todos, sus ojos estaban fijos en la presa que se encontraba en el centro del gran salón vestida como un delicado cisne y en compañía de aquel simplón.

No fue necesario que dijese una sola palabra. Todo el mundo sabía que cuando el príncipe de Winteria quería algo, lo cogía. Se detuvo ante la dama, la cual hizo una profunda reverencia y observó como su pálido rostro adquiría un intenso rubor.

—Mi príncipe…

—Bailemos. —Le tendió la mano. El mundo pareció contener la respiración, pero ella posó los delicados dedos cubiertos de encaje en la de él. Era el señor, el amo aquí, negarse a sus deseos, no solo era peligroso, sino una falta de respeto para con su anfitrión.

Sonrió ladino al congestionado prometido y ciñó la cintura de la dama en cuanto la tuvo en sus brazos. La música que se había detenido cuando bajó volvió a sonar a un simple gesto por su parte y, junto a su nueva pareja, se desplazó al centro del salón, donde la muchedumbre se había reunido en un corrillo e iniciaron el baile. Ella era ligera, etérea y se movía con agilidad. Su fragancia era embriagadora y su busto ceñido asomaba sobre el corsé.

Sí. Sin duda era el ave más hermosa de toda la fiesta y estaba dispuesto a disfrutar de su compañía durante el resto de la velada.

—Decidme, lady Eveline. ¿Disfrutáis de mi fiesta?

—Por supuesto, alteza —respondió recatada, pero jadeó cuando él la ciñó aún más, acercándola contra su cuerpo—. Es todo un honor para nuestra familia que nos hayáis invitado.

Cortés. Correcta. Un rostro hermoso, un cuerpo apetitoso y una conversación anodina. Así eran las damas del reino.

—¿Cómo dejar fuera de una lista tan selecta al Ángel de Seamoor?

Agitó las pestañas con delicadeza. El rubor aumentó en sus ya encendidas mejillas.

—No soy digna de tal apodo, mi príncipe.

—Por el contrario, *milady*, sois muy digna de él —aseguró susurrándole al oído—. Poseéis el encanto de una sirena.

Su turbación era casi adorable, casi. Miró al otro lado del salón y vio a su prometido. El hombre hablaba con otro invitado. A duras penas podía contener su rabia.

Era tan divertido hacerlos enfadar.

Briar condujo a su pareja en el baile, aprovechó su cercanía para recorrerla con las manos e incluso le susurró al oído lo hermosa y deseable que la encontraba. No le quedó duda alguna de que la dama no solo ocuparía su noche, sino que también acabaría en su cama.

—Os elijo a vos, lady Evangeline —le susurró al oído, haciéndola jadear.

—Mi príncipe, yo…

No llegó a escuchar la respuesta de ella, pues las puertas acristaladas de la terraza que daba al jardín se abrieron con un golpe de viento y la nieve azotó en su interior. Al parecer, el tiempo había ganado en inclemencia en esas últimas horas y ahora se revelaba como una gran tormenta. Algunos gritos y jadeos acompañaron el sonido del viento que se colaba en el salón de baile.

—¡Cerrad esas puertas ahora mismo! —ladró a los sirvientes.

La gente se apartaba de las puertas temiendo que la nieve y el viento manchasen sus trajes o despeinasen sus elaborados peinados. En unos pocos segundos se formó tal revuelo que nadie se percató de que la ventisca no era lo único que había entrado en el salón a través de la terraza.

En contraste con el blanco y dorado del lujoso salón, había una figura encorvada y envuelta en pieles que tiritaba de frío junto al umbral. Sus pies habían dejado un rastro de barro y nieve a su paso y su olor viejo y pesado se extendió hasta él, pasando incluso por el delicado aroma de sus rosas y consiguiendo que arrugase la nariz de puro disgusto.

Abandonando a su pareja de baile, cruzó el salón a zancadas, señalándola.

—Echad esa cosa de mi castillo, lo está poniendo todo perdido —ordenó, poniendo una mueca de asco en cuanto estuvo lo bastante cerca como para captar ese aroma a podredumbre—. Por Dios. ¿Qué es ese hedor?

Se cubrió el rostro con el brazo, pero ni siquiera la pesada tela de su chaqueta podía mitigar su desagrado.

—Mi señor, os lo ruego. Dejad que me caliente solo unos momentos —pidió con voz cansada y ajada por los años. Ese montón de pieles temblaba como una hoja—. La ventisca. Iba de camino a la aldea, pero acabé perdiéndome en el bosque. Vuestro castillo estaba cerca… Dejad…

Dio un paso atrás cuando se le acercó. No podía soportar la idea de que lo contaminase con su hedor.

—Fuera de mi propiedad, sucia vagabunda —siseó y se volvió con una fiera orden saliendo de su boca—. ¿A qué esperáis, capitán? ¡Sacadla de aquí! ¡Echadla a la calle y limpiad este desastre!

Tristan ya estaba detrás de él cuando emitió la orden. No dudó en sobrepasarlo y, coordinando a dos de los soldados bajo su mando, señaló a la anciana con un simple gesto.

—Mi príncipe. Os lo ruego. Tened piedad de esta pobre anciana en una noche tan dura como esta —insistió ella, arrastrándose hacia él. Su voz se quebró bajo una ronca tos—. No tengo oro con el que pagaros, pero puedo ofreceros esta rosa a cambio de una pizca de compasión…

La figura se le acercó, estiró unas manos apergaminadas en las que llevaba una lozana rosa roja. Sus dedos estaban enrojecidos, era imposible saber si ese era el color de su piel o el de algún tinte. Y el hedor, por Dios, era insoportable.

—No me toques, sucia pordiosera.

Extendió el brazo, golpeándole la mano, rechazando el regalo y tirando la rosa al suelo. La anciana cayó de rodillas con un lamento.

—Mi príncipe. Os lo ruego. Solo pido descansar unos instantes junto al fuego —rogó, señalando el fuego de una de las chimeneas que caldeaba el salón de baile. Los cortesanos que se encontraban cerca del hogar empezaron a retroceder, haciendo muecas de asco cuando esta osó internarse en el salón.

—¡Fuera! ¡Sacadla de aquí! ¡No daré cobijo a vagabundos y pordioseros!

Al fin sus soldados obedecieron y arrastraron a la sucia anciana fuera del salón. Sin embargo, las puertas de cristal de la terraza volvieron a abrirse y el aire entró de nuevo en su interior con renovada intensidad. El viento fuera aullaba como una manada de lobos y se colaba sin piedad, amenazando con apagar incluso los fuegos que caldeaban el gran salón y el de las lámparas que lo iluminaban. Vio como los soldados que aferraban a la anciana acababan por los suelos, incluso Tristan fue derribado por la fuerza del viento, pero no sucedió así con la anciana. Ella permanecía firme, su encorvada figura había ganado rectitud y, cuando el viento le arrancó la capucha de piel de la cabeza, su pelo blanco empezó a volar con una suavidad que desafiaba la lógica.

No era lo que parecía. Esa mujer no era lo que había creído en un principio.

—Ah, joven Briar. El viento susurra, el invierno no miente, tu corazón es de puro hielo. —La voz de la anciana empezó a perder esa profundidad que le otorgaba la edad, adquiriendo un tono más joven y delicado—. Tu corazón es codicioso, carente de compasión, desconoce por completo un sentimiento como el amor.

La transformación se produjo ante sus ojos. Las pieles fueron cayendo, el cuerpo encorvado se volvió delgado y elegante, el pelo blanco ganó lozanía y adquirió un suave tono rubio que podía rivalizar con el sol sobre la nieve. La anciana desapareció y en su lugar emergió una bellísima mujer.

Una hechicera, comprendió horrorizado. ¿Quién sino podía dejar atrás semejante disfraz y recuperar una lozanía y juventud de tal magnitud? La magia crepitaba en torno a ella, un don del que Winteria siempre había carecido y que ahora se rebelaba en toda su gloria.

—Rechazas la amabilidad, no eres capaz de ver más allá de aquello en lo que se posan tus ojos y desprecias todo aquello que no esté a la altura de tus expectativas. —Su voz era dulce y cálida, como una caricia directa al corazón—. No habéis sido capaz de

encontrar una pizca de compasión en vuestro corazón para una pobre anciana…

—Mi señora… —La voz le temblaba. Intentó recomponerse, decir algo que mitigase el enorme error cometido, pero las palabras se esfumaron de su boca, como si no les permitiesen salir.

—No os conmueve el frío, ni el infortunio. No sois capaz de apreciar el gesto de aquel que, no teniendo nada, os da lo único que posee… —continuó ella con una cadencia casi delicada, compasiva.

Negó con la cabeza. Se le secó la boca ante el aura de poder que emanaba de ella. No pertenecía a este mundo, su poder era solo comparable al que se contaba en viejos cuentos, en leyendas de otros tiempos, cuando la magia había dominado el mundo.

—Os ruego perdonéis mi descortesía, mi señora. No vi que vos erais…

—No, Briar, no viste —aseguró caminando hacia él. Su aroma era el de las flores salvajes, el de las rosas que cultivaba en los jardines del castillo, y lo embriagó en el mismo instante en que levantó la mano para acunarle la mejilla con inusual ternura, antes de deslizar la mirada sobre el resto de los presentes—. No viste más allá, nadie vio más que lo que contemplaban sus ojos…

—Mi señora… —se adelantó London, dedicándole una profunda reverencia—. Os lo ruego. Perdonad nuestras faltas. Tenéis que entenderlo. No esperábamos que la tormenta trajese a nuestras puertas a alguien tan distinguido bajo tan… tosco disfraz.

Ella ladeó la cabeza, su pelo cayéndole delante de la cara, ocultando su rostro. La oyó susurrar, pero no entendió lo que dijo, solo que lo que fuese que saliese de su boca dejó a su amigo blanco como la cal.

—Mi señora… —susurró Briar, sobrecogido por su presencia—. Tenéis que entender, ¿cómo podía yo saber que bajo esas… pieles se encontraba la dama más hermosa que han visto alguna vez mis ojos? Jamás habría cometido semejante descortesía. Os lo ruego, perdonad mis malos modales y sed mi huésped a partir de este mismo instante…

—Mi joven, arrogante y tonto muchacho. Tenéis mucho que aprender y mucho más que ver —le acarició de nuevo la cara con los

dedos. Parecía una caricia suave y, sin embargo, había bajo sus dedos un toque duro, frío como el hielo—. Oigo vuestras palabras, pero también veo vuestros pensamientos… No hay arrepentimiento en vos, mi príncipe, solo miedo y temor.

—¡No es cierto! —gritó y negó con la cabeza—. Sois vos la que ha utilizado subterfugios para entrar en mis dominios y aquí estoy, ofreciéndoos mi castillo, rogándoos que seáis mi huésped…

—¿Y por qué no se la ofrecisteis a la anciana? —preguntó con dulzura—. Ella era la que estaba necesitada y solo os pidió calentaros unos momentos junto al fuego…

—¿Acaso no sois vos la anciana, mi señora? —intentó argumentar—. Ahora os abro mis puertas, os ofrezco mi techo y el calor del fuego…

—Joven señor de Winteria. Esperaba más de vos que blanquear vuestro egoísmo con una piedad fingida. —Cada palabra era un susurro, una caricia helada sobre su piel—. Mucho tenéis que aprender. Un corazón helado que es incapaz de sentir nunca estará listo para reinar. —Le cogió el rostro entre las manos—. Despreciáis a aquellos que no han nacido en cama de oro, os mofáis del infortunio de otros, menospreciáis sus defectos, siendo incapaz de ver los vuestros. Pero qué podría esperarse de alguien que nunca ha amado ni ha conocido el amor.

Sus ojos se volvieron más y más brillantes y su voz, tan dulce como la miel, pareció colarse en su mente como un insidioso susurro que no dejaba de repetir las mismas palabras una y otra vez.

«Egoísta».

«Déspota».

«Consentido».

—Os ofrecí una rosa y despreciasteis hasta sus espinas —añadió con ese tono almibarado que hablaba de bondad y compasión, una que parecía no tener hoy para él—. No habéis sido capaz de ver con vuestros ojos de humano. Veamos si lo sois de ver a través de los de la bestia que habita en vuestro interior.

Ella se apartó. El viento aulló una vez más, entrando con toda su fuerza a través de las puertas de la terraza sur todavía abiertas. Un intenso frío lo recorrió todo, helando el suelo, las paredes y

envolviéndole finalmente a él con la misma virulencia de un tornado de aire y nieve.

¡Briar!

Alguien gritó su nombre.

¡Mi príncipe!

Las voces se ahogaron, dejando tan solo la de la hechicera inundándolo todo, resonando a su alrededor como si fuese la misma ira de la tormenta que lo mantenía atrapado.

«Pieles visteis y pieles despreciasteis. Vivís en un eterno invierno, uno en el que permaneceréis hasta que llegue la primavera. Escucharéis, oleréis y sentiréis a través de vuestra esencia más primitiva, cada uno de vuestros sentidos multiplicado por tres hasta que se os muestre la compasión que vos despreciasteis, hasta que el corazón helado en vuestro pecho despierte y lata por alguien más vos mismo».

Un par de brillantes ojos plateados aparecieron ante él, aunque no sabía si los veía con los suyos o en su mente.

«Un corazón helado puede descongelarse, Briar de Winteria. El calor del amor puede derretir hasta el hielo más duro, pero solo si es verdadero. A ti, que no has conocido el amor, te doy la oportunidad de redimirte a través de él. Solo cuando ames con la misma intensidad con la que odias y ella te ofrezca libremente su amor, recuperarás lo que hoy te arrebato y obtendrás más de lo que hoy tienes».

Un aullido resonó en el viento y su cuerpo se rompió en pedazos. Gritó de puro dolor, hasta desgarrarse la garganta, hasta que sus alaridos dejaron de ser los de un hombre y adquirieron la profundidad y brutalidad de los de una bestia. Se le rompieron las manos y los pies, volviendo a formarse, retorciéndose y transformándose hasta que ya no sintió nada. Los dientes cayeron de su boca, sustituidos por otros más grotescos. Notó como se le quemaba la piel, perdiendo su lozanía y ganando oscuridad. Dejó de ser quien había sido durante todos esos años para ser algo más.

«La rosa que despreciaste marcará tu tiempo en este mundo. Cuídala bien, Briar, cada uno de los pétalos que caigan marchitos será una oportunidad perdida y, cuando caiga el último, si todavía no

has aprendido a ver, tu bestia interior será tu única faz». Escuchó que susurraba la hechicera. Casi podía notar el calor de su aliento en el oído. *«Recordad, principito. Si sois capaz de amar a una mujer y ganaros a cambio su amor antes de que caiga el último pétalo de esta rosa, la maldición que hoy cae sobre ti y este castillo se romperá».*

El remolino de viento y nieve que lo mantenía atrapado empezó a decrecer, los aullidos remitieron y pronto solo quedó el silencio. Abrió los ojos para encontrarse completamente solo en un salón de baile congelado y lúgubre, en el que solo ardía, a duras penas, el fuego en una de las chimeneas. Intentó levantarse, pero le pesaba demasiado el cuerpo. Apoyó una mano sobre el suelo y se quedó completamente inmóvil, mirando lo que debería estar, pero ya no estaba.

—No… —Susurró incrédulo, horrorizado.

Pero su voz no fue un susurro. No era ni cálida, ni melódica, ni tenía ese matiz seductor que envolvía a aquellos que lo escuchaban. Se incorporó a trompicones, cayó y volvió a ponerse en pie. Estaba solo, completamente solo, pero eso no era lo que lo dejó sin respiración. Un paso delante de otro, se movió como un borracho, con el cuerpo pesado y puro agotamiento, hasta llegar a los pies del estrado en el que se ubicaba su trono. Pero no era ese opulento sillón de terciopelo rojo y oro el que miraba, sino la horrible criatura que le devolvía la mirada desde el espejo.

Se arrastró hasta él, viendo en ese reflejo una réplica de sus propios movimientos. Se llevó la mano a la cara, solo que no era una mano y tampoco era su cara, no como la conocía, sino la de una aterradora bestia.

Dejó escapar un potente rugido de horror y descargó los puños sobre la cristalina superficie, haciéndola pedazos y borrando de esa manera aquella horrible faz.

Cien años después…

CAPÍTULO 1

Apricow Green
Idaho
Estados Unidos

En la actualidad…

La caja de galletas estaba vacía. No había ni galletas ni dinero. Si bien los dulces hacía tiempo que habían desaparecido, el dinero que traía a casa de su trabajo en el supermercado de Apricow Green debería estar allí. Llevaba meses ahorrando para poder cambiar el viejo frigorífico, esperando a que Mason, el dueño de la tienda de electrodomésticos del pueblo, pusiese algunas ofertas. Esa misma mañana, antes de entrar a trabajar, lo había visto fijando los carteles con los descuentos en el escaparate. Y cuando terminó su jornada, esta semana estaba yendo en horario matinal, volvió a cruzar por delante de la tienda para cerciorarse de ello.

Había pedaleado como si le fuese la vida en ello para regresar a casa, coger el dinero que había ahorrado y volver antes de que cerrase; no había muchos negocios que se mantuviesen abiertos por la tarde en un pueblo como el suyo. Y aquí estaba ahora, dándole la vuelta a la caja y agitándola para ver si los billetes caían al suelo por arte de magia.

—Hijo de la gran puta… —Siseó cuando se hizo evidente que no iba a ocurrir un milagro y que su dinero se había evaporado. Y sabía exactamente cómo había ocurrido. Vaya que sí. Lanzó la caja sobre la cama y dejó escapar un frustrado chillido mientras

enterraba los dedos en su melena cobriza. Había sacado la caja de la cocina precisamente para evitar esta clase de *«desapariciones espontáneas de capital»*, pero saltaba a la vista que su nuevo escondite no había sido tan efectivo como debería—. Lo voy a matar. Juro por Dios que lo voy a matar.

Abandonó la habitación en estampida, recuperó su teléfono de la barra americana de la cocina y marcó el número de la única persona que podía haber cometido semejante desfalco. En cuanto empezó a dar tono, también escuchó una conocida melodía, la cual parecía venir de algún punto del pequeño salón.

—No me lo puedo creer… —jadeó. Aunque no sabía de qué se sorprendía. El hombre parecía tenerle alergia al móvil porque no había día en que no se lo dejase olvidado en algún lugar—. Joder, papá.

El aparato vibraba sobre la mesa auxiliar, la melodía repitiéndose una y otra vez hasta que cortó la llamada. Su primer impulso fue coger el aparato y lanzarlo contra la pared, pero eso no solucionaría las cosas.

Elvia se dejó caer en el sofá con un profundo resoplido. ¿Cuándo iba a aprender? ¿Cuándo?

Echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando al techo.

¿Qué era lo que había dicho esa misma mañana? Había comentado algo sobre pasar el día en Gilligan, ¿no?

—El mercado anual de Gilligan —pronunció en voz alta y se tapó los ojos con el brazo, gimiendo y pataleando ante su propia estupidez. ¿Por qué no prestó más atención a lo que decía? Porque se le habían pegado las sábanas e iba como una flecha para no llegar tarde al trabajo. Ese que pagaba las facturas y el alquiler de esta maldita casa.

Había mencionado algo sobre el alambique y sus mejoras, ¿no? No podía recordarlo. En honor a la verdad, de un tiempo a esta parte era frecuente que desconectase del todo en el momento en que Arthur Cobe, su santo padre, empezaba a parlotear sobre sus experimentos en el campo de la creación de perfumes. Su obsesión por encontrar una fragancia en particular fue lo que los trajo hasta este pueblo, para empezar. La misma obsesión que les hizo perder

todo lo que tenían, incluida la casa, sus propiedades y también sus amigos; esos que no dudaron en darles la espalda en cuanto perdieron su *estatus* en la sociedad.

Era curioso como podías caer en desgracia incluso en pleno siglo veintiuno. Los seres humanos seguían siendo igual de clasistas que siglos atrás. O incluso más. En el momento en que dejabas de ser un activo para ellos, de estar a su nivel, caías en el ostracismo y el olvido.

Buena cosa que a ella nunca le había importado gran cosa la posición o el qué dirán. En eso había salido a Margaret, su madre, pero su padre… Él estaba hecho de otra pasta y ese espaldarazo le había escocido más de lo que debería.

Cierto es que las cosas se habían dado en un momento malo para ambos. A día de hoy estaba más convencida que nunca de que todos los problemas que su padre atravesaba se debían en gran parte a esa pérdida, a verse de la noche a la mañana sin su compañera de vida. Era como si de repente hubiese perdido su brújula. Su forma de ver las cosas y sus decisiones se volvieron más erráticas, arriesgándose cuando debería haber sido comedido, tomando decisiones sin consultarle, aunque solo fuese para tener una segunda opinión. Después de todo, el resultado de todo aquello no le afectaba solo a él.

Pasó de ser uno de los mejores perfumistas en su campo a perder el respeto de sus colegas, a convertirse en un paria entre los de su gremio. Su obsesión por encontrar ese puñetero unicornio blanco echó por tierra el esfuerzo de muchos años, dañó su reputación y lo dejó con tantas deudas que, para poder saldarlas, tuvieron que vender todo lo que tenían.

Después de verse obligados a renunciar a su vida en la ciudad, hacer las maletas y mudarse a este pequeño pueblo de Idaho, Elvia había esperado que su padre empezase a ver las cosas de otra manera. Que un cambio de aires y de ritmo pudiesen ayudarle a centrarse de nuevo, pero estaba claro que esperaba un milagro.

—Maldita sea, papá. —Sentía ganas de llorar, de echarse en el suelo y patalear como una niña pequeña, pero mucho temía que eso no serviría para nada más que avergonzarse a sí misma. Tendría que

volver a tener una charla con él, ponerle las cosas claras y esta vez incluso amenazar con abandonarle si era necesario. Si no fuese por la promesa que le había hecho a su madre en sus últimos días, quizá ya lo hubiese hecho, aunque solo fuese para darle una lección—. ¿Por qué no eres capaz de mantener tu promesa por una jodida vez en la vida?

Él se lo había prometido. Fue lo primero que hizo nada más se instalaron en Apricow Green. Prometerle que esta vez haría las cosas bien, que no se dejaría llevar por sus pasiones y que cambiaría. Y lo había intentado, le constaba que así era, pero sus pasiones parecían seguir rigiendo su vida, sobre todo cuando se trataba del campo de la perfumería. Ese hombre llevaba las esencias en la sangre, además de en la nariz, y arrebatarle eso era como arrancarle un pedazo de su alma. Arthur Cobe acabó convirtiendo el pequeño garaje en su propio laboratorio de perfumería y se iba a los mercados de las poblaciones cercanas a vender los perfumes que creaba.

Lo ideal sería que buscase un trabajo de verdad, pero después de pasar por varios empleos en los últimos tres años, era evidente dónde estaba y siempre estaría su cabeza.

—Solo espero que no haya vuelto a hacer de las suyas —masculló.

Preferiría verlo llegar con el coche repleto de cajas con flores, plantas, aceites y repuestos para ese puñetero alambique a que el dinero que había cogido de la caja fuese para saldar alguna deuda que hubiese contraído recientemente.

Cualquiera pensaría que había escarmentado después de lo que ocurrió en Chicago. No fue así. Apenas llevaban un año viviendo en el pueblo cuando Elvia se enteró de los negocios que tenía con Garret Olivier; la última persona con la que quería que tuviese contacto.

Dios, no sabía qué le había resultado más vergonzoso, las justificaciones de su padre o tener que presentarse en la casa de ese palurdo estúpido a devolverle el dinero.

Al final iba a ser verdad eso que decían de que en todo pueblo había un tonto. En Apricow Green, ese tonto era hijo del alcalde, uno de los solteros más codiciados y el último hombre en el que se

fijaría aunque fuese el único espécimen masculino sobre la faz de la tierra.

Era una pena que él no pensase lo mismo de ella. Una jodida pena.

Elvia dejó escapar un nuevo suspiro, se escurrió un poco más en el sofá, solo para levantarse a continuación de un salto.

—Será mejor que me cambie el uniforme por algo para andar por casa —resolvió mirándose a sí misma—. Una bandeja de macarrones con queso al microondas y luego al jardín. O también puedo ponerme en modo zafarrancho de limpieza. Sí, con la mala hostia que tengo ahora mismo dejaré impolutos hasta los cristales de las ventanas.

Necesitaba desfogarse de alguna manera, relajarse antes de que el coche verde pistacho de su padre apareciese por la calle y aparcase en la entrada. Era probable que no llegase hasta media tarde, incluso para hora de cenar, así que más le valía haberse calmado de todo para entonces o explotaría como un jodido volcán.

Y pensar que hubo un momento en su vida en el que su única preocupación era qué ponerse para ir a la universidad o para salir de fiesta con sus amigos. Amigos que dejaron de llamar, que empezaron a inventar excusas para no quedar con ella y los que, directamente, le giraban la cara al verla pasar.

Sí. Esa era la clase de amigos que había tenido. Personas superficiales a las que les interesaba más que tuvieses una abultada cuenta corriente, que pudieses costearte un día de spa que estar, que estar a tu lado cuando las cosas te iban mal.

Había sido duro quedarse completamente sola, pero mucho más duro fue tener que dejar la universidad, pues era incapaz de costearse la carrera en sus actuales circunstancias. Con todo, seguía estudiando desde casa. No había tirado la toalla. Ya se había presentado a examen el año pasado en la *Idaho State University*, solo le quedaba uno para sacarse el título y poder cerrar esa etapa de su vida. Necesitaba demostrarse a sí misma que podía salir adelante sola, por muy difíciles que se pusiesen las cosas.

—Tú puedes, Elvia Rose —se dijo, levantando el brazo y cerrando el puño en un gesto de *«yo puedo».*

Abandonó el salón y salió al pasillo que conectaba con el resto de las habitaciones, pero no llegó demasiado lejos. El timbre de la puerta, con su característica afonía, llamó su atención.

—Genial, ¿y ahora qué? —resopló.

No solían tener visitas. De hecho, la única que solía acercarse de vez en cuando era la señorita Emma Petersen, la maestra de escuela de Apricow Green y su vecina. Vivía un par de casas más abajo y debía temer que tanto su padre como ella pasasen hambre, porque siempre les traía alguna cosilla que había hecho de más.

El hecho de que llevara haciéndolo desde prácticamente el día en que se mudaron, dejaba claro que su interés tenía más que ver con el hombre viudo que vivía en esta casa que con un acto de solidaridad. Un interés que no había disminuido una pizca en estos tres años.

Emma se había convertido en una buena amiga para su familia de dos, era de esas personas que sabían escuchar y que no te juzgaban por su posición económica, ni por su orientación sexual. Su padre y ella eran amigos, pero no había nada romántico, al menos por parte de él. Elvia sabía que en el corazón de Arthur seguía estando demasiado presente su madre. Ella había sido su primer amor y la echaba de menos cada día. Con todo, la señorita Petersen siempre estaba ahí, escuchándola, aconsejándola... A decir verdad, no le importaría tenerla algún día como madrastra, sobre todo porque sabía que ella cuidaría de su padre si algún día decidía marcharse.

Pero ese día no había llegado todavía, pensó mientras se dirigía hacia la puerta. Ni siquiera estaba segura de cuándo llegaría.

El timbre volvió a sonar.

—Ya voy… —anunció lanzándose contra la puerta, abriéndola y mirando a la persona que tenía delante.

No era su posible futura madrastra, era el *palurdo estúpido* del pueblo.

Garret Olivier era el típico tipo atractivo, con una buena planta y una sonrisa encantadora capaz de desarmar a una mujer. Sabía cómo dirigirse a la gente, no solo a las mujeres. Era carismático y llegaba un punto en que realmente lo admirabas. Eso, por supuesto,

cuando no conocías la clase de rata que podía ser con tal de salirse con la suya. El hijo del alcalde Olivier no era tan reluciente como parecía, pero, por supuesto, esa no sería lo que escucharías de cualquiera de los habitantes de este pueblecito de Idaho.

Un hijo magnífico, un hombre sumamente inteligente y valiente, un completo dechado de virtudes con el que cualquier mujer soltera estaría más que dispuesta a casarse. Preguntases a quien preguntases, sería lo que te dirían. Lo que no decían, y muchos sabían, era que también era un tipo peligroso, con una secreta afición a hacer negocios de procedencia dudosa y que a menudo terminaban con algún incauto entre rejas o peor, casi muertos por una tremenda paliza.

A veces, lo que se escuchaba por ahí, lo que se habla entre susurros, parecía mucho más fiable que lo que se decía de viva voz.

—Garret Olivier… —Esperaba no haber escupido su nombre, aunque tampoco le importaba demasiado hacerlo—. ¿Qué trae al hijo del alcalde a la puerta de mi casa?

Él sonrió con esa picaresca destinada a derretirla, se apoyó de forma indolente en el umbral de la puerta, manteniéndose fuera, pero al mismo tiempo lo bastante cerca como para que pudiese notar esa fuerte colonia que tanto le gustaba. Tuvo que contener el aliento para no empezar a toser allí mismo.

—Trixie me dijo que esta semana estabas en el turno de mañana —mencionó, pronunciando el nombre de una de sus compañeras de trabajo—, así que pensé en dejarme caer por aquí para saludar e invitaros a… Arthur y a ti, a comer.

—Ya veo —miró el brazo que apoyaba contra el dintel superior, el cual podía hacer dos del suyo. El hombre era enorme, de eso no cabía duda, pero no era su tipo. Demasiado músculo y poco cerebro, en su opinión—. Mi padre estaría encantado con semejante invitación, pero da la casualidad de que no está en casa y que yo acabo de comer, así que… Quizá el año que viene.

Él se rio entre dientes ante su obvio rechazo.

—¿Siempre vas a ser tan dura conmigo, Elvia Rose? —preguntó ladeando la cabeza, dedicándole esa mirada de tierna picaresca sumamente estudiada.

—¿Qué puedo decir? Los hay que no entienden un no por respuesta y tienes que repetírsela una y otra y otra vez.

Chasqueó la lengua y abandonó su pose, llevándose ahora las manos a los bolsillos.

—¿Por qué no aceptas ninguna de mis invitaciones? ¿Es que huelo mal? —preguntó inocente.

—No se trata de cómo hueles, que, para salvaguardar tu ego, te diré que no hueles mal. —*Lo que pasa es que parece que te has bañado en una tina de colonia barata, imbécil*—. Es solo que… He decidido que salir con hombres del pueblo levanta demasiado revuelo.

Algo que había descubierto por sí misma cuando aceptó la invitación de alguien de aquí. Al día siguiente ya había todo tipo de rumores, incluyendo el de un inminente matrimonio… ¡Y solo había quedado para cenar!

—Eso es porque no has salido con el hombre correcto.

—Será eso —aceptó sin darle mayor importancia.

—Sal conmigo, Elvia. Solo te pido una cita. Una sola. Ni siquiera tiene por qué ser en Apricow Green, podemos ir a Gilligan —sugirió con ese particular encanto suyo—. Si después de salir conmigo decides que no estás interesada en nada de lo que tenga para ofrecerte, muy bien, te dejaré en paz.

No te lo crees ni tú.

—¿Y que tu séquito de fans se queden tristes y desoladas? No podría hacerles eso, Garret —replicó con fingida dulzura—. Tienes una reputación que mantener… La del soltero más codiciado de todo el pueblo.

—No me importaría abandonar esa condición si se trata de ti —insistió lisonjero—. Pero está bien. Sé que no puedo hacerte cambiar de opinión, no hoy al menos.

Ni hoy ni nunca. Pero eso parecía no pillarlo.

—Entonces, ¿Arthur no está en casa? —preguntó, cambiando de sujeto.

—Volverá en cualquier momento —respondió con un encogimiento de hombros—. Tenía negocios que atender en Gilligan.

—Ah, sí. El mercado anual —asintió como si acabase de recordarlo, lo cual significaba que sabía perfectamente que su padre no estaba en casa y a dónde había ido. Y eso no le gustaba un pelo. Su padre, al igual que el resto del pueblo, veía a Garret Green como una especie de buen partido para sus hijas. Alguien responsable, lo bastante inteligente como para tener éxito en sus propios negocios y vivir la vida con cabeza. Ni siquiera su primer intento de negocio con este imbécil lo había hecho cambiar de opinión—. Ahora que recuerdo, ayer me dijo que tenía intención de ir a buscar unas piezas nuevas para el alambique. ¿Sigue trabajando en sus perfumes?

—No sé para qué preguntas algo que ya sabes —replicó cruzándose de brazos—. Si viste ayer a mi padre, estoy segura de que no habrá hablado de otra cosa.

Esa sonrisita de nuevo en sus labios la sacó de quicio.

—Arthur es un gran conversador y, lo creas o no, tiene una visión empresarial realmente buena —le dijo—. Tu padre es un hombre inteligente, con visión de futuro. No lo tomes por un vendedor cualquiera. Sabe lo que se hace, Elvia Rose. De hecho, hemos estado hablando sobre una posible sociedad.

Ah, no. De eso nada.

—¿No te quedó claro lo que te dije la última vez con respecto a tener negocios con mi padre? —Dio un paso adelante, dejando la entrada de su casa y obligándole a retroceder, pero él ni siquiera se movió—. No quiero que le prestes dinero, ni que te asocies con él. Deja de darle alas a sus desvaríos, Garret.

No le cabía la menor duda de que el hombre que tenía ante ella sacaría provecho de cualquier negocio que se le presentase y, si este no salía como deseaba, dejaría a su socio a los pies de los caballos. No. No aceptarían ni un solo centavo que viniese de ese hombre.

¡Joder, papá!

Estaba claro que si Garret estaba haciendo alusión a un posible negocio, era porque ya le habría comido la cabeza a su padre para meterse en alguna nueva empresa.

—Elvia, Arthur es un hombre inteligente, no un niño pequeño al que tengas que andar vigilando… —chasqueó la lengua y señaló la

casa a su espalda—. Deja que los hombres nos encarguemos de los asuntos importantes y dedícate a cosas más… femeninas.

—¿A que adivino? ¿Quedarme en casa, atender a mi marido y criar a nuestros hijos?

—Hay mujeres que disfrutan de una vida sosegada y de cuidar de su familia —admitió con tal seguridad que no pudo evitar que se le escapase una carcajada.

—Vaya. Ahora sí que me has sorprendido —admitió mirándolo de arriba abajo—. No te hacía el típico hombre de las cavernas.

Un par de rosetones aparecieron en sus mejillas, pero se ocupó de ocultar su perturbación detrás de una sonora carcajada.

—Ay, Elvia. No he conocido jamás a una mujer como tú, sin duda estás a la altura de lo mejor de este pueblo —aseguró con tal confianza que tuvo que luchar por no poner los ojos en blanco—. Y yo solo merezco lo mejor.

—Pues tendrás que seguir buscando, porque yo disto mucho de ser *«lo mejor»* de aquí. De hecho, todavía hay quien me considera una extranjera y no parte de esta comunidad.

—Ya lo veremos, querida, ya lo veremos —declaró con confianza—. Saluda a tu padre de mi parte y dile que mi oferta sigue en pie.

—¿Qué oferta? —No pudo evitar sisear.

La mirada que le dedicó le provocó un estremecimiento. Había tal posesividad en su mirada que le daba escalofríos.

—Pregúntale a Arthur —le dijo y acompañó sus palabras con un guiño—. Sería algo muy beneficioso para todos. En especial, para ti. Tengo presente cuando lo escuches.

Con esa última frase, inclinó la cabeza a modo de despedida y bajó los escalones del porche para subirse a su todoterreno, el cual había aparcado en frente de su casa.

—Maldita sea, papá, ¿qué coño te ha propuesto este imbécil ahora?

Sabía que Garret estaba acostumbrado a que las mujeres se le tirasen delante de los pies, a conseguir lo que deseaba con solo chasquear los dedos, pero ella era inmune a sus encantos. Garret había intentado que saliese con él varias veces, la había abordado

incluso en medio del pueblo, dejando claro a cualquiera que estuviese delante su interés por ella, pero nunca le había concedido una sola oportunidad. Ni se la concedería. Antes prefería revolcarse en el lodo con los cerdos.

Pero no era su propuesta, sino la insinuación que había hecho con respecto a una presunta oferta lo que le dio escalofríos. ¿Qué demonios le había dicho su padre? ¿Y por qué tenía la sensación de que aquello tenía que ver más con ella que con cualquier turbio negocio que ese imbécil pudiese haberle propuesto?

—Un día de estos te saltarán los dientes de un puñetazo, Garret Olivier, y pienso estar delante cuando lo hagan.

CAPÍTULO 2

Unos momentos antes…

Arthur Cobe no podía dejar de sonreír mientras conducía. Había sido un día provechoso en todos los sentidos. Por primera vez en mucho tiempo sentía que las cosas empezaban a mejorar. No solo había vendido todo el stock que había llevado al mercado, sino que había recibido también una inesperada oferta que podría mejorar la vida de Elvia y la suya propia en los próximos meses.

Esta vez tenía la intención de hacer las cosas bien. Necesitaba recuperar las riendas de su vida, ejercer su papel como padre y cuidar de su hija, en vez de dejar que fuese ella quien cuidase de él.

Había cometido muchos errores en los últimos años. Demasiados. Se había enfocado tanto en sí mismo, en lo que perseguía, que se olvidó de mirar a su alrededor y ver que había cosas mucho más importantes que demostrar a un puñado de perfumistas del gremio que no era un loco visionario y que lo que buscaba no era una quimera.

Había olido ese perfume. Maggie, su difunta esposa, había estado con él ese día y lo había percibido también. El lugar no tenía nada de especial, era un bosque por el que ya habían paseado otras veces, solían ir a menudo para recolectar flores silvestres, ramas de pino, cualquier cosa que pudiese utilizar para crear nuevas fragancias. La fragancia había llegado en el viento, algo sutil e invernal a pesar de que estaban en plena primavera. Había sido solo un instante, pero se quedó para siempre en su nariz y en su mente, acompañándole durante todos estos años de infructuosa búsqueda.

Recordaba haber pasado horas en el bosque con su mujer, intentando encontrar la procedencia de esa particular esencia. Tenía buenos recuerdos de ese día, del tiempo que había pasado junto a ella, de su risa llenando el bosque, su pelo cobrizo agitado por la brisa, la manera en la que parecía bailar cual ninfa que vuelve a su lugar de origen.

A Margaret siempre le había gustado la naturaleza, parecía florecer en los bosques, en los ríos, prefería la montaña a la ciudad, por lo que sus escapadas siempre terminaban en acampadas o en alojamientos rurales. Y, sin embargo, a pesar de preferir el campo a la ciudad, nunca le había pedido que dejasen la gran urbe en la que vivían para irse a un lugar más sosegado.

«Viviré donde tú vivas, amor mío. Lo decidí nada más verte y nada ni nadie me hará cambiar de idea».

No. Nadie podía hacerla cambiar de opinión. Cuando se le metía algo en la cabeza, no había forma humana de desviarla de su camino. Elvia Rose había salido en eso a ella. Su hija era igual de obstinada y cabezota que su madre y esa cabezonería había sido lo que le había permitido coger las riendas de su familia y sacarla adelante cuando Maggie los dejó.

Le había fallado a Elvia Rose. No estaba orgulloso de ello. Por el contrario, se sentía profundamente avergonzado. Pero no sucedería de nuevo. A partir de hoy todo sería distinto y haría que ella también lo viese así.

Echó un fugaz vistazo a la carpeta que descansaba en el asiento del copiloto. En su interior estaba la propuesta que le había hecho el hombre que se había parado delante de su puesto. Le había reconocido, lo cual había sido bastante curioso, ya que llevaba tiempo alejado del gremio, estaba al tanto de su trabajo en el campo de la perfumería y también de los problemas que había atravesado. No se había ido por las ramas. Un conocido suyo había adquirido uno de sus perfumes en el mercado y se lo había presentado. Estaba buscando nuevas fragancias para su marca, una línea joven y que llevaba poco tiempo en el mercado, y estaba dispuesto a ofrecerle trabajo como perfumista.

La oferta estaba en esa carpeta. Perfectamente detallada. A priori no parecía haber nada raro en las condiciones, pero no quería precipitarse. No era lo mismo ser el jefe de tu propia empresa, que trabajar para alguien más, hacerlo desde abajo, pero quizá era precisamente lo que necesitaba. Empezar desde cero y quitarse de la cabeza todas las fantasías que lo habían conducido hasta aquí para empezar.

Tenía la tarjeta del hombre y esperaba que pudiese darle una respuesta a su oferta en el plazo de una semana. El laboratorio estaba situado aquí, en Idaho, en la capital, lo cual significaría volver a la ciudad, pero no sería tan estresante como regresar a la bulliciosa Chicago.

Iba a hablarlo con Elvia. Esta vez tomarían la decisión los dos juntos. No volvería a ocultarle nada, no volvería a dejarla en las sombras.

Echó un vistazo al retrovisor interior del coche para comprobar que las cajas que iban apiladas en el asiento de atrás estuviesen en su sitio. Sabía lo que le diría su chiquilla cuando lo viese llegar a casa con todo eso, pondría una mueca, chasquearía la lengua y lo reprendería por gastar el dinero en más flores, aceites y plantas.

Sonrió para sí. *Su chiquilla*. Su hija acababa de cumplir los veintisiete, pero él seguía viéndola como su niña y posiblemente siempre la vería de esa manera.

—Ya es hora de que siga adelante con su vida —murmuró volviendo a posar los ojos sobre la carretera.

Las vidas de ambos se habían detenido en el momento en que su mujer falleció. Fue un golpe inesperado, aun cuando tuvieron tiempo para prepararse para él. La enfermedad que le diagnosticaron a Maggie se la llevó en poco más de cinco meses, los más duros de su vida. Y después… después todo fue como ir cuesta abajo y sin frenos. Elvia Rose había tenido que sobreponerse a su dolor, acortar su duelo y todo porque él era incapaz de hacerlo. Había afrontado el día a día cuando él no podía hacer otra cosa que encerrarse en el laboratorio y embotar sus sentidos con el trabajo y la búsqueda de algo imposible. Se perdió en su dolor, en su rabia y

empezó a tomar decisiones que lo condujeron a perder todo lo que había conseguido a lo largo de los años.

Nunca había pasado tanta vergüenza como cuando tuvo que entregar las llaves de su casa, del coche que le había comprado a su hija por su veinticinco cumpleaños. Había contraído tantas deudas que para hacerles frente tuvo incluso que echar mano de los ahorros de la universidad de su hija.

Le había fallado como padre. Incluso después de venirse a Idaho, a este pequeño rincón de Apricow Green, le falló con su falta de compromiso y su insistencia en seguir adelante con su búsqueda. Y ella había tenido tanta paciencia… De nuevo, en eso había salido a su madre.

Apretó los dedos en torno al volante y afirmó con la cabeza para sí mismo.

—Esta vez haré las cosas bien —declaró con total seguridad—. Te pondré a ti primero.

Haría que ella volviese a creer en él. Le demostraría que podía valerse por sí mismo, que no necesitaba quedarse aquí para cuidar de él, que ya era hora de que siguiese adelante y encontrase su propia felicidad, la cual, sabía bien, no se encontraba en este pueblecito.

Tres años y no se había interesado ni en uno solo de los jóvenes solteros del pueblo. Había tenido algunas citas, pero nada que pudiese decir importante. Incluso Emma, su vecina, decía que el futuro de su chica no estaba en este lugar.

Y no es que su pequeña rosa no despertase el interés de los jóvenes. Garret Olivier, el hijo del alcalde, le había dejado claro tan solo el día anterior que estaba más que interesado en ella.

Una pena que dicho interés fuese a caer en saco roto. Se trataba de un joven de buena familia, atento, educado y querido en el pueblo, el marido que todo padre querría para su hija, pero mucho se temía que en el caso de la suya, ese puesto estaba totalmente descartado.

Elvia Rose sería capaz de raparse la cabeza y mudarse a Nepal antes que concederle su mano al chico.

Sacudió la cabeza. No pudo evitar sonreír al pensar en la cara que pondría la muchacha si llegase a saber la clase de conversación que llegó a tener con el joven Olivier.

—Ojalá pudieses ver la clase de mujer en la que se ha convertido nuestra hija, Maggie. Estarías muy orgullosa de ella —murmuró, echando un nuevo vistazo al espejo retrovisor. El aroma de las flores había llenado el interior del coche con una mezcla dulzona—. Y espero que el frigorífico que le he conseguido mitigue un poco su mal humor al ver que vuelvo con todo esto.

Ese también había sido uno de los motivos por los que había conducido hasta Gillian. Sabía que Elvia había estado reuniendo dinero para cambiar el electrodoméstico. Esta semana había empezado a hacer casi tanto ruido como la lavadora en el programa de centrifugado y era evidente que había que cambiarlo. La había escuchado murmurar sobre los altos precios de Apricow Green y que esperaba que Mason, el dueño de la tienda de electrodomésticos, pusiera alguna oferta para poder comprarlo.

Ese hombre era uno de los vendedores más arteros que había conocido en toda su vida. Sus precios eran desorbitados, pero como poseía la única tienda de ese tipo en el pueblo, pocos se quejaban. No obstante, había visto que había un *outlet* en el pueblo vecino con muchos mejores precios y artículos similares o incluso de gamas más altas, así que esa mañana había cogido el dinero de la caja de galletas y había hecho la compra de un nuevo aparato para la cocina. No solo era mejor que el que habían tenido en casa, sino que le había ahorrado algunas decenas de dólares.

Se suponía que llevarían el electrodoméstico esa misma tarde, así que había acortado su estancia en el pueblo para regresar a casa y estar presente para ayudarla. Si había entendido bien, esta semana tenía turno de mañana en el supermercado, lo que quería decir que tenía la tarde libre.

El cielo se estaba encapotando. Los árboles de Apricow Wood, el bosque que cubría prácticamente todo el valle y que se extendía más allá del río Green, se habían vestido ya de otoño, con esas hojas marrones y amarillas.

—Se avecina la temporada de setas… —mencionó para sí. Conocía un par de lugares en los que crecían unas buenas setas, una comida perfecta para los días otoñales. Tendría que ver si podía convencer a Elvia Rose de acompañarle a hacer una excursión para recolectarlas. Esperaba tener mejor suerte que con la caminata que se habían metido en primavera para recoger moras. El paseo había merecido la pena solo por el licor que había preparado con ellas.

Un par de gotas cayeron sobre la luna del coche como si quisieran darle la razón con respecto a su apreciación sobre el cielo. Hizo una mueca y accionó el limpiaparabrisas. Solo apartó la mirada de la calzada un instante, suficiente para que no viese el ciervo que saltó desde un lateral hasta que prácticamente se atravesó delante de él.

—Cristo… —jadeó.

Dio un fuerte volantazo, logrando esquivarlo. Intentó contravolantear para enderezar el vehículo, pero las ruedas traseras ya habían perdido adherencia y acabó saliéndose de la carretera. El coche saltó la cuneta y se precipitó en el interior del bosque. Pisó el freno hasta el fondo, pero un árbol se encontró antes en su camino, deteniendo su progreso con un sonoro golpe que sacudió toda la carrocería y lo zarandeó de adelante hacia atrás. El *airbag* saltó amortiguando el impacto frontal, pero el efecto rebote hizo que se golpease la nuca contra el reposacabezas de forma violenta.

Se quedó aturdido durante unos instantes. Parpadeó un par de veces y juraría que la vista le jugó en ese momento una mala pasada, pues por encima del *airbag*, más allá de la luna del coche, le pareció ver de nuevo al ciervo acompañado de una mujer vestida con pieles, al puro estilo de los nativos americanos que se decía habían poblado esos bosques en la antigüedad.

Cerró los ojos y se llevó la mano a la cabeza con un quejido. Se tomó unos segundos para ver si dejaba de latirle la cabeza y, cuando al fin el dolor empezó a remitir, se concentró en comprobar que no tenía nada roto.

—Para que luego te diga Elvia que eres un viejo cacharro —murmuró dándole una palmadita al salpicadero. A continuación buscó la llave, apagó el motor y finalmente palpó el anclaje del

cinturón de seguridad y lo soltó. Abrir la manecilla de la puerta le tomó un poco de tiempo, pero solo porque la puerta parecía haberse agarrotado un poco. Apoyó todo su peso y empujó abriéndola de golpe—. Vale… Lo de caerse de cabeza, mejor no.

Arthur se las ingenió para bajarse del coche. Se apartó un poco tambaleante y miró hacia atrás, al camino que había hecho su coche antes de estrellarse contra el tronco de ese árbol.

—Joder… —resopló, se pasó la mano por la nuca e hizo una mueca. No había humedad, así que no había sangre, pero no descartaba que acabase con un bonito chichón. Se miró los dedos y luego echó un nuevo vistazo hacia la carretera—. Espero no haberlo atropellado.

Desde luego, había intentado esquivar al animal, pero no estaba seguro de…

—Vaya…

El ciervo estaba vivito y coleando y era el ejemplar más grande que había visto en su vida. Su tono tampoco era el usual. De hecho, no recordaba haber visto ninguno de ese color, no en esta región, al menos. Sabía que la fauna de las Montañas Rocosas y sus alrededores era de lo más variopinta, pero, o se había golpeado más fuerte de lo que pensaba y estaba teniendo una alucinación o estaba realmente ante un enorme ciervo macho albino.

Su pelo era blanco como la nieve, su cornamenta de un suave tono dorado, pero eran sus ojos, de un vívido marrón, los que lo cautivaron. No supo el tiempo que pasó perdido en ellos, pero cuando el majestuoso animal volvió su enorme cornamenta, dándose la espalda e internándose en el bosque, Arthur se encontró siguiéndole, como si algo extraño y poderoso lo empujase a tomar esa decisión.

CAPÍTULO 3

—No lo entiendo. Cuanto más lo miro, menos lo entiendo, Emma, te lo juro.

Emma Petersen depositó la taza de café en el platillo con sumo cuidado, se remetió un mechón de pelo rubio detrás de la oreja y la miró con esos amables ojos marrones coronados de densas pestañas. Llevaban un buen rato sentadas en la barra de la cocina. La maestra había aparecido en su puerta, poco después de que se fuesen los repartidores, con media fuente de lasaña para Arthur y ella.

—¿Qué es lo que no entiendes exactamente? —preguntó con esa voz suave y calmada que tan bien conocía en ella.

Elvia señaló el nuevo frigorífico que ahora ocupaba el espacio del antiguo. Se lo habían entregado hacía apenas una hora. Y ahí estaba ahora, conectado a la corriente, sin el infernal ruido que hacía su predecesor. Un electrodoméstico que ese mismo mediodía había dado por perdido y que ahora ocupaba un lugar en su cocina.

Le habían entregado la factura donde figuraba que estaba pagado, además del nombre del comprador. Su padre había comprado el electrodoméstico en una conocida cadena de Gillian y lo había hecho llegar con envío urgente.

No podía creerlo. Se había pasado buena parte de las últimas horas echando pestes sobre él, pensando en todo lo que le diría, en la bronca que le iba a echar y ahora… Ahora ni siquiera sabía qué decir.

—Se ha ido hasta Gillian para comprar el frigorífico —señaló ella—. Lo ha comprado él. Que no entiende de nada más que alambiques, flores y esencias. Y ha hecho una buena compra.

Ya creía que lo había hecho. No solo era un buen electrodoméstico, de una gama decente, sino que le había costado mucho menos que si lo hubiese adquirido en la tienda de Apricow Green.

—Te dije que tenías que darle un voto de confianza, Elvia. Arthur se preocupa mucho por ti, más de lo que crees.

Lo creería si no hubiese comprobado por sí misma que esa preocupación había quedado en el pasado. Desde luego, su progenitor no le llevaría la medalla al padre del año, pero tenía que admitir que la había sorprendido con esta inesperada operación.

—Dijiste que había ido al mercado —añadió la maestra mirando el reloj de la cocina—. Si se fue a primera hora de la mañana, ¿no debería haber vuelto ya?

Siguió su mirada y vio que pasaban de las seis de la tarde.

—Debe estar al caer. Ya sabes como es. Cuando se mete entre flores, aceites y cosas de su interés, pierde la noción del tiempo —afirmó con un resoplido—. Y aunque quisiera llamarlo, no serviría de nada. Ha vuelto a dejarse el teléfono móvil en casa.

—Tiene muchas cosas en la cabeza…

—Más de las que debería —resopló cogiendo su propia taza de café y dándole un buen trago. A estas alturas estaba ya templado—. Garret se ha pasado antes por aquí. Dejó caer que se habían visto ayer. Estaba al tanto del viaje de mi padre al pueblo de al lado e hizo unas insinuaciones un tanto raras. No quiero pensar que papá haya vuelto a sucumbir ante su carisma y haya aceptado formar parte de alguno de sus negocios.

Emma Petersen era, con toda probabilidad, una de las pocas personas en Apricow Green que no comulgaba con los Olivier. Siendo natural del pueblo, conocía a Garret desde que era un crío y sabía bien de que pie cojeaba. Con ella podía hablar con libertad, sin tener que medir las palabras, lo cual era uno de los motivos por los que le caía tan bien.

El otro era que la mujer estaba secretamente enamorada de su padre. Puede que Elvia no supiese mucho sobre el amor, nunca se había enamorado realmente, pero la manera en que ella se sonrojaba e incluso balbuceaba alrededor de Arthur era

enternecedora. Si tan solo él abriese los ojos y viese a la maravillosa mujer que tenía delante. Pero él seguía añorando a su madre, no en vano había sido el amor de su vida.

—Tu padre no es tonto, Elvia, sabe bien cómo es el hijo del alcalde —chasqueó ella—. No aceptaría tener tratos con él. No después de la bronca que le echaste la primera vez que se cruzó en su camino.

—Ojalá y tengas razón —respondió, pero no pudo evitar estremecerse de pura incomodidad—. Si tengo que volver a ponerle los puntos sobre las íes a ese imbécil, por Dios que lo haré. Y me estoy refiriendo al *niño bonito* de Apricow Green.

—Ese chico está acostumbrado a que las cosas se hagan a su modo. Es probable que seas la primera mujer en todo Idaho que no ha sucumbido a sus encantos.

—¿Qué encantos? Un tronco de madera me resulta más encantador que él.

Emma se rio ante sus palabras.

—Hay otros jóvenes solteros en el pueblo…

La miró de reojo y resopló.

—Tú también, no, por favor —rogó—. No estoy interesada en ninguno de los hombres de este pueblo. Ni siquiera sé si me quedaré mucho más tiempo por aquí…

—¿Qué quieres decir? —Su expresión se volvió más cauta.

—Si apruebo el próximo examen, tendré el título —admitió bajando la mirada a la taza de café que descansaba de nuevo sobre el platillo—. Eso me permitiría buscar trabajo en la ciudad…

—¿Lo sabe tu padre?

—¿Qué me estoy presentando a los exámenes para sacarme la carrera? Sí.

—Que quieres marcharte de Apricow Green —concretó ella, poniendo en palabras algo a lo que llevaba tiempo dándole vueltas.

—Le prometí a mi madre que cuidaría de él —confesó en voz alta—. Por eso vinimos aquí. Esperaba que un cambio de aires le ayudase a dejar atrás todo lo que pasó, que se diese cuenta de que esa maldita obsesión suya por encontrar una esencia que creyó oler hace años nos ha hecho más mal que bien… Pero está claro que su

pasión corre demasiado profunda en sus venas como para poder hacerla a un lado.

—Y esto, ¿lo has hablado con él? ¿Se lo has dicho de la misma manera en que me lo estás contando a mí?

—Esperaba que se diese cuenta por sí mismo —musitó.

—Arthur es un hombre inteligente, Elvia Rose, pero no es adivino —aseguró posando una mano sobre la suya—. Él te adora. Sé que si le hablas de lo que sientes, que quieres encontrar tu propio lugar en el mundo, no se opondrá. Por el contrario, será el primero en decirte que persigas tus propios sueños.

—Sé que lo haría, Emma, pero no creo que él esté preparado todavía para seguir adelante por sí mismo —admitió. Y eso era lo que la frenaba, lo que hacía que no pudiese decirse—. Si me voy y él vuelve a caer en esa espiral de autodestrucción… —Sacudió la cabeza—. Necesito asegurarme que mantendrá la cabeza fría y no cometerá nuevas locuras.

—Pienso que deberías hablar con él de todo esto, contarle cuáles son tus inquietudes y dejar que tu padre decida por sí mismo —concluyó ella con su habitual sinceridad—. Has sido una buena hija, Elvia. Deja que él sea un buen padre.

Asintió con cierta renuencia, pero las palabras de su amiga tenían sentido.

—Hablaré con él —asintió. Miró hacia la encimera sobre la que había dejado la lasaña y sonrió de soslayo—. Eso si me hace caso después de que vea la lasaña.

Emma se rio y su risa fue suficiente para hacerla sentir que merecía la pena intentarlo.

CAPÍTULO 4

Momentos antes...

Los bosques de Apricow Wood tenían una rica historia basada en el folclore de las tribus nativas que habían poblado sus tierras desde tiempos inmemoriales. Se decía que en lo más profundo de aquella extensión arbórea existía un portal a otro mundo, al de los espíritus de sus antepasados.

Arthur nunca le había dado importancia a esas historias, ni siquiera había pensado en ellas hasta ahora mismo. Lo suyo era la ciencia, fórmulas químicas que explicaban como se podían combinar ciertos ingredientes para crear una fragancia u otra. La magia y lo sobrenatural eran para los fantasiosos, para quienes necesitaban evadirse de la realidad a fin de encontrar algo que llenase el vacío de su existencia. Y, sin embargo, aquí estaba ahora, ante el frondoso zarzal con el que se había encontrado en alguna de sus excursiones al bosque en busca de materiales para la creación de sus perfumes. La única diferencia radicaba en que esta vez no había venido a recolectar plantas, ni siquiera había sido consciente de adentrarse tan profundo en el bosque, se había limitado a seguir al majestuoso ciervo blanco que acababa de detenerse frente a ese muro impenetrable de zarzas.

El animal ladeó la cabeza, moviendo esa enorme cornamenta. Sus ojos marrones volvieron a encontrarse con los suyos y, como si en vez de un animal de carne y hueso fuese uno de esos espíritus guía de los que hablaban los nativos americanos, el ciervo volvió a darle la espalda y avanzó con toda la intención de internarse en el zarzal.

Su primer impulso fue dar un paso adelante para detenerle. Iba a quedarse atrapado en medio de toda esa maleza. Su cornamenta sería incapaz de lidiar con las enormes y espinosas lianas. Estiró la mano y se detuvo en seco, abriendo los ojos de par en par en el mismo instante en que lo imposible se hacía realidad ante sus ojos.

Como diminutas y móviles serpientes, las zarzas empezaron a replegarse sobre sí mismas. Se movían a una velocidad increíble, abriendo un sendero lo suficientemente ancho como para que el animal pudiese pasar. No era capaz ni de parpadear. Se quedó con los ojos muy abiertos, mirando con asombro lo que solo podía describirse como un jodido milagro o un acto de pura magia. Entonces, esa enorme cabeza blanca volvió a girarse hacia él, los ojos cervales se encontraron con los suyos y volvió a sentir ese tirón que lo empujaba a seguirle.

No pensó. Su mente era incapaz de elaborar un solo pensamiento coherente. Sus pies siguieron los pasos de aquellas elegantes y altas patas por sí solos, adentrándole entre las altas paredes que habían formado las zarzas. Notó un tirón en el cuello, algo lo estaba refrenando, impidiéndole avanzar por aquel improvisado sendero. Miró hacia abajo. La bufanda se le había enganchado en las espinas de aquellas móviles lianas. Se deshizo de ella, dejándola atrás, sacudiéndose los hilos de los flecos que de vez en cuando caían por el continuo uso de una prenda que hacía tiempo tendría que haber jubilado. Pero no podía, era demasiado importante para él.

Entonces, ¿por qué la dejaba atrás? Se detuvo con considerable esfuerzo, se obligó a volver la cabeza, estiró el brazo una vez más solo para tener que replegarlo al momento, pues las paredes del zarzal se estaban cerrando ya a su espalda.

Sacudió la cabeza y volvió la mirada al frente. El ciervo se había detenido, como si quisiera asegurarse de que lo seguía.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó. Las palabras le salieron en un rasposo susurro.

No hubo respuesta. Tampoco es que la estuviese esperando, ¿o sí?

El animal volvió a emprender su avance dejándole con una única posibilidad, la de seguir adelante. Y eso fue lo que hizo. Continuó avanzando, su mente cada vez más embotada, le costaba poner un pie delante del otro, como si su subconsciente le estuviese intentando decir que se detuviese, pero él no tuviese ya el control de sí mismo.

Y entonces, traída por una ligera brisa, le acarició la nariz una inesperada fragancia que le aceleró el corazón. Una que pensó no volvería a oler en toda su vida, pero que estaba ahí, más presente que nunca. Avanzó a trompicones, aceleró el paso al punto de estar a punto de tocar al ciervo. Era tal su cercanía que podía verlo como un ser de carne y hueso, notar su pelaje más espeso de lo que había pensado y apreciar la forma en la que esa enorme y poderosa cornamenta parecía crear una corona sobre la elegante cabeza del cérvido. Pero era el cosquilleo de aquella fragancia, cada vez más intensa, la que lo impulsaba a continuar, la que hacía que intentase ver más allá de la cabeza del animal a fin de encontrar su procedencia.

Y no tardó en hacerlo. Mientras el zarzal se cerraba más y más a su espalda, ante él aparecieron las primeras rosas salvajes enredadas en las zarzas, flores delicadas, cuyas tonalidades empezaban con un suave blanco rosáceo a nivel del suelo e iban aumentando la gama de colores hasta un profundo rojo por encima de su cabeza.

Se detuvo bajo la asilvestrada cúpula con los ojos humedecidos por las lágrimas.

—No lo habíamos soñado, Maggie —musitó llevándose la mano al pecho, sobre el corazón—. No fue un sueño, la fragancia era real y pertenece a las rosas…

Unas rosas muy particulares. No conocía esta variedad, podía decir sin equivocarse que era la primera vez que veía algo semejante. Se asemejaban a las rosas salvajes, pero las ramas de las que salían eran robustas y sus espinas casi tan grandes como un dedo.

Estiró la mano y acarició los pétalos de una de las flores, maravillándose con sus aterciopelados pétalos. Aproximó la nariz e

inhaló, llenándose los pulmones con esa delicada fragancia que no había sido capaz de replicar.

—Es real… —Dejó escapar una carcajada a medio camino del sollozo—. Es real…

Recorrió la rosaleda atrapada por las zarzas con la mirada, cruzándose una vez más con la del ciervo que, tras posar sus ojos sobre él una última vez, continuó su avance. Esta vez, sin embargo, las zarzas no se apartaron y la enorme figura salvaje empezó a diluirse en una especie de neblina blanca que empezó a cubrirlo todo a su alrededor.

—Espera… —Se lanzó hacia delante, arañándose con las crueles espinas, luchando por abrirse paso entre la espesa niebla que le había arrebatado la visión de las flores y de todo lo que tenía delante. Avanzó a trompicones, apartando las delgadas lianas, esquivando las afiladas espinas hasta que delante de sus heridas manos ya no hubo nada y la gravedad hizo su trabajo haciéndolo caer.

CAPÍTULO 5

Winteria Castle
Reino de Winteria

Al mismo tiempo…

Briar sintió que algo moría en su interior mientras veía como un nuevo pétalo caía de la rosa. Cuando tocó el suelo, empezó a perder su lozana rojez, arrugándose, secándose, hasta convertirse en otro retorcido trozo de su vida. Su corazón se detuvo un instante, se saltó un latido y volvió a su cadencia de siempre. Temía el día en que ya no continuase, en que ese latido fuese el último y, a juzgar por el estado de la rosa, no quedaba mucho para que eso ocurriese y su maldición se hiciese eterna.

El tiempo seguía transcurriendo como si no tuviese la intención de pararse ni un solo instante. Cada día parecía una copia del anterior. El sol salía por el este y se ponía por el oeste en un ciclo inalterable en este reino invernal. Sirvientes levantándose al alba, ejecutando sus tareas como lo habían hecho antes de que cayese sobre ellos semejante maldición. O tan igual como podían en su actual condición, todo ello sin descuidar sus trabajos, los cuales eran cada vez menos. Había muy poco que mereciese la pena gestionar en un castillo cuya luz y calor habían sido robados cien años atrás.

Los días de luz y color, de cielos azules y despejados, de risas y belleza se habían esfumado con la llegada de este invierno sin fin y en su lugar solo habitaba la oscuridad y una amargura infinitas. Las paredes del castillo eran de fría piedra y la perpetua lumbre de un

puñado de hogares tan solo podía mantener a raya parcialmente semejante frialdad. El calor que brotaba de esas llamas podía calentarle la piel, pero nunca alcanzaba a borrar el frío de sus huesos ni a derretir el que rodeaba su helado corazón.

Se inclinó sobre el pequeño rosal que había brotado en torno a esa flor. La rosa encantada, la única que había tenido ese particular arbusto en cien años. No se atrevió ni a respirar cerca de sus pétalos. No quería tentar al destino quebrando lo poco que le quedaba de esperanza, si es que todavía podía permitirse albergar alguna.

Qué estúpido había sido. Qué egocéntrico. Había creído que las cosas se arreglarían de un día para otro, que sería más inteligente que esa maldita hechicera y encontraría la manera de deshacer el hechizo. La había despreciado, no solo una, sino dos veces. La primera al negarle posada en una noche invernal y la segunda cuando se creyó más inteligente y poderoso que ella al pensar que rompería la maldición en solo unos días.

Pero esos días se convirtieron en semanas, las semanas en meses y estos en años. Y con el cumplimiento de cada nuevo año, su esperanza iba muriendo un poco y, con la muerte de la esperanza, llegaba también la rabia y la desesperación…

Ahora ya solo le quedaba conformismo.

Ciento un años, diez meses y veintidós días… Semanas arriba, semanas abajo. El próximo solsticio de invierno se cumpliría un nuevo aniversario de la noche en la que su vida terminó y comenzó su calvario. Había sentido en sus huesos el peso de cada uno de esos días aun cuando no había envejecido ni uno solo. No por fuera, al menos. Esta cárcel de carne en la que estaba atrapado era inmutable, una coraza dura y fría de la que no podía escapar, un recipiente para su creciente mal humor y sus destructoras explosiones de ira.

Las estancias del castillo podían dar buena fe de ello, así como algunos de los desafortunados sirvientes que habían tenido la mala fortuna de encontrarse en su camino. Esta sala se había llevado la peor parte y, al contrario que muchas otras, permanecía inalterable,

pues no había permitido que ninguno de sus fantasmales sirvientes accediese para limpiar.

Las paredes guardaban las marcas de su primera *«gran rabieta».* Así llamaba London a sus repentinos estallidos de ira. Los surcos de piedra encajaban con sus monstruosos dedos y es que, donde una vez había existido piel suave y delicada, así como una perfecta manicura, ahora solo se veían unas falanges terminadas en afiladas y largas uñas negras. El inequívoco recordatorio de que ya no era el atractivo y poderoso *príncipe de Winteria*, sino un monstruo horrible, con una fealdad que evocaba cada uno de sus pecados.

Apretó los dientes notando como sus desarrollados incisivos superiores e inferiores se encontraban y rechinaban. ¿Cuántas veces había intentado arrancárselos? Al menos un par. De hecho, llegó a hacerlo. Prefería vivir con el imposible dolor y morir ahogado en su propia sangre que ser el monstruo que moraba el castillo, pero esa maldita hechicera ni siquiera le permitía escapar de esa forma a su condena. La muerte no era un escape a su cárcel. Este cuerpo podía ser herido por otros, sí, pero no podía herirse él mismo. Y, a causa de esta maldición, sus sirvientes tampoco podían hacer nada al respecto, ni aunque se los ordenase. Sí. Cualquier herida, por pequeña o grande que fuese, acababa sanando a las pocas horas o, en el peor de los casos, habría cicatrizado y desaparecido en cuanto amaneciese un nuevo día.

Estaba atrapado en este grotesco cuerpo, condenado a vivir, respirar y caminar de esta manera hasta que el último pétalo de esa maldita rosa encantada cayese y su cárcel se convirtiese en una eterna. U ocurriese un milagro en el que ya había dejado de creer.

Y es que, ya no se trataba de que alguna mujer pudiese enamorarse de él, ver más allá de esta apariencia, sino de que no había nadie en su reino que pudiese acometer semejante hazaña. Ninguno que no estuviese encantado y condenado a vagar como un espectro durante el día y recuperar su forma corpórea durante la noche. Ese había sido el regalo que hizo la hechicera a las personas que habían estado esa noche en el castillo y sus alrededores, ese y el borrar sus nombres, rostros y toda existencia de Winteria de la

mente de todos aquellos que los conociesen o hubiesen oído hablar alguna vez de este lugar.

El reino dormiría el sueño del invierno hasta que la maldición se rompiese. La fortaleza y sus terrenos permanecían aislados, invisibles para el resto de los reinos de Erisia y para todos aquellos que se encontrasen más allá del inmenso mar que había separado el continente del resto del mundo. Nadie podía salir de Winteria, pero tampoco nadie podía entrar. Había sido borrado de los mapas, oculto entre los pliegues de la magia para que nadie pudiese conocer su transgresión.

O casi nadie… De vez en cuando había quien cruzaba el zarzal. Pocos a lo largo de estos últimos cien años, pues las zarzas solo daban la bienvenida a aquellos que habían perdido algo en sus vidas. Un cruel regalo para la más cruel de las bestias. La mayoría eran viajeros de otros reinos, gentes que se extraviaban y encontraban un portal a este lugar oculto de la vista.

De todos los que habían llegado hasta el momento, solo dos se habían quedado un periodo largo de tiempo, el resto eran reclamados al instante por el *Pozo*, para que volviesen allá donde debían haber llegado para empezar.

Habían descubierto ese portal por pura casualidad y solo funcionaba con los extranjeros que cruzaban el zarzal. Si alguno de los hechizados de Winteria cruzaba la verja, reaparecía de inmediato en el lugar que hubiese ocupado aquella lejana noche.

Los dos viajeros que se habían quedado en el castillo lo hicieron durante años. Dos varones. Uno de ellos ejerció como jardinero durante casi un año, antes de que el *Pozo* lo reclamase. Y el otro era un estudioso. Charles Gibons. Era un hombre entrado ya en la última etapa de su vida, con el pelo cano y un mal genio que bien podía rivalizar con el suyo propio. Había intentado atacarle, de hecho, lo había hecho nada más conocerle, solo para decidir qué era lo bastante *«estúpido»* como para que mereciese la pena enseñarle algunas cosas.

Lord Gibons permaneció en el castillo tres años, enseñándole todo tipo de cosas que, en su opinión, debería conocer para abrir su

mente, hasta que su salud empezó a deteriorarse de forma repentina y el *Pozo* lo reclamó de vuelta a su mundo.

Nadie había vuelto a pasar tanto tiempo aquí desde entonces.

Briar dejó escapar un suspiro que salió de su boca como un grotesco resoplido y le dio la espalda al pequeño invernadero de cristal que protegía la rosa. Sus pasos tronaron contra el suelo de piedra. Podía no poseer el andar regio y elegante de antaño, pero al menos ahora era capaz de caminar sobre dos piernas y sus monstruosos pies, o patas, estaban protegidos —u ocultos—, por el calzado que uno de sus soldados, cuyo padre había trabajado curtiendo las pieles, había ideado para él.

Ya no quedaba nada del príncipe que había sido. Su cuerpo era distinto. Era más alto, más ancho. El tamaño de sus brazos, de sus piernas, sus manos y pies, incluso su rostro, aun si mantenía algunos rasgos originales, también había mudado. Era tan grande como un caballo, tosco y salvaje, carente de la elegancia que una vez poseyó.

Gruñó cuando chocó con la cabeza en el dintel, desnudó los dientes y siseó. Se apartó las greñas que le caían delante de los ojos y se dijo a sí mismo que tendría que cortarse de nuevo el maldito pelo, aunque solo fuese para poder ver por dónde caminaba.

Le dio la espalda a la torre oeste del castillo y bajó por la escalera de caracol que llevaba al ala oeste. Esta área del castillo había sido abandonada tras la maldición. No permitía que nadie entrase en ella, por lo que el frío, el polvo seguían acumulándose sin piedad. El lugar era como una cueva helada y ni siquiera el tenue fuego que ardía en la chimenea de sus destrozados aposentos lograba cambiar eso.

Avanzó a zancadas, dejando tras de sí los lúgubres corredores. No necesitaba encender una lámpara para ver por dónde iba, veía perfectamente en la oscuridad y tampoco deseaba que ninguna luz desterrase las sombras de este lugar.

Sus pasos resonaban como cañonazos a medida que recorría el ancho corredor que unía el ala oeste con el ala este del castillo. Llegó a la escalera principal y descendió con agilidad. Al principio le había costado, pero ahora era capaz de moverse con soltura y

rapidez, sin duda gracias a la insistencia de Tristan para que entrenase con él.

En otra vida no se habría rebajado a hacer semejante cosa. Y no porque no hubiese entrenado desde niño con ese hombre, sino porque había olvidado convenientemente quién había sido de niño para abrazar al adulto egoísta y clasista en el que se convirtió.

El capitán de su guardia no se había separado de él ni siquiera aquella noche y por ello también formaba parte de su maldición. Debería odiarle, despreciarle y desear su muerte por lo que había obtenido como pago por sus servicios, pero él se había limitado a seguir a su lado como el fiel sirviente que era.

Como si lo hubiese conjurado con su mente, su fantasmal compañero llegó desde el ala contraria y se reunió con él en su descenso.

—¿El ala oeste sigue entera u os habéis cargado alguna estancia más, mi príncipe? —preguntó con su habitual seriedad, uniéndose a él.

—La rosa ha perdido otro pétalo.

—Briar. —La fantasmal mano del hombre acabó sobre su masivo hombro, anclándolo al lugar. La gente del castillo adquiría una existencia espectral mientras el sol brillaba en el cielo. Suponía que esa perra lo había hecho a propósito, para evitar que acabase con todos los miembros de su corte durante uno de sus explosivos arrebatos. No podía herirlos mientras estaban en esa forma, aunque sí podía notar su presencia y su contacto, cuando este caía sobre él de manera voluntaria—. No podéis perder la esperanza.

Se liberó de su mano y continuó bajando.

—La esperanza hace tiempo que murió para mí.

El soldado no dudó un segundo en seguirle mientras cruzaba el opaco suelo de damero.

—Mientras todavía quede un solo pétalo en la rosa, la esperanza de romper la maldición no morirá.

Se detuvo en seco y se volvió de cara a él para decirle dónde podía meterse su esperanza, pero no llegó a pronunciar una sola palabra, pues el suelo bajo sus pies, así como las paredes del castillo, eligieron ese momento para temblar.

—Decidme que habéis sentido eso —murmuró el capitán, clavando sus ojos grises en él.

Asintió y cambió de inmediato el rumbo para dirigirse hacia la puerta principal del castillo. Ese temblor solo podía significar una cosa:

—Alguien acaba de cruzar el zarzal.

CAPÍTULO 6

Apricow Green
Idaho
Estados Unidos

Elvia miró una vez más el reloj de la cocina. Eran más de las ocho y su padre todavía no había regresado a casa. No quería inquietarse. Sabía bien que solía perder la noción del tiempo cuando estaba metido en alguna de sus particulares empresas. No le sorprendería escuchar, una vez que llegase a casa, que se había entretenido recogiendo hojas, bayas o lo que quiera que pudiese encontrar en esta época del año porque podrían serle útiles para sus perfumes.

—Y justo hoy tenías que dejarte el teléfono en casa —resopló.

Una llamada habría acabado con su nerviosismo y las continuas idas y venidas que llevaba haciendo de la cocina al salón, para mirar a través de la ventana que daba al frente de la casa.

Emma se había ido a casa después de convencerla de hablar con Arthur. Sabía que tenía razón. Sus palabras habían sido de lo más acertadas, obligándola a enfrentarse a una dicotomía con la que llevaba combatiendo mucho más tiempo del que le gustaría admitir.

Sabía que no acabaría sus días en Apricow Green, que había planeado marcharse en el mismo instante en que decidió seguir

adelante con los estudios y terminar la carrera. Este había sido tan solo un necesario paréntesis en el transcurso de su vida, un desvío necesario para poner en orden las cosas y buscar un poco de paz después de lo ocurrido. Se había aferrado a la promesa que le había hecho a su madre, al amor que sentía por su padre, dedicándole estos tres últimos años, pero ya era hora de que pusiese las cartas sobre la mesa y fuese sincera consigo misma.

No podía pasarse el resto de su vida escondida en un pueblecito de Idaho, fingiendo que era feliz trabajando como cajera en un supermercado e ignorando a todos los tontos del pueblo. Ella no era así, necesitaba más y estaba claro que no lo encontraría si se conformaba y se quedaba en este lugar.

Debía ser sincera consigo misma y con él. Era hora de que Arthur Cobe se responsabilizase de sí mismo, que hiciese algo más que esconderse en su improvisado laboratorio en el garaje y se dedicase a hacer perfumes. Era un hombre talentoso, lo había demostrado en el pasado y sabía que podría volver a demostrarlo si tan solo se concedía a sí mismo una oportunidad.

La aguja del minutero se movió. Había pasado otro minuto y no había ni rastro de él.

La mesa ya estaba preparada para la cena. Solo tenía que calentar la lasaña que les había traído Emma, pero esperaría a que él llegase. Tenía que explicarle varias cosas, empezando con la compra del frigorífico y el hecho de que no le hubiese dicho ni una sola palabra al respecto.

Dejó escapar un pequeño resoplido y giró sobre sus pies para dirigirse una vez más al salón, solo que en esta ocasión lo sobrepasó, yendo directa a la puerta de la entrada. Si seguía pendiente del reloj, iba a volverse loca. El frío de la noche le acarició la cara en cuanto salió al porche. Se estremeció y echó mano de la chaqueta que había colgada en el perchero de la entrada y se envolvió con ella.

—Joder. No hacía tanto frío esta mañana.

Se rodeó con los brazos y bajó los primeros escalones. El cielo estaba completamente oscuro. Las luces de la calle y de las viviendas cercanas mantenían las sombras a raya. En esta época del

año anochecía temprano y las temperaturas iban en descenso. Hoy, además, había bastante humedad en el aire, como un preludio de que podía ponerse a llover de un momento a otro.

—Joder, papá, ¿dónde te has metido?

Agudizó el oído, buscó en la lejanía las luces de los faros de algún coche que apareciese bajando la cuesta, pero no oyó ni vio nada. El sonido del motor del vehículo de su padre era inconfundible, sobre todo cuando giraba en alguna curva. Sabía que tenían que llevarlo al taller, pero dado que era el único vehículo del que disponían y que no andaban muy boyantes económicamente, lo habían estado posponiendo y posponiendo.

Resopló y miró de nuevo al cielo.

—Ojalá estuvieses aquí para meter algo de sentido común en su dura cabeza, mamá —murmuró mirando al cielo. Como si las nubes quisieran confirmar sus previos pensamientos, notó las primeras gotas cayéndole sobre el rostro—. Estupendo. Lluvia. Sí. Eso me tranquilizará que no veas. Mi padre al volante, con ese coche y lloviendo.

Mejor no pensar en ello. Iba a aparecer de un momento a otro, estaba convencida de ello.

Echó un último vistazo al vecindario y giró sobre las escaleras para volver al porche. No llegó a dar ni un paso cuando vislumbró por el rabillo del ojo los faros de un coche en la distancia.

—Por fin —siseó y no dudó en bajar el resto de los escalones que la separaban de la acera. Avanzó hacia el paseo asfaltado que llevaba al garaje de su casa y esperó allí a que el vehículo pistacho hiciese acto de aparición.

Su alivio inicial fue mudando a medida que el vehículo aparecía por la parte de arriba del vecindario y comprobaba, no solo que no se trataba del coche de su padre, sino que además este llevaba unas luces rotativas rojas y negras sobre el techo. Esperaba verlo pasar de largo, rogó que siguiese su camino, pero este fue reduciendo la marcha hasta detenerse delante de ella.

—Buenas noches, Elvia Rose.

Samuel Mills era el jefe de Policía de Apricow Green. Un hombre de cincuenta y tantos, moreno, de penetrantes ojos

marrones. Fue el primero en saludarla y también en bajarse del vehículo que hoy conducía uno de sus ayudantes.

—Buenas noches, Sam —respondió. El corazón le iba a mil por hora mientras alternaba la mirada entre él y el chico que iba al volante—. Evan.

—Hola, Elvia. —El agente apagó el motor y acabó apeándose también del coche.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó volviéndose hacia Sam, quien había llegado ya a su altura.

—Me temo que sí, querida —admitió y esas palabras fueron suficientes para hacerla contener el aliento—. ¿Arthur está en casa?

Negó con la cabeza.

—Salió esta mañana hacia Gilligan —mencionó y vio como ambos policías intercambiaban una fugaz mirada—. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué preguntas por mi padre?

Samuel dio un paso hacia ella, su mano rozándole el hombro con gesto apaciguado.

—Hemos encontrado su coche en las inmediaciones de la W*est 26*. —Era la carretera que iba desde Gillian a Apricow Green—. A unos quince kilómetros de la entrada a Apricow. Había marcas de frenada en la calzada. Encontramos el vehículo unos metros bosque adentro. Se estrelló contra un árbol.

—Oh, Dios. —Se llevó la mano a la garganta, las piernas le fallaron y se tambaleó. El jefe de Policía reaccionó con rapidez, acompañándola para que se sentase en las escaleras que daban a su porche—. ¿Está…? ¿Está herido?

—No lo sabemos —mencionó Evan.

Elvia levantó la cabeza de inmediato y miró al agente.

—¿Cómo que no lo sabéis?

—Encontramos el coche abandonado, la puerta del conductor estaba abierta, el airbag había saltado, pero no había ni rastro de Arthur —le explicó Sam con voz tranquila—. No estaba allí.

—¿Cómo que no estaba allí? —No entendía nada—. ¿Era o no era su coche? Joder, Sam. No es como si no lo conocieseis de sobra.

—Era su coche —confirmó su compañero—. Pero no hemos encontrado a su ocupante.

—Eso es ridículo…

—¿Estás segura de que no ha venido por aquí? Quizá se desorientó y alguien lo encontró por la carretera y lo trajo hasta aquí —sugirió el jefe de Policía.

Ella negó con vehemencia.

—No. Llevo aquí toda la tarde. No he salido de casa. Si hubiese vuelto, lo sabría —jadeó, pues había una clara incógnita en todo lo que estaban diciendo—. ¿Dónde está mi padre, Sam? ¿Qué ha pasado?

—¿Sabes si llevaba consigo el teléfono?

Volvió a negar con la cabeza y soltó un juramento.

—No, joder. Se lo dejó en el salón. No es la primera vez.

—Está bien. —La tranquilizó, aunque no podía decirse que tuviese mucho éxito al respecto—. Vamos a organizar una partida de búsqueda. Es posible que se haya dado un golpe, se haya desorientado o algo y se haya internado en el bosque.

—¿En el bosque? ¿Qué coño hace mi padre en el bosque a estas horas? —Se pasó las manos por el pelo, empezaba a volverse loca. Necesitaba centrarse y entender qué estaba pasando—. Has dicho que ha tenido un accidente, que su coche se salió de la carretera, ¿por qué?

—Es posible que se le haya ido el coche al intentar esquivar algún animal. Por esta zona suele haber jabalíes, ciervos… —elucubró Evan—. Habrá dado un volantazo para intentar esquivarlo y acabó perdiendo el control. Es fácil despistarse.

Lo que había empezado como unas pequeñas gotitas empezaba a cobrar intensidad.

—Ven. Vamos al porche. Está empezando a llover. —Sam la cogió del brazo, ayudándola a levantarse al tiempo que se volvía a su compañero—. Llama a Garret. Estaba reuniendo a los chicos para hacer una batida. Con este tiempo será mejor darse prisa.

—Voy —contestó volviendo ya al coche, donde se puso en contacto por radio.

—Sam, ¿dónde está mi padre? —Era lo único que quería saber en aquellos momentos. *¿Dónde demonios estaba su padre?*

—Es lo que intentamos averiguar —le aseguró a cubierto bajo el porche de la entrada—. El coche estaba frío cuando lo encontramos. Es imposible saber el tiempo que llevaba allí. Llamaron a la comisaría hace tan solo media hora para reportar que habían visto un coche abandonado en el bosque. Coincidió que se detuvieron a un lado de la carretera para… bueno… El caso es que no se habría visto de otra manera. Recorrió unos cuantos metros antes de empotrarse contra un árbol.

Lo que significaba que no tenían la menor idea del tiempo que llevaba allí el coche.

El pensamiento le encogió las tripas y a punto estuvo de vomitar.

—Oh, Dios —se mesó el pelo con creciente desesperación. Tenía que hacer algo, tenía que ir allí. Tenía que encontrarle—. Tengo que ir… Tengo que encontrarle.

—Elvia Rose…

—No. —Lo apuntó con el dedo—. Es mi padre. Si está herido, tengo que dar con él.

—No encontramos rastro alguno de sangre en el coche. Solo unos papeles y unas cajas con plantas y flores en la parte de atrás —intentó tranquilizarla—. Es posible que se haya llevado algún golpe, que esté desorientado y caminando por el bosque. Vamos a encontrarlo, ¿de acuerdo?

Sí. Tenían que encontrarlo. No podían hacer otra cosa.

Se obligó a respirar hondo y recuperar la calma. Necesitaba centrarse y estar calmada para poder pensar con claridad.

—Iré con vosotros —declaró y su voz dejó claro que no había lugar para réplica—. Solo deja que coja mi abrigo y unas botas…

—Quizá deberías quedarte aquí, por si regresa…

—Le diré a Emma que venga a casa y se quede… —No se lo pensó dos veces. No iba a quedarse aquí, esperando noticias—. Voy a salir a buscarlo. Y o me lleváis vosotros o iré por mi cuenta. Tú decides.

El policía resopló, pero acabó claudicando.

—Date prisa.

No fue necesario que se lo dijese de nuevo.

Entró en casa, se puso las primeras botas que encontró y ya se estaba poniendo el abrigo cuando escuchó que contestaban al otro lado del teléfono.

—¿Elvia Rose? ¿Va todo bien?

—Papá ha tenido un accidente —Soltó a bocajarro—. Sam está aquí. Acaba de avisarme que han encontrado su coche a dieciséis kilómetros de aquí. Van a iniciar una batida. Me voy con ellos. Necesito que te vengas a casa y te quedes en caso de que papá vuelva… por favor.

—Salgo ahora mismo para ahí. —Esa era Emma, siempre manteniendo la calma—. No te preocupes, Elvia, todo saldrá bien. Mantén el teléfono contigo y llámame según sepas algo.

—Lo haré. Gracias. —Colgó la llamada, se metió el móvil en el bolsillo y salió como una exhalación—. Podemos irnos.

Sam le abrió la puerta de atrás y, tan pronto estuvo acomodada, las sirenas empezaron a sonar y salieron hacia el lugar del accidente.

CAPÍTULO 7

Winteria Castle
Reino de Winteria

Momentos antes…

Nieve. Era imposible y, aun así, había caído encima de una densa y fría capa de nieve. Podía sentir el frío en el rostro. Sus dedos se hundieron en la blanca espesura mientras se arrastraba hacia atrás, para incorporarse. Intentó ver más allá de lo que tenía delante de los ojos, pero todo estaba envuelto en esa blanca neblina que hacía prácticamente imposible discernir el paisaje que lo rodeaba.

La rosaleda seguía a su espalda, envuelta en ese zarzal. Las rosas emanaban ese perfume embriagador, perfumando el aire y dotándolo de ese frescor invernal. ¿Cómo no había pensado antes en ello? Ese era el toque sutil que no había sido capaz de encontrar, el de la nieve que envolvía los tallos y conservaba la intensidad de la fragancia.

—No tiene sentido… —musitó levantándose por fin. La humedad se había filtrado ya en sus pantalones, allí donde había apoyado las rodillas—. Nieve. No había nieve en Apricow Green. No estamos en temporada de nevadas y… Esas rosas… Por Dios, ¿qué significa todo esto?

Giró sobre sí mismo. Con cada movimiento, la neblina parecía agitarse.

—¿Dónde estoy? ¿A dónde he llegado?

Arthur tenía problemas para encontrar la respuesta a semejante pregunta, porque la única que le venía a la cabeza tenía que ver con las leyendas que se contaban sobre los bosques que rodeaban Apricow Green a ambos lados del río y creer en ellas era… Creer en la existencia de algo que no podía explicar.

—¿Acaso este es el mundo de los espíritus de los que hablaba Emma?

La maestra de escuela siempre estaba contando historias sobre el valle y las gentes que un día lo habitaron, pero de ahí a creer que esto podría ser real.

Se agachó solo para coger un puñado de nieve entre los dedos y cerciorarse una vez más de que aquello era real. Sí. Lo era. La notaba fría entre los dedos. No había manera de imaginarse esa sensación heladora.

—Dios mío. Es todo tan extraño…

Todavía sentía la mente algo embotada. No sabía si se habría golpeado en el accidente o la intensa fragancia que colgaba a su alrededor empezaba a provocarle alucinaciones. Desde luego, no recordaba haber padecido unas visiones semejantes la primera vez que Maggie y él la captaron, pero tampoco se habían encontrado con un enorme ciervo en medio del bosque que lo había empujado a seguir sus pasos.

—¿Hola? —Alzó la voz, pero todo lo que obtuvo como respuesta fue el eco de su propia voz y un ensordecedor silencio—. ¿Puede oírme alguien?

La nada más absoluta le rodeaba, una neblina espesa y tan blanca que solo podía interpretar algunas sombras.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Algo se movió entre la niebla. Aguzó el oído y creyó escuchar algo, aunque no sabía identificar el sonido. Era como de arrastre. Quizás alguna cosa intentaba abrirse paso a través de la nieve. Se giró en la dirección que había captado el sonido y entrecerró los ojos para tratar de otear entre la niebla. A lo lejos parecía haber una especie de luminosidad, un punto de luz que parecía avanzar en su dirección.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —preguntó una vez más—. Perdonad, pero… Me he perdido y no sé…

«¿Cómo habéis cruzado el zarzal?».

Una voz profunda, gutural, muy masculina se hizo eco entre la niebla. Procedía del mismo lugar que la luz y, a medida que esta avanzaba hacia él, empezó a ver también una especie de silueta alta y grande que le provocó un inesperado escalofrío.

«¿Cómo habéis llegado a Winteria?».

—¿El zarzal? ¿Winteria? —*Winteria.* Nunca antes había oído de ese lugar.

«¿De dónde venís, viajero?».

Otra voz. También masculina, pero más ligera, aunque con un toque de mando, penetró la espesa neblina.

—De Apricow Green, en Idaho —respondió al tiempo que entrecerraba los ojos e intentaba discernir aquella enorme figura que seguía aproximándose. Por Dios, ¿qué podía ser tan grande?—. Tuve un accidente con el coche. Intenté evitar atropellar a un ciervo y luego… No sé por qué, pero le seguí a través del bosque y… De pronto estaba aquí.

—¿Un ciervo?

—Un ciervo blanco —confirmó.

Hubo un repentino gruñido que le heló la sangre.

—¿Llegasteis al zarzal siguiendo a un *ciervo blanco*?

Empezaba a preguntarse si no habría sido mejor quedarse callado, pero como ya era habitual en él, siguió hablando.

—Sí. Sé que esto va a sonar a locura, pero el zarzal se abrió para el animal y entonces… Le seguí.

—El hombre está diciendo la verdad, Briar.

La oscura y enorme figura envuelta en la niebla estaba casi a su altura. Podía ver la luz de una antigua lámpara titilando entre la espesa blancura, así como distinguir ahora otra presencia al lado de la enorme. Esta era más pequeña, pero no por ello menos impresionante.

—Lo sé.

—Perdonad —aventuró un paso hacia delante, intentando ver a través de la niebla—. ¿Podríais decirme dónde estoy exactamente?

Temo que…

—Estáis en el reino de Winteria.

De nuevo ese nombre.

—¿Debo suponer que esto todavía está dentro de los Estados Unidos?

—*¿Estados Unidos?* Nunca he oído hablar de unos *Estados Unidos.*

—Tristan… —Un nuevo gruñido, este parecía una clara advertencia y todo el vello se le puso de punta. La voz era tan gutural como profunda, hacía que cada palabra le provocase un escalofrío—. Decidme, viajero, ¿qué habéis perdido?

Tan pronto como esas palabras salieron de su boca, sintió una punzada en el pecho y el dolor que tanto se había esforzado todos estos años por mantener bajo llave, cobró de nuevo vida. Antes de poder contenerse, acabó respondiendo:

—El amor de mi vida.

Un resoplido movió la niebla ante él.

—No vais a encontrarlo aquí, me temo —replicó el hombre con sequedad, rompiendo el momentáneo estupor en el que había caído.

Arthur entrecerró los ojos, intentando adivinar sus facciones, pero seguían ocultas, al igual que el resto de su persona y de la de su acompañante, por esa densa niebla.

—¿Quién eres?

—El señor de estas tierras —respondió de forma brusca—. Condúcelo al *Pozo*. Nada se le ha perdido en este lugar maldito.

¿Conducirle al Pozo?

—Discúlpeme, pero…

—¿Estáis seguro? —añadió su acompañante.

—Llévatelo.

—Un momento, qué… —Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta en el mismo instante que la niebla pareció empezar a disiparse y la más pequeña de las dos figuras apareció ante él.

—No sois bien recibido, me temo —respondió el espectro. Porque eso era lo que se había detenido ante él. Un verdadero fantasma, con esas facciones blanquecinas y la niebla disolviendo su silueta como si no fuese completamente corpóreo. En realidad, se

mimetizaba con la neblina—. Mas no temáis, volveréis al lugar al que pertenecéis.

Escuchaba las palabras, pero a duras penas podía retenerlas. No era como si pudiese obviar que salían de un puñetero *fantasma.*

—¿Qué…? ¿Qué está pasando aquí? Qué… ¿Qué eres? —Empezó a volver la cabeza entre el espectro y la montaña todavía envuelta en la niebla—. ¿Qué lugar es este?

—Un reino sumido en el invierno, gobernado por una bestia, condenado a permanecer en el olvido. —La respuesta traspasó la niebla del mismo modo en que lo hizo la figura ante él—. Volved a casa, viajero, nada se os ha perdido en este lugar.

Solo fue un momento, pero lo que vio quedaría grabado para siempre en su retina. No estaba ante algo humano o, al menos, no completamente. La mano que sujetaba el quinqué era enorme, cubierta con cuero, excepto los dedos largos y gruesos, acabados en unas afiladas uñas negras. Avanzó, solo un par de pasos, pies grandes, piernas fuertes, su tamaño era descomunal. Levantó la cabeza y se quedó con el aire atrapado en la garganta. Llevaba una capucha cubriéndole el rostro, pero cuando levantó la lámpara vio lo que había debajo y un miedo primitivo lo recorrió de la cabeza a los pies.

—Oh, por todos los…

—No volváis a perseguir a los ciervos… —sentenció ese ser con voz humana y gutural, antes de que una mano helada le envolviese el brazo y un ligero polvillo con el aroma de esas preciadas rosas le acariciase el rostro.

Lo último que vio fue el rostro de la bestia contrayéndose con desagrado en una mueca grotesca antes de caer en la oscuridad.

CAPÍTULO 8

Apricow Green
Idaho
Estados Unidos

Elvia miró el coche como si estuviese contemplando otra realidad. Se había apeado del vehículo patrulla en cuanto se detuvieron a un lado de la carretera. La lluvia había decidido hacer por fin acto de presencia y no parecía que fuese a detenerse en un buen rato. Vio las luces de un segundo coche patrulla iluminando un lado de la carretera, había agentes con chubasquero e incluso algún que otro paraguas, pero los ignoró a todos para dirigirse de inmediato hacia el intenso color verde pistacho que se adivinaba entre los árboles.

—¡Elvia! —Ignoró la llamada del jefe de Policía mientras se adentraba por el sendero que había abierto el vehículo y se detenía al momento junto a él.

—¿Papá? —llamó, como si esperase que todos ellos se hubiesen equivocado y el hombre estuviese sentado todavía detrás del volante.

Nada. El interior del viejo utilitario estaba vacío, a excepción de la mercancía desperdigada que llenaba el asiento y el suelo de atrás y unos papeles desperdigados en el lado del copiloto.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó, volviéndose alrededor. Se limpió el rostro de la lluvia. En el interior del bosque no se notaba con tanta intensidad, las luces de las linternas de la Policía y de los voluntarios despejaban las sombras de la noche. Si bien hoy había luna llena, la luz de esta quedaba totalmente oculta por el

encapotado cielo, con lo que la visibilidad era mucho menor de lo que debería.

Vio al grupo de voluntarios en torno a Garret. El hijo del alcalde ya estaba allí, coordinando los efectivos mientras señalaba algo sobre un mapa. Él conocía bien el bosque, así que, por mucho que le disgustase el tipo, su presencia y conocimientos podían ser su mejor oportunidad a la hora de encontrar a su padre.

—Elvia Rose… —Samuel acaba de llegar hasta ella. Traía una linterna en la mano y se había puesto también uno de los impermeables de la Policía.

—Volvía del mercado, Sam —murmuró, confirmando que su padre había estado allí al ver la mercancía destrozada sobre el asiento de atrás. Las plantas estaban volcadas, había cristales rotos, probablemente de lo que una vez fueron envases de vidrio, cajas con flores desperdigadas y un par de sacos de fertilizante que se habían abierto, a juzgar por el fuerte olor a turba.

En el asiento del copiloto había una carpeta con algunos papeles esparcidos, la había ignorado de no ser porque leyó la palabra *«contrato»* en el encabezado de una de las páginas.

—No… no puede ser… —Las ojeó rápidamente tras recuperarlas. Era una oferta laboral para trabajar como perfumista para una pequeña empresa.

No sabía cómo interpretar aquello. ¿Cuándo había recibido semejante oferta? ¿Es que había estado buscando por fin un trabajo de verdad?

Dejó los papeles de nuevo sobre el asiento y se movió ahora al maletero. Allí solo había una chaqueta de su padre y algunas herramientas de jardinería nuevas.

—Todo esto lo ha comprado en Gilligan —mencionó, dándole la espalda al vehículo para mirar a su alrededor—. Pero ¿dónde está él? ¿Dónde está mi padre?

—Lo encontraremos —declaró con firme convicción el agente, posando la mano sobre su hombro—. No te preocupes.

¿Qué no se preocupara? ¿Cómo se hacía eso? ¡Era su padre el que estaba ahí fuera!

—¿Lo habéis entendido todos? —La voz de Garret volvió a atraer su atención hacia el grupo de voluntarios—. Comprobad las linternas y aseguraros de que habéis sintonizado las radios en la línea dos. Avanzaremos despacio. Mantened los ojos y oídos bien abiertos. No sabemos si Arthur está herido o simplemente se ha desorientado, lo iremos llamando a intervalos. El primero que vea algo que avise a los demás. Lo comprobaremos y si no es él, seguiremos. ¡Vamos! ¡En marcha!

La decisión en su voz y sus palabras la espabilaron lo suficiente como para volverse a Sam.

—Dame una linterna —exigió—. Me uniré al grupo de búsqueda.

—Elvia Rose, deja que Garret y los chicos se encarguen de hacer las batidas.

—O me das una linterna, o busco una y me voy por mi cuenta.

El agente resopló, masculló alguna cosa y se sacó una segunda linterna del cinturón. Se la tendió, pero no la soltó mientras ella la alcanzaba.

—Ten cuidado. El bosque por la noche no es igual que durante el día.

—Lo sé. —La cogió y comprobó que funcionaba correctamente —. Lo creas o no, llevo tres años viviendo en este rincón del mundo, Sam. Y no es la primera vez que entro en el jodido bosque.

Aunque las veces que lo había hecho habían sido durante el día y en compañía de su padre. Y no habían sido tantas como estaba dejando caer.

—Sam, estamos listos. Vamos a… —La voz de Garret se interrumpió a su espalda, tan solo un segundo antes de que este le quitase la linterna de las manos—. ¿Qué crees que estás haciendo?

Elvia se giró como un rayo, recuperó su linterna y lo fulminó con la mirada, ignorando esa expresión intransigente en su cara.

—Voy a buscar a mi padre —replicó, solo para dejar clara su intención y que nada de lo que pudieran decir la haría cambiar de opinión—. No me quedaré de brazos cruzados…

—No. Ni hablar. —Se negó de plano—. Quédate aquí y deja que la Policía y yo nos encarguemos de buscarle. Ya ha caído la

noche y el bosque es traicionero en estas circunstancias. No es lugar para una mujer.

¿En serio podía ser todavía más imbécil de lo que ya parecía?

—Elvia, escucha a Garret —pidió Sam—. Él está acostumbrado a cazar por la zona, la conoce bien. Cubrirá más terreno con los hombres —aseguró y miró al tipo informándole—. Cliff ya está de camino con los perros.

Cliff Owens era uno de los cazadores de la zona. Tenía perros adiestrados, capaces de encontrar presas o lo que le pusieran debajo de la nariz.

—Bien. —Garret se volvió ahora hacia ella—. Necesitará una prenda de Arthur o alguna cosa que los perros puedan olfatear.

—Hay una chaqueta suya en el maletero —indicó el coche a su espalda.

—La usaremos para que lo rastreen —confirmó Samuel, moviéndose ya de nuevo hacia el vehículo.

—Todo saldrá bien, Elvia —le dijo entonces Garret—. Encontraré a Arthur y lo traeré de vuelta sano y salvo. Quédate aquí con Samuel. —Sin otra palabra, le dio la espalda y con un silbido llamó la atención de sus compañeros—. Vamos, muchachos. Hay que encontrar al señor Cobe.

Sacudió la cabeza y dejó que el grupo tomase la delantera. No pensaba perder un solo segundo discutiendo con ese imbécil, tenía cosas más importantes de las que preocuparse. Su padre estaba ahí fuera y no iba a dejarle a su suerte. Le había prometido a su madre que cuidaría de él y no iba a fallarle ahora.

Comprobó una vez más que la linterna funcionaba, volvió a limpiarse el rostro empapado por la lluvia y respiró hondo.

—Vamos allá —se dijo antes de alejarse del lugar del accidente y empezar a llamar al hombre en voz alta.

—¡Papá! —Su voz hacía eco en la oscuridad del bosque, amplificándose en el silencio—. Papá, ¿puedes oírme?

—*¡Señor Cobe!*

—*¡Arthur!*

Las voces de los voluntarios y del propio Garret se repetían una y otra vez en una incansable llamada. En medio de la oscuridad, los

haces de luz iluminaban el camino por delante de ellos mientras avanzaban entre los árboles, despejando las sombras y perturbando la quietud nocturna. Algunas aves nocturnas salieron volando, molestas por aquella inesperada intrusión. Las hojas crujían bajo sus pies, el suelo empezaba a mojarse por la lluvia y el aire se llenó con ese aroma a tierra mojada y bosque. Los sonidos se intensificaban en medio de la quietud de aquella extensa masa arbórea, ayudados por la quietud de la noche.

—¡Papá! —llamó haciendo bocina con las manos—. Papá, ¿dónde estás?

Agudizó el oído esperando escuchar su voz, un gemido, lo que fuera, pero todo lo que había era silencio o las llamadas de los voluntarios.

—Por favor, tienes que estar bien… —rogó, obligándose a contener las lágrimas. Llorar no iba a servirle de nada. Tenía que seguir adelante. Si había dejado el coche, era probable que se hubiese desorientado—. ¡Papá! ¿Puedes oírme?

Un inesperado chillido la hizo saltar. Movió la linterna y llegó a captar la figura de un jabalí corriendo, probablemente asustado por los humanos que gritaban y molestaban su hábitat en aquellas horas intempestivas.

—Joder… —jadeó, llevándose la mano al pecho. Le había dado un susto de muerte.

—*¡Arthur! ¡Señor Cobe!*

Las llamadas seguían adelante, alejándose ahora de su propia posición. Procuró mantenerse en un rango que le permitiese escucharlas para no alejarse demasiado. Tenía en que confiar que Garret sabía lo que hacía, así que lo más inteligente era mantenerse cerca del lugar que estaban peinando por si ella veía algo que a ellos pudiese escapárseles.

La humedad del aire, sumada a esa molesta lluvia, acabó derivando en una especie de neblina mojada bien conocida por los habitantes de Apricow Green. No era la primera vez que inundaba el valle, pero habría preferido que el fenómeno se diese en cualquier otro momento y no cuando estaban buscando a un hombre desaparecido.

—¡Arthur!

Las voces seguían alejándose o puede que tan solo fuese una percepción por su parte debido al eco.

—¡Papá! —Llamó y dirigió el haz de luz en la dirección contraria a la que había visto partir al jabalí. Necesitaba mantenerse cerca del grupo, lo último que quería era perderse y que tuviesen que buscarla a ella también—. Papá, ¿puedes oírme?

Los árboles parecían todos iguales en medio de la noche y la neblinosa lluvia empezaba a hacerse más presente, dificultándole ver más allá de unos pocos pasos por delante de ella. Deslizó la linterna sobre el suelo, haciendo barridos en forma de abanico y prestando atención a cada matorral, a cada pedazo de tierra en el que alguien podría haber caído. El terreno era desigual, había raíces y ramas, las hojas del otoño ya habían empezado a dejar un mantillo sobre el suelo que amortiguaba los pasos, pero también ocultaba las ramas caídas.

—Maldita sea —siseó cuando tropezó con una y a punto estuvo de caer—. ¡Papá!

Lo llamó repetidas veces, internándose más y más en un terreno silencioso y agobiante en el que ya solo podía escuchar el latido de su propio corazón en los oídos, motivado por el miedo y la ansiedad. No podía evitar que su mente esbozase todo tipo de malos augurios, que se imaginase toda clase de escenarios.

—Por favor, por favor, por favor, tiene que estar bien —susurró deteniéndose de nuevo para mirar a su alrededor.

Este era uno de los motivos por los que le había costado tanto decidirse a dejar Apricow Green, el hecho de que a su padre le pasase algo y ella no estuviese allí para poder evitarlo o para ayudarle. El peso de una promesa pesaba demasiado, sobre todo cuando la hacías en una habitación de hospital a la persona que más te importaba en la vida.

Respiró hondo a fin de poder calmarse y concentrarse en lo que era importante ahora mismo; dar con él. Las voces por las que se había estado guiando hasta ahora parecían haberse hecho menos audibles, como si se estuviesen alejando. Intentó avanzar, esta vez,

en diagonal, aguzando el oído para acercarse más a ellas y encauzar su búsqueda.

—¡Papá! —gritó, su voz hizo eco en el bosque—. ¡Arthur Cobe!

El ulular de un búho en algún punto por encima de su cabeza la sobresaltó. Dirigió la luz de la linterna hacia las copas de los árboles y vio el movimiento de unas alas antes de perderse en aquella densa oscuridad.

—Un ave, solo es un ave, *Elvie* —se dijo mientras se pasaba la mano por la cara. Estaba empapada y la humedad empezaba a penetrar ya su chaqueta. Si bien era gruesa, no era impermeable, pero eso no era algo que fuese a refrenarla.

Otro chillido indeterminado la sobresaltó. Había demasiados ruidos extraños en la noche, todo tipo de animales silvestres cuyo hábitat estaba invadiendo y Dios sabía que no quería encontrarse con ninguno de ellos.

—¡Papá! —A estas alturas ya sonaba histérica, pero no podía evitarlo.

Giró sobre sí misma. Todo parecía igual ahora. Esa lluviosa neblina lo cubría todo, haciendo que fuese casi imposible discernir el camino.

—Venga, hombre —siseó barriendo el lugar con la linterna—. No quiero tener que darle la razón a ese capullo si tiene que buscarme a mí también.

Aguzó el oído una vez más. Llegó incluso a contener el aliento mientras escuchaba, pero lo único que oía ahora era el murmullo de la lluvia.

—Joder… —siseó barriendo su entorno con la linterna.

«¡Arthur!».

Apagado, lejano, pero el nombre de su padre al fin y al cabo. Venía de algún punto a su izquierda, así que optó por seguir en esa dirección.

—¡Papá! ¿Puedes oírme? ¡Soy Elvia! —lo llamó. Su voz resonó en el bosque, haciendo eco, pero no obtuvo respuesta.

Continuó avanzando y llamándole, pero las únicas respuestas que obtenía eran los repentinos vuelos de algún ave o el chillido de algún animalillo nocturno molesto por su intromisión.

—¡Papá! ¿Puedes…? —No terminó la frase.

La luz de la linterna iluminó entonces algo que la dejó sin palabras. Se trataba de un pequeño zorro, pero no uno de esos bonitos zorros rojos típicos de la zona, no… Este tenía el pelaje blanco.

Elvia se pasó una mano por la cara. Estaba convencida de que la lluvia le estaba jugando una mala pasada, pero seguía allí, inmóvil, mirándola con unos intensos ojos marrones dotados de una inusual inteligencia. Era como si la llamasen, como si estuviese intentando transmitirle algo…

«Ven…».

Su mente se quedó completamente en blanco durante un instante, empezó a poner un pie delante de otro, cambiando de rumbo y alejándose de los gritos de los cazadores. No sabría decir el tiempo que permaneció siguiendo al animalito, pero cuando la luz de la linterna iluminó el extenso y frondoso zarzal, no fue el zorro ártico el que la dejó sin respiración, sino la prenda de color rojo que destacaba en medio de la monocromía oscura del bosque.

—Oh, Dios… —jadeó—. ¡Papá!

No lo pensó dos veces y salió disparada en dirección a aquel arbusto espinoso.

CAPÍTULO 9

Winteria Castle
Reino de Winteria…

Momentos antes…

El *Pozo* estaba cerrado.

Briar no podía dejar de mirar al hombre inconsciente en una de las celdas del ala oeste. Lo había metido ahí porque no sabía qué hacer con él. Nunca, en todo el tiempo que la maldición envolvía Winteria, había ocurrido algo semejante. El *Pozo* siempre había estado abierto para los visitantes, nunca rechazaba a los extranjeros, pero esta vez era distinto. La verja estaba cerrada a cal y canto y no parecía tener la menor intención de abrirse.

—El ciervo… —recordó lo que había balbuceado el hombre.

No era la primera vez que escuchaba tal relato. Un lobo, un zorro, un ave de belleza sin igual… Era como si la magia invernal quisiera que encontrasen el camino a Winteria, ¿pero con qué fin? Ninguno duraba aquí mucho tiempo, ni tampoco contribuían a liberarle de su maldición.

Gruñó por lo bajo. Últimamente lo hacía cada vez más, como si su humanidad se estuviese desdibujando. Con cada año que pasaba, sentía que perdía un poco más de quien había sido en el pasado.

—¿Alteza?

Se volvió lo justo para ver un hombrecillo de pelo cano vestido con una librea oscura. El hecho de que se tratase de una figura sólida le indicó que el sol ya se había puesto y sus sirvientes volvían a ser de carne y hueso.

—La cena está lista, mi príncipe.

Paisley era su mayordomo. Había estado a cargo del castillo desde antes de que él naciera, lo cual lo convertía en el sirviente más leal de todo Winteria. Su aspecto no había variado gran cosa desde su juventud. Era de esas personas que parecían no envejecer, solo la presencia de nuevas canas en su pelo ya gris y alguna arruga en esa cara de buldog evidenciaba el paso del tiempo. No recordaba un solo día en que no se encontrase a su lado. El chambelán se empeñaba en mantener las formas, ignoraba su monstruosidad y lo obligaba a observar cierta humanidad en sus costumbres. Decía que los sirvientes necesitaban estar ocupados, así que servirle a él y mantener en orden el castillo les era tan necesario como respirar.

—No tengo hambre. —La verdad era que hacía tiempo que había perdido el apetito.

—Mi príncipe, debéis alimentaros adecuadamente…

—¡He dicho que no tengo hambre! —Su rugido hizo temblar hasta las paredes, pero el hombre frente a él ni se inmutó. Era inmune a sus rugidos y arrebatos. Imperturbable como cada piedra de ese frío castillo.

—Como deseéis, alteza.

Un quejido procedente del interior del calabozo lo llevó a mirar de nuevo a través del pequeño ventanuco de la puerta. Cuatro pequeñas barras de hierro cerraban el hueco.

—Retírate —ordenó al mayordomo, quien le dedicó una reverencia y se fue sin más preámbulos.

—¿Qué…? ¿Qué ha pasado? —Escuchó la voz del nuevo inquilino de la celda.

Procuró apartarse del ventanuco, manteniéndose en la oscuridad para poder vigilarlo sin ser visto.

—¿Dónde estoy? —Era una voz rasposa, posiblemente por los efectos del polvo somnífero que le había soplado en el rostro.

—Estáis en Winteria Castle —replicó bajando su tono de voz, aunque sabía que seguía sonando cavernoso, más aún en aquella estancia.

—¿Winteria Castle? Oh… Mi cabeza… —Lo escuchó removerse, sus pies rozando el suelo de piedra. Sus movimientos eran lentos,

torpes, lo cual indicaba que todavía se encontraba bajo los efectos del polvo—. Mi coche. Yo… ¿Lo atropellé?

La mayoría de las palabras que salían por su boca le habrían resultado extrañas de no ser porque ya las escuchó antes y comprendía su significado.

—El ciervo… —continuó balbuceando—. No. Ese ciervo blanco se internó en el bosque. Lo seguí.

¿Un ciervo blanco? Frunció el ceño ante tal particular elección de palabras.

—¡Las rosas! —jadeó. Su tono se llenó ahora de una mezcla de excitación y sorpresa—. Dios mío, llevo media vida buscándolas…

¿Estaba hablando de *sus* rosas?

—¿Cuál es el nombre al que respondéis, viajero? —le preguntó finalmente, asegurándose al mismo tiempo de que la capucha de su túnica volviese a estar sobre su cabeza.

—¿Quién hay ahí? ¿Quién eres?

A duras penas pudo reprimir un gruñido ante la inmediata falta de respuesta.

—Tu nombre —insistió.

Lo escuchó revolverse, posiblemente para ponerse en pie.

—Arthur. Mi nombre es Arthur Cobe —le dijo y vio cómo se ponía en pie, algo tambaleante todavía—. ¿Pero quién…? ¿Quién eres?

Solo había una posible respuesta a esa pregunta, la única que obtendría.

—El señor de este castillo —respondió echando un breve vistazo a través de la única ventana de la puerta—. Y vos sois mi prisionero.

—¿Qué? —El hombre se adelantó a trompicones. Oyó el sonido de la madera cuando se apoyó contra ella, vio sus dedos en el ventanuco y como asomaba la cabeza en un intento por ver a través de este—. ¿Prisionero? ¿De qué está hablando? Yo no he… ¡Oh, Dios! —Retiró de inmediato las manos y dio un paso atrás completamente horrorizado. Briar había dado un paso adelante para ver mejor a su indeseado huésped. La luz de la lámpara de aceite cayó sobre su rostro cubierto por la capucha, iluminando sus

facciones dentro de la misma. Podía imaginar perfectamente lo que había visto el hombre.

—¿Qué eres? —jadeó el prisionero visiblemente impactado. Había temor en sus ojos, incredulidad y horror. Podía oler el miedo procedente de él, como si aquella emoción tuviese un aroma característico.

—No debisteis haber seguido al ciervo a través de las zarzas… —declaró con brusquedad—. Vuestra temeridad os ha convertido en mi prisionero. Os quedaréis aquí hasta que decida qué hacer con vos…

Y tendría que hacer algo antes o después. No podía mantener al humano encerrado en esa celda el resto de su vida. No duraría ni un par de noches con el frío que hacía en el torreón.

Dio media vuelta con intención de alejarse, pero el hombre se lanzó contra la puerta, aporreándola ahora con gesto frenético.

—¡No puede hacer eso! ¿Se ha vuelto loco? —clamó a voz en grito—. ¡Déjeme salir de aquí! ¡No he hecho nada! ¡No puede dejarme aquí dentro!

—Creedme, sí puedo —replicó con sequedad—. Acostumbraos a vuestros nuevos aposentos. Si el *Pozo* no se abre para recibiros, pasaréis mucho tiempo aquí.

—¿El *Pozo*? ¿De qué está hablando? —La puerta de madera recibió los golpes del hombrecillo, pero no se movió un centímetro—. Tiene que sacarme de aquí. Tengo que regresar a casa. Mi hija. Tengo una hija y me está esperando. Dios mío. Elvia Rose va a enloquecer cuando vea que no llego… ¡Abra esta maldita puerta!

Briar giró sobre sus pies y se lanzó contra la puerta, pegando el rostro al ventanuco, lo que hizo que el hombre diese un salto hacia atrás, perdiendo el equilibrio y cayendo de culo.

—No vais a ir a ningún sitio, viajero —siseó, viéndolo palidecer aún más—. Dad gracias a que os he metido en una celda y no os he desgarrado la carne con mis garras.

La palidez se hizo aún más extrema, robándole cualquier posible réplica a sus amenazadoras palabras.

—Quedaos callado y no deis más problemas —rezongó, volviéndose de nuevo para marcharse.

—No… ¡Déjeme salir! ¡Abra la puerta! ¡No puede hacerme esto! ¡No puede…!

Los gritos se fueron apagando a medida que bajaba las escaleras del torreón norte. Tenía que pensar cuidadosamente qué haría a partir de ahora. Lo último que quería era contar con un nuevo invitado, ya tenía bastantes problemas encima como para añadir aún encima uno más. Descendió el último tramo de aquella encaracolada escalera solo para tener que detenerse a escasos dos pasos del suelo. El castillo entero empezó a temblar una vez más, la vibración era tal que se vio obligado a extender los brazos y sujetarse de las paredes. El chisporroteo de la magia parecía dispuesto a echarlo abajo piedra a piedra, lo cual no había pasado nunca antes.

Tan rápido como vino, se fue y solo quedó el silencio y ese frío helador que envolvía la antiquísima construcción.

—Es imposible —rugió acometiendo los últimos dos escalones y cruzando en estampida el ala norte.

¿Otro viajero? Alguien acababa de cruzar el muro de zarzas, lo que significaba que había llegado un nuevo e indeseado invitado a sus tierras.

¿Cuándo iba a tener algo de paz?

CAPÍTULO 10

Apricow Green
Idaho
Estados Unidos

Tan solo unos momentos antes…

Los dedos de Elvia, aterecidos de frío, se cerraron en torno a la lana de una bufanda roja tejida a mano. Se había quedado enganchada a las espinas de un inmenso zarzal que se elevaba casi como una pared ante ella.

Reconoció el lugar. Lo había visitado una vez con su padre y solo porque este había regresado con un puñado de moras silvestres. Había sido una caminata de más de una hora a través del bosque y, si era capaz de orientarse bien, juraría que acababa de dar un buen rodeo desde el punto del accidente.

Arrancó la tela del zarzal. Este viejo trapo era suyo, no se lo quitaba de encima ni aunque hiciese un calor de mil demonios. Era el último regalo que le había hecho su esposa, la última pieza que su madre había tejido, y su padre no se separaba de ella ni para dormir.

—¡Papá! —Volvió a hacer bocina con las manos—. ¡Papá!

Había pasado por aquí. Recorrió el zarzal con la linterna, barrió el suelo buscando cualquier bulto, algo que revelase su presencia. Había partes aplastadas, como si alguien hubiese intentado abrir un camino en medio de las zarzas. Se agachó y dirigió el haz de luz a través del zarzal y lo vio de nuevo. Ese zorro blanco. Y justo sobre él, destacando sobre su pelo, enganchado a una zarza, un hilo rojo del mismo color que la bufanda.

El animal clavó esos inteligentes ojos en ella y Elvia volvió a sentir ese tirón, la necesidad de seguirle. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para romper su mirada y concentrarse en lo que tenía entre manos; la prueba de que su padre había estado por esta zona.

—¡Papá! —gritó al interior del zarzal—. Papá, ¿estás ahí?

No hubo respuesta.

—Joder —siseó. Volvió a comprobar los alrededores, pero no había nada, ninguna otra señal, mientras que allí estaba ese hilo de lana de la misma bufanda que ahora sostenía y ese pequeño zorro blanco, como si la estuviese esperando—. A la mierda.

Se envolvió la bufanda en torno al cuello, la remetió bajo la chaqueta y avanzó con decisión a través del zarzal para llegar hasta el hilo que colgaba de una de las espinosas lianas. No había error posible, pertenecía a la bufanda. Era una de las borlas que colgaban de los extremos.

El animal se movió con lentitud, echando de vez en cuando la cabeza hacia atrás, como si quisiera asegurarse de que la seguía. Se movía como si conociese el camino y, durante un breve instante, juraría que las zarzas se replegaban para dejarle pasar.

Imposible. La oscuridad y la luz de la linterna le estaban jugando una mala pasada.

—¡Papá! —gritó moviendo la linterna, tanto para iluminar lo que tenía delante como para apartar las zarzas que ya se le enganchaban en la ropa y en el pelo—. ¡Papá!

Un chillido a su espalda hizo que saltase y avanzase a trompicones. No tenía idea de a qué animal pertenecía, pero el miedo a lo desconocido era algo instintivo y el estar en plena noche en medio de un bosque no era algo que le diese más confianza.

Siseó cuando las espinas del zarzal le arañaron las manos. Levantó los brazos, cubriéndose el rostro para evitar males mayores mientras avanzaba ya sin cuidado a través de aquella densa maleza.

El animalito seguía allí, esperándola, como si quisiera asegurarse que no lo perdía de vista.

«Ven».

Era una idea más que una palabra, un impulso que la empujaba a seguir adelante, a seguir a ese pequeño zorro. Y eso fue lo que hizo. Continuó avanzando, asestando golpes con la linterna a las espinosas zarzas que se encontraba en el camino, apartándolas, buscando huecos por los que pasar. Pronto las lianas se convirtieron en verdaderos arbustos lo bastante gruesos como para que la linterna no pudiese moverlos. De hecho, tras varios golpes a esas cosas, la luz empezó a fallar.

—No, no, no… —jadeó, dándole golpecitos hasta que consiguió restaurar de nuevo la luz. El alivio la inundó, pero apenas duró unos instantes—. ¡Joder!

Tuvo que sacudir su fuente de luz varias veces y aprovechar esos instantes de luminosidad, que no sabía lo que le durarían, para continuar avanzando a través de la espesura, siguiendo a esa criaturita a través de un camino que se le antojaba demasiado denso.

Por si eso no fuese suficiente, la neblinosa lluvia no le daba tregua. Estaba calada hasta los huesos, temblaba como una hoja, pero no sabría decir si era a causa del frío o del miedo primitivo que se había instalado en su interior.

—Oye, tú. No vayas tan rápido —siseó intentando no perder de vista al zorrito—. ¡Papá! ¿Puedes oírme?

Avanzó otro poco. La espesura por fin empezaba a decrecer, había más espacio para moverse y el zarzal ya no se entrelazaba a ras de suelo, sino por encima de su cabeza. Empujó hacia delante, gimiendo cuando una de las zarzas se le enredó en el pelo y acabó llevándose un buen tirón.

—Hija de puta… —siseó, girándose y enfocando con la linterna a fin de poder soltarse de su presa. Apenas había empezado a liberarse cuando la luz se extinguió una vez más—. ¡No! ¡Maldita seas, no te apagues ahora, jodida linterna!

Elvia dejó escapar un chillido cuando tiró del pelo, dejándose sin dudas varios mechones en el proceso. La luz volvió y, tal y como había previsto, descubrió que la zarza se había quedado con unos cuantos pelos suyos.

—Zorra… —siseó. Era absurdo insultar a la planta, pero a estas alturas le daba igual. Se giró con sumo cuidado, intentando mantener la cabeza lo más lejos posible de esas presas espinosas y buscó al puñetero zorro. Él era el culpable de que se hubiese internado en esta cosa. No entendía qué hacía siguiéndole, pero desde luego, todo esto era culpa suya.

—Maldita sea, papá —siseó mirando a su alrededor—. ¿Dónde te has metido?

Se agachó y movió la linterna de un lado a otro, buscando un lugar por el que poder continuar. La espesura menguaba hacia su derecha, aunque las zarzas eran mucho más grandes, como si en vez de zarzas silvestres se encontrase de repente ante unos viejos rosales.

Y allí estaba él de nuevo, de un pelaje de un blanco fantasmal y unos ojos demasiado inteligentes para un animal. Le dio la espalda y echó a correr.

—¡Espera!

Una inesperada ráfaga de viento la envolvió haciéndola estremecer de frío, pero fue el aroma que trajo consigo el que la sorprendió.

¿Eso eran rosas?

—No puede ser… —Avanzó hacia el lugar por donde había visto desaparecer al zorro. Las zarzas se enredaban ahora en lo que parecía un arbusto silvestre. Un rosal.

—Pues sí que eran rosas —farfulló—. Rosas silvestres.

Las flores asomaban entre las zarzas que se habían enredado en la rosaleda salvaje. Bajo el haz de luz tenían un suave color rosa pálido que se iba haciendo más intenso a medida que levantaba la mirada hacia los capullos que florecían sobre su cabeza. Estos eran de un intenso tono rojo que volvía a desdibujarse hasta alcanzar un blanco casi puro en aquellas que estaban más cerca del suelo en su parte derecha.

Como si quisiera recordarle que no estaba en posición de admirar la extraña belleza de aquel inesperado hallazgo, la linterna volvió a parpadear, amenazando con apagarse una vez más.

—No, no, no… —gimió. No se molestó en volver a darle golpecitos. A sabiendas de que se iba a dejar unos cuantos mechones más en el camino y que terminaría de nuevo arañada, se lanzó hacia el rosal, abriéndose paso entre las duras e hirientes espinas hasta que, con un último tirón, acabó cayendo de bruces sobre el mullido suelo—. Joder… —siseó una vez más, agradeciendo para sus adentros haber puesto las manos por delante.

Le llevó unos cuantos segundos darse cuenta de que no había caído encima de más zarzas o espinas, sino sobre algo mucho más frío y blando. Se arrastró sobre las rodillas, la linterna se le había escapado de las manos y permanecía tirada, con el haz de luz iluminando algo completamente fuera de lugar; una inmensa alfombra de nieve.

—¿Nieve? —No podía creer lo que estaba viendo, pero sí. Esa cosa blanca y fría que se le deshacía entre los dedos era nieve—. Pero qué…

Recuperó la linterna y se puso en pie. Deslizó el parpadeante haz de luz a su alrededor, pero en este punto la neblina era ya tan espesa como para que tan solo se pudiesen adivinar las formas más cercanas de lo que solo podían ser árboles o la rosaleda a su espalda. Fue esta la que se quedó mirando, pues sus dimensiones eran mucho más grandes de lo que le pareció en un principio, tanto que no parecía la misma de la que acababa de salir.

—Qué demonios… —Volvió sobre sus pasos, levantó una mano para acariciar una de las pequeñas flores rosadas que la adornaban, pero un fuerte rugido la detuvo en seco.

—*¡Quitad las manos de mis rosas!*

El profundo y grueso vozarrón la llevó a darse la vuelta de inmediato. El haz de luz de la linterna iluminó delante de ella. La neblina parecía moverse como si quisiera dejar paso a la enorme figura oscura que avanzaba en su dirección, una que fue haciéndose más y más presente hasta desaparecer por completo de su vista cuando la maldita linterna se apagó de nuevo.

—¿En serio? —resopló. Volvió a golpearla, pero la luz no volvió, aunque no fue necesaria cuando la oscuridad tomó forma ante ella, provocándole un profundo escalofrío—. ¿Hola?

Escuchó un ligero gruñido seguido de lo que le pareció que era un ligero olfateo.

—¿De dónde habéis salido? —La voz sonó ahora más cerca que nunca y supo que esa figura en las sombras era la que le había advertido que no tocase las rosas.

—De las zarzas. Estaba siguiendo a un… ¿Zorro blanco? —respondió de manera automática. Entonces, como si acabase de darse cuenta de lo absurdo que sonaba aquello, sacudió la cabeza y trató de centrarse—. No importa. —Sería mejor no pensar en ello—. ¿Habéis encontrado a mi padre? —Tenía que tratarse de algún miembro del grupo de búsqueda, se dio cuenta.

—¿Vuestro padre?

—Encontré su bufanda prendida en el zarzal del bosque. Es posible que se internase en él, pero…

Un aullido procedente de algún punto a su espalda la hizo saltar y se volvió, intentando otear en la oscuridad la fuente de aquello.

—Joder, eso ha sido un lobo, ¿verdad?

Sabía por las interminables fanfarronadas de Garret que había lobos en el bosque, el muy imbécil se había vanagloriado de disparar a uno de ellos. Recordaba perfectamente dónde le había dicho que tendría que haberse metido esa bala.

—¿Habéis atravesado el zarzal?

Elvia se volvió de nuevo hacia la voz. Había algo extraño en su cadencia, pero no lograba adivinar el qué.

—Es posible que él también lo hiciera. Encontré hilos de su bufanda cuando seguí al zorro, pero esta maldita linterna dejó de funcionar —resopló y miró de nuevo a su alrededor, la oscuridad la estaba poniendo nerviosa—. Es posible que me haya desorientado. Dios, ¿dónde puede estar? Ni siquiera sabemos si está herido. ¿Y si le ha pasado algo? Es un hombre mayor, no debería…

—Sois… *ella.* —Había un tono extraño en la voz, en la manera en que parecía haber pronunciado su nombre, una mezcla de fastidio e incredulidad.

—*Elvia*. Se pronuncia *Elvia*. Y sí, soy yo. La hija de Arthur —confirmó y con su respuesta llegó también una inmediata

desconfianza. No reconocía esa voz. Sabría a quién pertenecía si la hubiese escuchado antes—. ¿Tampoco te funciona la linterna? ¿Y quién eres, por cierto? ¿Estás con el grupo del hijo del alcalde?

—*Elvia.* —Escuchar su nombre en ese vozarrón le produjo un nuevo escalofrío—. *Arthur.* Es el nombre del hombre que ha cruzado antes que tú. Mi prisionero.

—¿Has encontrado a mi padre? —jadeó dando un paso hacia delante solo para detenerse al ser consciente de lo que acababa de decir—. ¿Cómo que tu prisionero? ¿De qué estás…?

—Habláis demasiado. —La interrumpió con brusquedad.

—¿Pero qué te crees que…?

No llegó a terminar la frase, ni siquiera el pensamiento. Algo le azotó la cara, una especie de polvillo. Acabó tosiendo, se le metió en la nariz y en la boca, tenía un sabor dulzón y… cualquier pensamiento coherente se esfumó al mismo tiempo que su consciencia.

Ni siquiera fue consciente de que se desmayaba y que unas enormes manos de largas uñas negras evitaban que terminase en el suelo.

CAPÍTULO 11

«¿Elvia?».

Reconocía esa voz.

«¡Déjala! ¡Oh, Dios! ¡No le hagas daño!».

¿Por qué su padre sonaba tan angustiado?

«¡Elvia!».

Sí. Esa era la voz de su padre. No cabía duda.

«¡Quítale las manos de encima a mi hija!».

Papá. Intentó responder, pero sentía la cabeza embotada. A duras penas podía pensar con claridad, pero no se había equivocado, esa era la voz de su padre. La reconocería en cualquier lugar.

—Pa…pá —Se las ingenió para musitar. Sus cuerdas vocales parecían atrofiadas.

¿Qué estaba pasando? ¿Por qué sentía la cabeza tan pesada?

«¿Qué le has hecho? ¡Déjala ir, maldita bestia! ¡Deja en paz a mi hija!». Se desgañitaba su progenitor. *«Si le haces daño te mataré, ¿me oyes? ¡Te mataré! ¡Elviaaaa!».*

¿Su padre amenazando de muerte alguien? Eso sí que era toda una novedad. Y una muy ridícula.

Tenía que abrir los ojos. Seguramente estuviese teniendo una pesadilla, solo eso podía explicar esos gritos de angustia.

Le pesaban los párpados. Se estremeció. Estaba aterida de frío, pero había algo caliente junto a ella, algo que olía a tierra y… ¿rosas?

Rosas… Había visto unas rosas salvajes, ¿pero dónde?

Dios. Era incapaz de formar un pensamiento coherente, quizá debería simplemente entregarse a la inconsciencia y olvidarse de todo.

—Abre la puerta… —Una voz gutural, gruesa y dura penetró en sus oídos. Parecía lejana, pero al mismo tiempo conocida.

—¿Vais a dejarla en una celda? —Esa voz era nueva, muy masculina, con un deje cantarín, pero extraña. No recordaba haberla escuchado antes.

—Hazlo. —El gruñido la estremeció o quizás fue ella la que se movió. No lo sabía, no podía notar su cuerpo, ¿por qué?

—Briar, es una mujer. Deberíais alojarla en el ala este y no…

—¡Abre la puerta, Tristan! —rugió la primera voz. No era alguien con mucha paciencia, a juzgar por semejante talante.

Elvia notó el cambio de temperatura casi al instante, y no fue solo eso. De repente, su cuerpo acabó sobre algo duro, frío y casi tan húmedo como lo estaba ella misma.

Porque estaba empapada. Esa maldita lluvia la había calado hasta los huesos mientras buscaba a su padre en el bosque.

—*¡Elvia!* —Esa era la voz de su padre, ¿verdad? ¿Ya no estaba perdido?—. *¡Déjala ir! ¡Ella no te ha hecho nada!*

Papá. Su padre estaba aquí. Pero ¿dónde era aquí? ¿Y por qué narices no era capaz de abrir los ojos?

—Briar, ella no durará mucho en este lugar… —Escuchó de nuevo esa otra voz más suave que la primera—. Morirá de frío si la dejáis aquí. Está empapada…

Sí, ¿lo estaba verdad? Esa maldita lluvia…

Escuchó un chirrido metálico y algo encajando en su lugar. ¿Una puerta? Aunque sus bisagras debían de llevar años sin engrasarse. ¿Y ese otro ruido? ¿Estaban cerrando con llave?

Sus oídos empezaron a despejarse y pudo notar el frío que se colaba desde el suelo, filtrándose a través de su cuerpo ya aterecido. No era agradable, pero la estaba sacando del extraño sopor que la envolvía.

—¡Malditos! ¿Qué le habéis hecho? —Era su padre y estaba fuera de sí—. ¡Elvia Rose! ¡Hija!

No podía responder, decirle que estaba justo aquí, donde quiera que fuese eso. Pero tampoco parecía importar demasiado, porque las voces siguieron hablando de sus propias cosas.

—¡Briar! —Una nueva voz entró en escena seguida de pasos fuertes, como si alguien subiese unas escaleras a toda velocidad—. ¿Qué demonios está pasando? El castillo se ha sacudido ya dos veces y el *Pozo*… —Las palabras frenaron en seco, escuchó nuevos pasos y entonces un jadeo—. ¿Pero qué demonios? ¿Quiénes son?

—Viajeros… —respondió el de la voz cantarina.

—¿Qué?

—Han cruzado el muro. —Y ese era el gruñón. Su voz era inconfundible.

—¿Una mujer? —La voz sonó ahora más cerca—. ¿Por qué tienes a una mujer encerrada en una puñetera celda?

—¿El *Pozo* está abierto?

—Sí —afirmó el recién llegado con un bufido—. Estaba en las inmediaciones y la verja se abrió.

Un momento de silencio, entonces:

—Está reclamando a uno de ellos —dijo esa voz cantarina—. Pero ¿a quién?

¿Un pozo? ¿De qué estaban hablando esa gente?

Se estremeció, deslizó los dedos por el suelo dándose cuenta de que podía moverse.

—Pa… papá… —musitó y encontró que tenía la garganta demasiado seca. Se lamió los labios y los encontró helados—. ¿Papá?

—¡Elvia! Elvia, hija. Estoy aquí. —La respuesta fue inmediata y frenética—. Tranquila. Encontraré la forma de arreglarlo todo.

Parpadeó. Al fin pudo hacerlo, pero el cambio de mantener los ojos cerrados a abiertos no es que cambiase demasiado. Tenía la vista borrosa y le costaba enfocar.

—Tienes que sacarla de ahí —escuchó la voz del último que había llegado—. ¡Es una mujer, por el amor de Dios!

—¡Es mi prisionera! —rugió el de la voz cavernosa. Su respuesta le provocó un escalofrío.

—¿Pa…pá? —intentó alzar la voz—. Papá, ¿estás bien?

—Gracias a Dios. —Había verdadero alivio en su voz—. Cariño, estoy bien. Todo irá bien. No te preocupes por nada.

—London… —pronunció el de la voz cantarina.

—Has perdido la cabeza por completo, Briar de Winteria —siseó el primero—. Por completo.

Las voces empezaban a sonar cada vez más claras en sus oídos y, esta vez, cuando intentó abrir los ojos, lo consiguió. Se encontró tirada en el suelo, la mejilla contra la fría piedra. Empujándose con las manos, logró recuperar cierta verticalidad, aunque todavía le llevó un momento más ubicarse.

Estaba sentada en el suelo. Un suelo de piedra, a juego con paredes de piedra. Una habitación circular con una enorme puerta de madera con uno de esos pequeños ventanucos con tres barrotes y un quinqué colgando de un gancho iluminando a duras penas aquel extraño lugar.

—Pero qué narices…

Sacudió la cabeza y se arrepintió al instante, pues la punzada que le atravesó las sienes la hizo encogerse sobre sí misma. Estuvo a punto de vomitar, pero consiguió contenerse. Respiró hondo, pero el aire que le entró por la nariz era tan helado que acabó tosiendo.

—¡Elvia! ¿Estás bien? —La preocupación de su padre era evidente.

—No lo sé… —admitió en voz baja, mirando de nuevo a su alrededor, entonces cambió de idea y repitió—. Sí, estoy bien.

Era un hábito el no querer preocupar a los demás, el ser la que se mantuviese en pie cuando todo se volvía del revés.

—Calada hasta los huesos y congelada, pero bien —concluyó para sí misma, luchando con el repentino castañeo de sus dientes.

El brillo amarillento del quinqué colgado en la pared le permitió analizar con detenimiento su entorno, lo que no hacía sino empeorar a medida que se fijaba en él.

—¿Dónde demonios estamos? —farfulló mirando de un lado a otro. Casi esperaba que todo aquello desapareciese con un parpadeo, pero no lo hizo.

Se estremeció una vez más. Sacudió la cabeza, confundida, y clavó la mirada en la única puerta de la estancia.

—¿Qué demonios pasa aquí? —levantó la voz en un intento por obtener respuestas. Intentó ponerse de pie, pero las piernas le

temblaban tanto como las de un potrillo recién nacido—. Pero qué coño…

—Elvia, ¿te ha hecho algo? ¿Seguro que estás bien? —Su padre no parecía demasiado convencido de su previa respuesta y no era para menos—.

¿Hacerle algo? ¿Quién?

Miró a su alrededor.

—¡Sí! ¡Estoy bien! —alzó la voz para que la escuchase—. Aunque no entiendo qué está pasando aquí —murmuró para sí. Fue hacia la puerta y no encontró manija alguna. Empujó la madera, pero no cedió—. ¿Cómo se abre esto? ¿Por qué está cerrada? ¡Abrid!

—¡Liberadla!—clamó su padre a voz en grito—. ¡Ella no ha hecho nada!

—Abre esa puerta o lo haré yo —escuchó de nuevo al tercer hombre. Ahora que estaba más espabilada, podía apreciar un matiz particular en su voz, como si el idioma que hablaba no fuese su primera lengua.

—No te metas —siseó esa voz potente, gruesa y que le provocó un inesperado escalofrío.

—¿Es que no te das cuenta de lo que esto significa? —insistió el hombre—. No puedes pensar seriamente en dejarla ahí.

¿Quiénes eran esos hombres?

Elvia se encaramó a la puerta e intentó mirar por el ventanuco, pero resultó que estaba demasiado alto, apenas podía mirar por encima de la base y solo si se ponía de puntillas.

—¿Quién está ahí? ¿Quiénes sois? —pasó de preguntar a exigir —. ¡Abridnos! ¡Abrid ahora mismo!

—¡Dejadla salir! —Su padre estaba realmente desesperado. Su voz jamás había sonado tan dura y rabiosa—. ¡Si descubro que le habéis hecho algún daño, juro por Dios que lo pagaréis muy caro!

—Nada de lo que le ha acontecido a tu hija ha venido de nuestras manos —declaró esa profunda y gruesa voz. El eco del lugar era tal que le otorgaba un tono cavernoso—. Vuestro vástago ha cometido el mismo crimen que vos. Ha entrado en mi reino sin ser invitada.

—¿De qué narices habla? —jadeó. Intentó saltar, agarrarse de los barrotes y subir a pulso, pero ni tenía fuerzas para hacerlo ni había mucho que pudiese ver. Allí fuera estaba todo en penumbra—. ¡Quién eres! ¡Abre esta maldita puerta ahora mismo, hijo de la gran puta!

—¡Elvia! ¡No lo insultes! —clamó su padre—. ¡No tienes idea de lo que es capaz!

La advertencia de su padre le paró el corazón, pero en vez de aplacarla, hizo que acabase profiriendo todo tipo de amenazas contra ese tipo.

—¡Como le hayas puesto las manos encima a mi padre, te arrancaré los huevos, maldito cabrón! ¿Me oyes? ¿Te los arrancaré?

—¡Elvia Rose! —la reprendió su padre.

—Papá, ¿estás bien? ¿Te han hecho algo? —intentó ver de nuevo por encima de la puerta y, al no conseguirlo, la emprendió a patadas con la madera—. ¡Abre esta maldita puerta! ¡Déjame salir de aquí ahora mismo! ¡Si le has hecho algo a mi padre, juro por Dios que no la cuentas!

—Elvia, cálmate. Yo estoy bien —aseguró su progenitor con contundencia—. No ha hecho otra cosa que encerrarme en esta mugrienta y helada celda. No te preocupes.

Vale. Lo mismo que a ella entonces, pero eso no evitaba que estuviese al borde de un ataque de nervios.

—¿Qué no me preocupe? —Acabó estallando ahora contra él—. Llevas todo el día fuera, encontraron tu coche estrellado contra un puto árbol y no había ni rastro de ti… ¡Tienes a todo el puto pueblo buscándote!

—Un ciervo salió de la nada y perdí el control del coche —le informó—. Acabé adentrándome en el bosque… siguiéndolo, pero… Nada de esto tiene sentido. Yo solo… Estoy bien. Tú tranquila.

¿Qué se adentró en el bosque siguiendo un ciervo?

Se estremeció. ¿Acaso no había hecho ella lo mismo? Pero lo que había perseguido no era precisamente un cérvido.

—¿Por qué demonios no saliste a la carretera? —resopló mesándose el pelo con desesperación—. ¿Por qué tuviste que internarte en el bosque? Maldita sea, he atravesado esa masa

arbórea bajo la lluvia, intentando encontrarte, pero lo único que vi fue ese estúpido zorro. Y entonces ahí estaba tu bufanda, entre las zarzas…

Las palabras, así como su ímpetu, se fueron desinflando más y más a medida que empezaba a repasar sus propios pasos y se daba cuenta de lo absurdo y el sinsentido de todo aquello.

—Encontré tu bufanda en el zarzal porque ese zorro blanco me condujo hasta ella… —Los recuerdos pasaron por su mente como si, al ponerles voz, los trajese de nuevo al presente, deshaciendo la neblina que le envolvía la mente—. Atravesé las malditas zarzas y ni siquiera estoy segura de por qué lo hice. ¡Joder! ¡Esto es una puta locura! ¿Dónde narices estamos?

—En Idaho, ya no —respondió su padre con una seguridad que hizo que quisiera arrancarse el pelo.

¿Cómo demonios no iban a estar en Idaho? ¿Entonces dónde demonios estaban?

Nieve. Recordó la nieve bajo sus pies, deslizándose entre sus manos, y sacudió la cabeza con energía.

—Estoy perdiendo la cabeza… —farfulló.

—No la estás perdiendo, Elvia Rose. De algún modo hemos dejado Apricow Green y hemos acabado en… Un lugar muy distinto.

Y tan distinto, pensó mirando de nuevo a su alrededor.

—¿Qué lugar es este?

—Estáis en el castillo de Winteria.

De nuevo esa voz gutural, mucho más cerca ahora. Miró hacia la ventana y se echó hacia atrás, intentando ver algo por encima de ella.

—¿Winteria? ¿Eso dónde narices está?

—En el continente de Erisia.

¿Erisia? ¿Continente?

—Espera… ¿Esto es algo así como un juego de rol?

No obtuvo respuesta, lo que la puso, si cabía, más nerviosa.

—¡Quién narices eres!

—El señor de este castillo.

La respuesta vino acompañada de una sombra, una figura encapuchada que se acercó a la puerta y quedó bañada por la tenue

luz de la lámpara. Había algo en ella que le resultaba familiar, pero ¿por qué?

—¿Quién…? —Tan pronto como las palabras salían de su boca, la figura se movió y la luz cayó sobre una porción de piel clara y unos labios negros. Fue como si su cerebro recibiese un fogonazo y esa pieza del puzle se reuniese con muchas más hasta formar una imagen aterradora.

Dio un inmediato paso atrás, negando con la cabeza.

—Tú… —susurró retrocediendo hasta trastabillar con sus propios pies.

Había salido de la niebla. Su rostro había quedado iluminado por su linterna. Aun parcialmente oculto en esa amplia capucha, había visto algo que le puso los pelos de punta y la dejó paralizada. No era humano, sino una bestia. Había despegado los labios y sus incisivos superiores e inferiores no eran normales.

—No. Esto no es real —decidió al momento—. Es imposible. No es real.

—¿Elvia? —Su padre parecía preocupado—. Elvia, ¿qué pasa? ¿Qué te está haciendo?

El polvo. Recordó también. Le había soplado algo en el rostro.

—Me drogaste… ¡Qué mierda fue lo que echaste en la cara! Eso tiene que provocar alucinaciones. Es imposible… Todo esto es imposible.

Escuchó el cerrojo de la puerta y vio como esta cedía, rechinando cuando la madera fue empujada hacia dentro.

—Briar, solo es una chiquilla… —Escuchó que decía alguien detrás de él.

—Llevad al viajero al *Pozo*. —Su voz fue más clara, haciéndose más presente al tiempo que su enorme figura llenaba el vano de la puerta. Iba cubierto de la cabeza a los pies, su rostro oculto bajo esa amplia capucha. Solo podía apreciar el movimiento de sus labios y su mentón cuando hablaba—. Enviadlo de vuelta. Ella será la que se quede y pague el precio.

—¡No! —chilló su padre, quien tenía que estar escuchándole al igual que ella—. ¡Déjala! ¡Yo lo pagaré! ¡Haz lo que quieras conmigo, pero a ella déjala en paz!

—Como ordenéis, mi señor.

—¡No!

Elvia escuchó de nuevo el sonido del cerrojo a través de su puerta abierta, el rechinar de las bisagras y a su padre gritar y revolverse.

—¡Soltadme! ¡Elvia! ¡No la toquéis!

—¡Papá! —gritó y no lo dudó, corrió hacia la puerta, hacia esa figura con intención de apartarla, empujarla, lo que fuese con tal de llegar a su familia—. ¡Dejadlo en paz!

Logró alcanzar la puerta, pero cuando empujó a esa mole, ni siquiera se inmutó. Estaba dispuesta a pelear con uñas y dientes, pero ese mastodonte la inmovilizó con una rapidez impropia de alguien tan grande.

—Estaos quieta.

—¡Quítale las manos de encima! —Su padre no dejaba de intentar llegar a ella—. ¡No la toques!

—¡Papá! —Elvia gritó a pleno pulmón, luchando con los brazos que la anclaban a esa montaña que olía a tierra y a rosas, intentando llegar al hombre que arrastraban fuera de la celda—. ¡Dejadlo ir! ¡Soltadlo! ¿Qué estáis haciendo?

—Cada humano que atraviesa las zarzas ha de pagar un tributo. —La voz de la montaña fue como un trueno, retumbó en toda la estancia. Aun sin verlos, sabía que tenía los ojos clavados en ella, unos que no dudaría en arrancarle con sus propias manos en cuanto las tuviese libres—. Él pagará el de los dos.

—¡No! ¿Qué le vais a hacer? ¡Papá! —chilló histérica, debatiéndose contra él, pegándole pisotones, patadas, lo que fuese, pero ese patán la ciñó con más fuerza, dejándola casi sin respiración.

—Estaos quieta —gruñó, empujándola hacia la celda—. Es mi última advertencia.

—¡Elvia! No, espera. Tengo que verla. ¡Déjame verla! ¡Es mi hija!

La desesperación en la voz de su padre la rompió por dentro.

—No le hagas daño, por favor… —gimió. Por más que intentase luchar contra esa cosa, era imposible que hiciese algo efectivo—. Él

no ha hecho nada. No haría daño a una mosca. Dejadle ir… Solo dejadle ir. Yo pagaré ese tributo. Sea cual sea. Lo pagaré yo.

Su carcelero aflojó un poco su agarre.

—¿Lo harías? —preguntó en un volumen más bajo, casi podría decirse que suave, si es que existía algo así en semejante vozarrón —. ¿Ocuparás su lugar?

¿Qué podía hacer sino? Lo había prometido. Le había prometido a su madre que cuidaría de su padre, que velaría por él hasta que fuese capaz de seguir adelante por sí solo. No podía fallarle ahora.

Asintió lentamente con la cabeza.

—Dilo —exigió. El calor de su aliento le acarició el rostro, pero se negó a mirarle.

—Me cambio por él —afirmó con decisión. Entonces ladeó el rostro y miró en esa oscuridad, vislumbrando a duras penas sus facciones—. Pero te lo advierto. Si le haces un solo rasguño, si tus colegas o tú le herís de alguna manera, no habrá lugar sobre esta puta tierra en la que podáis esconderos y que no os encuentre para acabar con vosotros. Y lo haré, que no te quepa la menor duda de que lo haré, así me vaya la vida en ello.

—¡Elvia! ¡No! —jadeó su padre—. ¿Qué estás diciendo? ¡No! ¡No la escuches! ¡Yo lo pagaré! ¡Lo haré yo!

La montaña no se movió un solo centímetro, siguió ahí, mirándola en silencio. Entonces, las fuertes presas que la sujetaban se desvanecieron y se hizo a un lado.

—Dejad que se vean por última vez…

Esas palabras le helaron la sangre. La bestia se apartó de la puerta y allí estaba su padre, sucio, despeinado, pero aparentemente ileso. Un hombre alto, vestido de negro y envuelto en una especie de capa, lo sujetaba con firmeza del brazo. Al igual que su amo, llevaba la cabeza cubierta por una capucha. Había otro tipo, vestido de forma similar, aunque con tonos más claros, montando guardia junto a la escalera.

A Elvia le temblaban las piernas mientras atravesaba el umbral de la celda, con esa impresionante mole a su espalda. A la luz de las lámparas que colgaban de las paredes fue verdaderamente

consciente de su tamaño y de que, si intentaba algo ahora, era posible que le partiese el cuello como una ramita.

No quería semejante destino, la verdad. Y menos encontrarlo delante de su padre.

—Su libertad, por la vuestra —le dijo, dejando claro que no había otra salida—. Vos permaneceréis en el castillo y vuestro padre volverá indemne al lugar del que haya venido.

Elvia tragó.

—Hija, no le escuches —siseó Arthur, intentando acercarse a ella, pero su propio carcelero era lo bastante concienzudo para no soltarlo—. Yo me quedaré. —Insistió mirando a la montaña—. Déjala ir. Ocuparé su lugar, así que deja que vuelva a casa. No es más que una niña.

Era posible que cualquier otro día ese *«es una niña»* tuviese la respuesta que se merecía. Hoy ni siquiera le prestó atención.

—¿Y si digo que no? ¿Qué vas a hacer? ¿Me matarás? ¿Nos matarás a ambos? —preguntó volviéndose hacia su propio carcelero. Sabía que no era inteligente enfrentarse a alguien que te dobla en tamaño y que ya ha demostrado ser peligroso, pero en esos momentos cualquier pensamiento coherente se había esfumado de su cabeza.

—A vos os devolveré a esa celda, donde permaneceréis hasta que cambiéis de idea u os muráis de frío —replicó él.

—Briar… —El hombre que había estado montando guardia abrió la boca, pero un solo gesto de la montaña lo hizo callar.

Briar. Ese debía ser el nombre de la montaña. Lo había escuchado ya varias veces.

—Y vuestro padre será arrojado al *Pozo* —concluyó con absoluta frialdad.

Otra vez ese mentado pozo.

Arrojar a alguien a un pozo no era algo que sonase especialmente bien.

—¡No lo escuches! ¡Yo me quedaré! —insistió su padre. No había dejado de intentar soltarse, de llegar a ella—. Tú tienes toda la vida por delante, eres quien debe volver a casa y…

Negó con la cabeza y clavó la mirada en la única familia que le quedaba.

—Se lo prometí a mamá —confesó por primera vez en voz alta —. Ella sabía que no se quedaría, que tendría que dejarnos a los dos y… que no podrías seguir adelante solo. Le prometí que cuidaría de ti, que estaría a tu lado hasta que ya no me necesitases. Y sabes que los Cobe jamás rompemos nuestras promesas, papá.

El rostro del hombre palideció visiblemente. El dolor y el horror le cubrieron los ojos y también la culpa, una culpa que llevaba tiempo carcomiéndolo por dentro.

—¡No! Elvia Rose, no eres tú la que debe sacrificar…

—Es hora de que te hagas responsable de ti mismo, papá —le dijo cariñosa—. Es hora de que tú también cumplas tus promesas…

Le dio la espalda sabiendo que si seguía mirándole acabaría rompiéndose y miró a la montaña encapuchada.

—¿De verdad puedes enviarle al lugar del que hemos venido?

—Puedo enviarlo de vuelta al lugar del que vino sin que le ocurra ningún daño —afirmó con una seguridad que no dejaba lugar a dudas—. Lo juro por mi honor.

Por algún motivo le creyó. No tenía ni idea del porqué, pero lo hizo.

—Bien —afirmó y se volvió de nuevo hacia él—. Mientras él vuelva a casa sano y salvo, me quedaré aquí por mi propia voluntad.

—¡No! —Se desgañitó su padre, intentando soltarse de su captor, aunque sin éxito en tal empresa—. ¡No la escuchéis! ¡No sabe lo que dice!

—Hecho —declaró la montaña. Le hizo un gesto a su compañero que interpretó al momento—. Condúcelo al *Pozo* y haz que cruce el umbral.

—¡Elvia! —Se lo llevaron a rastras y no pudo quedarse ya quieta por más tiempo.

—¡Papá! —No llegó lejos, la montaña volvió a detenerla—. No. Tienes que dejar que me despida de él…

—No podemos hacer esperar más al *Pozo* —declaró impertérrito—. Si quieres que viva, debes dejarlo ir.

—¡Elvia! —Su padre se resistía con uñas y dientes, al punto de que ese tipo tuvo que llevárselo a rastras—. ¡Hija! ¡No lo hagas!

Se le partió el corazón, se encontró estirando el brazo libre hacia él, intentando alcanzarlo, pero era consciente de que no podía hacerlo, de que este era el final—. ¡Te quiero, papá! ¡No te preocupes por nada! ¡Voy a estar bien! ¡Lo prometo!

—¡Elvia!

Intentó moverse una vez más, pero él volvió a impedírselo, poniéndose esta vez ante ella, permitiéndole tan solo escuchar los gritos de su progenitor, los cuales fueron haciéndose menos audibles a medida que desparecía por las escaleras de aquel torreón.

Le fallaron las piernas y acabó de rodillas sobre el frío y duro suelo, unas solitarias lágrimas corriéndole por las mejillas mientras intentaba respirar, algo sumamente difícil en esos momentos. Con todo, se las ingenió para dejar escapar unas últimas palabras.

—Si descubro que no cumples con tu parte del trato y mi padre es herido o no vuelve a casa… —Levantó la cabeza y miró dentro de la oscura capucha—. Te mataré con mis propias manos.

Él se llevó una grotesca mano enguantada a la cabeza, se echó la capucha hacia atrás y Elvia vio ahora el rostro de la bestia en todo su esplendor. Era como mirar a un depredador, uno que podría destrozarla sin esfuerzo. Los planos de su rostro eran duros y afilados, con una fisionomía ancha, de huesos anchos. El tono de su piel era oscuro, canela, el cual se aclaraba en torno a sus ojos, boca y mentón, como si llevase puesta una máscara de lo más particular. Sus iris eran verdes, brillantes y, ahora que veía sus pupilas de cerca, eran diminutas, como las de un felino. Los labios oscuros, casi negros, ocultaban unos desarrollados caninos, lo sabía bien, y el pelo negro, largo y desgreñado, parecía la melena de un león.

Por un estúpido momento, el miedo la hizo verle como una versión oscura y gótica de *Leon-O*, pero el ser que tenía delante no era un personaje de una serie animada, era de carne y hueso y le provocaba un miedo primitivo.

—Podéis intentarlo, pero no puedo garantizaros que veáis cumplido vuestro deseo —aseguró y, verlo hablar fue vislumbrar esos colmillos—. Vuestro padre volverá a su lugar de origen sin

recibir una sola herida de nuestra parte. Eso es lo único que puedo prometeros.

Se volvió hacia el hombre que permanecía inmóvil junto a las escaleras y le dijo:

—Llévala al ala este. Desde ahora, esa será su prisión.

Entonces, antes de que volviese a abrir la boca, él sopló algo en su rostro y, una vez más, Elvia se sumió en la inconsciencia, aunque no antes de soltar un:

—Hijo de la gran… pu… ta…

CAPÍTULO 12

Briar se detuvo ante el *Pozo*. A simple vista no era más que una construcción de piedra, con una vieja polea. La nieve, por alguna razón, nunca lo tocaba, como si el invierno no le alcanzase. El enrejado de hierro que imitaban las zarzas rodeaba la construcción creando una especie de jaula, aislándolo por completo. La única forma de acceder a su interior era por medio de una puerta de dos hojas, la cual hoy volvía a estar abierta después de varias décadas.

Apretó los dientes. La magia crepitaba más allá del umbral, uno que no se le permitía cruzar. Lo había intentado, pero el dolor que lo recorría y el hecho de que acto seguido volviese a aparecer fuera del recinto, habían sido suficientes para hacerlo desistir de intentarlo… unas diez veces.

Él jamás saldría de aquí.

Miró a Tristan quien sujetaba al humano ahora inconsciente. El hombre había luchado con uñas y dientes para regresar con su hija. Se había enfrentado al capitán de su guardia con tal contundencia que a este no le quedó otra que reducirlo una vez más a la inconsciencia.

Tenía que darle crédito al tal Arthur Cobe. Había presentado batalla, se había atrevido incluso a amenazarlo y todo para proteger a su progenie. Solo por eso merecía cierto respeto.

Era la primera vez que dos viajeros llegaban al mismo tiempo a Winteria. Un misterio solo comparable al hecho de que el *Pozo* hubiese permanecido cerrado tras la llegada del señor Cobe, pero ahora que su hija también había cruzado, este permaneciese abierto.

El lugar reclamaba a los viajeros cuando era su momento. No sabía a qué se debía, aunque podía intuirlo, dada la manera en que se había marchado el último. Era como si el *Pozo*, o lo que quiera

que alimentase el poder que residía en él y que había aparecido justo después de que cayese sobre ellos la maldición, supiese el momento exacto en el que debía abrir sus puertas y a quién reclamar.

Si el hombre no estuviese dispuesto a regresar, las puertas se habrían cerrado para él, pero ahí estaban, abiertas de par en par.

—¿Realmente pensabais mantenerla en esa fría celda?

Miró a su compañero de soslayo y se encontró con sus tormentosos ojos azules. El hombre colgaba de su hombro como si fuese un fardo, pero no parecía preocuparle.

—No sabemos nada de ella —le recordó lo obvio—. No puedo permitir que los viajeros que lleguen a Winteria campen a sus anchas por el reino.

Y menos a una que tenía la lengua de una víbora y los modales de una tabernera. Esa mujer se había atrevido a amenazarle. ¡A él! Nunca, en toda su vida, se había visto ante tamaña irreverencia, ante semejante desfachatez. Esa criatura era como una pequeña bestezuela, lista para sacar las garras y clavar los colmillos, aun si fuese metafóricamente.

Debería haberla mantenido en esa celda aunque solo fuese para bajarle los humos, pero sabía que si lo hacía, London terminaría sacándola de allí antes o después y aún encima tendría que aguantar las miradas fulminantes de su consejero durante… sabe Dios cuánto tiempo.

Sabía por qué el cortesano había reaccionado de esa manera. Era la misma por la que Tristan había intentado interceder, aunque sin tanto éxito. Ellos todavía conservaban la esperanza de que se produjese un milagro.

Y ciertamente sería un milagro que él encontrase a esa mujer algo más que fastidiosa.

—Solo es una mujer, Briar, una chiquilla —mencionó el capitán —. La primera que pisa estas tierras desde… esa noche…

—Lo sé.

Tristan asintió ante su cortante respuesta y señaló las puertas abiertas.

—¿Estáis seguro de esto? —preguntó señalando con un gesto su carga.

—Las puertas estás abiertas —señaló con un gesto—. Su lugar no es este. —Miró al hombre inconsciente y gruñó para sus adentros —. Trátalo con cuidado. Le prometí a esa mujer que volvería a su hogar sin daño alguno por nuestra parte.

—Ha sido valiente —mencionó el soldado caminando hacia la entrada—. Cambiar su lugar con su padre.

—Valiente o una auténtica locura —replicó con un bufido—. Ya da lo mismo. Se quedará voluntariamente siempre y cuando él regrese. No hay nada más que decir.

Asintiendo y acatando de esa manera sus órdenes, el capitán de la guardia atravesó las puertas del *Pozo* con su carga al hombro.

Al contrario que él, los habitantes del castillo eran capaces de cruzar el umbral sin otra consecuencia que desvanecerse y reaparecer en el lugar en el que estaban cuando fueron hechizados. Tan pronto como Tristan atravesó esa línea divisoria, la magia crepitó. Podía sentirla en sus huesos, conectada con la tierra, con cada pedazo de su reino y, en cierto modo, también con su propia sangre. Como si el ser el regente del reino lo convirtiese también en una parte de este. Lo vio dejar al hombre en el suelo, frente al *Pozo*, antes de que su propio cuerpo se hiciese incorpóreo y desapareciese como si nunca hubiese estado allí.

Briar se quedó entonces mirando la figura en el suelo. No ocurrió nada de inmediato, lo cual no era necesariamente algo malo. La magia tenía sus propias reglas en Winteria, ya fuese a causa del hechizo o de algo más que escapaba a su entendimiento. Pero lo que esperaba acabó por ocurrir.

El suelo empezó a vibrar bajo sus pies, como si crease una especie de canción y, en cuestión de un parpadeo, el cuerpo inconsciente de Arthur Cobe desapareció de la vista. De manera inmediata, las dos alas de las puertas de forja empezaron a cerrarse por sí solas, confirmando que el *Pozo* había reclamado a quien quería reclamar. Si su intención fuese también reclamar a la otra viajera, las puertas habrían permanecido abiertas, pero por el motivo

que fuese, esa mujer, Elvia Rose, iba a permanecer en Winteria algún tiempo más.

Dándole la espalda a ese maldito lugar, dio media vuelta y regresó al castillo. La nieve seguía acumulándose día tras día, los cielos plomizos y los incansables copos seguían cayendo, haciendo que el invierno durase ya cien años. No podía recordar cuándo fue la última vez que vio un cielo azul, el sol o incluso las estrellas. Hasta la luna tenía problemas para atravesar con su luz esas espesas nubes grises que lo cubrían todo.

Dejó escapar un resoplido, obteniendo una nube de vaho, avanzó a zancadas, hundiendo las botas en ese espesor blanco. Daba igual las veces que paleasen las entradas, que abriesen los caminos. En pocas horas o incluso al día siguiente, tenían que empezar de nuevo.

Dejó atrás los jardines que una vez habían estado cubiertos de flores. Los rosales subsistían bajo aquella capa blanca, como si solo estuviesen dormidos, esperando una primavera que nunca llegaba. Hubo un tiempo en que era todo un espectáculo contemplar esa belleza desde las terrazas del castillo, en las que podía disfrutar de una merienda campestre o una fiesta bajo el sol. Pero esos tiempos habían quedado atrás, perdiéndose entre los muchos recuerdos de su juventud, de una vida disoluta que había dado como resultado su actual situación.

Dejó atrás los recuerdos al mismo tiempo que dejaba el terreno y subió las escaleras que conducían a la entrada principal del castillo, mas no llegó demasiado lejos. Nada más cruzar el umbral le salieron el mayordomo y el ama de llaves del castillo. Un par de jóvenes doncellas aguardaban en una esquina, procurando, como siempre, pasar desapercibidas en su presencia.

—Alteza, hemos preparado las estancias del ala este para vuestra invitada. Lord London nos informó que la dama se quedaría en el castillo… algún tiempo —le informó el mayordomo. A pesar de que no mostraba otra cosa que una entereza profesional, había una nota de curiosidad en su voz, como si quisiera saber más, pero no se atreviese a preguntar siquiera—. Ya he ordenado que se asee y limpie a fondo cada una de las estancias de esa ala.

No dijo una sola palabra al respecto, de hecho, intentó continuar con su camino, pero su ama de llaves le salió al paso. Pequeña, de figura voluptuosa, con el pelo gris recogido en un apretado moño y vestida como si fuese un cuervo; de negro de la cabeza a los pies, Laurel Doubs era una de las pocas personas en este castillo capaz de pararle los pies a un ejército.

O a él.

—¿Es verdad que habéis encerrado a esa pobre criatura en una de las celdas del torreón? —El verla con las manos en las caderas nunca era buena señal, pensó mirando a la dama por debajo del borde de la capucha.

—Ella… cruzó el zarzal. —No quería tener que justificarse, pero esa mirada era realmente intimidante—. No sabemos siquiera si es de fiar.

Esos ojos claros se entrecerraron y Briar deseó estar en cualquier lugar que no fuese este.

—¡Esa criatura estaba calada hasta los huesos! ¿En qué estabais pensando al dejarla en semejante cuartucho? —Lo señaló con un dedo, momento en que todos los presentes dieron un paso atrás—. Tenéis suerte de haber rectificado a tiempo, mi príncipe, porque de lo contrario vos seríais el que no iba a comer caliente en todo un mes.

La señora Doubs había sido su niñera y fue la única mujer capaz de sacarlo del oscuro agujero de rabia y destrucción en el que se había instalado después de la maldición. Si había alguien capaz de sacarle los colores aún hoy, esa era ella.

—La he acomodado en las habitaciones doradas. El fuego ha prendido en el hogar y las estancias ya estaban aseadas de esta misma mañana —le informó, alisándose el delantal, como si no acabase de comportarse como una dragona—. Gretchen y Elizabeth asistirán a vuestra dama como sus doncellas personales.

—No es mi dama —gruñó, pero la réplica quedó inmediatamente olvidada en cuanto se dio cuenta de lo que había dicho la mujer—. ¿Habéis dicho que hay fuego en el hogar de las estancias del ala este?

—No solo en el de la sala este, alteza —añadió Paisley con un carraspeo—. Precisamente quería hablaros sobre ello. Se me ha reportado que también se ha encendido la lumbre en las antiguas cocinas.

Briar sintió que le bajaba un escalofrío por la espalda. En cien años el fuego había sido un regalo esquivo. Por mucho que se esforzaran en encender alguno de los hogares, el fuego se extinguía a los pocos minutos. La leña no ardía, las llamas no calentaban, era como si el frío que habitaba entre estas paredes sofocase cualquier brizna de calor. Los únicos puntos de calor que habían conseguido mantener ni siquiera eran alimentados de forma normal. Un fuego prendía de repente en una estancia y seguía así día tras día, año tras año, a menos que lo apagase. Y si eso sucedía, como ya había comprobado, el frío en esa estancia se hacía casi glacial, siendo imposible volver a encenderlo de nuevo.

A día de hoy solo se utilizaban las estancias del castillo que tenían esos fuegos, pues era complicado mantenerse caliente en cualquier otro lugar.

No le sorprendía que los sirvientes hubiesen estado esperándole en la entrada. No se trataba solo de que hubiese un nuevo invitado en el castillo, una mujer, para más señas, sino que el fuego parecía haber vuelto con ella.

¿Sería posible que ella…? No. Eso era del todo imposible. Solo tenía que recordar la manera en que lo había mirado. Por no hablar de sus amenazas.

Ella solo se había quedado para salvar a su padre y más le valía tenerlo presente, pues parecía el tipo de mujer capaz de cumplir con sus amenazas.

Sacudió la cabeza e informó a todos los presentes:

—Mantenedla lejos del ala oeste —ordenó, dejando que sus palabras calasen en el mayordomo y el ama de llaves, así como en las doncellas que se mantenían apartadas—. Puede moverse libremente por todo el castillo, incluso por los jardines si no le importa el frío, pero tiene *estrictamente prohibido* acceder al ala oeste. ¿He sido claro?

—Se hará como ordenéis, alteza —confirmó Paisley al instante.

—Como deseéis, mi príncipe —afirmó también la señora Doubs.

Satisfecho con la respuesta de cada uno, asintió y continuó su camino y empezó a subir la escalinata principal. Tan pronto como alcanzó el primer descansillo, encontró a Tristan, quien salía en esos momentos del ala sur. Sin duda había regresado al salón de baile, una estancia en la que no había vuelto a entrar desde aquella noche. No podía cruzar ese umbral sin rememorar esa noche y estallar de rabia.

—Si ella sale del castillo, quiero que la sigas —le informó. No era necesario que especificase a quién—. No me importa lo que haga, solo… Que no cause problemas.

Asintió con la cabeza, acatando al instante su petición.

Sin una palabra más, le dio la espalda a aquella zona del palacio y se internó en el ala norte, para recluirse una vez más en el salón azul. Situado prácticamente en una de las esquinas del castillo, era uno de los pocos lugares en los que ardía el fuego de una chimenea y estaba lo bastante alejado de todo como para que nadie viniese a molestarle si no era estrictamente necesario. Aquel era su refugio, uno en el que podía permanecer durante horas, sentado en su butacón junto al fuego sin hacer nada más que perderse en sus recuerdos u olvidarse completamente del mundo y de su maldición. También se había convertido en un lugar de reunión para las dos únicas personas que toleraba en esos días, aunque hoy estaba tentado de borrar a una de ellas de la lista y cerrarle la puerta en las narices.

Sin embargo, cuando entró en la sala y vio la cantidad de libros y pliegos de papel diseminados sobre la mesa que dominaba el centro del salón, supo que para hacer realidad sus pensamientos, primero tendría que echar al hombre que ya estaba allí.

—Antes de que empieces a quejarte, la biblioteca sigue siendo un témpano de hielo. —London dejó el libro que tenía entre las manos y cogió otro—. Te mandaría a ti allí, pero estarías demasiado a gusto.

Briar optó por ignorarlo y fue a sentarse en su butaca, aunque no antes de rescatar el cuaderno de tapas moradas que vio en una esquina de la mesa.

—¿Qué hace esto aquí? —gruñó. Sus uñas negras casi se clavan en la tapa, lo que lo obligó a suavizar su agarre.

Levantando la cabeza lo justo para saber a qué se refería, su compañero señaló otros dos volúmenes y un par de pliegues de papel manchados de tinta.

—Estaba comparando tus escritos con algunos de los que aparecen en los libros —le indicó—. Hay algunas diferencias entre los relatos que has recopilado y las cosas que aparecen en los libros. Sutiles, pero aun así… dignas de tomar en cuenta.

London llevaba años intentando encontrar respuestas a lo ocurrido aquella noche, así como al hechizo que había caído sobre Winteria. La maldición no era lo único que preocupaba a su amigo y tenía buenas razones para ello.

—No hay nada en este cuaderno que no hayas leído ya —ladró llevándoselo consigo.

—Tienes razón, pero tu letra ha mejorado y eso hace más fácil la lectura —le soltó—. Un avance, dentro de tu habitual estanqueidad.

Desnudó los dientes, el bramido a punto de abandonar su garganta y acompañarlo de unas cuantas palabras que pondrían a ese hombre en su sitio.

—London, si quieres seguir de una pieza, déjale en paz. —La advertencia de Tristan precedió su llegada—. No es un buen día para pelearse.

—¿Es que acaso hay algún día que lo sea? —replicó este con un bufido—. Ningún día parece lo bastante bueno para decirle a este bruto que saque la cabeza del culo y haga algo más que sentarse y mirar el fuego.

—¡Está en una maldita habitación, con un puñetero fuego en la chimenea y atendida por doncellas! —siseó, volviéndose para enfrentarse a él—. ¿Qué más quieres que haga? ¡Esa mujer amenazó con matarme! ¡Tiene suerte si no vuelvo a encerrarla en esa celda!

—Prisionera en una celda, prisionera en una jaula de oro… —rezongó el cortesano.

—No es una prisionera —replicó irritado—. Le he dicho al servicio que le permita andar por el castillo e incluso por los jardines…

—Sí. Y me ha encargado vigilarla cuando salga fuera —confirmó Tristan dejándose caer en una de las sillas que rodeaban la mesa.

—El único lugar que le he vetado es el ala oeste —señaló categórico—. No la quiero allí.

El silencio se hizo ante la mención de esa parte del castillo y, cuando volvieron a hablar, el tono fue más relajado.

—¿Te das cuenta de que podría ser ella? —mencionó London con suavidad.

Briar guardó silencio, se acercó a la chimenea y se quedó de cara al fuego. Si tan solo pudiese sentir un poco de ese calor penetrando en su piel y no quedándose tan solo en la superficie.

—Sí, London. Me di cuenta en cuanto la vi emerger de entre las zarzas.

London de Turia era el sobrino del rey de Turia y alguien que, según sus propias palabras, no heredaría el reino ni aunque este se estuviese cayendo a pedazos. Era el último recurso, el ultimísimo en la línea de sucesión, lo que le había permitido hacer lo que le daba la gana.

Siempre había sido un vividor, más preocupado por la mujer que metería en su cama que por asuntos de estado, pero eso solo era un disfraz con el que se vestía, no quién era en realidad.

Lon había sido una de las víctimas de la maldición, por algún motivo que solo podía aventurar, no había sido expulsado como los otros invitados al baile, sino que había permanecido en el castillo, atrapado como todos los demás. Eso era lo que lo había motivado a llevar a cabo su propia cruzada contra esa hechicera e intentar descifrar el verdadero alcance de la maldición y hasta dónde llegaba el poder del hechizo que pesaba sobre todos ellos. Y, más allá de eso, también estaba interesado en saber qué vínculos antiguos tenía Winteria con la magia ancestral.

En todo el continente de Erisia, solo había un puñado de lugares en los que se podía acceder a la magia y no era un poder al

alcance de cualquiera, algo que, según había descubierto su amigo en su investigación, no había sido siempre así. Había existido un tiempo en el que su reino también había contado con esa energía ancestral y London estaba convencido de que esa misma energía era la que alimentaba al caprichoso *Pozo*.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que alguien cruzó a este lado? —preguntó su amigo—. ¿Dos décadas? ¿Tres?

—Dos décadas —confirmó Tristan—. No hemos tenido visitas desde entonces.

—Y esta vez han llegado dos de golpe… —mencionó London con gesto pensativo—. Dos viajeros en Winteria y al mismo tiempo.

—Se abrió para el señor Cobe y se cerró justo después, ¿no es así?

Asintió, todavía con la mirada fija en el fuego.

—Y ambos llegaron persiguiendo un animal blanco hasta un zarzal…

—La *magia salvaje* —murmuró su amigo, chasqueando la lengua a continuación—. Winteria los quería aquí por algo. A uno de ellos lo ha dejado ir, pero a la otra…

London dejó la frase en el aire. No hacía falta ni que la terminase. Era fácil de adivinar.

—La otra ahora está descansando y ya es hora de que algunos de aquí hagan lo mismo… —declaró Tristan, cogiendo a su amigo del brazo y empujándolo sin miramientos hacia la puerta—. Os dejaremos solo para que podáis descansar. Intentadlo al menos. Buenas noches, alteza.

—¿Bri? —Que London utilizase el diminutivo de su nombre era un indicativo de que no estaba tan enfadado con él como había supuesto. Ladeó la cabeza y lo miró desde el interior de la capucha —. No dejes que esa zorra gane. No le des esa satisfacción.

Asintió con la cabeza, fue todo lo que pudo hacer con respecto a su comentario.

Conforme con su respuesta, el hombre rodeó a su capitán con un brazo y juntos abandonaron la sala, dejándole por fin solo.

Solo cuando dejó de escuchar los pasos en el pasillo, se retiró la capucha de la cabeza y se hundió en la butaca, dejando por fin

que el calor del fuego le acariciase el frío rostro.

—Nada va a cambiar —murmuró, estiró la mano, dejó su cuaderno sobre la pequeña mesa auxiliar y cogió el tomo que había dejado ahí la noche anterior. Le había llevado mucho tiempo ser capaz de sujetar un libro sin romperlo, sin arrancarle las páginas al intentar pasarlas. Muchos habían acabado en la chimenea debido a su frustración solo para reaparecer intactos con la salida del sol en la biblioteca a la que pertenecían. Nunca había sido un gran amante de la lectura, los libros le irritaban. Solo los coleccionaba cuando eran objetos raros, creaciones únicas o por el simple hecho de llenar las inmensas estanterías dispuestas para ellos. Quería ser el único que disfrutase de esos tesoros, aun cuando jamás abandonasen las baldas que los catalogaban. Pero cien años y una maldición eran tiempo más que suficiente para cambiar de hábitos, sobre todo si existía la motivación adecuada.

Decidido a olvidarse unos instantes de la mujer que habían alojado en el ala contraria a la suya propia, abrió la cubierta e intentó sumergirse en la lectura.

Ya vería si lo conseguía…

CAPÍTULO 13

Apricow Green
Idaho
Estados Unidos

Un zumbido empezó a filtrarse en sus oídos. Escuchó lo que parecían ladridos, pero no estaba seguro si aquello era real o parte de una ilusión. No podía moverse, le dolía el cuerpo y algo húmedo parecía encharcarle los pies.

«¡Arthur! ¡Arthur Cobe!».

Abrió la boca, pero no consiguió que emergiese una sola palabra. En vez de eso, juraría que acababa de probar arenilla.

Los ladridos empezaron a hacerse más audibles. No, no podía ser una alucinación, aunque, ¿qué sabía él?

Elvia Rose. Le había fallado. No había podido salvarla y la había dejado atrás, en manos de… ¿Quién? ¿Qué y quiénes eran esas personas? ¿A dónde habían llegado? ¿Dónde habían estado?

Tenía la mente embotada, pero algunas cosas eran difíciles de olvidar y puede que más aún de creer, pero habían sido reales, ¿verdad?

—¡Arthur!

Volvió a escuchar su nombre. Si tan solo pudiese responder, si sus cuerdas vocales al menos colaborasen, podría…

—A… aquí. —Se esforzó por hacer pasar la palabra a través de la cerrada garganta. Se sentía igual que si lo hubiesen constreñido y lanzado contra una pared. O varias. Cada vez que intentaba

moverse, sentía que se le clavaban agujas por todo el cuerpo—. ¡Aquí!

Un graznido de un cuervo sonaría mejor que su voz, pero aquella llamada de auxilio pareció ser suficiente para el dueño de los ladridos, pues su tono se hizo más eufórico.

—Vamos, Cora. Búscalo, chica. Encuentra a Arthur. —Esta vez la voz estaba más cerca y, por algún motivo no le resultaba del todo desconocida.

El ladrido se volvió cada vez más y más cercano, hasta que prácticamente lo ensordeció. Una nariz húmeda, unas fauces llenas de babas se movieron por su cara. La alegría del animal solo era comparable a la suya propia.

—Buena… chica… —Se las ingenió para musitar, cosa que hizo que el can aullase como un condenado.

—¡Allí abajo! —escuchó por encima de la voz de alarma del perro—. ¡En la orilla del río!

—¡Arthur!

El animal decidió que ya había hecho bastante, así que se quedó junto a él, esperando a que su dueño se reuniese con ellos. Había hecho su trabajo, le había encontrado, así que ahora era cosa de los humanos, pensó él, agradecido de tener compañía.

Pasos, más gritos, silbidos… No pasaron más que unos pocos instantes hasta que llegasen hasta su posición.

—¡Está aquí! ¡Está vivo!

Alguien hizo sonar un silbato que resonó en todo el valle, mientras el que había dado la voz de alarma apartaba al can y se arrodillaba a su lado.

—¿De todos los lugares en los que podías echarte una siesta y decides hacerlo en la orilla del lago, amigo mío? —repuso el recién llegado, inclinándose hacia delante y pasándole las manos por encima—. ¿Estás bien, Arthur? ¿Puedes oírme?

Asintió con la cabeza, otra proeza más, y se las ingenió para replicar en voz alta.

—Puedo oírte. A ti y a esa escandalosa perra tuya, Cliff —respondió con voz rasgada.

Cliff Owens era un buen hombre, un cazador honesto y que conocía Apricow Green como la palma de su mano. Cuidaba del bosque y el bosque cuidaba de él, o eso era lo que decía siempre que estaba en la taberna del pueblo, tomándose una cerveza y charlando con alguno de sus compatriotas.

—Dale las gracias a la buena de Cora, viejo, ha sido ella la que ha encontrado tu penoso culo aquí abajo —aseguró el cazador con su característico vozarrón—. ¿Puedes moverte? ¿Te duele algo? No quiero incorporarte si te has golpeado en la cabeza o te has roto algo.

—No tengo nada roto —confirmó moviendo brazos y piernas—, ni me he dado ningún golpe… Necesitamos… Necesito volver a buscar a Elvia. Ella está… ahí fuera.

Intentó incorporarse, pero todo empezó a darle vueltas.

—*Wow.* Tranquilo, amigo. No te muevas, ¿vale? —Lo frenó el cazador—. Elvia estará bien. Ha estado buscándote con los demás. En cuanto te saquemos de aquí y lleguemos arriba, la avisarán de que estás de una pieza.

—No. No lo entiendes, ella está… No está aquí… —Cerró los ojos e intentó respirar a través de las náuseas que le estaban sobreviniendo.

—Cliff, ¿le habéis encontrado? ¿Cómo está?

Otra voz conocida, pensó, pero empezaba a tener problemas para identificarlas. ¿Por qué seguía ahí en el suelo? Necesitaba ponerse en pie, tenía que volver al zarzal y…

—Está de una pieza, aunque no descarto que tenga una conmoción —chasqueó el cazador, dirigiéndose al recién llegado.

Pronto vio unas botas y unos pantalones cargo. El propietario se agachó a su lado y no pudo menos que suspirar de alivio al verle. Él le escucharía. Le ayudaría a buscar a Elvia.

—Garret, muchacho… —Intentó moverse.

—Tranquilícese, señor Cobe. Ya está usted a salvo —lo retuvo contra el suelo—. Vamos a sacarle de aquí y llevarle al hospital.

¿Al hospital? No, él tenía que volver al bosque. Ella estaba allí, en algún lugar. Tenía que volver.

—Elvia Rose… —pronunció—. Elvia está…

El chico asintió.

—No se preocupe. Elvia está bien. Se unió anoche al grupo de búsqueda. Se enterará en breve de que le hemos encontrado —le aseguró—. La tendrá a su lado en menos que canta un gallo, se lo prometo.

—No… Ella…

Se quedó a media frase, pues el joven ya estaba hablando con el cazador, ideando la mejor manera de sacarle de allí lo antes posible.

—Habrá que hacer venir aquí a los servicios de emergencia, no sabemos…

Dejó de escucharles, todo en lo que podía pensar era en que Elvia Rose estaba sola en un lugar desconocido, que la había dejado atrás…

«Le prometí a mamá. Ella sabía que no se quedaría, que tendría que dejarnos a los dos y… que no podrías seguir adelante solo. Le prometí que cuidaría de ti, que estaría a tu lado hasta que ya no me necesitases. Y sabes que los Cobe jamás rompemos nuestras promesas, papá».

Esas palabras lo habían cortado como un cuchillo, por lo duras, pero también por lo reales que eran. Saberlo en lo más profundo de ti mismo era una cosa, pero oírselo decir a tu propia hija, escuchar en su voz el peso de esa realidad, era demasiado duro.

Ella nunca debió haber cargado con una tarea semejante. Él podía haber perdido a su esposa, pero su hija había perdido a su madre. ¡Su madre!

No. No podía fallarle de nuevo de esa manera y no lo haría. Así fuese la última cosa que hiciese en su vida, encontraría la manera de volver a ese lugar, donde quiera que estuviese, y traería a Elvia Rose a casa.

—Te encontraré… —murmuró. Las pocas fuerzas que había recuperado, que lo mantenían consciente, parecieron desvanecerse en cuestión de segundos. Ya no podía mantener los ojos abiertos, se sentía más y más agotado, pero eso no impidió que su mente siguiese repasando cada pequeño detalle, cada cosa que había

acontecido desde el momento en que llegó a ese lugar—. Te lo prometo, hija. Te encontraré… y volverás a casa.

—¿Arthur?

—¿Qué está diciendo?

—Creo que está delirando.

Las voces empezaron a confundirse hasta que prácticamente no fue capaz de entenderlas.

—Hay que sacarlo de aquí…

—Tengo la camilla plegable en la mochila.

—Vamos. Llamaré por radio a Sam para que llame a una ambulancia.

—¿Arthur? Arthur, ¿puedes oírme?

—Arthur. Aguanta, viejo. Te sacaremos de aquí.

Las voces se apagaron por completo y la inconsciencia al fin se lo llevó.

CAPÍTULO 14

Winteria Castle
Reino de Winteria

Le costaba caminar. Cada paso que daba la hundía más y más en la nieve, pero eso no la disuadió. Tenía que seguir avanzando, tenía que encontrarle.

Un zorro salió de algún lugar a su derecha, cruzó por delante de ella a la carrera, con una bufanda roja en torno al cuello que ondeaba detrás de él.

«Papá».

Era la bufanda de su padre. ¿Por qué la tenía el zorro?

«Espera».

Echó a correr detrás de él, pero era tan difícil moverse en esa nieve. No quería perderle de vista. Él lo guiaría a su padre, lo sabía.

Entonces esa montaña sombría se atravesó en su camino, atravesó la niebla y se plantó ante ella quitándose la capucha.

La bestia. Su captor. El señor del castillo.

«Si te quedas, él vivirá».

Sacudió la cabeza, se apartó de él. Quería huir, no quería quedarse allí, no podía hacerlo.

«¡Elvia!».

La voz de su padre gritando su nombre. Y allí estaba esa otra figura, arrastrándole a través de la nieve.

Echó a correr, pero no podía avanzar. La nieve era más y más espesa y la atrapaba. Ellos se alejaban. La niebla ahogaba sus voces hasta que ya no pudo ver nada. La angustia se instaló en su pecho y gritó a pleno pulmón…

—¡Papá! —Se despertó con su voz desgarrada por aquel alarido.

Elvia Rose se quedó inmóvil, respirando agitada. Parpadeó, los rescoldos del sueño todavía envolviéndola como una vieja película. Tardó unos segundos en ser consciente de su entorno, así como de la posición en la que estaba.

Acostada en una enorme cama con dosel.

—¿Qué…? —Miró a su alrededor, confundida.

Las cortinas estaban recogidas. Eran ligeras, de un suave tono crema en contraste con el brillante blanco del armazón de la cama. Bajó la mirada a las sábanas, solo para posarla sobre sí misma. ¿Qué demonios llevaba puesto? La prenda era exquisita, de un bonito tono azul claro, con el escote adornado por pequeños bordados en forma de flor. Era ligero, aunque no transparente, y lo bastante largo como para cubrirla hasta los tobillos.

Tragó. Su mente aligerándose, solo para hacer que los recuerdos que acudiesen a su mente le provocasen un intenso escalofrío.

Desde luego, esta no era una fría celda de piedra, con tan solo una puerta de madera como único mobiliario. La estancia en la que se encontraba ahora era enorme y tan acogedora como podía serlo un lugar con una decoración tan opulenta como aquella.

Salió de debajo de las sábanas y se arrastró por encima del colchón hasta los pies de la cama. El suelo estaba cubierto por una enorme alfombra sobre la que había unas zapatillas, a juego con la bata que descansaba sobre el escabel a los pies de la cama.

Se miró una vez más y sacudió la cabeza.

¿Quién la había vestido de esa manera? Ni siquiera podía recordar cómo había llegado a esta habitación.

—Primero una celda húmeda y fría y ahora una habitación que parece sacada de un palacio europeo —musitó mirando a su alrededor una vez más, constatando que incluso el mobiliario era lo bastante antiguo como para encajar en dicha descripción.

La chimenea en la que ardía un cálido fuego era lo bastante grande como para meterse ella misma dentro. Y luego estaba la

lámpara sobre un mueble de estilo renacentista; un quinqué cuya llama titilaba dentro del tubo de cristal.

—Esto no tiene ningún sentido… —musitó girando sobre sí misma, haciendo un rápido inventario de todo lo que había en esa habitación. Los ventanales, al menos un par de ellos, estaban cubiertos por densos cortinones y, cuando se acercó a ellos y los descorrió, solo vio oscuridad del cristal de las altas ventanas—. ¿Así que estoy prisionera en la casa de los *Bridgerton*?

Se estremeció de la cabeza a los pies, pero no era por el frío, el fuego del hogar caldeaba el ambiente, era algo más interno, la sensación de estar atrapada y no conocer la forma de escapar.

Sus ojos volaron de inmediato a la única puerta evidente en el cuarto. Antes de poder pensar dos veces lo que hacía, cruzó como una exhalación la habitación. Estaba dispuesta a aporrearla, a echarla abajo a patadas si hacía falta, pero tan pronto como puso la mano sobre la manija y empujó, se dio cuenta de que estaba abierta.

La recibió el intenso frío de un pasillo algo lúgubre y completamente vacío. Solo había un par de lámparas, también de aceite, ancladas a las paredes y no es que ofreciesen demasiada iluminación.

—Joder… —masculló retrocediendo al calor de la habitación—. ¿Por qué esto me parece una jodida trampa?

Cerró tras de sí y miró de nuevo en torno al dormitorio. No había ni rastro de su propia ropa, solo la bata a juego con el camisón. Hizo una mueca y decidió ponérsela. Era lo único que tenía para cubrirse y abrigarse, aunque la tela parecía más bien diseñada para lo primero que para lo último.

De nuevo intentó recordar cómo había terminado en esta habitación y, sobre todo, vestida de esa manera, pero no encontraba nada en su mente que le diese una sola pista.

No. Solo estaba él. Esa montaña de arrogancia masculina, con esos labios negros, esa piel dual y los desarrollados caninos amenazantes que le provocaban escalofríos.

Su voz profunda y atronadora todavía resonaba en su mente como una peligrosa amenaza. No había nada de compasión en esa

cosa, no había mostrado ni una pizca de remordimiento o de clemencia en sus demandas, solo había exigido un pago… y ella lo había reclamado para sí.

—Respira, Elvia, solo respira —se instruyó a sí misma.

Por Dios. ¿Qué había hecho?

Ahora empezaba a ser consciente de en qué se había metido, si es que alguien podía serlo de algo así sin pensar que estaba perdiendo la cabeza.

—Tiene que existir una explicación coherente y razonable —se dijo a sí misma—. Seguro que no es más que una… pantomima. Una representación o algo. ¡Sí! ¡Tiene que ser eso! ¿Un *scape room*? ¿Un *reality* de algún tipo?

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

Ni ella misma se creía lo que estaba diciendo, pero al menos no parecía tan descabellado como todo lo demás, ¿no?

—Seguí a ese zorro hacia el zarzal… —musitó, recordando el momento en que lo vio, en que vio la bufanda de su padre y aquel muro de zarzas—. Me metí en el maldito zarzal…

Se miró las manos y ahí estaban las marcas de los arañazos. Estaba claro que no se lo había imaginado.

—Avancé por en medio de las zarzas y entonces… —Se detuvo recordando la nieve bajo sus rodillas, entre sus dedos—. Mierda, Elvia. Que esto no es Narnia.

Ella no había atravesado un jodido armario, y aun así…

—No puedo creer que esté siquiera considerándolo una posibilidad… —gimió y se pasó las manos por el pelo con gesto desesperado—. Todo es culpa de Emma y sus historias.

Su amiga era una amante del folclore local, conocía todas las historias, las leyendas en torno a las antiguas tribus que habían poblado esa zona de Idaho. Recordaba haberla escuchado decir en alguna ocasión que los antiguos nativos americanos pensaban que el bosque de Apricow era la entrada al mundo de los espíritus, donde se encontraban sus antepasados o algo por el estilo.

Miró una vez más en torno a ella, escudriñó el techo, el cual estaba decorado con imágenes de flores o de alguna especie de jardín.

—No hay bisontes, ni lobos, ni cuervos, ni osos… Nada nativo por aquí —musitó dejando escapar una nerviosa risita—. No, no sigas por ahí, Elvia. No sigas.

Este lugar no era un tipi, ni tampoco una puñetera choza. Era un edificio de paredes robustas y heladas, un jodido castillo en el que habitaba al menos una bestia.

Se estremeció una vez más.

—Maldita sea. Para ya, cerebro.

Si seguía dándole rienda suelta a su imaginación, acabaría en una esquina, hecha un ovillo y llorando para que alguien viniese a salvarla.

—Tengo que salir de aquí —decidió. Giró sobre sus pies y un segundo después estaba saliendo a la puerta, solo para dar media vuelta y volver a entrar en busca de la lámpara.

No tenía su linterna, pero al menos tenía algo para iluminar el camino.

Lo primero que notó fue el silencio y el frío del corredor. Los espacios eran enormes, techos altos, pasillos anchos y paredes opulentas, pero frías. Había una sensación heladora que iba más allá de la simple ausencia de calor, como si todo estuviese congelado en el tiempo.

Se arrebujó en la bata y maldijo para sus adentros por no haber cogido la colcha de la cama y haberse envuelto con ella. Pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás, sobre todo porque no sabía si luego tendría el valor para volver a salir.

Dejó tras de sí puertas cerradas, largos pasillos con estatuas y, en la primera intersección que encontró, un encuentro entre dos tramos de escaleras optó por la que llevaba a una planta más debajo de su posición. Debía haber elegido el camino correcto, pues pronto empezó a escuchar el lejano murmullo de unas voces, aunque no estaba muy segura de dónde venían. De hecho, no lo descubrió hasta que llegó al final del segundo tramo de escaleras y se encontró de frente con dos doncellas.

Sí. *Doncellas*. Con uniforme, delantal y cofia, que se le quedaron mirando tan sorprendidas de verla como lo estaba ella.

—*Um*… ¿Hola?

Ambas saltaron como si las hubiesen pinchado. Una de ellas, con un bonito pelo castaño y ojos color miel, dejó inmediatamente las ropas que llevaba en brazos de su compañera y se acercó rápidamente a ella, dedicándole una pequeña reverencia.

—Gretchen para serviros, *milady* —se presentó la muchacha, pues no creía que tuviese más de dieciséis o diecisiete años—. ¿Puedo ayudaros en alguna cosa?

—Yo. Ah. —Se quedó completamente en blanco. Ni siquiera sabía qué decir o cómo justificar su presencia allí, pero su estómago no pareció tener problema alguno en hablar por sí mismo—. Oh, joder…

¿Podía un jodido lugar aumentar el sonido de unas tripas moviéndose? Porque podría jurar que las suyas acababan de hacer eco en toda la puñetera planta.

—Tierra, trágame… —gimoteó en voz baja, planteándose ya dar media vuelta y salir corriendo como alma que lleva el diablo.

—Gretchen, me parece que lady Elvia está buscan el camino hacia la cocina, ¿me equivoco, mi señora?

Se volvió como un rayo. Conocía esa voz, sabía que la había escuchado antes. Algunos escalones por encima de ella se topó con un verdadero Adonis. Pelo rubio ligeramente rizado sobre la frente, recogido hacia atrás en una coleta, claros ojos azules, una sonrisa pícara en unos labios llenos… Por algún estúpido motivo le vino a la mente uno de esos libertinos de los romances de regencia, con la camisa desabotonada por fuera del pantalón, el pelo revuelto, la casaca ligeramente arrugada… Él sin duda encajaba en esa descripción. Por no hablar de que parecía realmente alto y tenía unos hombros bastante anchos y el torso de alguien que hacía algo más que tirarse en un diván esperando a que le sirviesen.

No sabía si fue el color de la chaqueta o los característicos bordados en ella, pero supo de inmediato dónde lo había visto. En la torre, parcialmente oculto entre las sombras, al lado de la escaleras mientras el otro tipo se llevaba a su padre.

—Mi señora —le dedicó una burlona reverencia, entonces esos ojos se posaron de nuevo más allá de ella. Un vistazo a la doncella y

la vio ruborizada, los ojos brillantes y una sonrisa bobalicona en el rostro.

¿En serio?

—Gretchen, querida, ve a la cocina y pide que preparen un refrigerio para lady Elvia. Que lo traigan al salón azul —pidió con inesperada dulzura, entonces volvió a posar la mirada sobre ella al tiempo que bajaba los escalones de uno en uno—. Estaréis más cómoda a la lumbre del hogar. Me consta que el castillo puede ser un poco frío.

La manera en que la miraba le recordó por un momento a Garret, la única diferencia estaba en que este tipo no se la comía con la mirada y captó de inmediato su animadversión.

—Te recuerdo. —Lo fulminó con la mirada—. Estabas en la torre…

Su sonrisa no se desvaneció, pero sí perdió algo de esa picaresca, adoptando un tinte, ¿avergonzado?

—Y recordáis bien. —Se llevó la mano sobre el corazón e inclinó la cabeza en un firme saludo—. London de Turia, asesor, consejero y buen amigo del príncipe Briar, vuestro anfitrión.

¿Príncipe? ¿La montaña era un príncipe? Venga ya.

—Me disculpo por la… imperdonable falta de mi señor. Solo puedo decir que es bastante celoso de su territorio y que no solemos recibir visitas —añadió con gesto contrito—. Briar respondió… de manera exagerada, pero se ha apresurado en corregir sus errores. Os ruego que paséis por alto su desliz.

—¿El meter a alguien en una celda helada te parece un desliz? —Sacudió la cabeza, levantó las manos y dio media vuelta para continuar bajando las escaleras—. Yo me largo de aquí…

—Mi señora… —Lo escuchó bajar las escaleras y se habría vuelto para decirle cuatro cosas de no ser porque el desfile de esa noche parecía no haber hecho más que comenzar.

—London, dejad de molestar a lady Elvia. —Una nueva voz se unió a las presentes. Siguió su dirección y se topó con una verdadera matrona. Pelo gris, rostro lleno y ojos amables. Vestía con sobriedad, aunque eso no restaba en absoluto energía a sus gestos. La mujer no dudó en dirigirse también a la doncella, la tal Gretchen

—. Y tú cierra esa boca, niña. Ve a la cocina y diles que preparen la cena para la invitada del señor. Se servirá en el comedor principal.

—Sí, señora Doubs.

—Venga, señora Doubs. La dama se sentirá perdida y sola en esa mesa enorme. Se morirá de tedio —rezongó London, pasando por su lado para reunirse con la matrona a los pies de la escalera—. Que se una a nosotros en el salón azul. Al menos allí no se congelará hasta los huesos.

¿Nosotros? Eso implicaba más de una persona.

Antes de que pidiese declinar su invitación, lo encontró detrás de ella, poniéndole la chaqueta que acababa de quitarse sobre los hombros. Elvia acabó completamente engullida por la prenda que olía a hombre y diría que a bosque.

—No os preocupéis, lord London. Se ha encendido el fuego de la chimenea del comedor para confort de nuestra señora.

—¿El hogar del comedor principal? —parecía genuinamente sorprendido—. ¿Se ha encendido?

La mujer asintió y, un segundo después, tenía la mirada de ambos sobre ella. Fue un momento de lo más incómodo que la mujer no dudó en romper al acercarse y tenderle la mano.

—Venid, querida. No hagáis el menor caso a este crápula —le dijo con voz amable al tiempo que le quitaba la chaqueta que le acababa de poner el tal London, y la envolvía con un chal de lana que olía a rosas—. Soy la señora Doubs, el ama de llaves del castillo. —Le devolvió la chaqueta a su propietario y volvió a concentrarse en ella—. Vamos a cuidar muy bien de vos.

Miró el chal y a la dama y solo pudo decir:

—Gracias.

—No podemos permitir que cojáis un resfriado cuando acabáis de llegar —chasqueó el ama de llaves—. Venid. La lumbre está prendida en el comedor y podréis calentaros frente al fuego mientras esperáis por la cena.

Se dejó guiar, pero no sin antes echar un nuevo vistazo al hombre que volvía a ponerse su chaqueta con una nueva sonrisa curvándole los labios.

—Que pongan tres servicios más, señora Doubs —pidió mirando a la mujer—. Tristan y yo quizá podamos persuadir a Briar de unirse al mundo de los vivos durante una noche.

El nombre de su captor hizo que se tensara al momento.

—Mira que llega a ser molesto —escuchó farfullar a la mujer. No se molestó en responderle mientras la guiaba hacia el pasillo que se abría a la izquierda—. Ignoradle, a veces se comporta como un chiquillo.

—¿No me diga? —Elvia le echó un último vistazo y este le respondió guiñándole el ojo antes de volver a subir las escaleras de dos en dos.

—Sé que debe ser un cambio enorme para vos el estar aquí ahora, pero estaréis bien —le aseguró la matrona—. El amo es un buen hombre, cuando le conozcáis mejor…

—No tengo la menor intención de conocerle mejor —replicó casi de inmediato y con más brusquedad de la que pretendía—. No quiero ser grosera con usted, señora Doubs, pero no soy una *invitada* en este lugar, sino una *prisionera*.

Ella la miró y enarcó una ceja.

—No veo que vayáis encadenada con grilletes, querida.

—Algunas cárceles no necesitan de grilletes, pues es imposible abandonarlas sin encontrar la muerte —bufó en respuesta.

La mujer se detuvo en seco, haciéndola detenerse al mismo tiempo. La miró a los ojos y vio una mezcla de pena y de decepción.

—Sé que no estáis aquí por gusto, pero mi Briar os ha dado su palabra y no es de los que la da a la ligera —replicó con voz dura—. Podéis estar segura de que ha cumplido su palabra. Vuestro padre ha regresado a casa sano y salvo.

—Eso nunca lo sabré.

La dama se llevó ambas manos a las caderas y arrugó el ceño.

—Hablad con el príncipe —le dijo, como si fuese lo más normal del mundo, hablar con… esa montaña—. Él podrá aligerar esa preocupación en vuestro pecho.

—Claro, hablaré con el tipo que nos encerró en una celda y arrancó a mi padre de este lugar antes de que tuviese tiempo de darle un último abrazo —replicó irritada.

—Pero no habéis despertado en una celda, ¿verdad? —Señaló una vez más la mujer con ese tonillo que decía *«no seas tonta».*

Suponía que en eso tenía que darle la razón.

—No. No lo hice —admitió y aprovechó para preguntar—. Y eso me lleva a hacer una pregunta que no deseaba hacer, pero ¿puedo saber qué ha pasado con mi ropa?

—Estabais calada hasta los huesos y temblando de frío —respondió el ama de llaves con naturalidad—. Una de vuestras doncellas os desvistió y os puso ese camisón antes de meteros en la cama.

—Una de mis doncellas… —Dios, esto era cada vez más bizarro.

—Gretchen.

Ese nombre…

—¿La muchacha de antes?

Asintió.

—Vale. Pero ¿mi ropa?

—Tenéis todo un guardarropa en el armario de vuestro dormitorio —aseguró con la paciencia de una mujer acostumbrada a que le hicieran todo tipo de preguntas—. Vestidos, faldas, blusas, enaguas, ropa interior, zapatos, botas…

No pudo evitar sonreír con incredulidad.

—Espero que haya también algún pantalón, ¿o sería demasiado escandaloso?

—¿Más escandaloso que pasearos por el castillo en ropa de dormir?

Se miró y sacudió la cabeza.

—Llevo suficiente tela encima como para perderme en ella —resopló.

—Sí. Parece que procedéis del mismo mundo que lord Gibons.

—¿Lord Gibons?

—Uno de los viajeros que llegó aquí a través de las zarzas —compartió voluntariamente—. Vivió entre nosotros unos años. Era un erudito y también un inventor. Creó algunos de los artilugios que decía eran indispensables para su comodidad y de los que todos en

el castillo nos hemos acabado beneficiando, como la *cámara de baños*.

Cámara de baños. No pudo evitar sentir un notable alivio al escuchar aquello, pero su mente también se inundó de innumerables preguntas.

—¿Y ese lord Gibons sigue aquí? ¿En el castillo?

La dama negó con la cabeza y su semblante pareció entristecerse.

—Nos dejó hace algún tiempo y retornó a su hogar —compartió con ella y no dudó en posar una cálida mano sobre la de ella—. Por eso os digo que vuestro padre también ha vuelto a casa. Mi Briar jamás haría nada que os lastimase, sois su… invitada.

A Elvia no se le escapó esa pequeña vacilación, como si estuviese a punto de decir una palabra muy distinta. Pero, más allá de eso, parecía genuinamente sincera. O al menos, creía en lo que decía.

—¿Dónde está… *él*? —La pregunta acabó saliendo de su boca antes de poder darle una segunda vuelta.

—¿Con *él* debo suponer que os referís al príncipe Briar?

Briar. No dejaba de ser irónico que se llamase de esa manera[1].

—Lo encontraréis en el salón azul, en el ala norte —le informó y no dudó en añadir—. Quizá vos tengáis más suerte en hacer que deje ese lugar y se reúna con vos para la cena que ese par de tunantes. —Dicho eso, asintió para sí y miró a su alrededor como si esperase ver a alguien aparecer de un momento a otro. Y no falló—. Tim, ven aquí.

Un niño, que no podía tener más de seis o siete años, se acercó corriendo al ama de llaves.

—Acompaña a lady Elvia Rose al salón azul —le instruyó, al tiempo que le adecentaba la ropa, cosa que parecía molestar al crío —. Y no te quedes haraganeando por ahí. Hay mucho que hacer.

—Vale —asintió el niño y se giró hacia ella, dedicándole una reverencia propia—. *Milady*, es por aquí.

—La cena os estará esperando en el comedor —le recordó la ama de llaves antes de dar media vuelta e irse como si dejarla a

cargo de un niño de seis años fuera lo más normal del mundo.

—Esto es de locos… —farfulló.

—¿Decíais algo, *milady*?

Sacudió la cabeza y miró al chiquillo, que la esperaba unos pasos más adelante.

—No. Nada —balbuceó. Se aclaró la garganta y mencionó—. Entonces, ¿te llamas Tim?

—Timothy, *milady*, pero todos me dicen Tim —asintió y, tras un breve instante de vacilación, preguntó—. ¿Es verdad que os vais a quedar en el castillo?

—Parece que no tengo otra opción.

El chico solo la miró, entonces le dio la espalda y continuó caminando, escoltándola a través de una buena parte del castillo. Era increíble como cambiaba de una parte a otra, como si cada ala tuviese su propia decoración o viviese anclada en su propio periodo de tiempo. Lo único que era inalterable era el frío que envolvía a todo el lugar y que ni siquiera la luz de las lámparas conseguía alejar. No podía más que agradecer que la ama de llaves le hubiese puesto ese chal sobre los hombros, porque empezaba a tener verdadero frío.

Estaba por pedir al niño que la llevase al dichoso comedor, donde supuestamente había un fuego encendido, y olvidar la visita a su carcelero cuando este se detuvo al inicio de un pasillo y señaló con su dedito las puertas cerradas al final de este.

—Él está allí —le dijo y, antes de que pudiese decir algo al respecto, le dedicó una nueva reverencia y salió corriendo como si tuviese muchísima prisa.

—Bueno, si eso no es velocidad, no sé lo que es… —admitió con un resoplido, miró de nuevo el pasillo ante ella y avanzó—. Qué demonios. No he venido hasta aquí para nada.

Se detuvo ante una enorme puerta de madera labrada, lo bastante grande como para preguntarse cuánta fuerza haría falta para abrir esa cosa. ¿Por qué tenían la manía de hacer puertas tan altas en los castillos? No es como si sus habitantes fuesen gigantes, después de todo. Aunque el señor de este bien podría pasar por uno.

Quitándose todas esas ideas de la cabeza, respiró hondo y llamó.

—¿Qué? —El gutural gruñido que vino del otro lado la hizo dar un respingo. El vello se le puso de punta y ya no sabía si era porque estaba helada o por lo que evocaba ese tono.

—Soy… Elvia —respondió, alzando un poco la voz.

Hubo un breve silencio, hasta el punto de que pensó que no iba a obtener respuesta, pero entonces le llegó un:

—¿Qué queréis?

Miró la madera ante ella. ¿Así iban a ser las cosas? ¿Iba a hablar con él a través de una puerta? Que a ver, no es que le pareciese mal. Después de todo, no sabía si podía enfrentarle de nuevo cara a cara, pero… Joder.

—Mi padre. Arthur. Quiero saber si ha llegado a casa tal y como prometió.

—Ha vuelto al lugar al que pertenece —respondió y escuchar aquello le provocó una punzada en el corazón, pero también borró algo de su ansiedad.

—¿Está seguro? —insistió—. ¿Cómo sé que no lo ha encerrado en otra celda o…?

—Él ya no está en Winteria. —Su respuesta fue tajante, su voz densa y más animal que humana.

—Será capullo —farfulló para sí.

Se hizo de nuevo el silencio y entonces le escuchó de nuevo:

—¿Son vuestros aposentos aceptables?

—¿Comparados con qué? ¿Con la húmeda y fría celda de la torre? —replicó llevándose las manos a la cintura—. Sí. Son más que aceptables para una prisionera.

Le pareció oír un ruido al otro lado de la puerta, pero no lo identificó. En cambio, su respuesta llegó con total claridad.

—Desde que aceptasteis quedaros por propia voluntad, sois *mi invitada*, no una prisionera, Elvia Rose. —Escuchar su nombre con esa voz profunda le provocó un escalofrío—. El castillo es ahora vuestro hogar. Podéis ir a donde deseéis, excepto al ala Oeste.

—¿Por qué? ¿Tenéis más celdas allí?

—Sí —gruñó, un verdadero gruñido—. Y terminaréis en una si no obedecéis.

Resopló y puso los ojos en blanco.

—La señora Doubs ha dispuesto que la cena se sirva en el comedor principal —le informó y dio por zanjada la conversación con un—. Id y no me molestéis más.

¿Perdona? Se quedó mirando la puerta con la boca abierta. ¿Había escuchado bien? ¿Que no lo molestara más?

—Será hijo de la gran… —refrenó su lengua. No tenía caso que gastase saliva cuando era obvio que no iba a recibir ninguna respuesta más, pero aun así—. ¡Quiero pruebas de que mi padre ha vuelto a casa! ¿Me oye? ¡No me moveré de aquí hasta que me demuestre que ha cumplido con su parte del trato!

La frustración hizo que le diese un puntapié a la puerta. El golpe le dolió más a ella que a ese panel de madera, pues las zapatillitas que llevaba puestas apenas le protegían los pies del helado suelo. Estaba por ponerse a aporrearla con los puños, a fin de descargar un poco de su mal humor, cuando escuchó el sonido de una cerradura y acto seguido la puerta empezó a abrirse. Retrocedió por instinto, solo para ver salir del interior de la sala al mismo hombre con el que se había topado en la escalera.

—Al final va a ser verdad lo que dice, sois muy escandalosa, *milady* —aseguró London cerrando la puerta tras él—. Me ha pedido que os escolte al comedor. Tristan se nos unirá en breve. Briar, sin embargo, prefiere… cenar en soledad.

Fulminó la puerta con la mirada, pero se contuvo de propinarle una nueva patada o, peor aún, hacer algo tan estúpido como entrar ahí dentro.

¿Es que no se acordaba de quién y qué era él? No era humano, por el amor de Dios, no lo era.

Dejando escapar un resoplido, Elvia giró sobre sus zapatillas y volvió sobre sus pasos, con esa nueva escolta siguiéndola de cerca.

CAPÍTULO 15

—Briar, la necesitáis para romper la maldición. —Tristan señaló la puerta cerrada—. ¿No es para eso que le pedisteis que se quedara? Sería un buen comienzo que acudieseis a la cena en su primera noche en Winteria, en vez de decirle *«no me molestes».*

Gruñó y se volvió hacia el capitán de su guardia, quien solo se dirigía a él de esa manera informal cuando estaban a solas.

—¡La has oído! ¡Se ha atrevido a sugerir que no he cumplido mi parte del trato! ¿No le ha servido mi palabra como aval? —replicó señalando hacia la puerta—. ¿Quién se cree que es esa mujer?

El capitán dejó escapar un resoplido y señaló lo más evidente:

—Alguien que ha perdido a su familia en un abrir y cerrar de ojos —le recordó con suavidad—. Después de la manera en la que os condujisteis en la torre, no debería sorprenderos tanto su actitud. La tratasteis como a una prisionera.

—¡La he instalado en el ala este y le he permitido moverse por todo el castillo! —siseó señalando lo obvio—. ¿Qué prisionero tiene tanta libertad? ¡No está encerrada en una celda, aunque, vista la manera en la que se conduce, quizá debería estarlo!

Esa mujer no sabía lo que era el agradecimiento. Podría haberla mantenido en ese húmedo lugar, ¿es que no se daba cuenta de ello?

—Solo es una muchacha asustada, en un lugar desconocido y lejos de lo que conoce… —le recordó con su habitual franqueza—. No es el primer *viajero* al que alojáis en el castillo. Si esa mujer viene del mismo lugar que lord Gibons, la existencia de la magia y lo que conlleva escapa a su entendimiento. Charles hacía a menudo mención sobre ello. En su mundo no existe la magia, no de la forma en la que corre por el reino, no como se revela en Winteria. No

podría asegurarlo, pero dada su forma de vestir, de hablar… No me sorprendería si fuese contemporáneo del inventor.

Charles Gibons, el último viajero que había llegado y abandonado Winteria. El hombre había llegado desde otro mundo, un lugar que difería mucho de cualquiera de los reinos de Erisia. Las cosas de las que le había hablado, los inventos que había creado eran completamente ajenos a este reino invernal. Su capitán no erraba en su presunción. Tanto el padre como la hija podían muy bien haber llegado desde ese mismo lugar.

—Me veo en la obligación de sugeriros que dejéis a un lado vuestro disgusto y hagáis acto de presencia en el comedor —concluyó Tristan—. El castillo ya le ha dado la bienvenida, ¿no debería hacerlo también su príncipe?

Dejó escapar un bajo gruñido a modo de respuesta, cosa que hizo suspirar a su capitán.

—Como gustéis. Quedaos entonces aquí, a la luz de la lumbre, con vuestros libros y ese encendido mal humor —le dijo y señaló la puerta—. Me ocuparé de que London no cometa ninguna estupidez y vuestra invitada no decida salir corriendo del castillo.

Dicho eso, se inclinó ante él y abandonó el lugar, dejándole de nuevo solo.

Tristan y London habían interrumpido en su refugio hacía tan solo unos momentos. Su consejero y amigo venía a informarle que se había encontrado con su invitada merodeando por el castillo. La señora Doubs, bendita fuera, se había hecho cargo al momento de la criatura, ocupándose de sus necesidades.

«Tu invitada se estaba muriendo de hambre».

Frunció el ceño al recordar las palabras de su amigo.

No había esperado que recuperase la consciencia tan pronto y menos aún que dejase sus aposentos en plena noche. Había ordenado que la alojasen en el ala este, porque era el único lugar en el que pensó que no podría causar problemas. Y ahí estaba, haciendo justamente eso tan solo unas horas después.

Resopló recordando las palabras de London:

«La señora Doubs estaba encantada de servirle la cena en el comedor principal. El fuego ha vuelto a esa estancia, Briar. Si esto no

es una señal, no sé qué lo es». Le había dicho él, visiblemente excitado ante tan inesperada noticia. Había parloteado durante un buen rato sobre cosas que, en honor a la verdad, ni siquiera había escuchado, solo para rematar con un: *«Le he pedido al ama de llaves que pusiese servicio para los tres. No querrás dejar a tu invitada sola en su primera noche en Winteria Castle, ¿verdad?».*

Ese viejo castillo volvía a hacer de las suyas. Esa sala llevaba años sin usarse, olvidada para todos con excepción del servicio encargado de su limpieza. Los sirvientes parecían necesitar entretenerse en algo y no hacían más que adecentar esto y aquello, incluso si las puertas permanecían cerradas a cal y canto. Y hoy, precisamente esta noche, la chimenea de esa estancia decidía iluminarse. Estaba claro que la presencia de esa muchacha no era algo tan inocuo como había pensado que podría ser. Ella había despertado algo en ese castillo. Era apenas un murmullo, un cambio en el ambiente, uno que podía sentir en su propia piel, algo que… más que verlo o tocarlo, solo sentía que estaba allí, esperando el momento oportuno para ponerse en marcha. Y eso lo inquietaba.

Estaba acostumbrado a la soledad. A que la gente le temiese, que evitase todo contacto con él, a que se escondiesen de su vista, pero ¿que viniesen a buscarle a su retiro y poner a prueba su paciencia? Él era el señor aquí, el que daba las órdenes, no quien las obedecía.

Elvia Rose no era el tipo de mujer en la que habría posado sus ojos en el pasado. Y no es porque no fuese bella, había algo en ella que resultaba… llamativo, pero su carácter… Era como un vendaval, una repentina tormenta de nieve dispuesta a sepultarlo bajo insultos y amenazas.

Dejó la butaca y el libro que había intentado leer y abandonó la sala. Tan pronto como dejó atrás el salón azul y se internó en el castillo, fue perdiendo el calor y sumergiéndose de nuevo en ese frío helador que se había adueñado de cada piedra de la vieja construcción. Abandonó el ala norte y subió al único lugar del castillo al que había prohibido la entrada a todo el mundo. Nada más entrar en el ala oeste se percibía su estado de abandono. El polvo formaba una capa gris sobre todas las cosas, las paredes conservaban las

huellas de sus garras, de su ira, de los días en los que se había abandonado por completo a la bestia. No tardó mucho en entrar en sus propias estancias. El fuego también ardía en la chimenea de sus habitaciones, pero por más que lo alimentase, el calor nunca llegaba a caldear este lugar.

Los cortinajes que cubrían las ventanas habían visto mejores épocas, pero no fueron estos los que apartó, sino los que una vez habían enmarcado la ubicación de un retrato familiar ahora extinto y que ahora ocultaban el último regalo que le había hecho la hechicera antes de abandonar Winteria.

El espejo que aquella noche había ocupado un lugar principal en el salón de baile ahora estaba relegado a esta habitación, a este rincón, oculto tras las raídas cortinas. Aquel que una vez fue admirado y causa de admiración, ahora era un objeto deslucido, con la superficie acristalada resquebrajada por sus propias manos. Este fue el primer espejo que le mostró a la bestia, que fue testigo de su horror, el dolor y la inconmensurable rabia que lo dominó por primera vez. Ya no era capaz de mirarse ya en él, pero había descubierto que sí podía ver a otras personas con las que había tenido contacto. Solo tenía que pedirlo y su presente se revelaba en la quebrada superficie.

—*Muéstrame a Elvia Rose.*

Con el sonido de un chisporroteo, la superficie empezó a recomponerse, el cristal pareció fundirse de nuevo, arremolinándose en torno a una especie de neblina que desapareció dando paso a la imagen de aquella mujer entrando en el corredor en compañía de London. Las lámparas estaban encendidas, al igual que el fuego de la chimenea, tal y como le había comunicado su amigo. Pero sus ojos siguieron sobre ella, la causante de todo el revuelo.

Iba vestida con ropa de cama, con un chal de lana cubriéndole los hombros y su melena flamígera cayéndole por la espalda. Era una visión muy distinta a la que había tenido de ella con esos calzones. En ese momento solo le había parecido una mocosa malhumorada, pero ahora…

Pasó la zarpa sobre el espejo cuando la imagen empezó a diluirse, dejando tras de sí de nuevo esa superficie hecha pedazos.

Dejó caer la cortina, ocultando de nuevo aquella ventana mágica y le dio la espalda al objeto.

—No seas ingenuo —murmuró para sí—. Ella nunca te verá como otra cosa que no sea el monstruo de este castillo.

Como la bestia que le había arrebatado a su padre, condenándola a permanecer para siempre en este reino congelado a cambio de la libertad de su progenitor. No había un solo motivo por el que Elvia Rose quisiera quedarse aquí con él, menos aún mirarle a la cara.

Este era su castigo. Siempre lo había sido y siempre lo sería.

Y, sin embargo, ¿por qué su aparición parecía traer consigo una esperanza que hacía mucho tiempo había dado por perdida?

Se miró las manos. No eran humanas. Por más que se pusiese guantes, calzase botas y se vistiese como un hombre más, no lo era. Era un monstruo, la *Bestia de Winteria,* y mucho se temía que seguiría siéndolo hasta el final de sus días.

Dejó escapar un poderoso gruñido de rabia, aunque también podía interpretarse como desesperación.

Ella no debería haber atravesado el zarzal, pero ahora que lo había hecho, no podía dejarla marchar.

Dejando escapar un bajo gruñido de puro disgusto, salió en tromba de la habitación. Necesitaba hacer algo para aplacar su creciente frustración, porque si se quedaba aquí, acabaría destrozando las paredes de aquella maldita estancia.

CAPÍTULO 16

—No os toméis en serio las palabras de Briar, no iban realmente dirigidas a vos.

Elvia miró a su acompañante, el cual la había guiado a través del castillo hasta esta nueva estancia. Opulencia, esa era la palabra para describir esta habitación. La mesa era tan grande que prácticamente necesitaría un teléfono o desgañitarse para comunicarse entre las cabeceras.

London la había acompañado a una de las sillas situadas en el centro de la mesa, por su proximidad con la chimenea. El fuego ardía con viveza, caldeando el lugar y borrando de una vez el frío que se le había metido en los huesos. Por fin volvía a sentir los dedos de los pies.

Era de agradecer que London se hubiese abstenido de hacer comentario alguno con respecto a la conversación que mantuvo con su carcelero mientras la escoltaba a través del lugar. De hecho, esta era la primera vez que lo mencionaba.

El tipo seguía vistiendo la misma ropa que antes, con la salvedad de que ahora se había metido la camisa por dentro del pantalón y no parecía recién salido de la cama. Se había sentado en la silla contigua a la suya, no sabía si por darle conversación o porque también quería estar cerca del fuego.

Había otro servicio de mesa dispuesto delante de ella y un cuarto en la cabecera de la mesa, pero sus respectivos comensales no habían aparecido y, al menos en el caso de uno de ellos, sabía que no aparecería.

—¿Quiere decir que había más puertas a través de las que estuviese manteniendo una conversación? —replicó con profunda ironía.

El tipo hizo una mueca, pero estaba claro que le había hecho gracia su comentario.

—Hace tiempo que no tenemos invitados en el castillo, así que sus modales están algo oxidados.

—Con semejante anfitrión, no me sorprende lo más mínimo —aseguró y añadió—. Si mete a todos sus visitantes en una celda y amenaza con arrojarlos a un pozo a menos que decidan quedarse voluntariamente en sus dominios… No sé, llámame loca, pero no creo que haya nadie que tenga ganas de visitarle y mucho menos ser su huésped.

Se la quedó mirando en silencio, entonces chasqueó la lengua y se apoyó en el respaldo de su propia silla con gesto indolente.

—Si así es como os habéis dirigido a él en todo este tiempo, empiezo a entender que esté de tan mal humor.

—La que tendría que estar aquí de mal humor soy yo, no ese… ese… *Ogro de montaña*.

—¿Ogro? —repitió él, sus ojos azules abriéndose ligeramente.

—¿Prefieres *cavernícola, neandertal, animal, imbécil, cerdo*…?

—Me hago una idea, *milady*, me hago una idea —asintió entre sorprendido y divertido—. No os cae bien.

—¿Por qué tendría que caerme bien alguien que no tiene problema alguno en meterme en una celda, amenazar con lanzar a mi padre a un pozo y obligarme a elegir ocupar su lugar para salvarlo de semejante destino? —resumió con sequedad—. Tiene suerte de que no le haya apuñalado todavía.

—Habéis dicho *todavía* —dijo su acompañante, señalando los cubiertos a su alcance con un gesto de la barbilla—. ¿Debería preocuparme por esconder los cuchillos?

—Lo que debería preocuparte es tener que hacer esa pregunta —resopló. No añadió nada más, pues en ese momento las puertas francesas que daban acceso al salón se abrieron y apareció la señora Doubs seguida de una fila de doncellas y lacayos con uniformes y libreas que traían una gran cantidad de fuentes. Al momento, el aroma de la comida inundó la estancia y su estómago le recordó que llevaba tiempo sin comer—. Espero que eso no sea todo para aquí.

—Lo es —aseguró el tipo a su lado, inclinándose para añadir—. Y solo es un aperitivo.

¿Solo un aperitivo? ¿Estaba de broma?

Su zona de la mesa se llenó de inmediato de todo tipo de platillos fríos y calientes, pan recién hecho, mantequilla, dulces… No había visto tanta comida y tan diversa en su vida.

—Si algo no es de vuestro agrado, no dudéis en comunicármelo, querida. No os lo volveremos a servir —le dijo la ama de llaves. La vio mirar hacia la cabecera de la mesa y hacer una mueca de disgusto, entonces posó sus ojos sobre London, quien negó brevemente con la cabeza. Sus siguientes palabras casi le arrancan una risita, pues le recordaron a una madre farfullando contra la falta de modales de un hijo—. Testarudo.

—Todo tiene un aspecto increíble, señora Doubs, pero ni siquiera llevando un mes sin comer podría abordar todo esto —aseguró, fingiendo no haber escuchado su resoplido.

—No os preocupéis, Tristan y yo tenemos buen apetito —mencionó London, indicando al hombre que acababa de entrar por la puerta y se detenía ante el cubierto que había al otro lado de la mesa, frente a ellos—. Deduzco que no lo has convencido, ¿eh?

El recién llegado negó con la cabeza y posó sus ojos del color de la tormenta en ella.

—Disculpad el retraso, mi señora. —No sabía que le sorprendió más, si la suavidad de su voz o la reverencia que le dedicó. Él, el mismo hombre que había retenido a su padre y luego se lo había llevado, cumpliendo las órdenes del ogro de montaña—. Mi señor os ruega que lo disculpéis. No cenará esta noche con vos.

—Una verdadera lástima que no hubieses decidido hacer lo mismo —soltó de golpe. Sabía que estaba siendo brusca y desagradable. Pero, joder, ese hombre se había llevado a su padre a rastras.

El tipo se limitó a sonreír de forma soslayada y tomó asiento con lentitud. Sus movimientos eran elegantes, pero también muy medidos. Cogió la servilleta y se la llevó al regazo, haciendo que ella misma se sonrojase al no haber hecho lo mismo para empezar.

No estaba acostumbrada a este tipo de protocolo, ni tampoco a cenar a las tantas de la madrugada en un castillo, pues suponía que esa debía ser la hora. Había visto un antiguo reloj de pared en uno de los pasillos, pero estaba parado, como si el tiempo se hubiese congelado para él.

—Veo que ya conocéis a nuestro capitán de la guardia —mencionó London, quien parecía genuinamente divertido con todo aquello—. Tristan puede llegar a ser algo brusco algunas veces. Es un fiel soldado de su alteza y también un buen amigo. No seáis tan dura con él.

Ladeó la cabeza lo justo para mirar a su interlocutor.

—Se llevó a mi padre a rastras —replicó con voz engañosamente dulce antes de clavar los ojos en el destinatario de su creciente rabia—. Tiene suerte si no le clavo el tenedor en las pelotas.

Una tos, un par de jadeos y una risita mal disimulada por parte del ama de llaves acompañó a las miradas incrédulas de los dos hombres.

—Acabáis de… —London no llegó a terminar la frase, pues se echó a reír a carcajadas—. Por Dios. Esto va a ser mucho más divertido de lo que pensé.

—London, compórtate —carraspeó Tristan, al parecer era el único capaz de mantener la compostura.

—Amigo mío, yo que tú empezaría a proteger… *mis pelotas.* —Nada más pronunciar ese par de palabras, se echó a reír de nuevo hasta que le saltaron las lágrimas—. Ay, *milady,* sois lo más refrescante que hemos tenido por aquí en mucho tiempo.

—Mi nombre es *Elvia Rose* y no es necesario que me llaméis *milady* a cada rato. Carezco de nobleza alguna —resopló ella. Sacudió la cabeza y se frotó la frente—. Esto es de locos. Aquí estoy, sentada a una mesa en la que cabría un equipo de fútbol, con comida para un regimiento, rodeada de sirvientes y en la compañía de dos individuos que parecen salidos de los *Bridgerton.*

—¿*Los Bridgerton*?

—Es una serie de televisión.

—¿Una qué?

Levantó la cabeza y negó.

—Olvídalo. —Lo mejor sería que empezase a hacerlo ella misma, porque si seguía intentando encontrarle el lado lógico a todo esto, acabaría enloqueciendo.

—¿Por qué no probáis la sopa, querida? —sugirió el ama de llaves con su característica voz maternal. Tomó el plato sopero de su servicio y se la sirvió. El aroma que le llegó provocó que le crujiese de nuevo el estómago—. Os sentará bien llevaros algo caliente al cuerpo.

Asintió y se volvió con una pequeña sonrisa hacia el ama de llaves.

—Gracias, señora Doubs —le dijo. Agradecía su presencia entre tanta testosterona.

—Que la disfrutéis, *milady.*

—Elvia, por favor —pidió, aunque lo cierto es que casi sonaba a súplica—. Solo Elvia.

—Como deseéis, Elvia —asintió y señaló el plato—. Ahora, comed.

La mujer se encargó de que el resto de los comensales fueran debidamente atendidos antes de retirarse junto con el servicio. Solo quedaron ellos tres para disfrutar de la cena.

No cabía duda de que la mujer había tenido razón con lo de llevarse algo caliente al cuerpo. La sopa no solo estaba deliciosa, sino que la hizo sentirse mejor, si es que eso era posible dadas las circunstancias. Aunque, sentada aquí y con toda esa comida delante, no pudo evitar pensar en su padre y en qué condiciones estaría.

¿Habría llegado a casa? ¿Estaría bien? ¿Y si seguía perdido en el bosque? ¿Y si le había pasado algo?

Dejó la cuchara a un lado y se envolvió con los brazos. Tuvo que parpadear varias veces para alejar las lágrimas que amenazaban con inundarle los ojos, pero no era fácil.

—¿Estáis bien?

La pregunta hizo que levantase la cabeza y se encontrase con los ojos verdes de Tristan. Había una preocupación inesperada en su mirada.

—No. No estoy bien. ¿Cómo puedo estar bien cuando no tengo la menor idea de cómo se encuentra mi padre? —replicó luchando contra sus propias emociones—. No habéis dejado ni que me despidiese de él. —Las primeras lágrimas aparecieron y resbalaron por su rostro—. Maldita sea. Yo soy lo único que tiene. No sabe arreglárselas solo. Estos últimos años ha sido un auténtico desastre. Es como si le hubiesen arrancado un pedazo de sí mismo y fuera incapaz de recomponerse…

—Su esposa. —Elvia se dio cuenta de que no estaba haciendo una pregunta, sino afirmando un hecho—. La perdió, ¿no es así?

—¿Cómo sabes…?

—El zarzal solo permite pasar a aquellos que han sufrido una gran pérdida en el corazón —respondió London a su lado—. Él llegó aquí porque seguía buscándola…

¿Eso era verdad? Nada más hacerse esa pregunta supo cuál era la respuesta. Sí, por supuesto que lo era. Su padre nunca había olvidado a su madre y la extrañaba tanto o más que ella misma.

—Era también vuestra madre —añadió Tristan, su mirada fija sobre ella—. Esa es también vuestra pérdida. Mis condolencias.

—Mis condolencias —añadió al mismo tiempo London, una respuesta inesperada por parte de ambos y que la dejó sin saber qué decir.

—Sé que no mitigará vuestra pena, pero os aseguro que vuestro padre ha vuelto al lugar del que él y vos procedéis. *El Pozo* decidió abrirse para él y lo ha enviado a casa.

El Pozo. Había escuchado innumerables veces ese término, pero la imagen que evocaba en su mente la hacía estremecer.

—Dime que no has lanzado a mi padre dentro de un agujero o lo que sea —pidió clavando la mirada en él—. Porque si has hecho algo semejante, yo… —Antes de darse cuenta, había aferrado con fuerza el cuchillo y no dudaba que acabaría cometiendo una locura.

—No, *milady*, nadie ha sido jamás lanzado por el hueco de ese pozo —le aseguró él con esa fría seriedad. Su rostro no dejaba lugar a otra cosa que un total convencimiento—. No es así como funciona.

—¿Qué quieres decir?

Ambos hombres se miraron y London se encogió de hombros en silenciosa respuesta.

—No es como si no fuese a encontrárselo si decide pasear por los terrenos —replicó este último, quitándole el cuchillo de la mano y dejándolo de nuevo sobre la mesa con una sonrisa amable—. No queremos que os lastiméis.

—¿Contarme el qué? —insistió, ignorando que la hubiese neutralizado como una posible amenaza.

—El reino de Winteria está… encantado —respondió, como si fuese lo más normal del mundo.

—*Encantado.* —Ahora fue ella la que acabó repitiendo las palabras de su interlocutor.

—El reino ha sido condenado a un invierno eterno, a permanecer fuera de las mentes y de la conciencia de las gentes de Erisia —añadió Tristan—. Las zarzas son el único medio por el que se puede acceder a este lugar e incluso así, tiene un costo. Solo los corazones que han perdido algo pueden atravesarlas.

—Y como todo lugar con una puerta de entrada, también hay una de salida. —No le costó mucho llegar a esa conclusión.

—Así es —confirmó London—. *El Pozo*. Pero no es una puerta que esté abierta continuamente. Solo cuando este así lo desea o sea necesario que se abra. O eso es lo que creo. En cien años, no lo he visto actuar de otra manera.

Elvia se quedó sin habla, mirando a London, intentando que las palabras que acaban de salir de su boca penetrasen en su mente.

¿Cien años?

—*Wow.* Espera —pidió levantando ambas manos—. ¿Cómo que en *cien años*? —Saltó de uno a otro, contemplándolos a ambos. No podían tener más de treinta, incluso puede que tuviesen algunos años menos. ¿Pero *cien*?

—Como se os acaba de informar, Winteria está bajo un encantamiento —le recordó Tristan.

Abrió la boca, pero tuvo que volver a cerrarla. Aquello no tenía el menor sentido, pero ahí estaban ellos, hablando como si lo hiciesen de fútbol, baloncesto o cualquier otra cosa *normal.*

—Veréis el *Pozo* si decidís salir a recorrer los jardines —continuó Tristan—. Está cercado por una alta verja de hierro. Pero no os hagáis ilusiones, el camino de vuelta ya está cerrado y no hay manera de saber cuándo o si se volverá a abrir.

Una rebanada de pan con mantequilla apareció entonces al lado de su plato de sopa. Ni siquiera se había dado cuenta de que se había terminado la primera.

—Comed. Mañana podréis empezar a explorar vuestro nuevo hogar —le indicó London y añadió con cierta picaresca—. Pero acordaos de vestiros antes de abandonar vuestras habitaciones. Ya os habréis dado cuenta de que el castillo es frío como un témpano de hielo.

—Salvo donde arde de nuevo el fuego de la chimenea —admitió Tristan señalando el hogar que ellos tenían a la espalda.

Elvia cogió la tostada y le dio un mordisco casi sin pensar. Su mirada se había desviado hacia la cabecera de la mesa. El sabor de la mantequilla y el pan recién hecho se deshizo en su boca de tal manera que casi gime de placer.

—¿Y él? —Señaló con un gesto de la cabeza la cabecera de la mesa—. ¿Qué le pasó? ¿Sus deplorables modales son también cosa de ese encantamiento?

Una tos, otra risa mal disimulada.

—Sus modales no son lo mejor de este mundo, estoy de acuerdo, pero tiene razones para…

—Me temo que eso deberéis preguntárselo al príncipe Briar, mi señora —lo interrumpió Tristan, dejando claro que no iban a seguir por ahí—. Hay cosas que no estamos autorizados a abordar. —Esto último lo dijo mirando a su compañero.

—Sí. Tienes razón. No es como si ella se fuese a acordar después, ¿no?

Curiosa elección de palabras.

—¿Qué no me fuese a acordar de qué?

—De lo que os dijéramos… —admitió con un ligero encogimiento de hombros y acabó respondiéndolo todo con una sola frase—. Este lugar está encantado.

—Más que encantado, parece que esté maldito —resopló mirando a su alrededor y, nada más pronunciar esas palabras, se dio cuenta de que era verdad. Y, por alguna razón que no acababa de comprender del todo, la idea le parecía correcta.

Frunció el ceño y se tomó un instante para resumir todo lo que había escuchado hasta ahora en su mente.

Sucesos, reglas, verdades a medias… Había cosas que no decían abiertamente y otras que simplemente silenciabas. Existía un requisito para entrar en este lugar al que llamaban Winteria y que, según entendía, solo era accesible a través del zarzal. La puerta de salida era un supuesto pozo mágico que decidía si se abría o no y todo ello formaba parte de un reino sumido en un frío y nevado invierno que convertía este castillo en una jodida cámara frigorífica.

Sumándolo todo y habiendo visto quién era el señor de dicho castillo, solo se le ocurría una única pregunta:

—¿Quién maldijo al *ogro de montaña*?

Elvia Rose deslizó la mirada entre uno y otro, viendo la sorpresa y el reconocimiento en los ojos de ambos. Ninguno dijo una sola palabra, pero tampoco hacía falta. Acababa de dar en el clavo.

—Así que he acertado —confirmó para sí—. Está maldito.

De nuevo el silencio. Sacudió la cabeza y resopló.

—Fantástica charla, chicos. Muy motivadora —acabó diciéndoles a ambos con visible sarcasmo—. Gracias.

—No sois lo que esperaba encontrar cuando el castillo se estremeció, avisando de la llegada de un viajero. —London rompió el silencio, su mirada de nuevo sobre ella.

—Déjame adivinar, ¿esperabas a alguien con enaguas, rostro pálido y que se desmayara a tus pies?

Esa particular sonrisa volvió a sus labios.

—¿Os soy sincero?

—Por favor.

—Había perdido la esperanza de que alguna mujer cruzase las zarzas… —admitió con un tono de voz extraño—, pero aquí estáis y sois… muy distinta a lo que cualquiera de nosotros podría haber esperado.

—¿Por qué? ¿El paso es exclusivamente masculino o qué?

—Nuestro último visitante fue un hombre —corroboró Tristan ahora—. Lord Gibons. Un erudito de una tierra lejana llamada… ¿*Ingterra*?

No era la primera vez que hacían referencia a ese hombre, pero hasta ahora nadie había hablado sobre su lugar de procedencia.

—¿Quieres decir *Inglaterra*? —lo corrigió.

Asintió.

—Sí. Eso es lo que él decía.

—¿Es vuestro mundo?

—Sí. No. A ver. Conozco Inglaterra, está al otro lado del océano —murmuró pensativa—. Yo soy de los Estados Unidos, del estado de Idaho.

—*¿Estados Unidos?* —repitió London interesado—. ¿Eso es como un conjunto de reinos?

—Supongo que podría verse de esa manera —asintió, pensando en lo que habían dicho hasta ahora—. La señora Doubs mencionó algo sobre un viajero, que también era inventor o algo así.

Tristan asintió.

—Sí, es él —confirmó—. En el tiempo que estuvo en el castillo, compartió con todos nosotros historias de su mundo y construyó algunas cosas de lo más interesantes. Solía pasar también bastante tiempo con su alteza. Era un hombre interesante, un gran conversador.

—¿Así que lo de meter a un visitante en una celda y amenazarlo de muerte si no se queda es solo para las mujeres? —replicó irónica ante la descripción de lo sucedido—. Típico de los hombres de las cavernas.

—No sois la primera visitante de otro reino que ha terminado en la torre, aunque sí la primera que ha amenazado con… arrebatarle cierta parte de su anatomía —aseguró el capitán de la guardia y, por primera vez, parecía genuinamente divertido. Su rostro, sin esta expresión ceñuda, resultaba incluso atractivo.

—¿Debo considerarme afortunada, entonces?

—Estáis sentada a la mesa con nosotros. Por supuesto que deberíais consideraros afortunada, *milady.*

Ella puso los ojos en blanco y alternó una vez más la mirada entre ambos.

—¿Lo que le dije antes a la señora Doubs? Eso va también para vosotros. —Los señaló de uno en uno—. Mi nombre es Elvia Rose. No es necesario que me tratéis de usted. Solo llamadme Elvia —dijo y añadió cuando vio que Tristan iba a abrir la boca—. Sin discusiones. No acepto un no por respuesta.

Ambos hombres se miraron y asintieron al unísono, como si fuese un pacto entre ellos.

—De acuerdo, Elvia. —La manera en que London pronunció su nombre era casi pecaminosa, lo cual lo hacía aún más irritante—. Tus deseos son órdenes para nosotros.

—Eso no te lo crees ni tú —chasqueó la lengua y le pegó un mordisco al pan con mantequilla que todavía tenía en la mano.

Los próximos minutos resultaron más agradables de lo que había podido prever cuando entró en el comedor. No sabía si era la conversación, la comida o el calor de la chimenea, pero acabó deslizándose en la silla, respondiendo con monosílabos y con gestos de la cabeza antes de que el cansancio la venciese por completo y el sueño la reclamase allí mismo.

CAPÍTULO 17

—Demasiadas emociones para una sola noche… —susurró London, dejando a Elvia Rose sobre la cama.

La chica se había quedado dormida en su propia silla. Los ojos se le estaban cerrando y, aunque hacía un esfuerzo por permanecer consciente, el calor de la lumbre y la comida la amodorraron lo suficiente como para hacerla caer.

Debía admitir que había sido una velada de lo más interesante. Era una mujer de lo más particular, osada y poco respetuosa, con una manera de expresarse y proceder completamente ajenas a él. No era una dama sumisa, ni tampoco temblorosa. La manera en la que se había dirigido a Briar a través de la puerta o a él durante la cena sugería que no era alguien que fuese a claudicar y echarse a llorar a la mínima ocasión.

Los había tenido a ambos respondiendo a sus preguntas. No era alguien que se contentase con migajas, por no mencionar lo rápido que había llegado a sus propias conclusiones.

Tristan todavía podía oír en su mente sus palabras:

«Más que encantado, parece que esté maldito».

Había llegado a la respuesta por sí misma, pidiendo una confirmación que no podían darle. Si bien la maldición existía, tenían prohibido hablar sobre ella con cualquier individuo que no perteneciese al castillo. Era como si el encantamiento caído sobre Winteria afectara también a sus habitantes, impidiéndoles decir en voz alta que existía una maldición sobre su señor y que la única forma de romperla pasaba por encontrar el amor. Uno puro, recíproco y verdadero.

Cualquier comentario o mención sobre la maldición o la hechicera por parte de ellos, quedaría automáticamente borrado de

la mente de la persona que lo hubiese escuchado con la llegada del amanecer. Sería como si nunca lo hubiese escuchado. Tan solo si la persona descubría la existencia de la maldición por sí misma o era puesta en su conocimiento por el propio Briar, se mantendrían sus recuerdos.

El príncipe de Winteria era el único con verdadera libertad para hablar de todo aquello, pero nunca lo hacía. Ni siquiera con ellos.

Miró a su amigo, quien se alejaba ya de la cama, dejando a su ocupante en manos de las doncellas.

—El sol saldrá pronto —le recordó. Sentía la proximidad del amanecer en sus huesos.

—Los días van a ser bastante interesantes por aquí a partir de ahora, ¿no crees? —respondió London manteniendo la voz baja.

Hizo una mueca y se apartó del umbral. Ambos terminaron reuniéndose en el pasillo. Más pronto que tarde acabaría enterándose de que los habitantes del castillo adquirían una encarnación fantasmal durante el día y volvían a su ser por las noches.

—Será interesante ver su reacción —admitió y señaló el corredor con un gesto, invitándole a acompañarle y dejar atrás los aposentos de la nueva dama del castillo.

Su señor podía no haber querido ver a la chica, pero se había asegurado de que todo el mundo estuviese atento a sus necesidades. Ya no era una prisionera, tal y como le había explicado a la muchacha, sino una invitada.

—Briar dejó el castillo —chasqueó London, negando con la cabeza—. ¿Piensa hacer esto todas las noches?

—¿Patrullar el territorio o evitarla?

—Evitarla —dijo su amigo. Dejó escapar un resoplido y añadió —. Tú has visto lo mismo que yo, ¿verdad?

Asintió.

—No estaba preparado para que una mujer le hablase de la manera en que ella lo hizo —afirmó Tristan, pensando en lo indignado que se había mostrado su príncipe. Briar estaba acostumbrado a ordenar y que la gente obedeciese, a que le tuviesen miedo y reaccionasen en consecuencia, ¿pero que una

mujer tan pequeña le hiciese frente? Lo había descolocado por completo.

—Ni yo tampoco —admitió London con una carcajada—. No es lo que esperaría de una dama, pero… Quizá eso es precisamente lo que él necesita. Alguien que no huya y le haga frente.

—Desde luego eso sería toda una novedad por aquí —admitió Tristan. A pesar de todo el tiempo que había pasado, del encantamiento que había caído sobre todos ellos, el personal del castillo seguía temiendo a la *bestia*. Puede que no como en los primeros años de la maldición, pero todavía existía ese resquemor a que pudiese volver a perder la cabeza como durante aquel primer año.

—¿Crees que puede ser ella? —La esperanza en la voz de London era tan débil como la que él mismo sentía, una luz que, después de mucho tiempo, intentaba volver a brillar.

—Espero que lo sea, porque de lo contrario ya no nos quedará tiempo —murmuró. La rosa estaba perdiendo sus pétalos a pasos agigantados y en cuanto cayese el último… Ya no habría vuelta atrás —. Aunque dada la manera en que han empezado, no será sencillo.

—¿Lo dices porque ha amenazado con apuñalarle? —sonrió London.

—Si se produjese tal cercanía, estaría dispuesto a darle yo mismo el cuchillo para hacerlo —repuso con un resoplido—, pero ya has visto que Briar no está por la labor…

—¿Crees que se ha rendido? —Una pregunta delicada, pero en la que todos habían pensado antes o después, en especial ellos.

—Antes de que ella llegase, no habría dudado en mi respuesta, pero ahora… —Tristan sacudió la cabeza—. Fue suya la idea del pacto, de cambiar una vida por otra… Supongo que cuando estás al borde del abismo, intentas aferrarte con desesperación a lo primero que tienes delante… y ella estaba justo ahí.

—Bien. Pues entonces tendremos que lograr que esté siempre presente —declaró London con firmeza.

Tristan ladeó la cabeza y se encontró con el ceño fruncido de su amigo. Estaba completamente concentrado, lo que significaba que estaba maquinando algo.

—¿Qué se te está pasando por la cabeza?

—Juntarlos. Eso se me está pasando por la cabeza —admitió dándose toquecitos con el dedo en el labio inferior—. Por supuesto, tendrá que ser de forma sutil, sin que se note que nosotros estamos moviendo los hilos.

—*Nosotros.*

Esos ojos claros cayeron sobre él.

—Yo soy la mente pensante, amigo mío, tú la mano ejecutora.

Puso los ojos en blanco ante tan temeraria aseveración.

—Como en los viejos tiempos, entonces —replicó con ironía.

—Exactamente —confirmó—. Lo primero será hacer que pasen tiempo juntos, que se conozcan…

—¿Y qué propones? ¿Encerrarlos en la misma habitación? —Sonó irónico, pero es que la sola idea le parecía ridícula—. Eso no sería precisamente sutil.

—Depende de cómo los hagamos llegar a dicha habitación —señaló London.

—Ni siquiera quiso reunirse con ella a cenar —le recordó.

Su compañero resopló.

—¿Recuerdas cómo era Briar antes de Charles? —preguntó, mencionando al último visitante—. El amo de Winteria no hablaba, gruñía. No había nadie que permaneciese en su presencia más de lo estrictamente necesario. Estaba encerrado en sí mismo, era más bestia que humano…

Tristan entendía lo que quería decir. Ese hombre había supuesto un antes y un después en la vida del castillo, pero sobre todo en la de Briar. Durante los tres años que pasó con ellos, obró milagros. No solo sacó a su irritante alteza de su espiral de autocompasión y destrucción, sino que volvió a darles una brizna de esperanza.

«Briar solo necesita seguir creyendo, Tristan. En el momento en que esa llama se apague, será cuando todo esté verdaderamente perdido». Le había dicho el hombre antes de entrar voluntariamente al *Pozo*. *«Rezaré para que esa llama nunca se apague, amigo mío».*

—Solo necesita conocerla… —concluyó London—. Y dejarse llevar.

—¿Briar? ¿Dejarse llevar? —bufó—. Buena suerte con eso.

—Cien años son demasiados para permanecer en el olvido, así que confiemos en que esta vez será la definitiva.

Cien años. Era mucho más tiempo de lo que cualquiera de ellos había esperado vivir, pero cualquier plan de futuro acabó irremediablemente aquella noche invernal.

—¿Nunca te has preguntado qué fue de todos ellos? ¿Qué habrá pasado ahí fuera? —mencionó en voz baja, recordando lo que había dicho la hechicera—. ¿Si es cierto que hemos sido olvidados, que Winteria ya no existe para el resto de los reinos?

—Dado todo lo que hemos visto hasta ahora, no creo que la hechicera mintiese con respecto a aislarnos de los demás reinos, de borrarnos de su memoria. Sería incluso piadoso… —respondió London igualando su tono—. No nos eligió al azar. De todos los asistentes a la fiesta solo quedamos un puñado, aquellos que llevamos la marca de la bestia. De un modo u otro, no somos más inocentes que Briar. Nuestros pecados no son menores que los de él. Creo que, de algún modo, esa perra lo sabía. No eligió esa noche al azar, ni tampoco el castillo…

Se pasó una mano por el pelo y suspiró.

—No pasa un solo día en que no me pregunte qué habrá ocurrido con Turia. Si mi tío habrá seguido gobernando, si lo habrán sucedido sus hijos… Les di la espalda esa misma noche, preferí abandonarles a aceptar algo que yo no había pedido, algo para lo que no estaba preparado —murmuró en voz cada vez más baja—. Me dejé llevar por mis propias prioridades. Fui egoísta, caprichoso y aquí estoy, pagando como todos los demás habitantes del castillo por mis pecados.

Entendía lo que quería decir. Él mismo estaba marcado por sus propias elecciones, por sus pecados y no había un solo día en el que no se hubiese arrepentido de sus actos.

—Es hora de seguir adelante —concluyó London con notoria decisión—. Briar tiene ante sí la llave para terminar con todo esto, solo tiene que empezar a creer…

—No va a ser una tarea sencilla.

—¿Acaso ha sido sencillo algo de lo que hemos hecho hasta ahora?

Tristan hizo una mueca y resopló. Cuando su compañero tenía la razón, solo podía dársela.

—Sabes que te arrancará la cabeza, nos la arrancará a los dos, si se entera de lo que tienes en mente, ¿verdad?

—Y por eso vamos a actuar de incógnito y con mucho sigilo —aseguró el consejero envolviéndole el brazo alrededor de los hombros—. Si él no se entera, aquí paz y luego gloria.

—¿Una de las frases de Charles?

—Sí. Y viene que ni anillo al dedo —afirmó lleno de convencimiento—. Ahora escucha. Esta es la primera parte del plan…

Tristan escuchó con atención, poniendo los ojos en blanco de vez en cuando y negando categóricamente en ocasiones. Con todo, si había una mínima posibilidad de poner fin a la maldición, era capaz de ejercer de hada madrina si hacía falta.

Esta vez, ninguno de los dos le fallaría a Briar y a la gente de ese castillo.

CAPÍTULO 18

A la mañana siguiente…

Briar entró en el castillo sacudiéndose la nieve de encima. El sol había salido ya en el horizonte y, por primera vez en días, no lo hacía bajo una intensa nevada. El cielo seguía encapotado, pero la molesta nieve les había dado un respiro.

Estaba hecho un desastre. Esas malditas bestias de nieve que últimamente se internaban más allá del linde del bosque Frisia habían presentado una encarnizada batalla. Tenía marcas de dientes y garras que así lo demostraban.

Los malditos lobos habían traspasado las fronteras. No había esperado verlos tan cerca de los terrenos del castillo y, mucho menos, con tamaña agresividad.

Habían aparecido por primera vez tras la maldición, bestias descomunales, de pelaje blanco y ojos azules como el hielo. Al principio se limitaban a merodear las lindes del reino, asomándose entre los árboles del oscuro bosque que rodeaba su reino por el oeste, pero con el paso de los años habían ampliado su territorio de caza.

Los había visto salir del zarzal, con las fauces al descubierto y amenazadores gruñidos. Mala suerte para ellos que lo encontrasen de tan mal humor. Por lo general, los habría ahuyentado, pero hoy, entre su agresividad y su mal talante, ambos habrían sufrido las consecuencias.

Tiró al suelo el cuerpo sin vida de una de sus presas justo cuando le salían al paso el chambelán y su ama de llaves.

—Por todos los hados… —jadeó la señora Doubs.

—Que alguien lo despelleje y curta la piel —ordenó, alejándose a zancada. Entonces se detuvo y miró al ama de llaves—. ¿Dónde está ella?

—En sus aposentos —respondió el ama de llaves sin quitarle la mirada de encima. Entendía que su aspecto era peor que otras veces —. Ha quedado rendida tras la cena.

Gruñó en respuesta y acometió las escaleras de dos en dos. No le sorprendió escucharla rezongar mientras subía detrás de él, su paso apresurado para poder seguirle el ritmo.

—Solo a vos se os podría ocurrir saltaros la cena para salir de caza. Mirad cómo llegáis —farfullaba la mujer detrás de él—. La habéis dejado sola en su primera noche en el castillo…

—Estará mejor sola —respondió sin aminorar el paso—. Solo encargaos de que tenga lo que necesite. Y mantenedla lejos del ala oeste.

La mujer soltó un resoplido.

—La traéis al castillo solo para abandonarla a su suerte. Si es que no se puede ser más tonto.

Se volvió con un fiero gruñido.

—No olvidéis a quién os estáis dirigiendo, señora Doubs.

Ella bufó, ignorándole.

—Os he cambiado los pañales, mi príncipe, sé exactamente quién sois.

Briar resopló, le dio la espalda y continuó su camino. La mujer no abandonó su persecución.

—¿Vais a seguirme todo el día?

—Alguien tiene que limpiaros y curaros las heridas —rezongó con su habitual tozudez.

—Para mañana ya habrán desaparecido todas ellas.

—Pero hoy aún estarán ahí.

Se detuvo de nuevo y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no rugir.

—Yo me encargaré de mis heridas, señora Doubs. Vos podéis continuar con… Lo que quiera que hagáis a estas horas.

La mujer resopló y se llevó una fantasmal mano a la cadera. Ella no le tenía miedo. Era de las pocas personas que siempre había

visto más allá de su piel de bestia, incluso de quien había sido antaño.

—Vuestra invitada dormirá buena parte del día. Asearos y quitaos de encima toda esa sangre. Lo último que necesita esa pobre muchacha es veros de esta guisa.

—Un baño no cambiará lo que soy.

—No, para eso tendríais que empezar modificando esa beligerante actitud.

Abrió la boca para responder, pero la ama de llaves ya lo había ignorado y tomaba la delantera, desapareciendo por uno de los corredores que llevaban al ala contraria.

Briar dejó escapar un resoplido y continuó su camino. Le dolían las heridas, pero daba la bienvenida a ese dolor, pues le permitía sentir algo. En cuanto volviese a salir el sol, cada rasguño, corte y herida desaparecerían, así que no había motivo para darle más importancia.

A medida que se internaba en sus dominios, se fue dando cuenta hacia dónde se dirigían sus pasos. Y entonces, allí estaba, delante de aquella puerta cerrada sin saber por qué había acabado allí.

—¿Qué estoy haciendo?

Sacudió la cabeza y dio media vuelta dispuesto a reconducir su camino, pero unos ruidos procedentes del interior del dormitorio lo detuvieron.

«¡Déjale ir!».

Sus garras ya habían rodeado la manija y la puerta cedía bajo el empuje, permitiéndole escuchar mejor.

«No, papá. Vete… Tienes que irte». La voz femenina sonaba angustiada. *«Se lo prometí a ella… Se lo prometí».*

Tan pronto como se abrió un resquicio, el calor que inundaba la habitación lo alcanzó como una bofetada. Estaba tan acostumbrado a la frialdad de la piedra, que encontrarse con este ambiente caldeado le provocó un escalofrío. Las cortinas seguían cerradas, pero la suite permanecía iluminada por el fuego de la chimenea, así como por la lámpara cercana a la enorme cama con dosel. Los

cortinajes de esta estaban recogidos, permitiéndole ver la menuda figura engullida por todas aquellas mantas.

«…casa. Tienes que enviarlo a casa». Sus palabras eran un murmullo somnoliento, un balbuceo interrumpido por algún que otro quejido. *«Lo prometiste… Prometiste enviarlo a casa».*

Tenía el pelo suelto, una masa de color cobrizo que destacaba contra la palidez de las sábanas. Agitaba la cabeza, pero sus ojos estaban cerrados. Seguía sumida en el sueño, aunque este no era tan pacífico como cabría esperar.

«Lo… prometiste». Un gimoteo, una ligera sacudida y volvió a quedarse quieta bajo las sábanas.

Briar contuvo el aliento, listo para dar un paso atrás y mezclarse de nuevo con las sombras. No quería que supiese que estaba allí, que lo viese y se asustase… Tiró más de su capucha hacia delante, asegurándose de que su rostro no estuviese al descubierto, pero en vez de retroceder, de volver sobre sus pasos y salir del dormitorio, se encontró a sí mismo al lado de la cama, mirándola.

«¡Ogro de montaña!». Gritó de repente, llegando incluso a incorporarse, solo para dejarse caer de nuevo sobre la cama. Sus ojos todavía cerrados. *«Más te vale… cumplir con tu palabra».* Continuó mascullando algo más, pero no entendió lo que decía. *«Voy a retorcerle… los huevos… Ya verá».*

No sabía qué le sorprendía más, si la vulgaridad con la que hablaba esa mujer o que sus amenazas le pareciesen reales. Sacudió la cabeza y empezó a volverse, pero un nuevo suceso lo detuvo. Un sollozo, el aroma de las lágrimas, la pequeña pelirroja hundiéndose bajo las sábanas.

«Quiero volver». Un susurro lastimero. *«Solo… quiero volver».*

Se aferró a uno de los almohadones, como si encontrase consuelo en él. La humedad le mojaba ya la mejilla. Vio como una solitaria lágrima rodaba más allá de su nariz, absorbida por la tela y no pudo evitar querer cogerla. La visión de esas enormes manos, con sus gruesos y oscuros dedos terminados en garras, lo refrenó, pero era tarde, ya la había tocado.

Dio un paso atrás, sintiéndose demasiado grande, demasiado torpe, demasiado monstruoso para acercarse a ella.

—¿Qué estoy haciendo? —gruñó, amonestándose a sí mismo.

Le dio la espalda y empezó a alejarse…

—¿Briar? —Un susurro. Su nombre.

Se quedó inmóvil. Dudó entre seguir y marcharse, pero la curiosidad o lo que fuese esa inexplicable fuerza que lo había llevado hasta este lugar, lo convidó a volverse de nuevo hacia la cama. Lo primero que vio fueron esos ojos azules verdosos, somnolientos, parcialmente abiertos y sobre él. Seguía abrazada a la almohada, pero lo miraba como si esperase una respuesta que confirmase su presencia o le dijese que solo estaba soñando.

—Volved a dormiros, Elvia Rose —pronunció con toda la suavidad de la que fue posible, algo no muy sencillo, dada la profundidad que alcanzaba su voz—. Nadie perturbará vuestro sueño.

—No… puedo verte la cara… —musitó somnolienta, como si aquello fuese algo remarcable.

—No necesitáis contemplar el rostro de la *Bestia de Winteria* —replicó, inclinó la cabeza a modo de reverencia y volvió a darle la espalda.

—No eres una bestia, *Leon-O*… —farfulló ella, sus palabras eran casi un balbuceo—. Eres… gilipollas.

La chica dejó escapar un profundo suspiro y se dejó llevar de nuevo por el sueño, olvidándose por completo de su presencia. Briar sacudió la cabeza, la miró una última vez y abandonó sus aposentos para volver al frío corredor del castillo con sus últimas palabras haciendo eco en su interior.

«No eres una bestia».

CAPÍTULO 19

—Los lobos nunca se han atrevido a salir del bosque y mucho menos a rondar por la rosaleda. Jamás se han alejado tanto del muro de zarzas.

Briar miró a London de pie al lado de la mesa.

—Eso era lo que yo también creía, hasta que vi a dos de ellos salir del linde del bosque con las fauces abiertas, dispuestos a atacar —gruñó y señaló la piel de dicho animal que ahora reposaba sobre la amplia mesa de su sala privada.

—Es uno de los ejemplares más grandes que he visto en mucho tiempo —mencionó Tristan, examinando con ojo crítico la piel. Ladeó la cabeza y lo miró de soslayo—. ¿Fue el que os desgarró la espalda?

Briar clavó la mirada en el fuego de la chimenea. Los surcos a los que hacía mención su amigo latían como un dolor sordo y solo porque el capitán de su guardia se había empeñado en curárselos. Poco le importaba que estos desaparecieran por completo en la próxima salida de sol. El solo hecho de verle la camisa manchada de sangre fue suficiente para ponerlo en modo *«matrona»*. No le quedó otro remedio que permitir que Tristan le desinfectase y curase las heridas. Al menos, se abstuvo de hacer cualquier comentario sobre el hecho de haber salido a cazar por la noche.

—Había otro igual de grande… —Y de una inteligencia inesperada. Lo que había visto en los ojos de aquel animal, lo que sintió cuando le hincó los dientes en el hombro… Era casi como si se estuviese burlando de él. Pero hasta ahora, aquellas bestias solo habían sido eso, bestias salvajes, sin mayor inteligencia que la que podría darles su naturaleza primitiva. Otro envenenado regalo de la hechicera, pues antes de su llegada, sus cotos de caza habían

estado libres de esa clase de fieras, con suficientes presas como para que pudiesen no solo llenar las despensas del castillo, sino también proveerle de entretenimiento.

El cazador experimentado, el que conseguía las presas más grandes e imponentes, una forma más de alardear de su poder y posición. En aquel entonces no había cazado para llenar las despensas del castillo, ni siquiera para que su pueblo tuviese carne que llevarse a la boca. No. Lo hacía solo porque lo hacía sentirse poderoso. De hecho, había prohibido que cualquiera cazase en sus tierras, a pesar de que había presas abundantes, más de las que podían consumirse en el castillo. Quería impresionar a sus invitados con las piezas más grandes y exclusivas durante sus innumerables fiestas, hacerles ver a todos que sus tierras eran las más prósperas y que ninguna otra se les equipararía.

Y, mientras, el pueblo se moría de hambre. Los que osaban cazar furtivamente eran severamente castigados, encerrados en sus mazmorras y separados de sus familias porque así lo ordenaba el señor de Winteria.

Apretó los dientes. Sus desarrollados caninos chirriaron los unos sobre los otros.

Había sido egoísta. No entendió el verdadero significado de la abundancia hasta que el castillo y sus tierras fueron hechizados y la caza se volvió algo significante. La abundancia a la que estaba acostumbrado se consumió de la noche a la mañana, las presas se volvieron escasas y él se convirtió en el único cazador capaz de proveer su propia mesa. Las primeras partidas de caza que salían del castillo volvían con las manos vacías, sin importar el momento del día en que saliesen, no traían consigo más que frustración. Pronto se hizo evidente que era cosa de magia, un efecto más del hechizo que había caído sobre todo Winteria, una lección de humildad que había quedado grabada a fuego sobre su piel.

Los lobos, sin embargo, eran un tema aparte. Él no era el único capaz de verlos. Todos los habitantes del castillo se habían topado alguna vez con ellos, pero siempre en la distancia. Durante mucho tiempo se limitaron a ser observadores. Cazaban en los alrededores, pero sin penetrar más allá del linde del bosque. Sin embargo, eso

estaba cambiando y en su fuero interno empezaba a sospechar que se debía a que el hechizo se estaba afianzando. Con cada nuevo pétalo caído de la rosa, se producían pequeños cambios en el entorno y también en el interior del castillo.

—Me miró a los ojos y supe que se estaba burlando —mencionó sin apartar la mirada del fuego de la chimenea—. Fue como si pudiese escucharlo reír en mi mente. Esa bestia no era como las demás.

—¿Qué quieres decir? —preguntó London.

—Que es posible que la hechicera nos tenga reservada alguna sorpresa más —respondió inclinándose hacia delante solo para contener un gruñido de dolor—. Estad atentos a todo lo que os parezca sospechoso e incluso a lo que no. Y que nadie se acerque a la rosaleda del zarzal. Si se han atrevido a internarse en las zarzas, quién sabe qué más pueden hacer…

—Daré la orden de que todo el mundo se mantenga alejado de esa parte del zarzal —comunicó Tristan, tomando como siempre la tarea de transmitir sus peticiones y ver por su cumplimiento.

—Cien años y todavía no se ha cansado de nosotros… —resopló London sacudiendo esa cabeza rubia suya—. ¿Qué será lo próximo? ¿Una infestación de ranas?

—Bueno, al menos tendríamos carne en las despensas —afirmó Tristan.

—Olvidaba que eres todo un *gourmet* —replicó London, haciendo un gesto de asco.

—Puestos a elegir, preferiría una infestación de ciervos. Eso sí nos permitiría llenar las despensas del castillo —replicó él echando la cabeza hacia atrás. Brian se permitió cerrar los ojos un momento y dejar que el calor de la chimenea lo desentumeciera y lo distrajese al mismo tiempo del dolor.

—Bueno, tenemos carne de lobo —señaló su capitán de la guardia, siempre tan práctico—. Quizá no sea tan sabrosa, pero es carne.

—No pienso comerme esa cosa —afirmó London categórico.

—Sigue siendo carne…

—Ni siquiera sabemos si es venenosa —chasqueó su amigo.

—No lo es —negó con un gruñido—. Si lo fuese, ya lo sabría. Mordí al hijo de puta.

—Típico en ti —resopló London negando con la cabeza. Su amigo y antiguo consejero, se volvió de nuevo hacia la piel sobre la mesa—. ¿Qué quieres hacer con esto? ¿Lo clavamos en la pared como trofeo?

—Podríais usarla como manta, tiene pinta de ser caliente —añadió Tristan.

No respondió. Había cosas que no merecían respuesta alguna.

«No eres una bestia… Solo eres gilipollas».

Briar abrió los ojos de golpe y gruñó de dolor cuando se incorporó. Movió la cabeza, clavando los ojos en la puerta, casi esperando ver allí a la propietaria de esas palabras, pero Elvia Rose no estaba, ni siquiera había salido de sus aposentos.

—¿Qué os ocurre? —Tristan, siempre atento a cada una de sus reacciones.

Negó con la cabeza.

—Nada. —No pensaba hablarles de su incursión matutina al ala este para ver a su invitada.

—Deberías tomarte esa infusión de hierbas que ha traído la señora Doubs. Te calmará el dolor —indicó London, señalando la bandeja que había sobre la mesilla auxiliar.

—No lo necesito.

No. Prefería sentir el dolor, pues al menos eso le recordaba que todavía estaba vivo y podía tener… ¿Qué? ¿Esperanza?

De nuevo, la imagen de la pelirroja en su cama le vino a la mente.

—Elvia Rose. —El nombre salió de la boca de London, atrayendo su atención en el acto—. Deberías tenerla presente, sobre todo si tiene la intención de hacer algo más que vagabundear por el castillo. Anoche mostró cierto interés con respecto al edificio, a Winteria y la magia que lo envuelve.

Entrecerró los ojos ante esas palabras.

—Es una manera de decirlo —replicó Tristan haciendo un mohín, sus ojos tormentosos se encontraron con los de él—. No es una mujer al uso, Briar. Tiene una mente inquieta, no duda en

preguntar sobre todo y, si no obtiene la respuesta que busca de uno, no tarda en encontrarla por sí misma.

—Viene del mismo mundo que Charles o, al menos, dijo conocer su lugar de origen —añadió London dándole nuevamente la espalda a la piel—. Y, por cierto, también sospecha que hay una maldición sobre ti.

El rugido que salió de su garganta se mezcló con su voz.

—¿Qué? ¿Qué demonios le habéis dicho?

London levantó las manos en clara muestra de rendición.

—Nada más que lo que estamos autorizados a revelar sin que la información se borre por sí sola de su mente al ponerse el sol —afirmó su amigo—. La conclusión salió de ella. El zarzal, su llegada, la manera en la que enviasteis de vuelta a su padre, el agradable clima de Winteria… Decirle que el reino está encantado no pareció suficiente explicación, no en lo que a ti respecta.

Dejó escapar un gruñido de mal humor, el cual se mantenía vivo gracias al continuo dolor de las heridas de su espalda.

—Mujer entrometida… —farfulló, echándose hacia delante para aliviar un poco la tensión en la carne desgarrada.

—Estaos quieto o se reabrirán las heridas —señaló Tristan, fijando la mirada sobre él.

Gruñó. Fue todo lo que pudo hacer sin moverse y empeorar su situación.

¿Qué sabía esa mujer sobre su maldición? ¡Nada! No tenía la menor idea de nada.

—Deberías hablar con ella como señor de este castillo —añadió London con gesto distraído. Se señaló a sí mismo y luego a Tristan —. Antes o después se las verá con esta parte del encantamiento y, dado que eres el único que puede hablar con libertad de esa perra…

—Suficiente. —Los atajó con firmeza, fulminándolos a ambos con la mirada.

—Briar, ella es por quien hemos estado esperando todo este tiempo.

—¡He dicho suficiente, *Capitán!* —bramó, poniéndose en pie de golpe. El tirón en la espalda lo hizo enseñar los dientes.

—Sí, mi señor. —Su amigo inclinó la cabeza con actitud formal —. Iré a dar parte para que los habitantes del castillo extremen las precauciones cuando estén fuera de los muros.

Giró sobre sus pies y salió de la sala sin decir una sola palabra, listo para cumplir sus órdenes, como había hecho toda la vida. Ese era Tristan, un soldado por fuera y por dentro, quien anteponía su deber por encima de todo. La puerta se abrió y se cerró dejándole a solas con London, quien no dudó en dar su propia opinión.

—Solo ha dicho la verdad —le dijo el cortesano echando un último vistazo a la piel—. No eres el único que está atrapado bajo este encantamiento, pero sí eres el único que puede romperlo. Y pareces olvidarlo con demasiada facilidad.

Con esa última declaración, abandonó también la habitación, dejándole solo con sus palabras, el dolor de su espalda y su explosivo mal humor. La piel del lobo fue la primera en salir volando, junto con el resto de las cosas que había sobre la mesa. El movimiento le provocó tal tirón que acabó cayendo de rodillas, apretando los dientes para evitar aullar. El pelo le cayó delante de la cara, ocultando sus facciones y la expresión de pura culpabilidad que sabía que lucía su rostro.

Sí. Ellos habían sido condenados por su culpa, castigados por el simple hecho de encontrarse concurriendo al baile, por ponerse de su lado. Sus familias, sus vidas… El encantamiento de la hechicera los había arrancado de todo lo que conocían para mantenerlos aquí, atados a este castillo y a él.

—Ella jamás me mirará de esa manera… —masculló arrastrando los dedos sobre el suelo, abriendo surcos con sus poderosas uñas—. ¿Qué mujer en su sano juicio podría ver más allá de este grotesco aspecto?

«No eres una bestia, Leon-O*. Eres… gilipollas».*

Su voz apareció de nuevo en su mente pronunciando aquella somnolienta frase y no pudo evitar soltar un resoplido. Incluso en sueños lo insultaba, pero aquello, más que un insulto, era un alivio… Si ella no lo veía como una bestia, ¿sería posible que lo viese como algo más?

Ojalá no le diese tanto miedo descubrirlo.

Briar se arrastró hacia el sillón junto al fuego y se izó, para dejarse caer de nuevo sobre él con un quejido. Cerró los ojos y se concentró en el sonido del crepitar del fuego, lo que fuese para evadirse un poco de unas heridas que corrían mucho más profundas que las de su espalda.

CAPÍTULO 20

—No era un sueño.

Elvia se apoyó contra los pesados cortinajes que había apartado para mirar por la ventana. El aire frío le acarició la cara, estremeciéndola, pero le dio la bienvenida de buena gana. No podía dejar de contemplar el paisaje helado que se extendía mucho más debajo de su posición, así como la oscura piedra del colosal edificio que se abría a su alrededor. A juzgar por las vistas, estaba en una de las zonas más elevadas del castillo. Porque esto era un jodido castillo, con sus almenas, sus gárgolas, las bajantes de los tejados e imponentes terrazas… Incluso el nevado paisajismo de un jardín versallesco que cubría una buena parte del terreno que observaba, ayudaba a completar ese cuadro de romanticismo gótico. La nieve había dejado de caer, pero el cielo seguía plomizo, gris y el aire era lo bastante húmedo y frío como para congelarte los pulmones al respirar, pero ni siquiera eso le molestaba.

Deslizó la mirada más allá del jardín, sobre la línea del horizonte, al denso y oscuro muro que parecía rodear todo el terreno. Dada su lejanía, no era capaz de apreciar de qué estaba hecho, pero algo en su interior le decía que lo sabía bien; era el zarzal.

—Winteria —pronunció el nombre que había escuchado de boca de los dos caballeros que la habían acompañado en la cena de anoche. O más bien de madrugada. No tenía un reloj a mano, pero suponía que debía ser más del mediodía, a juzgar por la posición de esa bola de luz que se apreciaba entre las nubes—. Un lugar encantado.

Y no de manera figurada, sino textual. Si había interpretado bien las palabras de sus anfitriones, así como sus expresiones, había

un verdadero encantamiento sobre este lugar, sobre la gente que vivía aquí. Y también sobre el presunto príncipe del castillo.

Briar. La *Bestia de Winteria*. Su carcelero y anfitrión. El único que la había obligado a quedarse a cambio de la vida de su padre, de su regreso a casa. Y también el único que no había vuelto a dar todavía la cara.

—¿Para qué me preocupo? —resopló—. Lo mejor que puede pasarme es que no desee verme el resto de mi vida. Alguien que te mete en una celda y te amenaza de muerte no es la mejor de las compañías.

Por no hablar de su perturbador aspecto. Había algo salvaje y cruel en él, que iba más allá de sus extrañas facciones, de su colosal tamaño o la forma de esas enormes manos terminadas en afiladas garras. Era su presencia, esa voz gutural, sus formas amenazantes… No necesitaba alzar la voz, ni siquiera mostrar su rostro. Resultaba mucho más inquietante no poder verle la cara cuando hablaba, no saber si estaba pensando en arrancarte los intestinos con esas uñas afiladas o le importabas un comino.

Ella estaba acostumbrada a luchar sus propias peleas, pero cara a cara. No con una maldita puerta de por medio. Esta era la primera vez que se encontraba con un contrincante semejante y no tenía la menor idea de cómo enfrentarse a él. No si quería mantener cada parte del cuerpo en su sitio.

Se pasó una mano por el pelo e hizo una mueca cuando sus dedos encontraron un nudo. El tirón en el cuero cabelludo la espabiló al momento. Cerró la ventana y se dirigió a la enorme chimenea situada en un lateral de la enorme suite. Si anoche la habitación le había parecido grande, a la luz del día y algo más descansada, el lugar era incluso más inmenso y opulento. De hecho, esta vez incluso había encontrado el acceso a un cuarto de aseo que anoche había pasado por alto y también a una disimulada letrina en la que no sabía si hacer sus necesidades o contemplar sus lujosas y repujadas paredes.

Estando allí de pie, observándolo todo, era como si hubiese retrocedido en el tiempo, más que acabado en otro mundo o lo que fuese. La manera de hablar de sus habitantes, al menos de aquellos

a los que ya había conocido, su deferencia para con ella eran tan… anticuadas, que casi esperaba tener que hacer reverencias ella también.

—¿Y ahora qué? —resopló llevándose las manos a las caderas.

Todavía llevaba puesto el camisón y la bata. No se había atrevido a abrir el armario, dónde supuestamente encontraría todo lo necesario para su día a día. Estaba retrasando todo lo que podía el salir de ese dormitorio, pues hacerlo significaba aceptar que este era su destino y que tenía que hacerle frente. Pero no hacerlo la dejaba sin respuestas a un montón de preguntas, sin la posibilidad de aprender más sobre este lugar y sus habitantes. Sobre lo que pasaba allí, pues estaba claro que ocultaban algo.

London y Tristan habían sido vagos en alguna de sus respuestas, por no hablar de esos repentinos silencios. Había cosas que se guardaban y necesitaba por qué y qué era lo que le ocultaban.

Sí, le había dado a ese ogro de montaña su palabra de quedarse voluntariamente, pero nunca dijo que lo haría para siempre, ¿no? Tenía que asegurarse de que su padre había vuelto de verdad a casa y que podría arreglárselas por sí mismo. Al menos necesitaba contar con esa certeza.

—Tendré que encontrar ese jodido pozo —murmuró cruzando los brazos delante del pecho.

Miró las llamas que chisporroteaban. No recordaba haber alimentado el fuego y sin embargo, este no se había apagado en ningún momento. Tampoco es que parecieran consumir la leña, aun cuando era obvio que ardía y emanaba calor. A decir verdad, ni siquiera recordaba como había vuelto a su habitación y se había metido en la cama o si lo que recordaba vagamente habían sido solo sueños o algo más.

Sacudió la cabeza decidida a no pensar en ello cuando oyó que llamaban a la puerta.

—Querida, soy la señora Doubs, ¿puedo entrar?

La voz del ama de llaves sonó tan suave y amable como la recordaba. Había algo en ella que le transmitía calma y una

sensación de bienestar que en esos momentos agradecía más que nada.

—Adelante, señora Doubs —le dijo, dirigiéndose ya a la puerta.

El típico carrito de servir precedió la llegada del ama de llaves y dos doncellas, una de ellas la había visto la noche anterior, pero no fue eso lo que hizo que Elvia se detuviese en seco y abriese los ojos como platos.

—Ah, ya os habéis levantado, ¿querida? —le sonrió la mujer, al tiempo que se volvía a sus acompañantes—. Ellas son Elizabeth y a Gretchen ya la conocéis. Serán vuestras doncellas a partir de ahora. Elizabeth os asistirá para bañaros y vestiros mientras Gretchen hace la habitación. Podéis contar con ellas para lo que necesites.

—*Milady* —sonrió Gretchen, al tiempo que le dedicaba una reverencia.

—*Milady* —la imitó Elizabeth.

Elvia se las quedó mirando, a todas ellas, incapaz de articular palabra alguna. Ni siquiera estaba segura de si seguía respirando, aunque se daría cuenta en cuanto le faltase el aire.

—¿Qué…? —Se atragantó con la saliva y tuvo que volver a tragar—. ¿Qué os ha pasado?

Las tres mujeres ante ella parecían… ¿*Espectros*? ¡Joder! ¡Que casi podía ver a través de ellas!

Se restregó los ojos. Tenía que estar teniendo alucinaciones o quizá es que todavía estaba dormida. Pero no, cuando volvió a abrirlos, todo seguía igual.

—Entiendo que es la primera vez que veis a uno de los habitantes del castillo durante el día —aseguró el ama de llaves con tono comprensivo. Se acercó a ella y, sin mediar palabra, le cogió la mano. *Se la cogió*. No la atravesó. Su mano estaba entre las de la mujer y casi podría decirse que se habían vuelto algo más sólidas, aunque seguían teniendo ese aspecto blanco y humoso—. No temáis. Nadie os va a hacer daño. Sois la invitada del príncipe.

—No soy yo la que debería estar preocupada aquí, señora Doubs. —La miró de la cabeza a los pies e hizo lo mismo con las doncellas—. Yo tengo cuerpo, pero vosotras… Sois fantasmas.

La mujer le dio unas tranquilizadoras palmaditas e instruyó a las doncellas para que empezaran a arreglar la habitación mientras a ella la conducía a la pequeña área de estar.

—Durante las horas de luz, este es el aspecto que tenemos los habitantes del castillo… —empezó a explicarle.

—¿Todos?

—A excepción del príncipe.

—¿Él no se vuelve fantasma?

Negó con la cabeza.

—Podéis hablar con Briar al respecto. Él os contará todo lo que deseéis saber. Os merecéis una explicación mayor a la que yo o cualquiera del servicio podamos daros —afirmó la matrona.

Frunció el ceño. Era incapaz de mirar esa figura neblinosa, que parecía hacerse más sólida en un instante y menos al siguiente.

—¿Esto también tiene que ver con ese encantamiento? —preguntó—. ¿El que envuelve Winteria? London y Tristan mencionaron algo al respecto durante la cena…

—¿Lo recordáis? —Parecía genuinamente sorprendida.

—Sí. A ver. No fue la cena del año y puede que no estuviese muy despierta, pero hay cosas que son difíciles de olvidar. Sobre todo cuando tienen que ver con algo… *así.* —La señaló entera—. Ay, Dios. Necesito sentarme.

—Ya estáis sentada, querida.

—¿Sí? —Miró hacia abajo y, en efecto, estaba sentada en una cómoda silla—. Lo estoy. Bien. Eso está bien.

—¿Por qué no os tomáis un té caliente y unas pastas mientras os preparo la ropa para hoy? —le sugirió, todo ello mientras todavía le daba palmaditas en la mano—. Después podéis decidir si queréis comer en el comedor principal o preferís hacerlo en el salón amarillo, en esta misma ala. Es pequeño y acogedor.

—¿*Él* también se ausentará en la comida?

El rostro de la mujer se dulcificó, le dio una última palmadita y abandonó el asiento que había ocupado junto a ella.

—Lo encontraréis en el salón azul, en el ala norte. Es allí donde hace sus comidas —le indicó mientras se iba hacia el armario—. Lord Tristan y Lord London a veces lo acompañan, eso si uno no está

atendiendo a los soldados, patrullando las tierras o el otro encerrado en la biblioteca. En ese caso, el príncipe suele comer solo. Pero ahora que vos estáis aquí, las cenas se harán sí o sí en el comedor principal. Y, no os preocupéis, esta noche estarán todos presentes, así tenga que llevarlos yo misma de la oreja.

Se quedó mirando a la mujer y no pudo evitar sonreír a pesar de todo.

—Y esa es una imagen que no querría perderme por nada del mundo —admitió, cosa que hizo sonreír a la ama de llaves.

Nada más abrir las puertas del armario, se dio cuenta de que en realidad aquello tenía la profundidad de un enorme vestidor. Elvia se quedó con la boca abierta. La estructura del armario no era más que la puerta de entrada a una nueva habitación.

—¿Té, *mi señora*?

La doncella a la que habían presentado como Elizabeth se presentó ante ella apoyando una bandeja sobre la mesa, de la que tomó la taza que le puso delante. Era algo mayor que Gretchen, por lo que pudo ver a simple vista. Incluso en esa fantasmal apariencia tenía unos ojos amables, una sonrisa encantadora y era muy guapa. Sus ojos verdes brillaban de entusiasmo en un rostro redondo y de tez pálida, que destacaba contra los rizos negros que se le habían escapado de la cofia.

—Eh… sí, gracias —asintió y no pudo evitar aspirar el suave aroma floral cuando vertió el líquido en la taza—. Este aroma… ¿Qué es?

—Rosas de invierno —respondió la doncella con una pequeña sonrisa. Acto seguido se volvió al carrito de cocina y levantó la tapa que cubría una bandeja con unos pequeños pasteles—. Y aquí tenéis unos pastelillos para acompañarlo.

Más que pastelillos, eran pequeñas obras de arte de distintos colores.

—No sé si comerlos o admirarlos —admitió en voz alta, cosa que hizo sonreír de nuevo a la chica.

—Os recomiendo los de limón —señaló uno en particular.

—En ese caso, lo probaré. —La verdad es que olía tan bien, que se le hacía la boca agua—. Y por favor, sírvete tú también.

Gretchen, señora Doubs, hay pasteles y té de sobra para todas.

Las dos doncellas se la quedaron mirando un tanto sorprendidas, pero fue la señora Doubs la que se rio desde el interior del vestidor.

—Disfrutad del té y los pasteles, querida, los hemos traído para vos.

—Ah, no, me conozco. Si me como todo esto, luego no probaré bocado en la comida —admitió sincera. Cogió el platillo y se levantó, ofreciéndoselo primero a Elizabeth—. Coge uno.

—Pero, *milady…*

—Y nada de *milady* —añadió—. Soy Elvia Rose. Podéis llamarme Elvia. Vamos, queda otro de limón.

La chica dudó, miró al ama de llaves, como pidiendo permiso, y esta se lo concedió mientras volvía con un par de vestidos del interior del armario.

—Gracias —agradeció tímida.

—Gretchen —pronunció el nombre de la otra doncella, llamando su atención—. Coge el que quieras.

—Hazlo, niña. —La instruyó la ama de llaves—. Os los está ofreciendo vuestra señora.

—Gracias, *milady* —agradeció, sus ojos brillantes de puro placer.

—Elvia —la corrigió y se volvió hacia el ama de llaves—. ¿Señora Doubs?

—Después tomaré uno, querida —afirmó al tiempo que le mostraba sus elecciones—. ¿Cuál queréis?

Elvia miró los dos vestidos sin saber muy bien qué decir. Uno hacía juego con sus ojos, otro con su pelo, la tela era delicada, casi una fantasía de lo bonita que era, pero no estaba segura de que fuese algo que pudiese llevar.

—Er… ¿De casualidad no habrá algo que tenga leggins?

—¿*Leggins*? —La ama de llaves enarcó una ceja.

—Sí, *er…* ¿Pantalones? Ya sabe, elásticos, ajustados… cómodos… —Empezaba a sentirse como un extraterrestre bajo las miradas curiosas de las tres—. ¿Algo similar a lo que traía puesto cuando llegué?

—¿Queréis llevar… *calzas* de hombre? —Gretchen abrió los ojos como platos.

—En mi mundo, es una prenda *unisex.*

—Unisex.

—Una prenda que sirve tanto para hombres como para mujeres. —Empezó a bajar el tono de voz al ver que seguían mirándola con cierto escepticismo—. Aunque supongo que podré ponerme uno de esos vestidos…

—Dadme un momento —le dijo entonces el ama de llaves. Dejó los vestidos sobre la cama y volvió a entrar en el vestidor. Cuando salió, tan solo unos instantes después, llevaba consigo un par de pantalones estilo pirata, un par de blusas largas y corsés—. Tal y como me imaginaba, tenéis al Winteria a vuestros pies.

—¿Al Winteria?

—El castillo —le aclaró Elizabeth con una sonrisa.

—Oh. —Miró la tela. Era preciosa, suave y prometía además ser caliente. Se enamoró a primera vista de ambos atuendos, pero en especial del negro, con esa chaquetilla roja con bordados—. Pero… No lo entiendo. ¿Qué tiene que ver el castillo con la ropa?

—El castillo está encantado, querida, cada piedra y cada moldura de este lugar respira magia y parece que vos le habéis caído en gracia —afirmó como si eso fuese todo. Puso la ropa sobre la cama y la empujó hacia el biombo tras el que se encontraba la puerta que daba al opulento baño—. Vamos a asearos y podréis empezar a conocer vuestro nuevo hogar.

Elvia estuvo a punto de decir que este jamás sería su hogar, pero contuvo la lengua. No podía permitirse dejar traslucir que sus intenciones estaban muy lejos de considerar este viejo y peculiar castillo como un hogar. Su lugar estaba en *Apricow Green*. Tenía que volver a su casa, con su padre, pero para hacerlo, primero tendría que encontrar la forma de salir de aquí.

Tras decirle al ama de llaves que podía bañarse sola, procedió a asearse con rapidez. Al final tuvo que permitir que la ayudasen a vestirse, más que nada porque no estaba segura de poder vérselas ella misma con todas las prendas que había sobre la cama y que se suponía que tenía que ponerse.

La ropa de este lugar era hermosa y muy femenina, sí, pero no se parecía a nada que hubiese llevado puesto antes.

CAPÍTULO 21

—Nunca pensé que unas calzas podrían verse tan bien en una mujer —admitió Elizabeth después de terminar de peinarla y contemplar su obra. La joven se había hecho cargo de ayudarla a vestirse, enseñándole cómo se ponía cada prenda y, sobre todo, el orden en el que iban colocadas. Parecía más complicado de lo que era en realidad, pero agradeció su ayuda, sobre todo a la hora de ajustarle el corsé, que hacía la función de sostén, antes de ponerse las botas más cómodas y cálidas que había probado en su vida—. Estáis preciosa, lady Elvia.

—¿Qué habíamos dicho sobre lo de lady, *milady* y demás? —le recordó—. Solo Elvia, Elizabeth. Si es un problema para ti dejar el protocolo a un lado cuando estemos en público, al menos hazlo cuando estemos solas, por favor.

El sonrojo asomó en esas fantasmales mejillas. Si bien todavía le costaba asimilar semejante encarnación, había dejado ya de dar respingos cada vez que se daba la vuelta y se encontraba con su forma fantasmal.

—Así lo haré, Elvia.

Asintió y se dio el lujo de mirarse en el espejo del tocador. Su pelo nunca había estado tan brillante ni sedoso. La doncella se lo había trenzado con una destreza increíble. Sin duda sabía perfectamente lo que hacía. La manera en que consiguió desenredárselo, sin arrancarle media cabellera, casi la hace llorar. Ni siquiera ella tenía esa habilidad con su propio pelo. Y el atuendo no podía ser más ajeno a lo que era ella y, al mismo tiempo, representarla tan bien. Se miraba y se veía guapa, se sentía guapa, algo que no había sucedido en mucho tiempo.

La blusa de un blanco crudo y bordados carmesí destacaba bajo la chaqueta larga de terciopelo rojo oscuro. Sus mangas sobresalían más allá de los puños de esta, cubriéndole las manos. Le quedaba perfecta, como si hubiese sido hecha expresamente para ella. Al principio no había estado muy convencida con todo ese tema del corsé, pero dado que su ropa interior parecía haber desaparecido con el resto de sus pertenencias, descubrió que no era una tortura tan bárbara como solía decirse. Quizá porque el material no era tan rígido y se ajustaba a su figura sin constreñirla. Estaba cómoda, lo cual para ella era lo primordial. Las *calzas*, como se habían referido a los pantalones, eran cómodas y tan cálidas como previó al tocar la tela. Con los pies y las piernas cubiertos por unas gruesas y suaves medias y las botas por encima completando su atuendo, ya estaba lista para salir de aquella habitación y enfrentarse con lo que hiciese falta.

—Creo que no me importaría vestirme así todos los días —murmuró posando ante el espejo—. Aunque si lo hiciese en Apricow Green, llamaría más la atención que un semáforo andando por la calle.

—¿Qué es *Apricow Green*? —Se interesó la chica.

—El lugar del que vengo —mencionó dándole por fin la espalda al espejo—. Gracias. No habría sido capaz de lidiar con todo esto y obtener el mismo resultado yo misma.

—Me alegra poder ayudarte —afirmó con esa expresión blanquecina en la que asomaba una tímida sonrisa—. Es todo un honor que la señora Doubs me eligiese para ser tu dama personal. Sé que ahora que estás aquí, las cosas mejorarán.

—¿Mejorar? ¿En qué sentido?

—Hacía mucho tiempo que no teníamos una invitada, alguien a quien poder servir —respondió con rapidez—. El paso del tiempo puede hacerse muy lento cuando haces todos los días lo mismo… Pero contigo aquí, todo cambia.

Asintió ante sus palabras, aunque tenía la sensación de que había algunas cosas que se había dejado en el tintero. Una vez más, guardando secretos.

—Si puedo ayudar en algo, no dudes en decírmelo —aseguró resbalando la mano sobre el brazo de la chica—. Bueno. A ver si entendí bien las instrucciones de la señora Doubs. Salgo de la habitación, sigo el corredor todo hacia la izquierda y bajo los dos primeros tramos de escalera que me encuentre a la derecha. Eso me llevará al ala este.

—Así es —confirmó la chiquilla—. En cuanto hayáis bajado esos dos tramos, os encontraréis en el ala este. El comedor principal, los salones de día, el invernadero y la sala privada del amo se encuentran en ese lado del castillo.

—¿Y qué hay en el otro lado? —preguntó—. Supongo que es el… ¿Ala oeste?

Si no supiera que era poco probable que un fantasma palideciese, diría que ella lo había hecho.

—Nadie va al ala oeste —respondió de manera precipitada—. Ese ala lleva cerrada mucho tiempo. Allí no hay nada. Los sirvientes ni siquiera nos aventuramos por esa zona del castillo. Está prohibido.

«Podéis ir a dónde deseéis excepto al ala oeste».

Las palabras que le había dicho Briar a través de la puerta resonaron en su mente.

No pudo evitar pensar en la torre con esas celdas frías y húmedas. No tenía la más mínima intención de volver allí y, sin duda, era el lugar en el que acabaría si metía las narices donde le dijeron que no pusiese ni un pie.

—¿Qué hay en el ala oeste? ¿Por qué está prohibida? —Las preguntas salieron de su boca como un torpedo.

—Por favor, Elvia. No debéis aventuraros allí jamás —le dijo la muchacha visiblemente preocupada—. El amo ha prohibido a todo el personal del castillo que se acerque siquiera a ese lugar. No lo desafiéis.

Hizo un aspaviento con la mano.

—No tengo las más mínimas ganas de volver a visitar una de sus celdas, así que acercarme a esa área del castillo es lo último que tengo en mente.

Su respuesta pareció ser suficiente para tranquilizarla. Asintió con la cabeza y comprobó que la habitación estaba lista antes de

tomar la capa que había sobre la cama y entregársela.

—Si deseáis salir a los jardines, será mejor que os llevéis una capa —le sugirió—. Ha dejado de nevar, pero eso no significa que no haga frío.

Dado que había estado ante la ventana y notado el viento helado, no le diría que no a un poco más de abrigo.

—Gracias. Aunque primero tendré que averiguar cómo llegar a la puerta que da a ellos —admitió. Y no lo decía por decir.

—Desde el ala este solo tenéis que seguir bajando las escaleras. Os llevarán al vestíbulo y a la puerta principal del castillo. Los jardines están justo en frente —le indicó—. Si tomáis el sendero de la derecha, os llevará al invernadero. Allí podréis encontrar las rosas de invierno con las que se elabora el té, y si tomáis el sendero de la izquierda, os internaréis en el jardín de estatuas que conducen a la rosaleda exterior. Mientras os mantengáis dentro de los jardines, no deberíais tener problema.

—Vale. Derecha invernadero, izquierda jardín de estatuas. Lo tengo —asintió colgándose la capa del brazo.

La chica le sonrió y abrió la puerta de la habitación.

—Disfrutad de vuestro paseo —le deseó.

—Lo haré.

Sin otra palabra, salió al pasillo y se dirigió, tal y como le habían explicado, hacia la derecha.

Al menos esta vez estaba bien vestida y abrigada. La diferencia era notable con respecto a la noche anterior, aun cuando el lugar seguía pareciéndole un tanto lúgubre a pesar de las lámparas que ahora había encendidas por doquier y de la luz que entraba a través de las ventanas. Esa helada sensación prevalecía en el ambiente. Se alisó la chaqueta y comprobó que las botas eran realmente cómodas. Ella, que siempre tenía problemas con el calzado, no tendría que preocuparse por rozaduras o ampollas. Y tampoco porque se le helasen los pies.

A la luz del día, el interior del castillo cambiaba notablemente. Lo que anoche todo le había parecido oscuro, hoy tenía una pátina más clara y las paredes tenían mucho más detalle del percibido. La opulencia seguía siendo el denominador común. Artesonados,

murales, mucha pintura dorada —o al menos quería pensar que era pintura y no otra cosa—, estatuas de mármol… Mirase donde mirase, todo gritaba riqueza y, sin embargo, al mismo tiempo también se veía deslucido, frío, como si esa misma riqueza fuese una maldición.

Llegó al desvío y empezó a dirigirse hacia las escaleras que descendían a su derecha, pero se detuvo en el último instante. A su espalda, otro tramo de escaleras subía y, al contrario que el pasillo que acaba de recorrer y el que bajaba, allí no había ninguna lámpara encendida, ninguna ventana a través de la que pudiese pasar la luz del día.

—¿Por qué será que cuando te dicen que no hagas algo, luego tienes incluso más ganas de hacerlo? —masculló—. Por Dios, Elvia. Acabas de decirle a esa chica que no pondrías un pie en ese lugar.

Bien. Había mentido. O más que mentir, estaba cambiando de opinión en el último momento. Sacudió la cabeza y no lo pensó un instante. Cogió una de las lámparas a mano y empezó a subir el tramo de escaleras, ahuyentando las sombras que encontraba a su paso.

No recordaba este lugar, no había nada que se le hiciera familiar. De hecho, a medida que ascendía solo sentía escalofríos. El ambiente era mucho más pesado, como si llevase tiempo cerrado a cal y canto. Olía a polvo y a piedra húmeda. Incluso los escalones, a medida que subía, parecían estar cubiertos por una capa de suciedad, algo que no pasaba en el resto del castillo. Al menos no en las partes en las que había estado hasta ahora.

Llegó a una nueva intersección. Las escaleras volvía a dividirse. Había un pasillo hacia la derecha y un nuevo tramo de escaleras a la derecha. Si lo que suponía era correcto, las celdas debían estar en la torre, lo que sugería que estarían arriba, así que optó por el lado contrario y continuó por el corredor.

Todas las puertas que encontró a su paso estaban cerradas, pero eso no fue lo que más la sorprendió. Eran las paredes, los cuadros destrozados, como si un animal los hubiese hecho trizas. La propia pared estaba surcada a veces por profundas líneas, como de garras… Y había trozos de piedra, posiblemente de alguna de las muchas estatuas rotas o decapitadas que encontró por el suelo.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —musitó para sí. Era tal la destrucción que temía incluso alzar la voz.

Movió la lámpara, intentando iluminar el pasillo ante ella. Lo último que necesitaba era tropezar y darse una buena hostia. Continuó adelante hasta que este se abrió a una nueva escalera que, al igual que la que acababa de dejar atrás, ascendía.

—Bueno, supongo que no hay más remedio que subir —resopló. Era eso o dar la vuelta.

Tan pronto como apoyó la mano en la pared, notó el frío helado a través de la piedra, así como nuevas marcas arándola. La retiró de inmediato e iluminó los nuevos surcos.

—Elvia, este es justo el momento en el que la protagonista elige mal en las películas y acaba hecha picadillo —musitó. Incomprensiblemente, era incapaz de alzar la voz. Se estaba sugestionando a sí misma y lo sabía—. O si te pilla él, acabarás de nuevo en esa bonita celda…

Empezó a dar media vuelta. Era una mujer sensata, después de todo, pero la sensatez se esfumó tan pronto como llegó de nuevo al pasillo.

—No, no vas a hacerlo. Tú eres inteligente, aprecias mucho tu vida… —Se giró de nuevo, mirando la escalera ante ella—. Una vida que se fue a la mierda en el momento en que seguiste a ese puto zorro entre las zarzas. ¡Joder!

Esprintó. Subió las escaleras corriendo, al menos una parte de ellas. Tenía que admitirlo, su forma física era un asco y se hizo evidente cuando llegó a la cima y estaba sin aire. Ante ella se abría un nuevo pasillo y, este, al igual que el anterior, estaba completamente destrozado, aunque aquí hasta las puertas de las distintas estancias estaban reventadas, fuera de los goznes o eran inexistentes.

La opulencia en esta parte era incluso más ostentosa. Había tanto dorado en las paredes que parecía estar caminando por un túnel dorado. Cada estancia que dejaba atrás estaba completamente destrozada. No había un solo mueble, cuadro u objeto entero. Las ventanas estaban cerradas, cubiertas por cortinas también hechas girones. No se había salvado nada en ese lugar.

—¿Pero qué narices ha pasado aquí? —musitó, pasando la mirada de una habitación a otra. El nivel de destrucción en ese lugar era demoledor, como si alguien hubiese decidido demoler esa parte del castillo con sus propias manos. O garras—. Vale, creo que ya has tenido bastante, Elvia… Media vuelta.

Y esta vez la dio, o al menos lo intentó, pues en su prisa acabó tropezando con los cascotes del suelo y terminó girando sobre sí misma hasta acabar contra la pared contraria.

—Joder. Por poco… —jadeó. Se incorporó y entonces lo vio, el único punto de luz en el pasillo y que no correspondía a su lámpara.

Extremando esta vez el cuidado para no acabar partiéndose la crisma, avanzó por un lateral hasta que vio el lugar de procedencia de aquella claridad. Un par de puertas dobles estaban abiertas, las marcas de surcos cubriendo de nuevo su blanca superficie. El resplandor venía de dentro, pero era demasiado intenso para ser de una lámpara. ¿Estarían las ventanas abiertas?

La estancia con la que se topó nada más cruzar el umbral era inmensa, dividida en varios arcos. En algún momento debió de ser una habitación espectacular, pero las paredes estaban desconchadas, apenas se apreciaban los murales y estaban esos surcos profundos. Los muebles estaban tirados por los suelos o hechos pedazos, al menos en esa primera parte de la habitación. Pasó el primero de los arcos y el lugar cambió por completo. Los ventanales de la torre dejaban pasar algo de luz a través de los sucios cristales, iluminando una estructura de cristal, como un pequeño invernadero victoriano en cuyo interior estaba protegido un único rosal.

—Vaya…

Avanzó con cuidado hasta que vio como el haz de luz que entraba a través de los ventanales incidía sobre la única flor que poseía el espinoso rosal. Podía haber solo una flor, pero su aroma era lo bastante denso como para escapar de su encarcelamiento, perfumando el frío aire de ese lugar. Elvia se acercó hasta que estuvo delante de la rosa y vio que sus pétalos estaban abiertos, como si quisieran deshojarse por sí solos. A juzgar por los ya secos

en el suelo del invernadero, a la bonita rosa estaba próxima a marchitarse.

—Solo hay una flor en todo el rosal… —murmuró mirando detenidamente la flor. No era la típica rosa roja, era como si el color naciese oscuro contra el tallo y se fuese haciendo más y más intenso hacia el borde de los pétalos.

Se quedó a tan solo unos centímetros de la creación de cristal que protegía el rosal, completamente absorta en sus pétalos.

—¿Qué? —musitó ladeando la cabeza, intentando escuchar mejor el murmullo que creía haber oído saliendo de su interior. Era como si hablase, como si le estuviese intentando decir algo. Sabía lo absurdo que eso sonaba, pero no era capaz de asimilarlo—. No te entiendo.

Quizá, si abría la portezuela del invernadero, podría escuchar mejor lo que le decía la flor, porque, por extraño que pareciese, parecía estar hablándole. Buscó alguna ranura, alguna puerta y, tras unos instantes, la encontró. La abrió con extremo cuidado, como si pensase que el invernadero pudiese desarmarse si hacía cualquier movimiento brusco y esa deliciosa fragancia se hizo más intensa que nunca.

«Elvia».

La rosa estaba susurrando su nombre. Lo extraño iba subiendo de nivel, no le cabía duda.

«Solo tú, Elvia».

Se quedó mirando la flor, sintiendo como palpitaba, como todo a su alrededor parecía palpitar como un enorme corazón. Y ella estaba escuchando esos latidos, estaba…

—¡No la toquéis!

El rugido resonó en las paredes, haciéndolas temblar y arrancándola de aquel inesperado trance. Una sombra se cernió sobre ella y, antes de poder levantar la cabeza y formar un solo pensamiento coherente, sintió como sus pies se levantaban del suelo y era lanzada hacia atrás. Se vio suspendida unos segundos en el aire hasta que el aterrizaje contra el suelo la dejó sin respiración.

—¡Maldita mujer! ¡Cómo os atrevéis a entrar aquí!

El caliente dolor fue instantáneo. La recorrió de los pies a la cabeza, haciendo incluso que le saltasen las lágrimas. Se le emborronó la vista, pero no tanto como para poder pasar por alto lo que tenía ante sí. Jamás podría olvidar esa expresión. La rabia y el terror demudando un rostro oscuro, animal, enmarcado por un alborotado pelo negro. Sus labios, igual de negros, se movían dejando a la vista unos desarrollados caninos. Estaba fuera de sí, casi escupía al hablar, ¿pero sus palabras? No podía escuchar bien lo que decía porque todavía le zumbaban los oídos.

—¡Debería haberos matado en cuanto os encontré! —Creyó entender que decía—. ¡Fuera de aquí!

No se movió, era incapaz de hacerlo. Él era como una bestia salvaje, enjaulada, moviéndose de un lado a otro, escudando con su cuerpo el invernadero.

—¡Fueraaaaaa! —No fue un grito, ni siquiera fue humano. Su rostro se desfiguró por completo y lo que vio la aterrorizó de tal manera que empezó a revolverse en el suelo, intentando escapar.

—Briar, ¿qué…?

Alguien apareció en la habitación. Dos pares de piernas abriéndose paso entre los escombros.

—¿Elvia Rose?

No escuchó, no miró a nadie. Tenía que huir, necesitaba alejarse de esa cosa o la mataría. Resbaló en su intento de ponerse en pie, encontró un par de manos que la estabilizaron, pero se desprendió de ellas con un grito y entonces corrió como si su vida dependiese de ello.

Desoyó los gritos que parecían llevar su nombre. Tropezó con las paredes, a punto estuvo de caerse por las escaleras en varias ocasiones, pero no se detuvo. Siguió, olvidó la intensa punzada de dolor en la cadera, se movía cojeando, pero no pensaba detenerse. Los pulmones le ardían por la necesidad de oxígeno, pero en esos momentos funcionaba a base de adrenalina y, mientras bombease en sus venas, no se detendría ni para mirar atrás.

Se movió enceguecida por las lágrimas y el miedo, por una primitiva necesidad de huir de la mismísima muerte. No podía dejar de ver ese rostro en su mente, la rabia asesina en sus ojos, de

escuchar el rugido en sus oídos… Dejó de ser consciente de lo que la rodeaba, empujó una puerta y notó que el aire frío, helador, le abofeteaba el rostro, pero no se detuvo, siguió corriendo.

Muévete, Elvia. Sigue moviéndote o te matará.

Su propia voz en bucle la hizo avanzar a través de la nieve, abriéndose paso a través de los caminos cimentados de aquel solitario y silencioso jardín. Siguió en línea recta siempre que pudo, desviándose tan solo cuando encontraba algo que le cerraba el paso. Sus zancadas empezaron a hacerse más cortas, sus pasos más lentos mientras el viento parecía aullar sobre su cabeza y la nieve, en la que ni siquiera había reparado, le acariciaba la cara. Apenas podía respirar, le dolía el pecho, las piernas, el costado, le palpitaban las sienes en las que ya solo escuchaba su propio y acelerado corazón, pero siguió corriendo.

Huye. Huye. Huye.

Ya no podía más, no podría mantener el ritmo. Por suerte se dio cuenta de que no tendría que seguir haciéndolo. Allí, entre esa cortina de nieve, vislumbró la rosaleda y el oscuro muro de zarzas recortado contra el plomizo día que le impediría ir más allá.

Y entonces lo escuchó. Un aullido en la lejanía, al cual respondió otro mucho más cercano. Un gruñido cercano, procedente de algún lugar a su derecha, la hizo detenerse en seco y mirar en esa dirección.

—No… —Sacudió la cabeza, retrocedió, pero las piernas ya no le respondían y acabó cayendo al suelo. Estaba frío, había nieve bajo ella, pero eso no importaba cuando la misma muerte te miraba a la cara desde el rostro de un enorme lobo blanco—. Vete… ¡Vete!

Un segundo gruñido se unió al primero. La vio saltar desde el zarzal, una bestia idéntica a la primera, moviéndose contra el suelo, agazapada y con las fauces al descubierto, gruñendo con una advertencia mortal.

Lobos. Dos lobos enormes, tan blancos como la nieve sobre la que había caído, con unos ojos tan azules como el hielo, avanzaban hacia ella con viciosas intenciones. Un nuevo aullido, el típico sonido que has escuchado alguna vez en alguna película, en un documental, pero que no pensabas que encontrarías en la vida real,

llenó el aire y sus dos camaradas se le unieron en una rápida respuesta.

—Entonces, ¿así es cómo se acaba esta historia? —Se encontró musitando, riéndolo, llorando… Todo al mismo tiempo—. Devorada por un par de lobos mutantes.

Sabía que tenía que ponerse de pie y hacerles frente. Si iba a morir aquí y ahora, lo haría luchando. No dejaría que la devorasen sin presentar batalla.

Reuniendo sus últimas fuerzas, se impulsó sobre manos. Sus dedos tocaron algo duro bajo la nieve, lo agarró y terminó con un trozo de tronco con espinas lo bastante grande como para poder usarlo a modo de ariete.

—¡Iros al infierno, putos bichos! —siseó poniéndose en pie, apretando con fuerza el tallo del zarzal, ignorando el dolor de las espinas que se le clavaron en las palmas y haciéndoles frente—. ¡Iros al maldito infierno!

Las fieras echaron las orejas hacia atrás, tensaron las patas y, justo antes de que iniciasen el ataque, Elvia llegó a ser consciente de varias cosas: *Él* volvió a lanzar ese grotesco bramido que helaba la sangre, los lobos saltaron hacia ella dispuestos a destrozarla y alguien gritó su nombre a pleno pulmón mientras imprimía toda la fuerza posible en el primer golpe que descargó con su improvisado bate sobre la cabeza de una de esas bestias.

CAPÍTULO 22

—¡Malditos monstruos!

—¿Cómo han podido acercarse tanto?

Briar no contestó. Estaba demasiado ocupado descargando toda su furia sobre una de las bestias que se habían lanzado sobre Elvia Rose.

¿Qué he hecho?

Había estado a punto de ser él quien acabase con su vida en el propio castillo. Encontrarla allí, junto al rosal, a punto de tocar la rosa… El horror y la ira lo habían inundado, cegándolo como aquella primera noche, cuando arrasó con toda el ala oeste. La desesperación volvió a apoderarse de él y reaccionó como la bestia en la que se había convertido. No pretendía herirla. El cielo sabía que no quería lastimarla, pero por un breve instante se desconectó de todo excepto de la visión de un intruso en aquel santuario, de esos dedos a punto de tocar la rosa.

Cuando sintió la perturbación del castillo, cuando la notó en su propio pecho, supo que algo iba mal, muy mal. Voló escaleras arriba como un loco, golpeándose contra las paredes en su desesperación por llegar cuanto antes a la torre oeste, preparado para hacer cualquier cosa para proteger su única esperanza.

Nadie debería haber estado en esa parte del castillo, ¡estaba terminantemente prohibido! Su furia había emergido de manera instantánea, haciendo que dejase de pensar, que todo lo que quedase en él fuese el instinto de proteger ese maldito rosal.

Al parecer, no había abandonado la esperanza tal y como creía.

No fue verdaderamente consciente de lo que había hecho hasta que la vio en el suelo, hasta que sintió su dolor como si fuese el suyo y vio el terror inundando esos ojos azules verdosos. Se

quedó mirándola mientras gateaba, arrastrándose hacia atrás para alejarse de él y su furia. Le había gritado, las palabras habían brotado de su garganta de forma automática y ella había escapado en consecuencia.

Había huido de él, abandonando el castillo e internándose en los jardines, yendo incluso más allá, hasta el linde marcado por la rosaleda que se había entrelazado con el muro de zarzas. Y allí la muerte la esperaba también con las fauces abiertas y los dientes listos para desgarrarla y derramar su sangre.

Si algo le pasa, será mi culpa.

Si perdía ahora a esta mujer, se acabaría la esperanza. No le quedaba tiempo, ni tampoco fuerzas para seguir enfrentándose a la maldición. Si ahora le fallaba a esa fogosa y valiente criatura que enfrentaba a las bestias con tan solo una rama del zarzal, les estaría fallando a todos, a su gente, a su reino… A todos.

Interceptó al segundo lobo y lo derribó en el mismo instante en que ella emitía un grito de rabia y descargaba su improvisada arma sobre el cráneo de la primera bestia. El lobo en sus manos emitió un lastimero aullido antes de terminar muerto a sus pies. Briar rugió, su voz haciéndose eco en todo el reino. Un grito de triunfo, pero también una amenaza de muerte para cualquiera que osara enfrentarse a él.

London y Tristan ya estaban junto a él, flanqueando a la mujer, protegiéndola incluso en sus formas fantasmales mientras repelían el ataque de las fieras que empezaron a salir desde el zarzal.

Contó al menos una docena de lobos. Dos estaban muertos, los otros pronto se reunirían con sus congéneres.

No tuvo piedad, dio rienda suelta a esa naturaleza oscura y descargó sus garras sobre esos cuerpos peludos, los desgarró, los mordió, ignoró sus heridas frescas y se entregó a un frenesí de muerte.

Pronto los animales que quedaban en pie empezaron a retroceder enseñando los dientes, sí, pero con la cola entre las patas. Eran conscientes de que él era mucho más peligroso que ellos, que la presa que habían elegido ya no estaba disponible y que

si seguían enfrentándose a él y a sus compañeros de armas, no saldrían de allí con vida.

—¡Fuera! —bramó, haciéndolos saltar, girar sobre sus patas y huir a la carrera, internándose de nuevo entre las zarzas que parecían aceptarlos, en vez de impedirles avanzar.

—Malditas fieras… —Siseó Tristan, sacudiendo su espada manchada de sangre—. ¿Cómo pueden haberse acercado tanto al castillo?

—Es el zarzal —siseó London, quien había visto lo mismo que él—. Esos cabrones han salido de las zarzas y han vuelto a ellas. No solo no los han frenado, los ha acogido entre sus espinas.

Dejó de prestar atención a los dos combatientes y volvió sobre sus pasos, saltando entre los cadáveres para llegar a ella. Elvia Rose estaba agotada, se mantenía en pie a duras penas, sofocada y aferrando el robusto tallo de una de las zarzas con el que se había estado defendiendo. Olió la sangre y supo que estaba herida. Las espinas se le habían clavado en las palmas, desgarrándole la piel, pero eso no hizo que liberase aquella improvisada arma. Tenía el rostro blanco como la nieve. El pelo cobrizo se le había soltado de la trenza, con mechones colgando aquí y allá, pero eran sus ojos los que se abrían con visible horror mientras recorría los cadáveres de los lobos desperdigados sobre la nieve. La sangre roja manchando su pelaje y la nieve bajo ellos.

—¿Estáis… bien?

Se sobresaltó. Se volvió como un resorte, las manos nuevamente tensas sobre su improvisada arma, lista para asestarle un golpe a él si era necesario. Retrocedió por puro instinto de supervivencia, viéndolo como una amenaza, cosa que le provocó una punzada en el pecho.

—No… No te… acerques… a mí… —siseó. Le costaba hablar. Temblaba como una hoja y no podía decir si era por el frío o por el terror que veía en esa mirada azul verdosa. No había reconocimiento, solo terror.

—Soltad eso, Elvia Rose —pidió, extendiendo el brazo hacia ella —. Os estáis haciendo daño…

Fue un movimiento desafortunado, pues la muchacha lo interpretó como una amenaza y no dudó un segundo en lanzarse sobre él con un grito, asestándole un buen golpe contra el costado.

—¡No te acerques a mí! —El impacto hizo que el grueso tallo le cayese de las manos y ella terminase en el suelo, sin aliento, sus ojos demasiado abiertos, demasiado aterrorizados.

Briar la siguió, arrodillándose ahora ante ella con sumo cuidado, pendiente de cada una de sus reacciones mientras le cogía las manos y se las giraba, las palmas hacia arriba, viéndolas en carne viva, la sangre goteando sobre la nieve. Tal y como había supuesto, se había abierto la piel, las espinas se habían clavado profundamente.

—Estáis herida —gruñó y ella se sacudió ante el sonido de su voz. Estaba perdida, esa mirada era de alguien que no estaba aquí.

—¿He… herida? —repitió con voz temblorosa, sin ser capaz de registrar todavía el concepto, sin ser consciente de nada. Sus ojos se desviaron sobre el suelo, a una de las fieras caídas más cercanas. Dejó escapar un jadeo a camino entre el sollozo y la pura ira—. Están muertos…

—Lo están.

Levantó la cabeza y se encontró con su mirada. Ella le miró a los ojos durante un largo instante.

—Esas… esas cosas… querían comerme.

—Lo sé —afirmó y añadió—. No iba a permitírselo.

—No ibas a permitírselo —repitió. Parpadeó un par de veces, como si intentase liberarse de un mal sueño—. No ibas a permitírselo.

—No. —Fue rotundo en su respuesta—. Ninguna fiera herirá a un habitante de mi castillo sin pagar por ello con su propia vida.

—¿Pagar por ello? —Arrancó las manos de las suyas y miró a su alrededor, a la masacre que se había producido y que teñía la nieve de rojo—. ¡Los has masacrado! ¡Los has hecho pedazos!

—Si os hubieseis ceñido a las normas, nada de esto habría pasado —siseó acusador.

—¿*Las normas*? —Volvió a mirarle como si no entendiese sus palabras.

—Debisteis haberos quedado en el castillo.

—¡Lo habría hecho si no me hubieses asustado hasta la muerte, bestia estúpida! —lo acusó rabiosa. Sus ojos chispeando ahora de verdadero odio, uno que iba completamente dirigido a él.

—¡No debisteis entrar al ala oeste! —Contagiado por la misma emoción, su propio genio salió a la superficie— ¡Os lo prohibí!

—¡Pues haber puesto un jodido cartel de *«Prohibido el Paso»*! —le gritó, encarándose con él—. Ni que estuvieses ocultando una plantación de marihuana. ¡Te has puesto como un energúmeno por un estúpido rosal!

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no estrangularla allí mismo, justo después de haberla salvado.

—¡Podríais haberlo destruido todo! —bramó—. Si hubiese perdido un solo pétalo por vuestra…

—¡Ni siquiera lo toqué!

—¡Me desobedecisteis!

—¡Y tú me lanzaste por los aires! —Lo acusó a voz en grito—. ¡Necesitas asistir a un jodido curso de control de la ira!

—Y vos necesitáis aprender a quedaros en vuestro lugar.

—¡Vete a la mierda, Briar! —zanjó ella echando chispas por los ojos, tan cerca ahora que prácticamente estaban nariz con nariz.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no zarandearla, para no retorcerle ese bonito cuello y acabar con todo de una vez y para siempre. En vez de eso, se obligó a mantener el control, a respirar hondo antes de decirle:

—No tienes la menor idea de lo que podrías haber provocado —siseó él en respuesta, bajando el tono de voz.

—Lo sabría si todos vosotros no me ocultaseis información —replicó bajando también el tono de voz—. Pero, claro. ¿Para qué explicarle nada a una *prisionera*?

Esa mujer estaba destinada a desquiciarlo. No le cabía la menor duda.

—¡No sois una prisionera!

—¿No? ¡Bien! ¡Entonces volveré a mi casa!

La cogió de la muñeca como un rayo, impidiéndole retirarse, como era su intención, cuando intentaba ponerse en pie. Ambos

seguían allí, arrodillados en la nieve.

—No pongáis a prueba mi paciencia, Elvia Rose —le dijo mirándola a la cara—. Hicisteis una promesa…

—Esa promesa expiró en el mismo instante en que lanzaste por los aires, capullo —escupió ella.

—¡Nunca tuve la intención de heriros! —rugió, la culpa carcomiéndole por dentro—. Yo… Jamás os haría daño.

Las palabras de uno y otro resonaron en el lugar, dejando tras de sí un eco que dio paso a un tenso silencio. Siguieron mirándose, como si necesitasen recordarse que debían mantener la calma en favor del otro. Un segundo después, ella bajó los ojos sobre la mano que todavía la retenía.

—Suéltame. —Briar aflojó su agarre y la dejó ir—. Y controla ese puto genio —masculló llevándose ahora ambas manos al pecho con gesto dolorido. Miró a su alrededor y se estremeció—. ¿De dónde han salido esas… bestias?

—Son lobos de nieve. —La respuesta vino de London. Ambos parecían haberse olvidado de las dos personas que estaban presentes en el calor de la discusión—. Otro regalo envenenado de la hechicera.

—¿Hechicera? —La confusión de ella se hizo evidente.

Él gruñó y fulminó a London con la mirada, pero su amigo no se inmutó. En sus ojos brillaba también la ira, una que sabía estaba obligándose a controlar.

—Contádselo, Briar —añadió Tristan, envainando su espada—. Esto no puede volver a repetirse.

Y a juzgar por la mirada en los ojos de su capitán, se refería a algo más que a la masacre que los rodeaba.

La chica se volvió hacia él y quedó claro que tendría que tomar una decisión.

—Quemadlos —ordenó sin mirar a ninguno de sus compañeros. Se levantó del suelo y se inclinó para ayudarla a incorporarse también, pero Elvia lo apartó, golpeándole la mano con el dorso de la suya, y procedió a ponerse de pie por sí misma. Sin embargo, la verticalidad no duró demasiado tiempo, obligándole a cogerla del codo para estabilizarla.

—He dicho que me sueltes —siseó ella cuando se vio sujeta de nuevo por él.

—Lo haré tan pronto como estemos de vuelta en la seguridad del castillo.

Y así, sin mediar palabra, la levantó del suelo sin esfuerzo.

—¿Qué te crees que estás…?

—No estáis en condiciones de caminar —replicó con sequedad, cortando de raíz cualquier posible réplica—. Solo… dejad que os lleve. Por el bien de los dos.

Ya fuese porque estaba agotada, herida o se le terminaron los argumentos, la muchacha no replicó y permaneció callada mientras emprendían el camino de vuelta.

CAPÍTULO 23

Elvia recorrió aquel acogedor salón con la mirada. Ocupaba una butaca al lado de la chimenea, él la había depositado allí con una delicadeza que contrastaba con la brutalidad de la que sabía era capaz. No. No la había herido a propósito. Había visto la vergüenza y la culpabilidad en su mirada, la había escuchado en su voz. Briar solo había reaccionado enceguecido por el miedo, había actuado movido por el instinto ante una inesperada intrusión y ella había acabado siendo un daño colateral de su falta de autocontrol.

El inesperado ataque, esa repentina agresividad, el miedo despertando en ella, su furia al gritarle… La había aterrado, su mente entró en pánico y reaccionó como lo haría cualquier ser humano ante una posible situación de inminente peligro. Salió corriendo y a partir de ahí fue una concatenación de acontecimientos que había terminado con un campo sembrado de cadáveres.

—No te he dado las gracias por haberme salvado la vida —murmuró, mirando su propia mano entre las de él.

Llevaban un buen rato en aquella sala, sin decir una sola palabra, ella sentada en aquella enorme butaca y él a sus pies, encargándose de sus manos. No podía negar que le había sorprendido su delicadeza a la hora de limpiarle las heridas y vendarle luego las manos. Durante todo el proceso había mantenido el rostro oculto bajo la capucha, como si quisiera ocultarse del mundo o que ella olvidase esa parte de él que la había aterrado.

—Esos lobos no deberían estar en los terrenos del castillo —respondió concentrado en su labor. La señora Doubs había traído una palangana con agua limpia, paños y una caja de madera con ungüentos para curarla, pero la echó, para hacerlo él mismo.

—¿Quién es la hechicera de la que habló Tristan? —Volvió a hacerle la pregunta que le había hecho ante la rosaleda—. ¿Ella fue quien te hizo *esto*?

No respondió. Terminó con su tarea y se incorporó, llevándose la cesta con los ungüentos y las vendas. Estaba claro que quería mantener las distancias.

—¿Os duele algo más? —preguntó. Si bien no podía verle el rostro debajo de la capucha, sabía que la estaba mirando.

Elvia dejó escapar un resoplido ante su forma de hablar. Entendía que era algo propio de esta gente, pero tanto protocolo y tanta ceremonia la estaba poniendo de los nervios.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —pidió. La manera en que ladeó la cabeza, a pesar de no decir una sola palabra, dejaba claro que no sabía de qué le hablaba.

—¿Qué estoy haciendo?

—Me hablas de manera muy formal. Todos lo hacéis y me produce urticaria.

—¿Nuestra forma de dirigirnos a vos os provoca… urticaria? —No podía sonar más sorprendido, ni intentándolo.

—No lo digo de forma literal. —Puso los ojos en blanco y resopló—. Lo que quiero decir es que dejes de hablarme de *usted* y me trates de *tú* —pidió resoplando una vez más.

Estaba incómoda. Le dolía todo el cuerpo, pero no iba a decirlo en voz alta. No le gustaba depender de la gente y mucho menos de él. Era obvio que estaba intentando enmendar su error, tomando en sus manos su cuidado, pues se sentía responsable de lo que le había ocurrido. Y sí, lo era. Al menos en parte. La había empujado y se había hecho daño por ello, pero también había evitado que esos monstruos la devoraran. Se los sacó de encima, literalmente, así que podía decirse que una cosa compensaba la otra.

—Y respondiendo a tu pregunta de antes, me duelen las manos, pero eso ya lo sabes. —No había dejado de pegar respingos mientras la curaba y ahora mismo sentía como le latían las palmas, aun cuando el ungüento que le había aplicado había calmado el ardor, entumeciéndole la piel—. Pero sí. Estoy bien.

Ahora fue su turno de dejar escapar un largo resoplido.

—No. No lo estáis.

Bueno, parecía que no era la única cabezota presente en la habitación.

—¿Ahora vas a decirme también cómo debo sentirme? —Sacudió la cabeza—. Esto ya es el colmo…

—Deberíais odiarme, Elvia —replicó visiblemente irritado. No sabía si con ella o consigo mismo—. Os hice daño. Os golpeé y… Cristo. Jamás, en toda mi vida, he golpeado a una mujer.

¿Por qué la queja parecía la de un niño pequeño enfurruñado? Casi parecía que le costase disculparse.

—No eres de los que pide disculpas cuando se equivoca, ¿verdad?

—No suelo equivocarme. —Su contundencia casi la hace reír. Casi. Parecía creer honestamente en ello y que le molestaba sobremanera no llevar la razón.

Sí. Briar de Winteria se estaba comportando ahora mismo como un niño enfurruñado.

—Verás, odiar requiere de unas fuerzas que ahora mismo no me sobran —le dijo encogiéndose de hombros—. Además. Si hubiese creído durante un mísero segundo, que tu desmesurada reacción no hubiese sido algo fortuito, posiblemente provocado por una explosión emocional, ahora no estarías ahí de pie, sino rodando por el suelo, agarrándote las pelotas y aullando de dolor.

Lo vio respingar. La manera en que dio un involuntario paso atrás fue casi cómica. De hecho, la hizo sonreír. Que una montaña como esa reculase al pensar en lo que podía hacerle a sus joyas de la corona era bastante cómico.

—Sois demasiado… deslenguada para ser una dama…

—Sí, bueno, el cartón de baile me lo dejé en el otro mundo.

Lo vio negar con la cabeza.

—En ocasiones no entiendo lo que queréis decir… —admitió y, a juzgar por su tono de voz, eso lo frustraba bastante.

—Lo único que estoy pidiendo es que dejes de tratarme como una maldita duquesita… —siseó y acabó rogando—. Deja de ser tan formal conmigo.

Él volvió a guardar silencio, pero casi podía imaginárselo mirándola con esa actitud superior, principesca. Desde luego, el señor del castillo hacía honor a su cargo.

Al ver que no iba a obtener una respuesta, optó por seguir examinando la sala desde su posición. Parecía acogedora, como si soliese pasar el tiempo en este lugar. Desde luego, olía a él y el calorcito de la estancia indicaba que era una en la que siempre estaba encendido el fuego. Había una mesa amplia llena de papeles y libros, varias sillas distribuidas por la habitación, así como una bandeja con varias tazas y los restos de un tardío desayuno.

—¿Por qué tienes un rosal con una sola rosa metido en un invernadero de cristal? —preguntó sin parecer demasiado interesada —. ¿También está encantado?

—Sí.

La respuesta fue tan inesperada que se lo quedó mirando durante un buen rato y algo le decía que debajo de esa capucha, él hacía lo mismo.

—En ningún momento se me pasó por la cabeza hacerle nada a ese rosal —admitió bajando la mirada a sus propias manos, apoyadas sobre el regazo—. Ni siquiera habría abierto la portezuela del invernadero si no fuese porque… creí escuchar que alguien murmuraba mi nombre. Y venía del rosal.

Tan rápido como se había alejado antes de ella, ahora recuperó la distancia perdida.

—¿Qué queréis decir?

—Sé que esto va a sonar a locura o quizá no. Parece que lo que para mí es bizarro, para vosotros es el pan de cada día — admitió, pensando en acertadas que eran esas palabras—. Tenemos sirvientes espectrales, lobos mutantes sedientos de sangre, un amo del castillo que es más bestia que humano… así que el que una rosa te susurre no debería ser nada extraño por estos lares.

—¿Estáis diciendo que escuchasteis susurrar a la rosa?

—Dijo mi nombre —confirmó y lo hizo con contundencia—. Y dado que no suelo hablar con las plantas ni ellas conmigo, no es algo que pudiese pasar por alto, en realidad.

Se hizo de nuevo el silencio. Tan solo el crepitar del fuego rompía esa ausencia de sonido.

—Ese lugar está completamente destrozado. —Lo intentó de nuevo, buscando llenar ese vacío—. Es como si hubiese estallado una bomba o algo en esa parte del castillo. Las paredes tienen surcos, como si…

—Son las marcas de mis garras —resumió de manera seca y cortante.

La ira volvía a estar presente en su voz. Volvió a retroceder, bajó la mirada a sus manos y pudo ver como abría y cerraba las mentadas garras antes de relajar por completo los brazos.

Estaba luchando consigo mismo, con sus nervios y puede que también con lo que quiera que le generase ese mal humor.

—Lo que os dije antes, lo decía de verdad, Elvia Rose —añadió de espaldas a ella—. No tenía, ni tengo intención de haceros daño. Perdí el control, pero os prometo aquí y ahora que no volverá a suceder. Jamás. No con vos.

Sinceridad. Podía notarla en su voz. No hablaba por hablar, ni siquiera para excusarse o quedar bien. Estaba diciéndole lo que se estaba diciendo también a sí mismo.

—En mi familia nos tomamos muy en serio las promesas, principito, deberías tenerlo en cuenta antes de hacer ese tipo de declaraciones.

—Podéis confiar en mi palabra. Tristan y London pueden atestiguar que soy un hombre de honor.

—No será necesario —respondió con voz queda—. Voy a confiar en ti. —No le quedaba otro remedio que hacerlo, sobre todo después de lo que él había hecho por ella—. Y… te pido perdón por haber entrado donde me dijiste que no podía entrar. Puedo entender que te sintieses… traicionado. No volverá a suceder.

—Ese invernadero, la rosa que salvaguarda… es demasiado importante —arrastró las palabras como si le costase confesar aquello.

—¿Por qué?

—Fue el regalo que rechacé de la hechicera…

Y al mismo tiempo que escuchaba esas palabras, algo se le revolvió por dentro, como si lo que le estaba diciendo debiese significar algo para ella.

Incapaz de encontrar el motivo, optó por buscar una respuesta a esa confesión.

—¿Quién es ella? —preguntó, sabiendo que si él decidía volver a caer en ese mutismo, poco o nada podría hacer para sacarlo de allí.

—La responsable del hechizo que mantiene a todo el reino de Winteria atrapado en un interminable invierno. —Había dolor en su voz, rabia y algo que no era capaz de descifrar. Si tan solo pudiese verle el rostro, ver su expresión, podría hacerse una idea, ¿pero así? Solo podía adivinar—. Hace casi cien años cometí un error imperdonable… Me negué a darle posada a una vieja anciana en el castillo, rechacé incluso el regalo que me ofrecía a cambio de pasar la noche bajo mi techo y ella, en represalia, decidió castigarme por mi… falta de generosidad y hechizar el castillo y a sus habitantes.

Su confesión fue tan inesperada como inusual.

—¿Me estás diciendo que todo lo que pasa en este castillo se debe a que te negaste a darle posada a una anciana? —No pudo ocultar su incredulidad. Estaba claro que el hombre ante ella no era la persona más caritativa del mundo, pero que se hechizase un castillo entero y a las personas que vivían en él, porque el señorito se reservaba el derecho de admisión, ¿no era un poquito extremo? —. Está claro que no vas a ganarte el premio al *Príncipe del Año*, pero de ahí a que alguien decida joderte no solo a ti, sino a toda la gente que vive bajo este techo, porque no te dio la gana de dejar a alguien entrar en tu casa… —Si hasta al decirlo en voz alta le parecía ridículo—. Me parece que alguien se olvidó de tomarse la medicación. Y no tú, precisamente.

—No era una simple anciana, aunque eso no lo supe hasta que ya fue demasiado tarde —añadió él con un bajo gruñido.

Dada la manera en la que terminó la frase, Elvia daba por hecho que no iba a decir nada más, pero entonces lo vio acercarse al fuego y su voz se hizo algo más dura cuando empezó a relatar:

—Esa noche se celebraba un baile en el castillo. Habían llegado invitados de todos los reinos, las personas más influyentes, las más acaudaladas, las más hermosas. —Hizo un gesto con la mano, como si le restase importancia—. El salón de baile bullía con risas, bailes y música, el vino corría por la sala y los fuegos que ardían en las chimeneas alejaban el frío de la tormenta de nieve que se había desatado en el exterior. Apareció de la nada, entró a través de las puertas de la terraza que da al jardín sur, dejando tras de sí agua, lodo y suciedad…

Hizo una pausa. Estaba claro que le costaba dejar salir las palabras, pues las notaba forzadas, casi como si las pronunciase entre dientes.

—Ordené que la echasen. Ordené a la guardia que la sacasen del salón, que la echasen a la calle mientras ella me rogaba que la dejase quedarse tan solo un momento, que le permitiese calentarse tan solo un rato junto a la chimenea —continuó su relato con dureza, sin emociones que pudiesen darle una pista de lo que estaba pasándole por la cabeza—. Cuando me negué, sacó la más hermosa de las rosas de entre sus harapos y me la ofreció. La desprecié. Ordené a Tristan que cumpliese mis órdenes, que la expulsara… y antes de que tuviese oportunidad de hacerlo, la anciana se quitó el disfraz y se reveló como lo que era realmente; una hermosísima hechicera.

Lo escuchó sisear. Un bajo gruñido abandonó su garganta mientras apoyaba la mano en el dintel de la chimenea, el rostro encapuchado dirigido en todo momento hacia el fuego.

—Esa noche, hace ciento dos años, condenó a este reino a un invierno eterno. Hechizó a todo aquel que me profesaba lealtad o cometió el pecado de oponerse a sus deseos y a mí me dejó algo para que jamás olvidase ese baile y sus consecuencias.

—El rosal.

Afirmó con la cabeza.

—Nació de la rosa que desprecié —corroboró con voz ronca, dura y oscura. Fue imposible no estremecerse en respuesta—. Al igual que mi maldición.

La manera en la que adelantó la mano, moviéndola ante el fuego, era una respuesta en sí misma.

—Ella… te convirtió en, ¿esto? —Lo señaló con un gesto, aunque el movimiento fue demasiado para sus heridas manos.

Él se volvió hacia ella y asintió, un movimiento de cabeza.

—Hizo que la *Bestia de Winteria* fuese algo más que un título. Lo convirtió en una grotesca realidad —concretó y señaló con un gesto la habitación, dándole la espalda a la lumbre—. Y luego borró mi reino, a mi gente y a mí mismo de las mentes de todos aquellos que una vez nos conocieron u oyeron hablar de nosotros. Lo que ves: el castillo, los jardines, la rosaleda, los terrenos de caza, el bosque de Frisia… Todo existe fuera de cualquier otro lugar. El muro de zarzas que rodea el reino es el límite, la frontera que ninguno puede sobrepasar.

Mientras pronunciaba esas últimas palabras, no pudo dejar de pensar en sí misma y en su padre, en cómo su propia vida había sido borrada, en cómo había deseado que la gente se olvidase de ellos, que borrasen de su mente su existencia… Y lo habían conseguido, ¿no? En Apricow Green nadie conocía realmente su pasado ni el motivo por el que su padre y ella habían llegado al pueblo. Solo eran un viudo y su hija intentando empezar desde cero, un hombre excéntrico, obsesionado con la creación de perfumes y una mujer sin intereses amorosos, que se conformaba con el trabajo de cajera y no tenía amigos con los que salir.

En cierto modo, el pueblo se había convertido también en su propio muro de zarzas, una línea que no se atrevía a rebasar.

Pero en su caso, ellos habían elegido ese tipo de vida, habían elegido desaparecer, nadie se lo había impuesto y podrían irse cuando quisieran…

—Vaya una hija de la gran puta. —Cada una de las palabras que salieron de su boca estaban marcadas por una profunda y repentina indignación—. Que tú te comportases como un niñato consentido hace cien años no tendría que haber afectado a la gente que vive en este castillo…

—Ella no lo vio de ese modo —repuso con tono grave—. *«Sois el soberano de Winteria y Winteria siempre seréis vos».* Esas fueron

las últimas palabras que escuché de sus labios. Mis pecados son los del reino y los del reino son los míos.

Sacudió la cabeza e hizo un gesto con las manos a modo de cruz.

—Ni hablar. Tus pecados son solo tuyos, del mismo modo que los míos son solo míos —resolvió tajante—. Nadie puede culpar a toda una nación por las estupideces cometidas por su soberano… —Aunque desgraciadamente aún hoy en día sucedían ese tipo de cosas, pensó pensando en todas las guerras del mundo. Al final, los propios habitantes de un lugar acababan convirtiéndose también en víctimas de las decisiones de sus líderes. No era justo, pero era la forma en la que actuaba la humanidad desde el principio de los tiempos—. O no deberían.

Briar no contestó. Se dirigió a la mesa y se quedó allí, con los dedos de la mano resbalando sobre la cubierta de un libro.

—Entonces, esos lobos, los que emergieron de las zarzas, ¿también son obra suya? ¿De esa hechicera? —preguntó. No pudo evitar estremecerse al pensar en esas bestias, en la manera viciosa en la que la habían mirado—. ¿Qué son? ¿Algo así como una patrulla fronteriza?

—Aparecieron tras la maldición. Hasta ahora no habían salido de las inmediaciones del bosque, nunca se habían adentrado en mis tierras y menos aún tan cerca del castillo —respondió abandonando el libro y apartándose de la mesa—. Sus patrones cambiaron recientemente, pero esta es la primera vez que osan acercarse tanto al Winteria.

—¿Alguna idea del porqué?

El silencio fue un claro *«sí, pero no lo voy a compartir contigo».* Empezaba a darse cuenta como funcionaba el señor de este castillo. Briar de Winteria tenía secretos, muchos más de lo que admitiría jamás poseer.

—Sabes, no soy experta en el tema, pero corrígeme si me equivoco —pidió antes de soltarle a bocajarro—. Si existe una maldición, también tiene que existir una manera de romperla. Es como una ley no escrita, así que… ¿Conoces la manera en la que puede romperse la que pesa sobre ti y el reino?

—La conozco. —No hubo duda alguna en su voz, incluso pensó que iba a desvelarle ese misterio, pero lo que dijo fue—: Pero no es algo que pueda conseguirse con facilidad. En realidad, ya me he hecho a la idea de que es algo imposible.

—¿Por qué? ¿Tienes que matar un dragón? ¿Sacrificar una virgen? ¿Subir por una planta de judías?

—¿Subir por una planta de judías? —replicó y casi diría que había cierta ironía en su respuesta.

Sacudió la cabeza, diciéndole sin palabras que olvidase lo que había dicho e insistió en su primera pregunta.

—¿Cómo puede romperse la maldición? —Se echó hacia delante en el sillón, aun cuando el movimiento la hizo muy consciente de su reciente encuentro con esos putos lobos.

El silencio volvió a llenar el lugar que debería haber ocupado una respuesta.

—Si no me lo dices, no creo que pueda ayudarte, *muchachote* —resopló, dejando claro lo poco que le gustaban sus silenciosas respuestas.

—¿Por qué querríais ayudarme, Elvia Rose? —Ese hombre sabía convertir una pregunta formal y distante en algo muy íntimo, incluyendo solo su nombre.

—Porque tengo la sensación de que ayudándote a ti a romper esta maldición, me estaría ayudando a mí misma.

—¿En qué modo?

Tuvo mucho cuidado a la hora de escoger las palabras, porque él acaba de darle ahora mismo la salida que necesitaba para volver a casa.

—Porque vas a jurarme, aquí y ahora, que si soy yo la que consigue romper esta maldición, dejarás que me vaya —le dijo, al tiempo que se ponía en pie con cierta rigidez—. Que harás lo que tengas que hacer para enviarme a casa, con mi padre.

—Ni siquiera sabéis cómo romperla.

—Dime cómo y yo te digo si puedo o no.

Él calló. Estaba claro que no iba a responder.

—O puedes dejar que yo lo descubra por mi cuenta. No es como si tuviese algo mejor que hacer mientras estoy aquí, la verdad

sea dicha. —Hizo una mueca al apoyar su peso sobre la pierna derecha. En frío, todos los golpes se hacían más presentes y el porrazo que se había llevado en el ala oeste empezaba a pasarle ahora factura.

—Tenéis dolor, Elvia Rose. —No era una pregunta—. Volved a sentaros. Pediré a la señora Doubs que os prepare alguno de sus tés medicinales.

—Sí, pero después. —Lo detuvo en el acto—. Ahora, júramelo. No tienes nada que perder, ¿no es así? Si no consigo nada, todo seguirá como hasta ahora.

—¿De qué os serviría un juramento mío? —replicó y sus próximas palabras parecían contener cierta ironía—. Ya dejasteis claro que no creéis en mi palabra.

—De cuatro personas que he conocido aquí, excluyéndote a ti, tres de ellas están convencidas de que eres un hombre de palabra…

—¿Lo soy?

—Tú me dijiste hace tan solo unos minutos que lo eras, ¿mentiste? —Lo volvió a interrumpir mientras cojeaba hasta quedarse de pie delante de él.

—No —respondió con rotundidad.

Ella asintió en respuesta y lo miró, desde la capucha de la túnica que le ocultaba la cabeza hasta la punta de las enormes botas.

—Entonces yo diría que lo eres —replicó buscando su rostro bajo esa tela—. Puede que un poco más alto y corpulento que la media, tener unas facciones algo distintas e incluso poder desgarrarle la piel a alguien con esa perfecta dentadura, pero exudas masculinidad por los cuatro costados, principito. Y, dada tu reacción cuando amenacé cierta parte de tu anatomía, diría que eso confirma que sigues dentro del género masculino. En cuanto a tu palabra… —levantó su propia mano y, con sumo cuidado, la posó sobre una de las suyas. Su piel era caliente al tacto más allá del guante de cuero, una pieza que solo le cubría una parte, dejando los dedos al descubierto—. Si quiero creer que mi padre está de vuelta en casa, sano y salvo, no me queda otra que creer en ella.

—No lleváis aquí ni un día y ya estáis dispuesta a hacer un trato con la bestia del castillo —replicó él. Su voz sonaba más potente ahora que estaba así de cerca.

—Algunos sucesos pueden hacer que unas pocas horas parezcan una jodida eternidad —replicó cambiando el peso de un pie al otro—. Bien. ¿Hay trato o no hay trato?

—Os juro, Elvia Rose, que haré cualquier cosa que me pidáis siempre y cuando seáis vos la única en romper la maldición que pesa sobre mí y mantiene hechizado el reino de Winteria —declaró con una profundidad y seriedad que no dejaba lugar a equivocaciones. No era una burla, hablaba con la verdad.

—Eso… me sirve —confirmó dando un paso atrás, dejando ir el calor de su mano.

—Bien. ¿Ahora volveréis a sentaros? —No fue una verdadera pregunta, ya que sus pies dejaron el suelo cuando él la levantó sin esfuerzo y la devolvió a la butaca que había estado ocupando hasta ahora—. Pediré que os traigan algo de comer a este salón.

—Puedo ir al comedor principal o incluso a mi dormitorio —sugirió mirando a su alrededor—. Está claro que estos son tus dominios y no quiero apropiarme de ellos.

—No os mováis —gruñó y la advertencia surtió efecto, porque no movió un músculo. Él debió percibirlo, porque pareció molesto consigo mismo—. No me temáis, no voy a…

—Briar…

—¿Qué?

Casi sonríe ante la manera en la que resopló.

—No tienes que ponerte la capucha delante de mí —le dijo sin apartar la mirada de donde creía estaba la suya—. Y no te tengo miedo. Al menos no cuando te comportas de manera civilizada. Así que… Vuelve a gritarme como lo hiciste en la torre oeste y sabrás lo que se siente cuando te clavan un cuchillo en las pelotas.

Esas garras oscuras se deslizaron sobre la capucha, tirando de ella hacia atrás, permitiéndole ver de nuevo un rostro extraño, duro y puede que incluso brutal, pero al que no temía, se dio cuenta. Sus ojos se encontraron, esta vez de verdad, y cuando esos labios negros se movieron, vio asomar tan solo un momento los caninos.

—No vuelvas a entrar en la torre sin mi permiso y no tendré que hacerlo, Elvia Rose. —Y ahí estaba, tuteándola al fin.

—¿Eso quiere decir que puedo entrar con tu permiso?

Su gruñido y la mirada acerada en sus ojos fueron una respuesta de lo más clara.

—Tranquilo. Con que me sacudan el polvo una vez, tengo más que suficiente —replicó levantando sus manos vendadas—. No me acercaré a tu ala oeste, ni a tu rosa. No pondré en peligro nada que pueda lograr acabar con tu libertad… o la mía.

Él se echó hacia atrás hasta enderezarse por completo, la miró de soslayo y dejó escapar un pequeño resoplido antes de darle la espalda y caminar hacia la puerta.

—Haré que la señora Doubs te traiga la comida y algo para mitigar tus dolores. —Escuchó que decía antes de abrir la pesada puerta y salir por ella.

Elvia se quedó mirando la madera fijamente durante unos momentos…

—La bestia de Winteria —murmuró, dando voz al apodo del que él mismo se había hecho eco—. ¿Cómo podré romper tu maldición?

Todavía no lo sabía, pero ahora que tenía un nuevo propósito, iba a hacer lo que estuviese en su mano para descubrirlo.

Volvería a casa. Con su padre. Eso era lo único que importaba.

CAPÍTULO 24

—Esta muchacha tiene algo con quedarse dormida en las sillas —murmuró Tristan con voz queda. Su capitán de la guardia estaba siendo extremadamente cuidadoso para no despertar a la mujer que dormitaba al lado del fuego.

—Esta vez, al menos, eligió un asiento cómodo para ello —afirmó London en el mismo tono, volviéndose entonces hacia él—. ¿Alguna herida de consideración?

—Ninguna que requiera de la presencia de un galeno —respondió sin apartar la mirada de la figura femenina. Se había pasado la última hora en silencio, observándola, viendo como hacía pequeños gestos de incomodidad incluso mientras dormía. La señora Doubs le había preparado uno de sus brebajes para mitigar su malestar, pero sabía que sería cosa solo de unas cuantas horas, de un día a lo sumo. Al contrario de sus propias heridas, las de Elvia Rose no desaparecerían como por arte de magia con la próxima salida del sol. Y saber que él era en parte responsable de su estado lo mantenía en un continuo estado de inquietud.

Jamás había herido físicamente a una mujer. Podía haber sido un canalla egoísta y pretencioso.Quizá todavía lo fuese en ciertos aspectos, pero tenía honor. Jamás afrentaría de esa manera a una dama y el haber cometido tamaña torpeza con esta en particular lo hacía sentirse como la bestia de corazón helado en que lo había convertido la hechicera.

—Se ha desollado las palmas de las manos con las espinas del tallo del zarzal en su enfrentamiento con los lobos —mencionó mirando estas reposando sobre su regazo—. Le duele el cuerpo y la he visto renquear… —Apretó los dientes y siseó las próximas

palabras de tal manera que ni siquiera estaba seguro de entenderlas él mismo—. Le prohibí que entrase en el ala oeste y me desobedeció.

La silla en la que estaba sentado crujió bajo sus manos. Un solo vistazo y se dio cuenta de que había clavado las uñas en la madera de los brazos, astillándola.

—Las mujeres y su curiosidad… —murmuró London—. Nunca hacen lo que se les dice.

Gruñó, un sonido bajo, de advertencia que ambos hombres captaron al instante. No era buena idea tirarle de la cola a la bestia en esos momentos.

—Nos hemos deshecho de los cuerpos del zarzal. —Tristan derivó la conversación de modo que pudiese centrarse en lo realmente importante ahora—. He peinado el perímetro con mis hombres en busca de algún rezagado. Llegamos incluso hasta el bosque y no hay ni rastro de ellos. Y, cuando quiero decir ni rastro, me refiero a que no hay lobos en el bosque. Lo que sí hemos encontrado fue… *caza*.

—¿Qué quieres decir? —Acababa de captar toda su atención.

—Liebres, aves, ciervos… incluso un jabalí… —contabilizó London con los dedos—. No sé cómo explicarlo, pero… la caza ha vuelto. No había ni rastro de esas alimañas, pero sí un aumento considerable de presas de todo tipo. Después de mucho tiempo, creo que podremos degustar de nuevo la carne de ciervo…

Si no supiese que esos dos jamás se atreverían a tomarle el pelo, pensaría que le estaban gastando una broma pesada. Él había estado de caza toda la noche y lo único que había sacado del bosque fueron un par de conejos. Hacía tiempo que la caza se había vuelto escasa, la presencia de las fieras la había ahuyentado… o lo había hecho el maldito hechizo que pesaba sobre Winteria.

¿Y ahora le decían que habían cazado un ciervo?

—Sé lo que parece, mi señor, pero os juro que es la pura verdad. —Tristan, como siempre, parecía leerle el pensamiento—. Los lobos se han retirado.

—Cierto es que hemos abatido un gran número de ellos en la rosaleda —le recordó London, pero ni siquiera él parecía muy

convencido—. Aunque eso también es extraño de por sí… Ningún animal vive en el muro de zarzas, no pueden atravesarlo… O eso es lo que me habían hecho creer estos últimos cien años.

No. Ningún animal habitaba ese muro impenetrable, ni siquiera los pequeños roedores o los pocos pájaros autóctonos del lugar. Las zarzas solo permitían la entrada si venías de otro lugar, de otro mundo, pero nada más… Así que ver salir a los lobos de nieve de entre ellas fue tan inesperado como extraño.

¿Y ahora esas bestias se habían ido?

Sus ojos volvieron a caer sobre la figura durmiente junto al fuego.

«Creí escuchar que alguien murmuraba mi nombre. Y venía del rosal».

Las palabras de Elvia Rose acudieron a su mente, haciéndole fruncir el ceño.

Siempre había sido consciente de la magia que envolvía el rosal. Podía sentirla en sus huesos, oírla murmurar, pero no como palabras, sino más bien como una corriente de energía. Ni una sola vez, en casi cien años, había escuchado una sola palabra procedente de ella.

—¿Creéis que podría deberse a ella? —inquirió su capitán todavía en voz baja—. ¿A su presencia?

—Bueno, algunas estancias del castillo han empezado a despertar —mencionó London—. El fuego ha vuelto a surgir en algunos de los hogares de este ala y del ala norte. Incluso la biblioteca ha dejado de ser una caverna helada.

—¿La biblioteca también?

Su compañero asintió.

—El fuego arde en la chimenea principal. Ese frío helador que parecía metérsete en los huesos cada vez que atravesabas sus puertas ha empezado a desaparecer —confirmó al tiempo que le daba unos golpecitos a uno de los libros que había traído bajo el brazo y que ahora descansaba sobre la mesa—. Creí estar teniendo visiones, Briar, pero incluso las ventanas han perdido esa capa de eterna escarcha que las cubría.

—Muchas cosas están cambiando desde que está aquí, mi príncipe —añadió Tristan al tiempo que señalaba con un gesto a la dormida dama.

No dijo nada. Podía escuchar el velo de esperanza presente en la voz de ambos hombres, lo que esto significaba para ellos, lo que sin duda significaría para todo el castillo.

—¿Le has hablado de *ella*?

No había necesidad de especificar quién era esa *«ella»*. Solo había una persona sobre la que London hablaría con tanto desprecio.

—Sí.

No solo le había hablado de la hechicera, sino que por primera vez en toda una vida había rememorado aquella noche y lo ocurrido. No había maquillado los hechos, ni a sí mismo. Fue brutalmente sincero, narrando cada uno de los acontecimientos que lo llevó a la aparición de la anciana y las consecuencias de su rechazo.

Había esperado rechazo por parte de ella, ver el desprecio en sus ojos, que lo culpase, pero Elvia se había limitado a ver más allá, reparando más en las consecuencias que en el responsable de que se hubiesen producido.

—Está al tanto de que el reino, el castillo y sus habitantes han sido embrujados por la mano de la hechicera —respondió sin apartar la mirada de la dormida chica—. Sabe lo que ocurrió aquella noche, así como de la existencia de la maldición…

O al menos, conocía una parte. No le había dicho qué ocurriría cuando cayese el último pétalo de la rosa, ni tampoco que la única manera de romper la maldición era si ella… No. Era demasiado absurdo para considerarlo siquiera. No pondría semejante peso sobre sus hombros, no la condicionaría de esa manera.

—Bien. Así será más fácil responder a sus preguntas —mencionó London visiblemente aliviado—. Y hace muchas, que lo sepas.

—He podido comprobarlo por mí mismo —aceptó, entonces añadió—. Mas hay una pregunta de la que no puede obtener respuesta de ninguno de vosotros. Ella no debe saber cuál es la forma en la que se rompería la maldición.

—Pero, Briar, necesitas que ella… —protestó su amigo.

—No. —Fue tajante—. Nadie en este castillo pronunciará las últimas palabras de la hechicera.

No era una petición, sino una orden de su príncipe y tendrían que acatarla.

—Sí, mi príncipe —acató Tristan con su habitual disciplina—. Será como deseéis.

—Como desees —aceptó London, cuya mirada se desvió también hacia la muchacha—. Ella no sabrá por ninguno de nosotros que tiene en sus manos la llave de tu liberación.

Briar gruñó ante su elección de palabras, pero su amigo no estaba haciendo más que condensar la realidad de su situación en unas pocas palabras. Elvia Rose era la única que tenía la llave para liberarle, una que residía en su propio corazón.

CAPÍTULO 25

Voces. Murmullos. Elvia empezó a ser consciente de que no estaba sola y, con el primer movimiento, también recuperó la conciencia sobre cada uno de los dolores de su cuerpo. Gimió y arrugó la nariz. Luchó por abrir los ojos y, tras varios intentos, consiguió fijar la vista en lo que tenía delante; una borrosa habitación en la que había tres figuras.

Se llevó la mano a la cara, con intención de restregarse los ojos, pero el primer movimiento la hizo encogerse sobre la silla. Los pinchazos le atravesaron la palma, espabilándola completamente. Vio la venda en torno a cada una de sus manos y recordó. Lo recordó todo de golpe.

—Mierda… —siseó. Parpadeó de nuevo y tanto la habitación como las tres figuras se volvieron nítidas o tan nítidas como podían serlo una montaña como Briar y sus fantasmales acompañantes—. *Um*… Caballeros.

No necesitaba verse en un espejo para suponer que tenía la cara del mismo color que su pelo, de un intenso rojo. Y no era por el calor del fuego de la chimenea al lado de la que estaba sentada. O más bien, junto a la que se había dormido.

—*Milady.* —La saludó Tristan, con una inclinación de cabeza.

—Buenas tardes, lady Elvia —le correspondió también London.

Briar, por su parte, se había vuelto a poner la capucha, pero al menos ahora no le tapaba completamente el rostro, aunque sí lo ensombrecía. Él no dijo nada, se limitó a mirarla.

—Perdón… —Se dirigió a él—. Creo que me quedé dormida en algún momento…

—Lo hiciste. —Su respuesta fue suave, aunque con esa voz tan gutural, seguía siendo poderosa. Pero al menos la estaba tuteando, así que podía decirse que había obtenido una pequeña victoria.

—Me disculpo de nuevo —respondió y posó de nuevo la mirada sobre sus acompañantes—. No creo que me acostumbre a veros como… *espectros.* Disculpadme también si me quedo mirando más de la cuenta. Es… difícil no hacerlo.

—¿Por nuestra apostura?

—¿Porque casi veo a través de vosotros? —replicó ella con una mueca.

—Nos hacemos cargo, Elvia Rose —afirmó London con esa picaresca suya.

—Volverán a su ser en cuanto se ponga el sol —le informó Briar —. Ese es el encantamiento que pesa sobre los habitantes del castillo.

—Excepto sobre ti… —Señaló lo evidente.

—Excepto sobre mí.

Elvia asintió y, viéndose de repente el centro de todas las miradas, optó por abandonar el asiento. Intuía que si seguía mucho más tiempo sentada al lado del fuego, acabaría terminando por dar otra cabezada. Sin embargo, fue mucho más fácil pensar en hacerlo que llevarlo a cabo. En cuanto posó las manos sobre los reposabrazos, se arrepintió. Tuvo que apretar los dientes para evitar soltar un alarido, por no hablar de lo rígido que sentía el cuerpo y el dolor a la altura de la cadera en el lado izquierdo. Sí, se había dado un buen porrazo en el aterrizaje.

—Joder… Eso ha sido una malísima idea —siseó, agitando las pestañas para alejar las lágrimas. Respiró hondo y cambió la posición de las manos. Estaba dispuesta a abandonar ese sillón, aunque era posible que le llevase un poco más de tiempo.

Escuchó el ruido de las sillas arrastrándose sobre el suelo, levantó la cabeza y vio a Briar abandonando su posición al otro lado de la mesa y moviéndose con bastante elegancia para alguien tan grande. Unos pocos pasos y lo tuvo ante ella. La capucha se le había deslizado hacia delante, pero no tanto como para que no pudiese apreciar ese particular rostro o sus desarrollados caninos al hablar.

—Tienes las palmas lastimadas, no deberías apoyarte en ellas —gruñó él, tendiéndole el brazo. Había cerrado la mano en un puño, como si quisiera esconder sus garras, y le presentaba el antebrazo a modo de sujeción.

—Acabo de darme cuenta de ese pequeñísimo detalle después de apoyarlas —replicó irónica, pero aceptó esa inesperada ayuda, pasando su propio brazo por encima del suyo para poder incorporarse. Estaba claro que ese hombre era como un muro de piedra, porque no se movió un milímetro, ni siquiera cuando cargó su peso sobre él—. Gracias.

Se limitó a hacer un gesto casi imperceptible con la cabeza y señaló la mesa. Al instante, London, que al igual que Tristan, se había puesto de pie, retiró una silla próxima al lugar que había estado ocupando el señor del castillo y se la ofreció.

Dar un par de pasos fue una inesperada tortura. De hecho, tuvo que detenerse y estirarse un poco a fin de desentumecerse. Los siguientes, aunque lentos, fueron mucho menos robóticos. Si bien le dolía la cadera al apoyarse sobre la pierna izquierda, no era tan malo como para que tuviese que arrastrarse. Con todo, cuando llegó a la bendita silla, la cual no estaba tan lejos, suspiró de alivio.

—Lo sé, lo sé. Me muevo igual que una ancianita —mencionó agitando una mano delante de ella para restarle importancia a su renqueante caminar—. Esto es lo que pasa cuando decides darle una paliza a un par de lobos que han tenido la mala idea de elegirte como comida.

Ambos fantasmas la miraron como si le hubiese salido una segunda cabeza, mientras Briar se limitaba a gruñir a su espalda.

—Empiezo a pensar que no sabéis lo que es el sarcasmo —murmuró. Se aclaró la garganta y miró de nuevo a las dos figuras espectrales en torno a ella. Era extraño verlos con semejante palidez, con ese tono blanquecino a través del que casi podía ver el resto de la habitación, sobre todo cuando tan solo la noche anterior había estado sentada con ellos, en carne y hueso, a la mesa—. Ya le he dado las gracias a Briar, pero también quería agradeceros a vosotros el que hayáis evitado que esos lobos me eligiesen como comida.

—Es nuestro deber protegeros, *milady* —aseguró Tristan—. Esas bestias ya no volverán a ser un problema.

—¿*Milady*? Pensé que habíamos dejado ya eso a un lado, *capitán.*

—Anoche dejó claro que no le gusta el protocolo —mencionó London, pero su mirada estaba sobre Briar, que volvía a escudarse en su capucha—. Y ya veo que no hemos sido los únicos en ser aleccionados al respecto.

El señor del castillo no dijo nada, se limitó a volver a tomar asiento en su lugar.

—Me alegra haber llegado a tiempo para evitar que esas fieras hicieran un daño irreparable —añadió London volviéndose ahora hacia ella—. Te pediría, con el permiso de mi señor, que no vuelvas a hacerlo.

—Tienes mi permiso.

Elvia miró de uno a otro e hizo una mueca.

—Bueno, no estaba en mi agenda hacerme media maratón y encontrarme dos enormes bichos peludos en la línea de meta esperando para comerme —replicó con goteante ironía—. Te aseguro que no es algo que tenga intención de repetir. Nunca.

—Y eso es algo que nos complace a todos escuchar —aseguró London, reprimiendo una risa.

Miró al hombre que seguía ocultándose bajo la capucha. Siguió callado, pero su expresión cambió. De hecho, juraría que acababa de enarcar una ceja, como si le estuviese preguntando silenciosamente cuál era el problema.

Sacudió la cabeza y lo señaló con un dedo.

—¿Tienes frío en las orejas o es cuestión de timidez? —preguntó con tono inocente.

Uno tosió, el otro casi se atraganta, pero ella seguía mirando el rostro parcialmente oculto del hombre que tenía delante.

—¿Disculpa?

—Es la única explicación que le encuentro a que sigas usando esa cosa cuando te he dicho que no es necesario que la lleves. A menos que a los fantasmas aquí presentes les provoques pesadillas o algo…

Una sonora carcajada, un bufido y el consiguiente gruñido del aludido se mezclaron al mismo tiempo en la sala. Esos ojos felinos se clavaron en ella con una inesperada intensidad, lo que le hizo muy difícil seguir manteniendo esa postura inocente. Briar podía ser realmente intimidante con esa mirada. Era como si la bestia en él emergiese más allá de sus facciones.

—No he dicho nada. Puedes dejártela puesta si quieres —reculó de inmediato, volviéndose hacia la mesa y cogiendo lo primero que tenía delante como excusa para eludir esa mirada—. Oh, mira. Un libro.

Un nuevo ruidito, este más bajo y profundo, le provocó un escalofrío y silenció al momento a sus dos compañeros. Intentó no mirar en su dirección y le prestó toda su atención al antiguo tomo sobre la mesa. Lo arrastró hasta ella y usó las puntas de los dedos, manteniendo las manos rígidas, para abrirlo y pasar las páginas. La belleza de la encuadernación y la delicadeza de cada filigrana hicieron que dejase de prestarles atención y se concentrase en aquel inesperado hallazgo.

—Qué maravilla… —musitó admirando cada ilustración hasta que llegó a la primera página en la que había texto—. *Um.* No reconozco el idioma. ¿Se pronuncia igual que se lee?

Levantó la cabeza y alternó la mirada entre los presentes.

—Permíteme… —London giró el libro para mirarlo y frunció el ceño—. Está en Winteriano. ¿Cómo es posible que…? —Sus palabras se fueron apagando.

—¿Winteriano? —Miró a Briar—. ¿Tenéis vuestro propio idioma?

Su anfitrión se la quedó mirando unos segundos, como si estuviese esperando algo. Acabó negando con la cabeza.

—Elvia Rose, ¿qué idioma crees que estás hablando?

—¿Idioma? —Vaya una pregunta extraña—. El mismo que vosotros. Inglés.

—*Inglés* —repitió él y miró a sus compañeros.

—Lord Charles había mencionado algo parecido, si mal no recuerdo —confirmó London, hablando de algo que solo parecían conectar ellos tres.

—El idioma que estás hablando en estos momentos es el mismo que está escrito en ese libro —le informó Briar, dejándola un tanto sorprendida—. Aquí solo hablamos Winteriano, Turiano y Mistri en el caso de algunos sirvientes. Tu *«inglés»* no es una lengua conocida en mi reino, Elvia.

—Pero… —Sacudió la cabeza—. Es imposible. Yo no sé hablar… Winteriano. Ni siquiera sabía que existía un idioma así.

—Es solo una suposición, pero es posible que tu adaptación lingüística tenga que ver con el encantamiento que pesa sobre el reino —mencionó London deslizando un dedo sobre las primeras líneas del libro—. ¿Te importaría leer estas primeras palabras tal y como tú las interpretarías en tu propio idioma?

Miró el libro, a él y asintió. Leyó las dos primeras líneas, interpretándolas como lo haría en inglés, aunque no tenían el menor sentido para ella.

—Interesante… —admitió el espectro—. Suena distinto… casi lírico.

Elvia resbaló la mirada sobre la mesa, sobre los papeles y tomos que había allí, intentando encontrar algo que tuviese algo de sentido para ella. Unas tapas de color morado y dorado le llamaron la atención. Estiró el brazo y señaló el objeto que estaba casi al otro lado de la mesa.

—¿Podría ver ese libro, por favor?

—Tristan —pidió Briar. No necesitó más para que el capitán de la guardia se moviese y volviese a su lado con el tomo.

Se lo puso delante y pudo ver que la portada tenía grabada una pluma dorada en el centro de una especie de óvalo de líneas negras. No tenía título y al abrirlo comprendió el porqué. No era un libro, sino un cuaderno. Usó de nuevo las puntas de sus dedos para pasar las páginas, teniendo mucho cuidado de no mover las manos para evitar punzadas. En cuanto aparecieron las primeras líneas manuscritas y se dio cuenta de que estas sí las entendía, se permitió beber parte del texto.

—¿Es un cuento? —preguntó levantando la cabeza del texto y encontrándose con las miradas de los hombres sobre ella.

—Es un compendio de historias y leyendas de Winteria —le informó su anfitrión—. ¿Puedes leerlo? Está escrito en mi idioma natal.

—Pero, puedo leerlo —señaló una línea del texto—. Esto está en inglés…

—Es *winteriano*, querida —afirmó London echando un vistazo al texto—. Briar lo escribió, pues necesitaba ejercitar su caligrafía…

La forma en la que lo dijo y el gruñido de respuesta del aludido, hicieron que mirase a este último.

—¿Es tu letra? —Señaló el cuaderno.

Él se limitó a asentir.

—Pues sí que tiene una letra elegante y pulcra… —admitió más para sí misma que para él. Entonces señaló de nuevo el cuaderno—. ¿Te importaría prestármelo? Prometo devolvértelo. Me gustaría aprender sobre este lugar… —Si iba a romper la maldición, necesitaba recabar toda la información que pudiese y por qué no empezar por historias y leyendas autóctonas. A veces podía extraerse información valiosa de ellas.

—Es tuyo —asintió indicando el cuaderno con un gesto del mentón.

—Oh, no. Solo quiero leerlo…

—Quédatelo o tráelo de vuelta cuando lo termines. Haz lo que quieras —resolvió con inesperado desprendimiento.

—Vaaaale. —Arrastró la palabra, al tiempo que hacía lo mismo con el cuaderno—. Me lo quedaré… un tiempo.

Volvía a mirarla tan fijamente que sintió la necesidad de apartar la suya y concentrarse en cualquier otra cosa.

—Bueno, ¿y qué te parece hasta ahora el castillo de Winteria, Elvia?

Miró a London, quien acababa de hacer esa pregunta, y no dudó en su respuesta.

—Opulento y frío.

Por lo que veía, acababa de dejar al espectro sin palabras. Sonrió y añadió.

—Aunque cuenta con unos murales y una arquitectura impresionantes. —Levantó la mano, indicando los artesonados del

techo y el mural que lo embellecía—. Y un mobiliario que bien podría competir con los de los palacios vieneses. De hecho, tiene cierto aire europeo, al igual que vuestras vestimentas. Si hubiese más luz y no pareciese a veces que estás dentro de un congelador, sería realmente algo digno de admirar.

Por no hablar de la infame ala oeste, la cual, a pesar de su calamitoso estado, le había parecido hasta el momento una de las zonas más ricas y opulentas de todo el palacio.

—Te alojabas en el ala oeste, ¿verdad?

La pregunta dejó tras de sí un denso e incómodo silencio. Era como si todo el mundo hubiese contenido la respiración de repente a la espera de un estallido por parte del amo del castillo. Uno que ella había contemplado, así que podía entender tal tensión.

—Sí.

La habitación pareció respirar después de escuchar esa monosilábica respuesta de parte de Briar.

—Todavía no he visto el resto del castillo, pero me arriesgaré a decir que puede que sea una de las áreas más impresionantes de este lugar… —*A pesar de su estado*, añadió para sí misma, cosa que él pareció entender—. Y no te preocupes. No pienso volver a poner un pie allí arriba.

—Bien.

Otro monosílabo. ¿Era la presencia de otras personas lo que lo hacía tan parco en sus respuestas? El momento que habían compartido antes, la charla… Briar no había estado tan contenido, incluso se había quitado la capucha cuando se lo pidió. La *bestia de Winteria* tenía muchas más capas de las que parecían a simple vista. Era un hombre mucho más complicado.

—Y después de esta interesante charla, creo que me retiraré para que podáis seguir con vuestros… asuntos —decidió, viendo que la situación empezaba a ponerse un poco rara. Le habría gustado contar con la rapidez y autonomía de esa misma mañana, pero mucho se temía que su retirada iba a ser lenta y muy, pero que muy penosa.

—¿Deseas volver a tus aposentos? —preguntó el amo del castillo, poniéndose en pie.

Asintió agradecida de haber conseguido levantarse sin emitir un solo chillido.

—Sería lo mejor, dado que si sigo sentada mucho más tiempo en este lugar, voy a terminar echándome otra cabezadita. —Miró el cuaderno y dudó un instante sobre cómo cogerlo, pero esa enorme mano de dedos oscuros y afiladas uñas negras se le adelantó. Levantó la cabeza y se encontró con la mirada de Briar sobre ella. Sus facciones eran más visibles a la luz de la lámpara que estaba a su espalda—. Gracias.

Se limitó a asentir y, tras un momento de duda, le tendió el mismo brazo que le había ofrecido para levantarse del sillón momentos antes.

—¿Me vas a escoltar para que no me pierda por el camino?

—¿Sabes cómo ir a tus habitaciones desde aquí?

La respuesta a eso era clara. Hizo una mueca y apoyó el dorso de la mano sobre su brazo.

—No —admitió y, una vez más, fue consciente de lo pequeña que era al lado de semejante montaña. Y no es que ella fuese baja, pero el príncipe era descomunal—. Pero apuesto a que tú sí, ¿verdad?

—Sí. —No vaciló en su respuesta. Señaló la puerta con un gesto y Tristan, que siempre parecía estar atento a cualquier petición de su amo, se adelantó para abrirla.

Sacudió la cabeza y se giró hacia London, quien parecía realmente divertido con todo aquello.

—Gracias de nuevo.

Él le dedicó una elegante reverencia.

—Lo que sea por la dama del castillo —le dijo con más seriedad de la que esperaba escuchar precedente de él.

Renqueó los primeros pasos hasta llegar a la puerta y poder dirigirse ahora a Tristan.

—Y a ti también, gracias.

El capitán de la guardia se inclinó también en una reverencia.

—Lo que sea por la dama del castillo —repitió las mismas palabras empleadas por London.

Dejaron la enorme puerta atrás, que se cerró a sus espaldas y dejó que Briar la fuese guiando a través del corredor hasta el primer tramo de escaleras. Para cuando se detuvo ante el primero de los escalones, sentía la cadera ardiendo, pero eso no evitó que intentase acometer la subida por sí misma.

—Desde aquí puedo seguir yo misma, gracias por… —No llegó a terminar la frase, pues se le quedó atascado el aire en la garganta en cuanto notó que sus pies abandonaban el suelo. Ahogó un quejido cuando se vio en sus brazos. La había levantado sin esfuerzo y ahora la llevaba escaleras arriba con mayor celeridad de la que podría haber alcanzado ella incluso estando en buena forma—. No era necesario que…

—Cojeas. Te duele, pero no dices una sola palabra al respecto —replicó él y, a juzgar por su tono de voz, ese hecho lo irritaba.

—¿De qué me serviría quejarme? —dijo quedándose completamente quieta entre esos enormes y fuertes brazos. Su aroma volvía a envolverle de lo cerca que estaba de él—. El dolor no iba a desaparecer por más que me queje…

—Eres extraña, Elvia Rose.

—Es algo que me dice mucha gente.

Se limitó a emitir uno de esos gruñidos suyos en respuesta y no añadió nada más hasta detenerse delante de la puerta de su suite y ponerla suavemente en el suelo.

Envuelta en el calor de su cuerpo, no fue consciente del frío que hacía en el pasillo hasta que se separó de él.

—Descansa. La señora Doubs subirá en un momento con algo para mitigar el dolor —le informó dando un paso atrás—. Y, por favor, no vuelvas a escaparte.

Negó con la cabeza.

—Sería muy estúpido de mi parte hacerlo cuando has prometido enviarme a casa cuando rompa la maldición —le recordó, cosa que hizo que él la mirase a los ojos—. Y la romperé, Briar, que no te quepa la menor duda.

Dejó escapar un resoplido y se inclinó hacia delante, hasta estar a la altura de su rostro. Elvia pudo sentir su aliento a través de la capucha cuando le dijo:

—Espero poder estar a la altura de tal hazaña, Elvia Rose —murmuró—. Por el bien de Winteria y el tuyo.

Con esas enigmáticas palabras como cierre, se inclinó ante ella y acto seguido dio media vuelta y se marchó a zancadas, haciéndola consciente una vez más del frío que hacía en el castillo cuando él no estaba cerca.

CAPÍTULO 26

Tristan tiró de London, obligándole a retroceder y evitar así que la pareja que se había detenido a los pies de la escalera principal se percatase de que los estaban espiando. Ninguno de ellos estaba preparado para ver al príncipe de Winteria coger a una mujer en brazos por pura generosidad. No se trataba de que la quisiera en su cama, o que se hubiese encaprichado de ella. La manera en que sostenía a Elvia Rose hablaba de delicadeza, de cuidado y también remordimiento. Emociones que unas pocas décadas atrás habían creído impensables en un hombre maldito como aquel.

Lo vieron subir con rapidez y desaparecer por el corredor que conducía al ala este.

—¿Qué opinas? —preguntó su amigo, volviéndose hacia él—. ¿Podríamos estar ante el comienzo de un milagro?

Ninguno quería lanzar las campanas al vuelo, pero era indudable que algo había cambiado en el señor del castillo con la sola llegada de esa joven.

—Tú has estado presente durante la última hora en el salón azul, al igual que yo —le dijo, cruzándose de brazos—. El príncipe ha permanecido atento a cada uno de los movimientos de ella. Ni siquiera cuando entrena conmigo presta tanta atención.

—Es innegable que se siente responsable de lo ocurrido en el ala oeste —aseguró London, mirando hacia el lado contrario por el que la pareja había desaparecido—. En honor a la verdad, considero un milagro el hecho de que ella siga aquí después de lo que alcancé a ver allí arriba.

Lo que ambos habían visto y que les había puesto los pelos de punta. La chica había estado tirada en el suelo, arrastrándose sobre sí misma en un intento por alejarse de la *bestia* que amenazaba con

hacerla pedazos. Él había estado fuera de sí. Solo podían suponer lo que había ocurrido antes de su llegada. Habían notado la perturbación, por eso no dudaron en correr a la torre. Estaban subiendo las escaleras cuando empezaron los gritos y, habiendo asistido antes a alguno de los arranques de ira del señor del castillo, se esperaban lo peor.

El horror había desfigurado el rostro femenino. Estaba aterrada y actuó en consecuencia. Huyó como alma que lleva el diablo.

—¿Viste su rostro cuando se dio cuenta de lo que había hecho? Ese no es el Briar de antaño —admitió recordando la mirada en su cara, la repentina comprensión, el dolor, la desesperación y, por encima de todo eso, la pérdida de la esperanza.

—Lo vi —confirmó su amigo—. Hace unas cuantas décadas, ni siquiera se había molestado en darse cuenta de las cosas y mucho menos aceptar que ha metido la pata hasta el fondo —corroboró—. Nuestro muchacho ha cambiado, Tristan. Puede que él mismo todavía no sea consciente de ello, pero ha madurado.

Sí, lo había hecho. La prueba había estado en el mismísimo campo de batalla, en medio de todos esos cadáveres, cuando lo escucharon disculpándose ante ella. Briar de Winteria jamás se había disculpado con nadie, ni siquiera aunque hubiese estado equivocado.

La manera en que había reaccionado, en la que todos lo habían hecho en realidad, al escuchar el cercano aullido del lobo, era un jodido punto de inflexión. Jamás lo había visto perder el color de esa manera, ni tampoco moverse tan deprisa. Y gracias a los dioses que lo hizo, porque esa rapidez de reflejos fue lo que impidió que lo que había nacido como una esperanza se convirtiese en el fin de todos ellos en un abrir y cerrar de ojos.

—Parece que el milagro que estábamos esperando podría ocurrir después de todo… —declaró mirando también hacia la planta superior—. ¿Quién sabe? Quizá incluso veamos como comienza la primavera de nuevo en los jardines, la descongelación de los rosales, el nacimiento de nuevas flores… Tendremos que esperar a ver qué pasa.

—Me da miedo tener esperanza y que las cosas terminen echándose a perder. —La admisión de London lo cogió por sorpresa.

Por lo general, era el más optimista de los dos, el que siempre veía el lado bueno, el que daba ánimos a los demás. Pero lo entendí, la esperanza era demasiado frágil ahora mismo para todos los habitantes de este castillo y poner su fe en algo que quizá no saliese adelante.

—No ha vuelto a encerrarla en una celda y ella no le ha clavado un cuchillo en las pelotas todavía —le recordó—. Diría que eso es prometedor, ¿no?

—Bien. Sí. La chica no ha salido huyendo. Por el contrario, le ha hecho frente como una tigresa —admitió al tiempo que sus labios se curvaban en una pequeña sonrisa—. Empiezo a preguntarme quién es la bestia de los dos…

Tristan no pudo evitar contagiarse de su sonrisa.

—Ella ha demostrado ser tan cabezota como él.

—No es una mujer que se deje amedrentar, eso está claro —afirmó el consejero, cruzándose de brazos—. Menudo golpe le metió a ese lobo.

—Quería comérsela.

—Sí. —Frunció el ceño y le dio la espalda a la escalera para mirar hacia las puertas cerradas del castillo—. ¿Sabrá que está aquí? ¿Qué es ella? Esos lobos nunca habían actuado de esa manera con alguien del castillo. Con Briar, sí, su bestia… su bestia los llama, pero ¿ella?

—La hechicera no ha sido vista en más de cien años, Lon —le recordó. Sabía que su compañero sentía una inquina especial hacia esa perra—. Su magia es lo único que nos ha dejado de su paso por aquí.

—Y ha sido más que suficiente, Tris, más que suficiente —siseó.

Tristan dejó caer la mano sobre el hombro del hombre y este asintió agradeciendo el gesto.

—Confiemos en que ella cambie las cosas por aquí —declaró su amigo recuperando su habitual optimismo—. En que su presencia sea más fuerte que la magia de esa perra y pueda liberar a Winteria de lo que esa zorra maliciosa le ha hecho al reino y a su príncipe.

—Aguardemos a ver qué pasa —confirmó y señaló la escalinata con un gesto de la cabeza—, pero hagámoslo en otro lugar, porque si Briar baja y nos ve aquí a los dos, no creo que encuentres una excusa lo bastante rápido que lo satisfaga.

—Amén a eso —asintió.

Con una última mirada en dirección al ala este, cada uno de ellos abandonó su posición y se dispusieron a ocuparse de los asuntos que tenían pendientes para el resto de esa noche .

CAPÍTULO 27

Apricow Green
Idaho
Estados Unidos

Días después…

—¿Estás seguro de que Elvia Rose no ha llamado, no te ha dicho que se marchaba? ¿No habéis tenido alguna pelea en los últimos días o…?

Arthur tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no coger a Sam de la camisa y zarandearlo, pero hacerlo solo conseguiría que las cosas se pusiesen todavía más difíciles. Nadie le había creído, ¿por qué hacerlo? Para él mismo era una absoluta locura, una que había padecido en sus propias carnes.

Su hija había desaparecido. Para la gente de Apricow Green había desaparecido la noche en la que él tuvo el accidente. Se había unido a la batida de búsqueda, en contra de los deseos del *sheriff*, y ya no había vuelto a salir del bosque. Nadie sabía dónde estaba. Al principio pensaron que podría haberle pasado algo esa misma noche, llegaron a barajar incluso la posibilidad de que se hubiese caído al río. La buscaron, peinaron el lugar y vigilaron el río, pero tras una semana sin dar señales de vida, la idea de un accidente perdió fuerza y empezaron los *«y si se ha fugado»*, *«y si ha marchado por su propia voluntad».*

Esa era la línea de investigación que llevaban ahora. Una presunta desaparición, aunque tratándose de una mujer adulta y sin nada que señalase a un posible secuestro o a un accidente, la Policía

de ese pequeño pueblo daba por hecho que la chica acabaría apareciendo antes o después o poniéndose en contacto con él.

Una semana. Había pasado algo más de una semana desde que había puesto la denuncia por desaparición en la comisaría y esta era la segunda vez que el *sheriff* pasaba por su casa para preguntarle si había tenido noticias de Elvia Rose.

Sabía que la denuncia solo era un trámite para cubrir una desaparición que no podía explicar de otra manera, cuyo motivo real nadie creería y tomaría, como ya lo habían tomado a él, como alguien desequilibrado. Se obligó a respirar hondo y mantener la calma, algo que en ese momento no le resultaba nada fácil, pero lo último que podía permitirse era que lo encerrasen en un sanatorio mental y su hija no obtuviese la ayuda que necesitaba.

—Si hubiese llamado, si hubiese pasado ya por casa, serías el primero en saberlo, Samuel —respondió con voz menos que amable. Estaba harto de toda esta pantomima, de los vecinos mirando por las ventanas, haciéndose los encontradizos por la calle, todo para enterarse del último cotilleo. Tenía que ser realmente emocionante para un pueblo en el que nunca pasa nada que uno de sus habitantes hubiese desaparecido de manera tan misteriosa—. Elvia Rose está ahí fuera, en algún lugar. Y sé que no se ha ido por su propio pie. ¡Conozco a mi hija, maldita sea!

No, ella no se había marchado por su propio pie, solo había cometido la temeridad de buscarle, de seguirle hasta el lugar donde lo mantenían prisionero y cambiar su libertad por la de él. ¿Por qué no lo había evitado? Tenía que haber sido él quien se sacrificase por ella, no al contrario.

Aquello lo carcomía por dentro. Había sido un golpe duro, de pura realidad. Elvia había vuelto a hacerlo. Había dejado a un lado sus deseos, sus necesidades, para anteponer las suyas, se había entregado como moneda de cambio para que él pudiese seguir.

«Le prometí a mamá que cuidaría de ti».

Y lo había hecho. Estos tres últimos años lo había hecho. ¿Y qué hizo él? Obsesionarse, encerrarse en sí mismo, centrarse en una quimera dejando que su hija cuidase de él, que velase por la vida de

ambos cuando la responsabilidad de hacer eso era suya. ¡Suya, maldita sea!

Le había fallado. Le había fallado estrepitosamente. Pero no más, nunca más. Haría lo que fuese necesario para traerla de vuelta. Se cambiaría por ella si era necesario. No la dejaría en manos de una bestia, por muy a salvo que Emma creyese que debería estar en ese lugar.

Emma. Esa mujer siempre había estado presente en la vida de ambos. Había sido ella la que estaba para Elvia cuando él perseguía sus propios fantasmas. Y ahora, también lo estaba para él. Desde el momento en que acabó en el hospital hasta que quisieron proponerlo para una evaluación psicológica a raíz de todos los *«sin sentido»* que estaba soltando, ella había estado a su lado y con la suficiente presencia de ánimo y lucidez para evitar que sus desvaríos lo llevasen a un lugar del que quizá no volviese a salir en un buen tiempo.

Y ella había sido también la única persona que le había creído sin dudar, que le había escuchado y no lo miró como si estuviese loco. No, por el contrario, sus primeras palabras fueron las que le confirmaron que no estaba demente, que no había sufrido alucinaciones y que, en efecto, había estado en otro lugar, en un mundo que nada tenía que ver con esta realidad.

«Habéis estado en Winteria».

No fue una pregunta, sino una afirmación. Y también una sorpresa. Para ambos, de hecho.

¿Cómo podía conocer ella ese nombre? ¿Cómo podía conocer el lugar que le había descrito? ¿Cómo podía haberlo descrito ella con tanto lujo de detalle, diciendo cosas que ni siquiera habían salido de su boca?

La respuesta era tan rocambolesca como increíble, pero con el paso de los días y las infinitas conversaciones, todo fue cobrando sentido y su inicial desesperación se convirtió en una impaciente progresión en la que no le quedó otro remedio que reclamar la *«desaparición»* de su hija ante las autoridades y fingir, fingir ante todos a fin de poder seguir con su propia búsqueda sin levantar mayores sospechas.

—Está bien, Arthur. Entiendo tu desesperación —declaró el policía, pero era imposible que la entendiese, ni que pudiese ponerse en su lugar. Una vez más se mordió la lengua y dijo lo único que sabía incomodaría al agente, pero lo haría dejar de hacer preguntas en torno a él.

—No necesito tu comprensión, necesito que la encontréis —zanjó de mal humor—. ¡Mi niña está ahí fuera! No se ha ido por su propia voluntad, Samuel. Alguien tiene que habérsela llevado, así que deja de perder el tiempo en la puerta de mi casa y ¡búscala!

—Está bien, está bien… —levantó las manos a modo de rendición—. Te avisaré si recibimos algún reporte. De todas formas, si ella llegase a llamarte o te enviase una carta o algo… Házmelo saber.

Su expresión debió de ser suficiente respuesta para el *sheriff*, pues bufó y abandonó el porche sacudiendo la cabeza. Arthur entonces miró hacia la calle, al otro lado de esta y no se midió a la hora de gritar.

—¿Qué pasa? ¿No tiene nada mejor que poner la oreja? ¡Métase en sus jodidos asuntos! —le dijo a una de sus vecinas, la cual se llevó una mano al pecho visiblemente ofendida—. Vieja metomentodo.

El coche patrulla encendió el motor y no tardó en abandonar su parcela, perdiéndose por el camino. Al mismo tiempo vio a Emma dejando su propia casa y caminando hacia la suya con una caja bajo el brazo.

—Arthur, ¿qué ha pasado?

Verla lo sosegó un poco. Ella no era el enemigo, por el contrario, era la única en la que podía apoyarse en esos momentos, la única que entendía realmente sus preocupaciones. Extendió el brazo, esperándola para invitarla a entrar en casa.

—Samuel haciendo su trabajo —resopló y señaló la puerta abierta con un gesto de la cabeza—. Pasa. Hablemos dentro. Necesito que me cuentes más sobre ese lugar.

Ella asintió y pasó junto a él dejando tras de sí un aroma suave, a gardenias, el perfume que solía usar. Era una mujer

agradable, pero sobre todo una buena oyente, y era palpable el cariño que sentía por Elvia, al igual que su preocupación.

La siguió al interior de la casa, hasta la cocina, donde ambos solían compartir una taza de café y algún pastel o comida que traía. De no ser por ella y su manía de que comiese, probablemente se habría olvidado de eso y de muchas otras cosas.

—¿Ha vuelto a preguntar por ella? —inquirió dirigiéndose hacia la cafetera. Se movía con soltura, como si fuese su propia casa. En realidad, le daba vergüenza admitirlo, pero ella conocía mejor la cocina que él mismo viviendo allí.

Asintió, se pasó una mano por la cabeza y resopló.

—Sigue pensando que se ha ido por su propio pie, que decidió marcharse de casa —bufó él, dejándose caer en una de las sillas—. He sido un padre horrible. No he sabido estar a la altura. Era yo el que tenía que cuidar de ella, velar por su felicidad, ¿y qué he hecho? Abandonarla. Nunca estuve ahí, no realmente… —Miró el frigorífico que había comprado, la sorpresa que pensaba darle. Todavía tenía los papeles del empleo que le habían ofrecido en el dormitorio. Había llamado para disculparse y decir que no podía aceptar en ese momento el empleo, pero el empresario le había dado tiempo. Lo quería en su equipo y estaba dispuesto a esperarle, aunque sabía bien que esa prórroga no se mantendría para siempre.

—No la has abandonado. Elvia es… cabezota como ella sola. Sabes que si se le mete algo en la cabeza, no hay quién la haga cambiar de idea —le recordó la mujer, con su habitual franqueza—. Tú eras su prioridad. Aun cuando a veces tenía ganas de estrangularte, siempre eras lo primero en su lista. Lo que hizo… Es Elvia, Arthur. Ella no habría actuado de otra manera.

—La dejé allí, Emma. La dejé en ese lugar, con ese… animal. —Solo Dios sabía qué le habría hecho, en qué condiciones estaría.

—El señor de Winteria no es un mal hombre…

—Lo que yo vi no era un hombre. —No completamente, al menos. Ese ser… Su aspecto era más animal que humano, sus ojos, sus colmillos, esas garras. Se estremeció—. Si le pasa algo a mi niña.

—Elvia estará bien. *Briar de Winteria* se ganó el respeto de mi abuelo, Arthur. Y eso no es algo que hubiese hecho mucha gente —respondió poniéndole delante una taza de café y dejando otra frente a ella—. No recuerdo escuchar una sola palabra mala sobre él, si acaso que era tan terco como una mula, con un carácter algo hosco, pero un hombre de enorme valía.

La miró mientras hablaba, agradecido de que ella hubiese tenido el valor de hablarle de algo que para muchos sería sinónimo de locura. O más bien, que compartiese lo que su familia había considerado desvaríos de un hombre en su vejez, afectado además por la enfermedad.

Charles Gibons, el abuelo materno de Emma, afirmaba haber pasado tres años en un reino helado, donde los sirvientes eran fantasmas durante el día y su señor una bestia hechizada. Escuchar los relatos de ese hombre era como oír cuentos de hadas antiguos, con un matiz más oscuro del que se les contaba a los niños pequeños, pero con una semejanza tan grande que no podía evitar preguntarse si no sería de allí de donde habían nacido dichos cuentos.

Y es que el reino del que había hablado el hombre era real, tan real como que lo había visto con sus propios ojos. Esas personas existían, había estado ante ellos, en una de sus celdas y en sus manos.

—No los describió como el tipo de gente que haría daño a una mujer —continuó ella, sentándose a su lado, sin duda buscando tranquilizarle—. Estoy convencida de que ella estará bien, puede que buscando también la manera de volver a casa.

—*El Pozo* —recordó como él mismo había vuelto.

—Recuerdo que el abuelo hablaba de ello, como si fuese uno de esos pozos de los deseos, ya sabes, los de lanzar la moneda… —Hizo una mueca y sacudió la cabeza—. Lo cierto es que mi familia pensaba que todo se lo inventaba, que desvariaba a causa de la enfermedad. Pero durante los años que estuvo todavía con nosotros, nunca cambió su relato. Las cosas que decían tenían sentido para él. Hablaba de esas personas como si las hubiese conocido, como si hubiese convivido con ellas… Mi madre pensó que la repentina

muerte de la abuela fue lo que lo sumió en una profunda depresión, que por eso desapareció un día de casa y… Bueno, lo cierto es que no esperaban volver a verle con vida. Ella dio por hecho que la pena se lo había llevado, pero entonces apareció un día en la puerta de la casa familiar. La llamaron y allí estaba él, sentado en el porche delantero, llorando como un niño.

Lo miró y señaló lo que ambos ya sabían.

—Cuando te escuché hablar de ese lugar, de las rosas, de la nieve, de esos sirvientes fantasmales… Estaba escuchando a mi abuelo, ¿qué probabilidades había de que ambos contaseis las mismas cosas cuando jamás os habéis conocido? —Negó una vez más con la cabeza y le tomó la mano, mirándole con una seguridad y confianza que no había vuelto a encontrar en nadie desde que perdió a su difunta esposa—. Por eso sé que tu hija ha de estar bien, Arthur. Mi abuelo podía ser muchas cosas, pero siempre fue un hombre honesto. Si Elvia sigue todavía en Winteria, van a cuidar de ella. Lo sé. Lo presiento.

Ojalá pudiese tener tanta fe como ella, ojalá pudiese tener la confirmación de que eso era así, pero hasta que se produjese ese milagro, tenía que seguir intentando volver.

Y lo había intentado. Había vuelto a ese zarzal, lo había recorrido de cabo a rabo, descubriendo algo que la primera vez había pasado por alto. Algo que no debería haber estado allí, que no lo había estado en sus paseos por el bosque, en su búsqueda incansable de esa particular fragancia que ahora sabía que pertenecía a ese lugar.

Pero cada uno de sus intentos había traído consigo tan solo arañazos y una frustración absoluta, porque por más que intentara atravesar las zarzas, nunca dejaba el bosque. Siempre permanecía en él.

—Necesito encontrarla, Emma. Necesito saber que ella está bien. Jamás me perdonaría que le pasase algo por mi culpa —murmuró lleno de pesar y de remordimiento—. Porque lo fue. Fue mi culpa que ella me siguiera, que viniese en mi busca.

—Habías tenido un accidente. Tu coche apareció en el bosque, contra un árbol. ¿Acaso pensaste que se quedaría de brazos? —

resopló la mujer—. Por Dios, Arthur. Yo misma habría estado allí fuera de no ser porque Elvia quería que me quedase en caso de que aparecieras.

Sus palabras lo avergonzaron, pues sabía que eran ciertas. Emma había sido la primera en sentirse aliviada al verle. Había sido la única que apareció en el hospital, dispuesta a hacerse cargo, asegurándole que su hija estaba bien y que aparecería pronto.

No fue hasta que le escuchó decir que estaba en otro mundo, en un reino de nieve, que vio el cambio en sus ojos y, a partir de ahí, solo habían ido uniendo piezas hasta tener ante sí una conexión que iba más allá de lo que cualquiera de ellos podría haber imaginado en un principio.

—Perdóname —pidió en voz alta—. De no ser por ti, ahora mismo estaría… No sé, en una habitación de un centro psiquiátrico o dando vueltas por el bosque sin saber si me habría vuelto loco del todo o vete tú a saber.

—La vamos a encontrar. Habrá alguna forma en la que podamos llegar a ella. Si lo hiciste una vez, debe haber una manera de volver a conseguirlo, solo tenemos que… dar con ella —afirmó, transmitiéndole confianza. Cogió la caja que había traído consigo y le quitó la tapa, descubriendo en su interior varios dibujos viejos, a juzgar por el estado amarillento del papel, y otros cuadernos—. Ahora sé que había un motivo para que hubiese guardado todo el material de mi abuelo. No solo tenían que servirme de inspiración para mis cuentos, tenían que estar conmigo en el momento en que más los necesitaríamos.

Empezó a sacar cosas de su interior, dejándolas sobre la mesa.

—Después de volver, el abuelo Charles no dejó de escribir cosas, de dibujar lugares que recordaba. Siempre fue un hombre con una gran inquietud intelectual y bastante manitas. No se le daba demasiado mal el dibujo, aunque tampoco es que fuese un artista… —enumeró ella cogiendo uno de los cuadernos y poniéndolo ahora delante de él—. He leído algunos de sus cuadernos. Siempre los tomé más como relatos de aventuras, narraciones fantásticas, pero ahora… creo que su punto de vista quizá nos pueda aportar algunas ideas sobre por dónde empezar.

—El bosque. El zarzal…

—No puedes pasarte los días vagando por el bosque, intentando atravesar esas zarzas —negó categórica—. Dijiste que la primera vez llegaste a ellas persiguiendo un ciervo, pero fue ese animal quien te abrió el camino. Charles no partió desde Norteamérica, él vivía en Birmingham, pero creo haber leído algo similar a lo que mencionaste… Tenemos que encontrarlo y ver si hay algo que quizás pudieses haber pasado por alto.

Miró el material y asintió.

—Gracias por no considerarme un completo lunático, Emma —le dijo mirándola con el agradecimiento en los ojos—. No sé si habría podido seguir delante de no ser por tu ayuda.

Ella agitó la mano, restándole importancia.

—Lo habrías hecho, Arthur. Lo habrías hecho porque sé que harías cualquier cosa con tal de encontrar a tu hija —le aseguró confiada—. Y ella también lo sabe. No dudes nunca de que Elvia Rose sabe la clase de padre que tiene y que haría cualquier cosa para protegerla.

—Ojalá tengas razón.

Ella sonrió y aseguró.

—La tengo.

Con esa seguridad sobre la mesa, ambos se dedicaron a repasar todo el material que había sobre la mesa. Solo pararon para intercambiar algunos comentarios y para comer, pues sabía que Emma no le permitiría seguir con la nariz metida en esos papeles si no se llevaba algo antes a la boca.

CAPÍTULO 28

Winteria Castle
Reino de Winteria

Dos semanas después…

Elvia se quedó mirando las rosas. Era la primera vez, desde el ataque del que fue víctima quince días atrás, que volvía a este lugar. Las zarzas parecían amenazantes, enormes, un muro infranqueable que parecía querer engullir la rosaleda en aquel punto.

No había rastro de los lobos, nadie los había vuelto a ver, pero era difícil quitárselos de la cabeza, incluso cuando ya no quedaba ni rastro de la masacre perpetrada en este lugar.

Acarició una flor con los dedos. Las vendas de las manos al fin habían desaparecido, aunque le quedarían las cicatrices de su hazaña. Un recuerdo imperecedero de este helado mundo.

Al menos ya no se movía como una viejecita. Los dolores se habían ido y ya le quedaban algunos moratones que se iban aclarando día a día gracias a los ungüentos de la señora Doubs.

Dos semanas. Quince días en los que no había dejado de pensar en su padre, de soñar con él. Pero era el único presente en su mente. El señor del castillo también se había instalado allí.

Briar se había convertido en una compañía inesperada, en el mejor de los casos. No es que la vigilase, la mayor parte del tiempo que pasaban en la misma sala era porque él ya estaba allí, como siempre. Desde la noche en la que la dejó en la puerta de su habitación, no tuvieron más altercados. Le había dado vía libre para explorar el castillo, para pasear por los jardines y explorar los

terrenos que rodeaban el corazón de Winteria, aunque nunca había llegado demasiado lejos.

Él seguía ocultándose detrás de la capucha, pronunciando monosílabos o reduciendo su conversación al mínimo, sobre todo si había otras personas delante. Por lo que había podido comprobar, era un gran lector. A menudo lo encontraba junto al fuego o sentado a la mesa del salón azul con un libro en las manos. Eso si no estaba atendiendo algunos de los problemas que le planteaba Tristan o discutía con London algún nuevo descubrimiento por su parte.

Esos dos solían pasar tiempo en la sala cuando estaba ella, lo que la hacía preguntarse si querrían asegurarse de que su amo seguía respirando en su presencia. Parecía sorprenderles que hubiese cordialidad entre ambos, en vez de gritos y amenazas.

Lo cierto es que Elvia había estado bastante ocupada recuperándose e intentando al mismo tiempo desentrañar todo aquel asunto de la maldición. Y esto último le estaba generando una buena cantidad de frustración. Tendría que haber supuesto que no iba a ser fácil adivinar cuál era la clave para romper la maldición que pesaba sobre Briar, pero lo que no se esperaba era recibir tal mutismo ante sus preguntas por parte de cualquier miembro del castillo. A menudo tenía la sensación de que todo el mundo sabía lo que estaba preguntando, pero no podían pronunciar palabra al respecto.

Y no le sorprendería descubrir que así fuese. Si algo tenía claro era que la zorra que había lanzado semejante hechizo no había tenido miramientos en joderlos a todos.

Hoy lo había intentado de nuevo. Había interceptado al mayordomo e intentó sacarle información, pero el señor Paisley era igual de hermético que su patrón. Viendo que si seguía por ese camino acabaría tirándose de los pelos o poniéndose a gritar, optó por dejar el helado edificio atrás y salió a caminar.

No había vuelto a nevar desde el día en que la atacaron los lobos. Y, por lo que había escuchado decir a su doncella y a la señora Doubs, era casi un milagro. Ya no recordaban la última vez que no había una cortina de nieve cayendo sobre todo Winteria. Con

todo, la nieve existente seguía intacta, como si ese tiempo helador se negase a dejar que se derritiese.

Los cielos también mantenían ese color gris plomizo. El sol era tan solo una mancha luminosa detrás de las nubes, no se podía ver su forma y mucho menos sentir su calor. Con todo, puestos a pasar frío, prefería hacerlo aquí fuera que dentro de los muros de piedra del castillo.

Sus pasos la habían traído hasta la rosaleda por dos razones: vencer sus miedos, pues no estaba dispuesto a que una mala experiencia coartase su libertad de movimiento, y para sentirse más cerca de su padre. Las rosas silvestres le recordaban a él, fuertes y lozanas en medio de un muro de zarzas, dispuestas a permanecer en pie a pesar de la inhóspita zona que las rodeaba.

—Espero que estés bien, papá —murmuró resbalando los dedos enguantados por los delicados pétalos—. Ojalá pudiese decirte que yo lo estoy. Te sorprenderá saber que nuestro carcelero no es el ogro insensible que parecía. De hecho, empiezo a vislumbrar lo que hay debajo de esa piel oscura y de sus toscos modos y cada vez me convenzo más de que no es la bestia que dice ser. Es cabezota, gruñe continuamente y habla poco, pero… No es un mal tipo. Supongo que el que me haya salvado de ser el menú principal de unos lobos mutantes ha ayudado bastante a que lo vea con otros ojos.

Eso y la delicadeza con la que le curó las manos, así como el palpable arrepentimiento que veía en sus ojos cada vez que la veía cojear o hacía una mueca de dolor. No, él nunca la habría herido si hubiese sido consciente de lo que hacía y eso también la tranquilizaba.

—Está maldito —continuó hablando, como si pudiese transmitirle todo aquello a su padre—. De hecho, el castillo y sus habitantes, las tierras… Todo está bajo el hechizo de una presunta hechicera.

Levantó la mirada y recorrió la longitud del muro que se extendía hacia ambos lados desde su posición. Ahora sabía que esa compacta pared de zarzas recorría todo Winteria, encerrando el reino, aislándolo del mundo exterior. Desde su posición se extendía

hacia el oeste, atravesando el bosque de Frisia, frontera natural con el vecino reino de Turia. Bordeaba los campos de cultivo hoy cubiertos de nieve, atravesaba el río y seguía hacia el norte, a los montes Auria para continuar por el este, haciendo frontera con el reino de Vhagos y rodear finalmente la aldea de Winter al sur para unirse de nuevo aquí, en la rosaleda.

Nadie podía entrar y nadie podía salir. Esa era la premisa del encantamiento, lo que mantenía este reino aislado de todo y de todos.

Nunca se imaginó que el reino de Winteria fuese tan grande. Poseía una vasta extensión de terreno o eso es lo que pudo apreciar en el mapa que Tristan había desplegado sobre la mesa del salón azul. El capitán de la guardia estaba hablando con su señor sobre su última patrulla, mostrándole unos puntos sobre el papel, en los que ella se había interesado.

Con el beneplácito de su príncipe, el hombre le había enseñado cada una de las zonas del reino, explicándole cómo estaba compuesta la región y qué había en cada zona.

Winteria no era solo el castillo y sus jardines, el bosque y los campos nevados que veía desde su ventana. Había también una aldea, un río y una cordillera montañosa, pero todo ello estaba también hechizado por este invierno eterno.

Tristan también la había disuadido de acometer la estúpida hazaña de ir andando hasta la aldea. Decía que solía llevarles media jornada a caballo o en carro, eso cuando poseían tales cosas, pues las caballerizas que una vez alojaron a los más hermosos purasangre del reino estaban ahora vacías. Además, el lugar que antaño había vibrado con vida hoy no era otra cosa que una aldea fantasmal. No quedaba un solo habitante en ella.

Y le había creído. Al contrario que London, quien era amigable, risueño y siempre tenía algo gracioso que decir, el capitán poseía ese porte y seriedad militar que lo convertía en un hombre serio y sumamente educado. Siempre estaba pendiente de Briar, como si temiese que, de no observarlo atentamente, pudiese cometer alguna estupidez.

Tristan había sido también quien la encontró cerca del famoso *Pozo* una semana atrás. En cuanto fue capaz de moverse con cierta soltura, lo primero que hizo fue buscar ese dichoso lugar. Quería verlo con sus propios ojos. No sabía muy bien qué esperaba encontrarse al llegar, pero el aljibe rodeado por una enorme jaula de zarzas de hierro no era una de ellas.

Lo más destacable del lugar era el hecho de que no hubiese un solo copo de nieve en el interior de esa jaula. El suelo adoquinado en torno al pozo estaba totalmente limpio, sin los varios centímetros de nieve que se amontonaban fuera de él.

Lo había rodeado buscando la entrada, pero no encontró una puerta propiamente dicha y las lianas de hierro tampoco sucumbieron bajo sus manos, por mucho que las zarandeara. Lo que sí notó fue una especie de cosquilleo, como el que se siente ante una alta cantidad de electricidad estática en el ambiente, pero hasta ahí llegaba la *magia* para ella.

«Está cerrado».

Recordaba el salto que había pegado al escuchar de repente la voz del capitán a su espalda. En su encarnación espectral, el hombre era tan silencioso como un fantasma y no le había oído llegar.

«Lleva así y en absoluto silencio desde que envió a tu padre de regreso al lugar del que vino. No se abrirá a menos que alguien llegue a Winteria o crea que ha llegado el momento de que tú regreses a tu hogar».

No le habían pasado por alto sus últimas palabras, ni su mirada al pronunciarlas. Su réplica había estado a punto, pero por algún motivo, la contuvo y acabó preguntándole:

«¿Esto también ha sido cosa de ella?».

Él se había limitado a asentir con la cabeza como toda respuesta. Algo típico en ese hombre.

«¿El Pozo también os afecta a vosotros? Quiero decir, ¿podríais salir si… estuviese abierto?».

Esa vez había recibido una negativa y una explicación algo más extensa.

«Muchos lo han intentado y en el momento que cruzaron la reja, se encontraron en el mismo lugar en el que estaban esa

noche».

Esa noche. Todo el mundo se refería a lo acontecido más de cien años atrás como *«esa noche».*

Le había dado vueltas y más vueltas a lo que le había contado Briar. Lo replicó tantas veces en su mente que tenía la sensación de haber escuchado antes esa historia, pero cada vez que intentaba recordar dónde, la sensación pasaba y daba por hecho que solo tenía que ser un *déjà vu*.

En ese relato había demasiados flecos sueltos, muchas preguntas sin respuesta.

¿Qué hacía una anciana en las inmediaciones del castillo en una noche de tormenta?

Ahora que había visto el mapa, sabía que no había asentamientos cercanos, ni ninguna posada o casa en medio del camino de la que pudiese haber salido. El castillo no era un lugar de paso, así que si estaba en la zona, era porque ese había sido su destino.

¿Por qué no se había dirigido a la puerta principal?

El salón de baile estaba en el ala sur. Si bien no lo había visitado, sabía por sus rutas exploratorias que se encontraba al otro lado del castillo, lejos del acceso principal. Había una rosaleda a sus pies, justo debajo de una amplia terraza elevada. No había manera de acceder a ella a menos que fueses *Spiderman* o un escalador profesional.

No. Esa anciana, hechicera, perra o lo que fuese, no había llegado por casualidad al castillo. Lo hizo con un propósito y este parecía haber sido el de joder a Briar y a toda la gente que se encontrase allí en ese momento.

A toda no, rectificó. Los invitados al baile habían desaparecido, abandonado el castillo. A ellos no los embrujó, pero sí a todos los demás. Al personal del Winteria y a todo aquel que fuese fiel a su señor.

«Nadie abandonará Winteria mientras el encantamiento siga vigente».

Esas habían sido las palabras de Tristan cuando se explicó lo que les pasaba a los miembros del castillo cuando entraban en el

Pozo, si es que este estaba abierto.

—Cien años son muchos para mantener un encantamiento —murmuró en voz alta, mirando las rosas ante ella.

Y el capitán, recordó, ya había estado al mando del ejército de Winteria cuando esa hechicera apareció.

«Llevo al lado del príncipe desde que solo era un niño. Me trajeron para que tuviese alguien de su edad con quien poder practicar con la espada». Aquella fue la primera vez que escuchó a Tristan hablar de forma tan personal. *«Crecimos juntos. Y ya de adultos, me convertí en el capitán de su guardia».*

«Y en su amigo». Le había replicado ella. Era obvia la confianza que existía entre ellos. *«Al igual que London. Los tres parecéis entenderos… Y sobre todo, vosotros pareceréis entenderle a él».*

«London llegó al castillo tan solo unos cuantos años antes de aquella noche. Lo hizo como emisario del rey de Turia. Era un cortesano, de lengua afilada y poco interés en política, aunque muy inteligente. Briar y él se entendieron enseguida. Los unían las mismas aficiones, se movían en el mismo círculo… Al final, London empezó a pasar más tiempo en Winteria que en su propio reino. Por eso estaba aquí esa noche…».

«Y la visita de esa vieja os cogió a todos bajo el mismo techo y en plena celebración». Había sido una situación de lo más conveniente. *«¿Qué hacía esa mujer por la zona en una noche como esa? Briar dijo que había una nevada, tormenta o algo así… Que a ver, lo de dejarla en la calle no estuvo bien, pero con lo grande que es el castillo, entrar directamente en el salón de baile… Eso no hay quien se lo crea».*

«¿Quién sabe qué motivo puede tener una hechicera para hacer lo que hace?». Le había dicho con gesto pensativo. *«London piensa como tú. Que su aparición resultó sospechosa y también demasiado conveniente».*

«Menos mal que alguien piensa…». Su mirada se había vuelto entonces al pozo, preguntando lo obvio. *«¿Por qué no hay nieve dentro? ¿La limpiáis o…?».*

Sacudió la cabeza y señaló el recinto.

«Nunca cae un solo copo en su interior. El Pozo también está encantado».

Elvia no pudo evitar hacer una mueca al recordar lo que le había dicho a continuación. Siempre fiel a su vena irónica.

«¿Alguno ha probado a tirar dentro una moneda y pedir un deseo?».

«London lo intentó una vez».

«¿Y?».

«No tiene puntería».

No había tenido a Tristan por un cómico, así que sabía que no era un chiste, sino una realidad.

«¿En serio?»

«London es… London».

«Eso no te lo discutiré».

Su visita había sido breve y tan inútil que acabó abandonando el lugar. Desde entonces no había vuelto por allí. El castillo seguía siendo lo bastante grande como para mantenerla entretenida y sus alrededores eran una buena excusa cuando necesitaba alejarse para pensar e interiorizar todas las cosas que desafiaban a la lógica.

Magia.

Mucho de lo que ocurría en este lugar tenía esa palabra como única explicación, una a la que estaba empezando a acostumbrarse.

Volvió a mirar las rosas. No sabía cómo podían aguantar este frío, pero parecía que era precisamente esta helada temperatura la que hacía que su fragancia fuese tan intensa.

Sí. Mucho había cambiado en estas dos últimas semanas, algunas tan importantes como el hecho de que estaban pudiendo abastecer de nuevo las despensas del castillo.

Por lo que había escuchado decir a Tristan, la caza en el bosque había sido muy escasa en los últimos tiempos, más desde la aparición de los lobos, pero recientemente eso había cambiado. Las presas habían vuelto, lo que se traducía en más carne para las despensas y unos cocineros de mucho mejor humor. Y no se trataba solo de la caza, el castillo parecía ir perdiendo esa frialdad inicial. Con cada día que pasaba le llegaban noticias de que tal hogar se había encendido de nuevo, lo cual no hacía más que mostrar el

carácter caprichoso de ese lugar y del hechizo bajo el que todos estaban.

Dejó escapar un suspiro, alcanzó una de las rosas y se puso de puntillas para disfrutar de su fragancia.

—Mira que eres bonita… —musitó.

Elvia se perdió en el aroma, en la silenciosa tranquilidad, y no fue consciente de que tenía compañía hasta que escuchó una rama quebrándose a su espalda. Reaccionó como un rayo, llevándose la mano a la bota. Desde el ataque no salía del castillo sin algo con lo que protegerse y eso era un cuchillo que había cogido prestado en la cocina. Se encontró con una enorme figura avanzando a través de la nieve desde el lado del muro de zarzas al que había dado la espalda y dejó escapar un inmediato suspiro de puro alivio al reconocerle.

—Juro que coseré un cascabel a esa jodida capucha… —masculló para sí, apartando la mano del lugar en el que guardaba su improvisada arma y enderezándose por completo.

Briar iba vestido de oscuro, con esa capa envuelta en torno a él y la capucha calada hasta casi la nariz. Esta vez, sin embargo, había algo colgando de su cinturón; un par de conejos y otro par de faisanes o algún ave similar. Alguien había salido de caza.

Lo vio echar la cabeza hacia atrás, lo que le permitió verle parcialmente el rostro. Había algo realmente animal en él, brutal, pero también profundamente masculino. Era una mezcla interesante, sobre todo cuando no replegaba los labios enseñando los colmillos en una mueca amenazadora. Su piel oscura contrastaba con los parches más claros en torno a sus ojos y la zona de la boca y la mandíbula, enfatizando esas partes de una manera un tanto amenazadora.

No había nada suave en ese hombre-bestia. Todo en él era grande y tosco, duro como la piedra y tan frío como el reino invernal en el que regía. Pero eso solo era el exterior, la parte que todo el mundo veía y que ocultaba una naturaleza compasiva y un corazón que no estaba tan helado como había creído en un principio.

—Buenos días, Briar —lo saludó, llevándose las manos a las caderas—. ¿De caza?

El señor del castillo frunció el ceño de tal forma que le daba mayor severidad a ese particular rostro. Miró en torno a ella y habría jurado que incluso olfateó el aire.

—¿Estás sola?

Elvia enarcó una ceja y miró también a su alrededor.

—¿Tú ves a alguien más? A menos que cuentes las rosas, esas no se han movido de ahí.

Su respuesta fue un bajo y ronco gruñido, algo a lo que ya empezaba a acostumbrarse. Era como el característico bufido de cualquier otra persona.

—Estás lejos del castillo.

Sí, lo estaba. Pero en eso consistía el estar sola, ¿no? De alejarse de todo y todos.

—Necesitaba un poco de aire puro —respondió encogiéndose de hombros—. Y el aroma de estas rosas, a pesar del lugar que ocupan y de los recuerdos que retienen, logran calmar mi mente.

Él ladeó la cabeza desde ella al rosal. Se movió con esa sutileza, algo impensable en un hombre tan grande, e introdujo su zarpa entre las espinas. Oyó el crujido de una rama, entonces vio como retiraba la mano y entre sus dedos había una preciosa y delicada rosa.

—Su aroma dura incluso seca —le dijo, tendiéndosela—. En el castillo secan los pétalos para hacer el té…

Elvia dejó de escucharle en cuanto posó los ojos sobre los dedos manchados de sangre y llenos de arañazos. Actuó sin pensar, olvidándose de la flor y cogiéndole la mano entre las de ella, lo que hizo que esta acabase cayendo al suelo.

—¿Qué has hecho? ¿Arrancar zarzas con las manos? —siseó, comprobando los rasguños.

Él retiró la mano con tanta rapidez que se encontró casi intentando agarrar el aire.

—Tengo las manos sucias. —Lo sorprendió tanto con sus palabras como con el bajo gruñido que salió de su garganta. Con todo, su voz se suavizó al añadir—. Y no fueron las zarzas.

Elvia resopló. Se agachó para recoger la rosa del suelo y lo señaló con ella.

—Dudo que los conejos o los faisanes sean tan peligrosos como para que tus manos acaben así —replicó ella—. ¿De qué es toda esa sangre?

Y es que ahora que estaba lo bastante cerca, podía apreciar también unas manchas oscuras en la capa, así como un fuerte olor en su ropa.

—Abatimos un jabalí. Es su sangre.

Lo dijo de una manera tan natural, como si lo de internarse en el bosque y cazar animales para llevarlos a la mesa fuese su día a día. Y lo era, en realidad. Al contrario que ella, Briar y la gente del castillo no iban al supermercado si querían un filete, ni compraban un pollo ya eviscerado. No, esta gente vivía como en la jodida Edad Media. *Este* era su modo de subsistencia, uno del que ella misma había disfrutado estas últimas semanas. Todo lo que le habían servido en el desayuno, en las comidas y cenas, venía de los huertos y del bosque, del trabajo y esfuerzo de las personas que conocían su oficio a la perfección.

Por suerte, no era una persona melindrosa. Después de tres años en Apricow Green, de ver a los cazadores regresando al pueblo triunfante con sus piezas, estaba acostumbrada a ver los trofeos de la caza. Con todo, esos hombres no solían cazar para comer, sino que se encargaban de mantener el control de natalidad de ciertas especies e impedir que algunos animales peligrosos acabasen bajando a las zonas habitadas.

Eran dos mundos completamente distintos.

—¿Y cómo? ¿Con las manos? —respondió a su comentario, señalando lo obvio. Su acusación hizo que las escondiera debajo de la capa, pero no antes de que viese que su otra mano estaba igual de dañada.

El señor del castillo no respondió, lo cual era una respuesta en sí misma.

—Por Dios… A vosotros os falta un hervor —rezongó y sacudió la cabeza—. Briar, es un puto jabalí, no un cerdo doméstico. Esas cosas tienen unos cuernos enormes y una mala hostia que…

—Ambos somos bestias —atajó él, dándole una respuesta que la dejó pasmada y le produjo al mismo tiempo una punzada en el

pecho. ¿Era así como se veía a sí mismo? ¿Cómo un animal salvaje, comparable a un jabalí? ¡Por el amor de Dios!

Miró la flor que tenía todavía entre las manos. Había apretado el tallo sin darse cuenta y ni siquiera tenía espinas. Él debía habérselas sacado antes de dársela.

—Una bestia no cortaría una rosa, ni le quitaría las espinas antes de ofrecérmela —murmuró levantando la cabeza y dando un paso hacia delante, luego otro, hasta detenerse ante él y poder mirar bajo esa capucha—. Eres un hombre. Terco como una mula y bruto como un arado, pero humano a fin de cuentas.

—No soy humano, Elvia Rose. —Negó con la cabeza, pero no se movió—. Esa humanidad de la que hablas me fue arrebatada hace tiempo.

—Puede que te arrebataran… muchas cosas, Briar, pero la humanidad no ha sido una de ellas —aseguró posando la mano sobre su bíceps—. Gracias por la rosa. La secaré y la guardaré como recuerdo.

Se quedó en silencio, mirándola. Si bien no podía ver sus ojos por la capucha, notaba su intensidad clavados sobre ella. Con un ligero asentimiento de cabeza por toda respuesta, empezó a retirarse.

—Te dejaré a solas con tus pensamientos… —le informó, dispuesto a seguir su camino.

—¿Vuelves ya al castillo?

Un nuevo asentimiento.

—Vale. Entonces vuelvo contigo —declaró saliendo en pos de él —. Me estoy acostumbrando al frío, pero sigo prefiriendo el calor de la chimenea.

No dijo nada, pero redujo su enorme paso para que ella no tuviese que correr para alcanzarle.

¿Se daría cuenta de esos pequeños detalles de caballerosidad? ¿De lo paciente que se había mostrado con ella cuando la curaba? Quizá no, pero ella sí lo era. Muy consciente de ellos.

—Por cierto, casi he terminado de leer el cuaderno de relatos —mencionó, recordando lo entretenida que había estado en esos

días—. Algunas de vuestras historias, de las leyendas de Winteria, son sospechosamente parecidas a algunos cuentos de mi mundo…

—¿Cuentos? —La miró de soslayo.

—Hay notorias diferencias. Vuestras historias son más oscuras, algunas incluso truculentas. Hay hechos diferentes e incluso acaban de otra forma, pero en esencia… Me han recordado a algunos de los cuentos populares que solía leerme mi madre cuando era niña. Ya sabes, los típicos cuentos antes de dormir.

Asintió una vez más con la cabeza.

—Ya veo —mencionó sin detenerse.

—En vuestras historias la magia aparece más como un castigo que como un premio o se justifica como un milagro —añadió pensando en lo que había leído—. ¿En Winteria no existía la magia antes de la llegada de la hechicera?

Sacudió la cabeza y la capucha se deslizó un poco, dejando a la vista parte de su pelo negro. Un par de pequeñas trenzas destacaban sobre el resto, pero no recordaba haberlas visto antes.

—Se dice que antes sí, que había una especie de río de magia corriendo por debajo del reino, pero que se secó —le dijo y tenía que ser una de las frases más largas que hubiese escuchado hoy saliendo de su boca—. La hechicería no es algo común en esta región. Muchos la habíamos olvidado, relegándola solo a las historias del pasado. Mi pueblo creía más en los *«milagros»* que en una magia real. Al menos, hasta esa noche.

—Y esa noche descubristeis que la magia no solo había vuelto, sino que lo hizo solo para joderos la vida —resumió por él—. Menuda zorra.

Él enarcó una ceja ante las dos últimas palabras que había soltado en un siseo. Optó por hacer como si no se hubiese dado cuenta y aprovechó para preguntarle por algo a lo que llevaba dándole vueltas desde hacía unos días.

—London mencionó que el castillo cuenta con una enorme biblioteca, pero no he podido encontrarla. —Y lo había intentado, vaya que lo había hecho—. Me preguntaba si podría buscar algún libro allí que pudiese leer…

—La biblioteca está en el ala oeste.

Adiós a sus posibilidades de meter las narices en los libros.

—Oh. —Fue todo lo que pudo decir al respecto. Ese era territorio vedado para ella. No había vuelto a acercarse ni a la escalinata de acceso de ese ala, aun cuando era incapaz de olvidar el rosal que había visto dentro del invernadero de cristal.

Sintió su mirada sobre ella y, cuando levantó la cabeza, sus ojos se encontraron. La capucha se le había deslizado un poco más, permitiéndole apreciar mejor sus facciones.

—¿Tanto te gustan los libros?

Dios, sí. Y le frustraba enormemente no ser capaz de leer una sola palabra de los que London solía traer consigo al salón. Había considerado incluso pedirle al cortesano que le enseñase el idioma a fin de poder entender al menos algunas palabras.

—Podría pasarme todo el día sentada al lado de la chimenea con un libro o dos en las manos —admitió sincera—. Si me está llevando tanto tiempo leer el compendio de relatos, es porque no quiero acabarlo tan pronto. No tendría nada más que leer después. Lo he intentado con los que ha traído London, pero no consigo entender ni una sola palabra. —Y era frustrante, sobre todo porque se suponía que conocía el winteriano, pues lo hablaba. Aunque para ella siguiese siendo inglés. Era extraño, como muchas otras de las cosas que pasaban en este lugar—. Pensé que quizás hubiese algún libro en la biblioteca que pudiese entender, que estuviese en mi idioma o algo… No importa. Ya buscaré otra cosa con la que entretenerme.

No iba a poner un solo pie en ese ala, no después de cómo había terminado su visita a ese lugar la vez anterior.

—Si te doy permiso para visitar la biblioteca, ¿prometes mantenerte alejada de la torre?

El lugar en el que guardaba celosamente esa rosa.

—Puedes acompañarme cada vez que tenga que ir, quedarte conmigo o incluso ponerme una escolta si eso hace que te quedes más tranquilo —respondió sin vacilar—. Haría lo que fuese por poder entrar en la biblioteca. Lo que sea, Briar.

Y lo decía en serio. Con lo enorme que era este lugar, sus habitaciones y salas, no podía ni imaginarse cómo sería un lugar

como ese. Y se moría de ganas por descubrirlo.

Por algún motivo, cada vez que pensaba en ello le venía a la cabeza la imagen de una enorme y hermosa biblioteca, pero no era capaz de recordar si la había visto con anterioridad o era tan solo una imagen creada por su imaginación.

Él se la quedó mirando de nuevo en silencio, como si estuviese intentando discernir si podía arriesgarse o no con ella.

Finalmente, asintió.

—Tienes permiso para visitar la biblioteca, Elvia Rose, pero solo ese lugar. —Fue muy claro al respecto—. No accederás a la torre. Nunca.

—Jamás haría nada que pusiese en riesgo este lugar o a ti, no de manera consciente, al menos —le aseguró, necesitando justificarse—. Metí la pata una vez. No me verás cometer dos veces ese mismo error.

Esas palabras parecieron convencerlo.

—Te llevaré a la biblioteca después de que termine con algunos asuntos —le informó reanudando la marcha—. ¿Podrás esperar hasta entonces?

—Por supuesto. Atiende tus asuntos. Aprovecharé para cambiarme, entrar en calor y quizá colarme en la cocina a picotear algo… —admitió pensando ya en hacer justo eso—. El pan que hace la señora Mills es de otro mundo…

Y lo era, en realidad.

—¿Cómo te sientes en el castillo, Elvia Rose? —La pregunta llegó de manera inesperada—. ¿Crees que algún día podrías llegar a considerarlo tu hogar?

Su hogar. Levantó la mirada hacia la enorme construcción de fría piedra que se alzaba ante ellos como un silencioso guardián. Había llegado a este lugar hacía tan solo dos semanas y en ese lapso de tiempo ya había hecho amistad con su Elizabeth, su doncella, con Tristan y London, así como con algunos otros de los habitantes del castillo, entre los que se encontraba la cocinera. Se había encariñado de personas con las que apenas había convivido unos pocos días, y sobre todo, notaba ese cariño de vuelta, su

amabilidad y la paciencia con la que le explicaban las cosas. Parecían realmente contentos de su presencia.

¿Qué había conseguido en tres años viviendo en Apricow Green?

Nada de todo eso.

Pero en Apricow estaba su padre, su única familia. Y también Emma, la única persona en todo el pueblo que realmente se había preocupado por ella.

¿Podía considerar el castillo de Winteria su hogar? Miró al hombre que tenía delante, la bestia encantada cuya presencia la confundía, irritaba y se encontraba deseando algunas veces. Briar pertenecía a este lugar, al igual que todos los demás, pero ella…

—Solo llevo dos semanas aquí… —Fue su respuesta—. Vuelve a preguntármelo cuando haya conseguido romper la maldición.

Y ruega porque eso suceda pronto, añadió para sus adentros.

—¿Y si no lo logras, Elvia Rose? —No esperaba una respuesta y menos una tan contundente—. ¿Y si la maldición nunca se rompe?

No quería pensar en ello. La idea de no volver a ver a su padre, de no regresar a su mundo…

—Entonces, Briar de Winteria, no serías el único que estuviese maldito en este lugar —admitió mirándole a los ojos, buscando su rostro de nuevo bajo la capucha—. Porque no volver a ver a mi padre, no saber si ha podido seguir adelante con su vida, si al fin ha encontrado la felicidad después de tanto tiempo… Esa se convertiría en mi propia maldición.

Le sostuvo la mirada unos segundos, entonces le dio la espalda y continuó andando. Pensó que no iba a decir ni una sola palabra más, pero en vez de eso, lo escuchó murmurar:

—Cuando el reloj de las doce —le dijo sin volverse hacia ella—. Encuéntrate conmigo a los pies de la escalera que da al ala oeste. Te llevaré a conocer la biblioteca del castillo.

—Gracias —susurró en respuesta, pero algo había cambiado entre ellos. El pensar de nuevo en su padre, en lo que perdería si no conseguía averiguar cómo romper la maldición, los sumió a ambos en un nuevo mutismo que los acompañó de vuelta al castillo.

CAPÍTULO 29

—¿Por qué le corté una rosa?

Briar bufó mientras se lavaba las manos con más ímpetu del necesario.

Ella le había tocado, le había cogido la garra, inconsciente de la sangre y la suciedad. No solo eso, lo había abroncado por el estado en el que estaba. No podía quitarse esa imagen de la cabeza, su propia reacción al ver que iba a mancharse, a contaminarse con la suciedad que lo marcaba y cómo todo eso parecía importarle un bledo a esa mujer.

No la entendía. Su forma de ser, de actuar, la manera en la que se comportaba era contraria a la de cualquier otra dama. Elvia Rose avanzaba cuando cualquier otra recularía, le hacía frente cuando sus propias sirvientas se habían encogido de miedo. No le veía como una bestia, como un ser deforme y grotesco. incluso creía que todavía había algo de humanidad en él. Se lo había dicho a la cara, sin temblar, sin dudar siquiera.

¿Podría existir realmente una pequeña esperanza para él?

Su presencia había empezado a alejar el frío. Podía pasar horas a su lado sin hacer otra cosa que mirarla, que oírla hablar. Esa mujer se había convertido en una luz dentro de la oscuridad en la que llevaba tanto tiempo viviendo, pero esa luz también podía extinguirse de un momento a otro, apagarse, si no tenía cuidado.

Levantó la cabeza. El espejo que antaño le devolvía la imagen de un joven y atractivo mozalbete, hoy estaba roto, hecho pedazos, al igual que el resto de la habitación. No había dejado ni uno indemne en todo el castillo, menos aún en el ala oeste. Esa noche había barrido con todo. En cuanto sus ojos se cruzaron con el reflejo de aquella cosa, entró en pánico, en cólera y acabó con todo lo que

pudiese recordar al príncipe que había sido. Arrasó con todo el ala, destruyendo incluso la galería con todos los retratos familiares de épocas pasadas, incluyendo el único que había de los reyes, sus padres.

Se había recluido durante días en estos aposentos, avergonzado por su aspecto, furioso con su propio destino. Las paredes todavía guardaban las marcas de sus garras, aunque la sangre de sus dedos hacía ya tiempo que se había secado, como absorbida por la piedra. Había actuado como una bestia destructiva y esa misma destrucción permanecía solo para recordarle lo que nunca debería volver a suceder.

Había pasado tanto tiempo sin ver su verdadero rostro que apenas podía recordarlo, era como una imagen desdibujada en su mente.

Dejó escapar un resoplido, se miró las enormes manos y le dio la espalda al aguamanil para empezar a deshacerse de la ropa y poder asearse. No quería el aroma de los animales muertos sobre él o su ropa, no cuando iba a reunirse de nuevo con ella.

«¿Podrías llegar a considerar el castillo como tu hogar?».

—Debería de haberme dado de cabezazos contra un muro antes de dejar que tal pregunta abandonase mi boca —rezongó, pasándose las manos por el pelo. Las uñas se le enredaron en algunos mechones, obligándole a retirar lentamente los dedos a menos que desease hacerse un trasquilón; y eso pondría de los nervios a la señora Doubs. Esa mujer podía resultar realmente intimidante con una tijera en sus manos, pero era la única a la que le permitía estar cerca de él con semejante objeto. Ni siquiera se había dado cuenta de que le había hecho un par de pequeñas trenzas en el pelo después de habérselo cortado.

«Podéis pasaros el resto de vuestra vida en harapos y encerrado en este cuchitril, mi príncipe, pero que me parta un rayo si dejo que os llegue el pelo hasta los pies».

Esas habían sido las palabras que le había dedicado la primera vez que subió a la torre oeste y se vio cara a cara con la bestia. Ignoró sus gritos, su autodestructiva actitud y le lanzó una palangana de agua a la cara. Después de eso lo obligó a sentarse en

el suelo y estarse quieto mientras farfullaba y le cortaba el pelo que por entonces ya le llegaba a la mitad de la espalda.

Desde entonces había dejado el suelo para ocupar una silla y ella ya no mascullaba, sino que canturreaba como cuando él era un niño. Su último corte se lo había hecho hacía tan solo unos días atrás y parecía especialmente contenta, tanto que le había puesto esas diminutas trenzas; un símbolo de honor para los winterianos, si mal no recordaba.

Briar sacudió la cabeza y pensó en otra mujer, la que últimamente le robaba hasta el sueño.

—No debiste preguntar, estúpida bestia, no debiste hacerlo.

«Entonces, Briar de Winteria, no serías el único maldito. Porque no volver a ver a mi padre, no saber si ha podido seguir adelante con su vida, si al fin ha encontrado la felicidad después de tanto tiempo… Esa se convertiría en mi propia maldición».

—La he alejado de su familia, de su mundo, ¿cómo iba a pensar siquiera considerar ver el castillo como su nuevo hogar? —farfulló.

Acabó desvistiéndose por completo, lanzando las prendas al suelo, y atravesó la habitación desnudo. Era inmune al frío, incluso le daba la bienvenida, pues evitaba que sintiese cosas que no deseaba revivir.

¿Cuándo fue la última vez que alguien había despertado su deseo? ¿Qué lo había hecho sentirse como un hombre y no como esta grotesca criatura? Su cuerpo había cambiado, sí, pero anatómicamente seguía siendo un hombre. Podía habérsele oscurecido la piel, habérsele endurecido, sus manos y pies parecerse más a los de una bestia que a los de un ser humano, pero seguía poseyendo el instinto de aparearse, su cuerpo seguía siendo compatible con el de una mujer. Era un deseo que solo recordaba vagamente, pues había permanecido dormido, relegado a un segundo plano durante casi cien años…

Pero ahora…

—Al menos parecía feliz ante la idea de poder visitar la biblioteca —recordó su emoción, la forma en la que le brillaron los ojos.

Sí, mejor poner su mente en algo inocente, alejando otros pensamientos que nacían evocados por esa misma hembra.

No debería haberle dado acceso a ese lugar. No quería que nadie entrase en el ala oeste, pero ¿cómo prohibírselo después de haber visto con sus propios ojos como miraba los libros que London depositaba sobre la mesa del salón azul? Aun sin ser capaz de leer sus palabras, se esforzaba por entender, por buscar algo que le diese alguna pista del contenido.

No dejaba de resultarle curioso que sí pudiese leer las palabras que él había escrito en el cuaderno y, al mismo tiempo, fuese incapaz de leer cualquier otra cosa que estuviese escrita en el mismo idioma. No le cabía duda de que aquello tenía que ver con el encantamiento y con que el cuaderno fuese algo escrito de tu puño y letra, aunque desconocía la utilidad de tal hechicería.

Ignoraba si en la biblioteca había algo que pudiese leer, pero la posibilidad parecía suficiente para hacer que esos bonitos ojos azules verdosos brillasen de ilusión. De un tiempo a esta parte no había hecho otra cosa que observarla y no eran muchos los momentos en los que parecía realmente feliz. Y él deseaba que lo fuera.

Él. Deseaba. Que lo fuera.

El hombre que siempre había antepuesto sus propias necesidades y felicidad a los de cualquier otro, que había priorizado su estatus y deseos antes que los de cualquier aldeano, se encontraba ahora queriendo la felicidad de esa dama por delante de todas las demás cosas, incluso de la suya propia.

No había estado ciego a su tristeza, a las fugaces expresiones de melancolía, a las lágrimas que a veces aparecían en sus ojos mientras dormía, a las que disimulaba dándoles a todos la espalda o fingiendo hacer otra cosa mientras se las borraba. No. No lo era. Ni tampoco a las continuas pesadillas que todavía la asediaban por la noche y la hacían gritar.

Elvia Rose había dejado de hablar de su padre, de hacer preguntas, de cuestionar su palabra, pero era obvio que eso no lo borraría de su memoria. Sabía por Tristan que había estado ante el *Pozo* y que este seguía sin reaccionar. El alivio que sintió al escuchar

a su capitán transmitirle tal noticia ahora le parecía una traición para con ella. ¿Cómo podía dejarla ir si ella era la única esperanza que tenían Winteria y él mismo de acabar con esta pesadilla que duraba ya más de cien años?

Y ella estaba dispuesta a hacer algo para remediarlo. Quería romper la maldición para liberarle, sí, pero también para poder regresar a su hogar.

Dejó escapar un resoplido, bajó la mirada sobre su sexo y siseó. Estaba excitado, su polla se alzaba dura contra su bajo vientre y eso lo frustró tanto como todo lo demás.

—Compórtate —le dijo a su miembro—. Solo he accedido a mostrarle la biblioteca.

Obligándose a ignorar su excitación, se metió en la bañera y procedió a asearse rápidamente. Paisley había encontrado esa monstruosidad en algún lugar del castillo. Ni siquiera recordaba haberla adquirido o dónde, pero al menos era lo bastante grande y profunda como para que cupiese su nuevo cuerpo.

Y quizá el de alguien más…

Agitó la cabeza de un lado a otro, hundió las manos formando un cuenco y se echó el agua en la cara y sobre el pelo. Tenía que sacarse esa idea de la cabeza, ¿por qué se estaba engañando de esa manera? Ella jamás compartiría en esta bañera con él.

—No es una ramera, ni una sierva. Es mi invitada y debo tratarla con el respeto y la deferencia que eso requiere —se dijo a sí mismo.

Ya no era un muchacho dispuesto a saciar sus apetitos con la primera dama a la que pudiese embaucar y meterla en su cama. No era el príncipe al que no le importaba si la dama en cuestión estaba comprometida o casada, buscando solo salirse con la suya, saciar sus apetitos con alguien de su elección.

En realidad, ni siquiera era ya un príncipe, pues su reino estaba congelado en el hielo, al igual que él.

Terminó con el baño con rapidez y se vistió con la misma premura. No sabía si era porque quería esconderse detrás de todas esas capas de tela lo antes posible o si su urgencia se debía a que deseaba ver de nuevo a la mujer con la que había concertado una

cita. Se calzó las botas y por último se echó la capucha sobre la cabeza.

Elvia Rose había dejado de insistir en que no hacía falta que la llevase puesta en su presencia. Cuando quería llamar su atención, se paraba delante de él, buscando mirar bajo la tela que lo aislaba del mundo. Con todo, cuando se trataba de ella, ya no se escondía tanto como antes, no temía encontrarse con el temor o la aprensión como ocurría con algunos habitantes del castillo con los que solía cruzarse más bien poco. La capucha era tanto para escudarse él como para evitar que otros le tuviesen más miedo del que ya le tenían.

Briar dejó sus antiguos aposentos en la torre oeste. Todavía seguía alojándose allí, quizá por el mismo motivo que mantenía la capucha y evitaba que cualquiera entrase en esa parte del castillo; para mantenerse a sí mismo lejos de los demás.

La vio incluso antes de girar en el descansillo. Estaba un par de tramos más abajo, cambiando su peso de una pierna a la otra. Al menos ya no cojeaba. Sabía por su ama de llaves que las heridas habían curado completamente, que los dolores habían empezado a remitir a los pocos días y que había desarrollado un gusto propio por el té de rosas de invierno y los pastelillos de limón.

Ella también se había cambiado de ropa, se dio cuenta. Había dejado esas calzas que prefería usar en su día a día y llevaba una falda de lana y una casaca. Las botas asomaban bajo la falda, a la altura de los tobillos y el pelo cobrizo le caía en cascada por la espalda, recogido tan solo con una cinta a la altura de la nuca. Como si supiese que la estaba mirando, se giró hacia él. Llevaba un lado de la falda recogido a un lado de la cintura, el cual dejaba ver unas gruesas calzas debajo. Ese se había convertido en su sello de identidad, uno que ya había visto copiar por algunas de las mujeres del castillo.

Sí, posiblemente si la viese vistiendo otra cosa, no sería su Elvia Rose.

—¿Llego tarde? —preguntó ella alzando la mirada—. Me temo que no escuché el reloj.

Negó con la cabeza, pues no estaba seguro de encontrar las palabras que necesitaba en ese momento.

Suya. Acaba de reclamar a esa mujer como suya en su mente, se dio cuenta.

—Ven. —Se las arregló para decir al tiempo que le tendía la mano.

No fue necesario que repitiese la petición, ni siquiera que se lo ordenase. Se recogió las faldas y subió las escaleras con rapidez, aferrándose a su mano antes de alcanzar el último escalón.

No titubeó, su agarre era firme, cálido. Verdaderamente, no le tenía miedo.

—Cualquiera pensaría que con la cantidad de escaleras que hay en este lugar, habría ganado ya algo de forma, pero… Sigo quedándome sin aire —mencionó ella con una mueca. Briar no la escuchó, estaba demasiado ocupado sintiendo esa palma cálida y lisa contra la suya—. ¿Te has bañado? Hueles… bien.

No sabría decir quién de los dos quedó más impactado por semejante comentario, si él o ella. Esos ojos azules verdosos se abrieron de repente, un par de rosetones se instalaron en sus mejillas y empezó a mover los labios.

—Ah, yo… Lo siento. Eso fue… —Hizo una mueca y casi pareció encogerse sobre sí misma—. Olvida que he dicho algo, ¿vale? Mi boca hoy va por libre.

La mención a dicha boca hizo que bajase la mirada sobre los labios femeninos y agradeció llevar la capucha puesta, de modo que ella no pudiese ver dónde se habían caído sus ojos.

—Es por aquí. —La condujo hacia la izquierda, por el corredor contrario por el que él había venido. Dejaron tras de sí algunas puertas y continuaron hasta el final de este, donde se encontraron con dos enormes puertas blancas cerradas—. Siempre están abiertas. London es quien más usa este espacio, pero siéntete libre de hacerlo tuyo también a partir de ahora.

Le dio la espalda y empujó, abriéndolas por completo. Se hizo a un lado y la invitó a entrar.

—Bienvenida a la biblioteca.

El cambio en el ambiente se notó en el mismo instante en que las puertas se abrieron. Las cortinas estaban todas descorridas, cada una de las lámparas de la estancia permanecía encendida y la

habitación estaba agradablemente caldeada gracias al fuego que ardía en el hogar al final del enorme salón lleno de estanterías de suelo a techo.

—Oh. Dios. Mío.

Su rostro se iluminó. No podía interpretarlo de otra forma. Sus ojos se hicieron más grandes y la ilusión y el asombro los inundaron al momento. Abrió la boca y volvió a cerrarla varias veces mientras se adentraba en la habitación, dando pasos pequeños, moviendo la cabeza de un lado a otro como si no supiera dónde enfocar la vista.

—Esto es… —Se llevó ambas manos a la boca y juraría que ahogó una risita, algo que no había escuchado nunca antes—. Si esto es un sueño, por favor, que nadie me despierte.

Briar intentó ver lo que ella veía, sentir lo que ella estaba sintiendo, pero quizá estaba demasiado acostumbrado a este lugar o puede que hubiese olvidado ese tipo de emoción, de excitación. Con todo, sintió que podía revivirla a través de los ojos de Elvia Rose.

—¿Crees que habrá algún libro en mi idioma?

Miró a su alrededor, intentando recordar si Charles, quien había venido del mismo mundo que la chica, había encontrado alguno durante su estancia en el castillo. Él era otra de las pocas personas que solía entrar en este lugar. Pero por aquel entonces, la biblioteca seguía siendo un lugar frío, casi inhóspito, y solía llevarse el material que necesitaba a otra sala. Con todo, recordaba que también había tenido una reacción similar a la de la chica, aunque mucho más comedida.

—No estoy seguro, aunque podría ser —admitió mirando las altas estanterías que iban del suelo al techo—. Charles solía sacar libros de la biblioteca. Recuerdo que había cosas que no entendía, palabras, pero algunos de ellos podía leerlos. Él vino de tu mundo, hablaba nuestro idioma… O, al igual que tú, decía hablar el suyo, pero a la hora de entendernos, para nosotros era *winteriano*.

—Me habría gustado conocerle —mencionó ella volviéndose hacia él—. ¿Cuándo os visitó?

—Hace como unas… ¿Dos décadas? —Año arriba, año abajo.

—Y pasó aquí, ¿cuánto? ¿Tres años?

—Sí. Tres años.

—¿Por qué se marchó? Quiero decir, se fue o…

Negó con la cabeza.

El *Pozo* lo había reclamado. Recordaba el día en que se abrió, cómo Charles se había resistido todavía unos cuantos días en decidirse, pero al final lo había hecho. Al igual que Elvia, quería al menos volver a ver a su familia antes del final.

—Estaba enfermo… —mencionó recordando que el último año de su estancia en el castillo su salud había empezado a resentirse—. El *Pozo* se abrió en el tercer aniversario de su llegada, le estaba reclamando y regresó a casa.

—Veinte años… —murmuró para sí—. Es mucho tiempo. ¿No volvisteis a verle? ¿No supiste qué fue de él después de eso?

—Volvió a casa. Eso es todo lo que necesito saber —respondió, guardándose para sí que el hombre había regresado con los suyos y que se encontraba bien, o al menos lo había estado la única vez que le pidió al espejo que le mostrara al hombre que llegó a considerar un amigo—. Además, nos dejó algunas cosas para recordarle, entre ellas un retrato de lo que decía era su mundo. El tuyo.

—¿Un retrato de su mundo?

Le hizo un gesto con la mano, invitándola a seguir hacia delante y, un par de estanterías después, señaló la esfera que había montada sobre un soporte de madera.

—Aquí está —le indicó.

—Oh, Dios. —No había dejado de pronunciar esas dos palabras desde el momento en que traspasó las puertas. Elvia se acercó al objeto y lo movió con la pericia de alguien que lo conoce, que sabe dónde y qué buscar—. África… Europa… Asia… La India… ¡América! Es un globo terráqueo y está pintado a mano. Este es mi mundo, Briar —le informó emocionada—. Mira. Aquí. Este es el punto de *Estados Unidos* del que yo vengo. El estado de Idaho. Ahí está Apricow Green.

Señaló un lugar dentro de un enorme país.

—También es el mundo del que él venía —comentó, señalando otra zona en el mapa—. Charles decía venir de aquí. Un punto al otro lado del mar.

—Inglaterra —afirmó ella—. Eso es Birmingham. Jamás pensé que llegaría a ver un globo terráqueo de mi mundo en este lugar.

—También hizo uno del nuestro, basándose en los mapas que encontró y la información que le aportó London. —Señaló la estantería contraria y el globo que había en otro soporte gemelo a este—. Era un gran artista, entre otras cosas. —Movió el objeto con suavidad y señaló con una garra su territorio—. Este es el reino de Winteria. O lo era, antes de que esa perra lo hechizara.

—Winteria… —respondió ella mientras se inclinaba y rozaba el punto donde estaba su dedo, acariciándole en el proceso—. Es asombroso. —Dio un paso atrás y miró a su alrededor, visiblemente emocionada—. No hay palabras para describir esta maravilla. Es todo tan… —Se quedó sin voz, en silencio, mirando un punto en concreto de las estanterías. Se separó de él y se acercó a la línea de libros más cercana—. No puede ser… —Empezó a deslizar el dedo sobre los lomos de los libros, leyendo sus títulos—. *Romeo y Julieta, Sueño de una noche de Verano*… —jadeó emocionada—. ¡Puedo leer los títulos! —Extrajo de inmediato uno de los tomos, lo abrió y se quedó unos segundos mirando el texto, leyendo en realidad—. ¡Están en inglés! Briar, estos libros están en mi idioma —le dijo volviéndose hacia él visiblemente sorprendida y llena de emoción.

Y esta resultaba contagiosa. Se reunió con ella en el mismo instante en que devolvía el libro a su sitio y sacaba otro. Lo abrió, pasó las páginas con sumo cuidado y empezó a señalar a medida que leía en voz alta.

—Ahora, bella Hipólita, se nos acerca el día de la boda. Cuatro días felices traerá la luna nueva, pero ¡Ay que lento mengua la luna vieja! —leyó, entonando cada palabra como si estuviese hablándole a un amante—. Es *Sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare. No puedo creer que tengas aquí a *Shakespeare*.

Al igual que ella no entendía el winteriano escrito, él pudo comprobar que tampoco conocía el idioma que leía con tanta facilidad, aunque había palabras que sí reconocía, desconocía si tenían el mismo significado en ambos idiomas.

Dejando ese libro de nuevo en su lugar, siguió desplazándose por la misma línea y las siguientes, estantería tras estantería.

—Jane Eyre… —Sonrió y fue la primera sonrisa genuina que vio en su rostro—. Hay títulos que no conozco, pero los puedo leer. Están en inglés… Y creo que hay alguno también en francés e italiano… Es asombroso.

Abrió el libro que tenía en las manos. Este contenía algunas filigranas enmarcando el texto, pero a juzgar por su mirada, estaba claro que era un idioma que podía leer.

—Mira. —Lo llamó volviéndose hacia él, señalando un párrafo del texto—. No conozco el autor ni el título, pero creo que puede ser una historia de amor. Justo aquí dice: *Te esperé durante más de una vida, solo para vivir a tu lado unos minutos. Esperaría mil más para volver a hacerlo, aun si solo tengo un instante contigo.* Si esto no es una declaración de amor, no sé qué puede serlo.

Miró el libro y las líneas que ella había señalado y luego posó la mirada sobre ella.

—*La esperanza.* A veces es lo único que le queda al amor.

Elvia levantó la cabeza del libro. Lo cerró, aferrándolo contra su pecho y asintió.

—Sí. A veces la esperanza es lo único que evita que te rindas. Es todo lo que te queda cuando ya no te queda nada más —murmuró. Su semblante cambió al momento y pareció entristecerse —. Era algo que solía decir mi padre y ahora más que nunca creo que tenía razón.

—¿Tanto lo añoras? —preguntó, aun cuando la respuesta era obvia. Podía verla en sus ojos.

—¿No añoras tú a los tuyos?

¿Cómo responder a eso?

—No los recuerdo. —Era una verdad amarga, pero verdad a fin de cuentas—. No estuvieron mucho tiempo en mi vida, así que no siento su pérdida como quizá lo hagas tú.

—¿Siempre has estado solo, Briar? —Su pregunta fue apenas un susurro.

—Gran parte de mi vida lo he estado, sí —admitió. Entonces se volvió, recorrió el lugar con la mirada y le indicó—. Hay cuatro filas a cada lado. Al final de cada estantería encontrarás la escalera para subir a la segunda y tercera altura. La mayoría están ordenados por

temática, otros por colores… Encontrarás también alguna vitrina con joyas, mapas y artilugios extraños. Tienes libre acceso a toda la biblioteca. Puedes quedarte a leer aquí o llevarte los libros a tu habitación. Devuélvelos a su sitio cuando hayas terminado con ellos o la biblioteca los echará en falta.

—¿Qué la biblioteca los echará en falta?

—Los libros suelen volver a su lugar cuando pasan mucho tiempo fuera de su lugar o sufren… algún accidente.

—¿Qué tipo de accidente podría sufrir un libro?

—¿Acabar en la chimenea? —Se encogió de hombros.

—Dime que no lo has hecho. —Se llevó una mano al pecho, visiblemente afectada.

—Algunos merecían terminar en la hoguera, otros cayeron por accidente —respondió agradeciendo llevar la capucha y evitar que viese su propia vergüenza. No quería decirle que muchos de ellos acabaron en las llamas debido a su frustración, a lo mucho que le había costado coger un libro y volver a abrir sus páginas con esas manos inhumanas que tenía—. Los libros acaban apareciendo de nuevo aquí intactos, como si no hubiesen terminado calcinados.

—Bendita biblioteca —gimió Elvia y, girándose hacia la estantería, acarició el labrado de la madera con suma dulzura—. Tranquila, bonita. No dejaré que el bruto este se cargue ningún libro más.

Hubo un ligero zumbido y las puertas dobles se cerraron, lo cual para él resultó ser una clara respuesta por parte del encantado lugar.

—Diría que esa es su manera de decirte que eres bienvenida a quedarte el tiempo que desees entre sus paredes —le dijo, volviéndose para mirarla y añadir ahora con voz algo más seria—. La biblioteca es tuya, Elvia Rose. Lo único que te pido a cambio es que esta sea la única estancia del ala oeste que visites.

—Acabas de darme la habitación más impresionante y mágica de todo el castillo, Briar —le dijo y señaló la estancia con una mano, mientras apretaba el libro contra su pecho—. Podría quedarme aquí la vida entera, créeme.

Entonces la chica hizo lo más inesperado de todo. Acortó la distancia entre ambos, aferró el borde de su capucha y tiró de él hacia abajo, hasta que sus rostros estuvieron tan cerca que pudo oler las rosas de invierno en su piel.

—Gracias por enseñarme este pedacito de cielo, Briar de Winteria.

Esos suaves y cálidos labios encontraron los suyos en un ligero y breve beso que lo dejó tanto sin palabras como sin respiración. Durante un brevísimo instante vio sus ojos tan cerca que pudo apreciar esa tonalidad de azul, salpicada del color de las aguas marinas. Elvia retrocedió entonces, metiéndose un mechón de pelo detrás de la oreja. Tenía las mejillas visiblemente encendidas cuando volvió a mirar a su alrededor y señaló una de las vitrinas.

—¿Me explicas lo que es? Presumo que cualquier referencia estará en tu idioma.

—Ah… Sí.

La acompañó a través de la biblioteca, mostrándole las vitrinas, explicándole o leyendo los textos que hablaban de su contenido. Era un milagro que fuese capaz de concentrarse en algo, pues su beso todavía le hormigueaba en los labios.

—¿Has llegado a leer todo lo que hay aquí dentro? —Le preguntó ella cuando terminaron por fin delante del enorme hogar. Una alfombra cubría el suelo y había un par de butacas a cada lado, pensadas para disfrutar de la lectura al calor del fuego.

—Todas no —respondió mirando la habitación desde esa otra perspectiva—. Muchos de los tomos que hay aquí son obras de arte, otros están en idiomas que no conozco… Como el tuyo. Pero he leído suficiente como para hacerme una idea de lo que contiene la biblioteca. Política, historia de los reinos, fábulas y leyendas, filosofía, arte… Hubo un tiempo en el que quería tenerlo todo, fuese lo que fuese, sin importar el precio. Acaparar conocimiento y no compartirlo, ser el único en poseerlo para que nadie más lo tuviese. Si la biblioteca es así de completa, es solo porque me empeñé en coleccionar cosas, pero no supe disfrutarlas y tampoco permití que otros lo hicieran.

—Pero le has abierto las puertas a London, a Charles y ahora a mí —le dijo con esa convicción que solo podía nacer de una fe inquebrantable—. Estás corrigiendo tus errores, Briar, creo que eso debería contar.

—¿Eso crees?

Asintió y le lanzó una pregunta.

—Tu libro favorito. Venga. Dime cuál es.

—El que te regalé —admitió—. La señora Doubs me narraba historias de niño, pero al crecer empecé a olvidarlas… Otros me las han ido refrescando a lo largo de estos últimos cien años. Por eso las he escrito, para no cometer el mismo error. Ellos, la gente de Winteria, todavía tienen sueños y esperanza. Pensé que podría ser una buena forma de mantenerla a salvo.

—Dime algo —pidió e incluso antes de que la pregunta saliese de sus labios, supo lo que iba a preguntarle—. La gente del castillo, Tristan, London, la señora Doubs, Paisley e incluso tú conocéis cuál es la manera de romper la maldición, ¿verdad?

—Sí —confesó. Era todo lo que podía decir al respecto.

—Pero ninguno podéis hablar de ella, ¿me equivoco?

—No.

Nunca podría decirle que ella era su esperanza y no porque tuviese prohibido hacerlo. No lo haría porque no deseaba condenarla, no quería poner tal peso sobre sus hombros.

Él solo sería libre el día en que amara a una mujer y se ganase a cambio su amor.

El amor nunca había estado realmente en su vida. Sabía lo que era el deseo, la lujuria, pero no se había permitido sentir amor. No se había permitido mostrarse así de débil ante una mujer, que ella tuviese el poder de ponerle de rodillas con una sonrisa, de hacerle sentir esperanza con una sola mirada, de hacer que su corazón se derritiese bajo la caricia de un beso… No hasta ahora, hasta que ella había atravesado las zarzas, convirtiéndose en su esperanza.

Ni siquiera estaba seguro de que lo que estaba empezando a nacer dentro de él fuese un sentimiento así de puro, pero si había alguien por quien estaba dispuesto a descubrirlo, esa era ella.

Amarla podría ser la cosa más difícil que hiciese en toda su vida, porque sabía que una vez que su corazón le perteneciese a esa mujer, cuando se fuera, acabaría llevándoselo consigo.

Elvia Rose dejó escapar un suspiro y, sin mediar palabra, se sentó sobre la alfombra, la falda bajo ella, abriéndose a su alrededor, dejando a la vista las botas y las calzas que llevaba debajo. Se dejó caer tan de golpe que pensó que le había pasado algo.

—Elvia, ¿qué ocurre? ¿Te encuentras mal?

Ella ladeó la cabeza y la levantó para mirarle desde esa posición. No había rastro de dolor en sus ojos, ni siquiera una mueca en su cara. De hecho, la vio estirar los labios y sonreír con ligereza.

—¿Nunca te has sentado en una alfombra junto al fuego?

Frunció el ceño y miró ambas butacas.

—Hay sillones.

La chica dejó escapar un resoplido y dio unas palmaditas al suelo, justo a su lado.

—Baja a la tierra con el resto de los mortales, príncipe.

—¿Quieres que me siente en el suelo?

—*Ajá.*

—¿Contigo?

—¿Tú ves a alguien más alrededor? —gesticuló señalando lo obvio.

—¿Por qué? —No entendía por qué querría que permaneciese en su compañía después de lo que había dicho.

—Pues ahora mismo, porque me está doliendo el cuello de tener que mirar hacia arriba —resopló echándose hacia atrás para aliviar su posición—. Vamos, Briar. Te aseguro que te cuesta a ti mucho menos que a mí sentarte y levantarte del suelo. Y eso que eres más grande.

Miró el fuego de la chimenea, la alfombra que cubría el suelo y luego a ella. Entonces, claudicó. Ocupó un lugar a su lado, sintiéndose un poco torpe y demasiado grande. Elvia era tan menuda a su lado.

—Antaño jamás me habrían visto plegarme a semejante petición —confesó con un murmullo. No sabía muy bien si se lo estaba diciendo a sí mismo o quería compartirlo con ella.

—Bueno, ya no eres la persona que fuiste —declaró ella acercándose un poco más a él, hasta que sus brazos se rozaron—. Ahora eres alguien mucho mejor.

—¿Estás segura?

—Oye, lo dice alguien que llegó aquí y terminó en una mazmorra por la gracia del señor del castillo —le recordó, poniéndose ahora de rodillas y levantándose sobre él para retirarle la capucha de la cabeza sin que pudiese tener tiempo de evitarlo—. No empezaste con muy buen pie, todo hay que decirlo, pero te has ido redimiendo y ya no me pareces tan capullo.

Gruñó a modo de respuesta, pues no sabía qué más decir.

—Y, ¿Briar?

—¿Sí?

—No te tengo miedo —le dijo con voz seria, sus ojos clavados en los de él—. Hay veces que me sacas de quicio, que me encantaría poder estrangularte, pero no me das miedo, así que no hay necesidad de que te ocultes de mí.

Algunos mechones de esa melena cobriza cayeron hacia delante, cubriéndole parte del rostro, solo para ser asegurados después detrás de la oreja, remetidos allí por sus propios dedos. Ella no se movió, ni siquiera tembló. Si acaso, se sonrojó un poco más.

—¿Te gustaría ver a tu padre? —La pregunta abandonó su boca antes siquiera de que tuviese tiempo de pensar en lo que estaba haciendo, a lo que se estaba arriesgando con ella.

La tristeza volvió a asomar en sus ojos, pero se las ingenió para mantenerla a raya.

—Más que nada en el mundo, pero te hice una promesa…

Sacudió la cabeza.

—No puedo enviarte de vuelta, pero quizá haya una forma en la que puedas verlo, aunque solo sea por un momento —admitió en voz baja.

—¿Qué quieres decir?

—Mi espejo —confesó—. Un regalo envenenado de la hechicera.

—¿Un espejo? —repitió, confusa.

No había una forma sencilla de explicarlo, así que volvió a levantarse con la facilidad que ella había mencionado y le tendió la mano.

—Ven conmigo —pidió, esperando a que aceptase su invitación —. Te lo enseñaré.

Ella no dudó un segundo y posó la mano en la de él, aferrándose a ella con total confianza.

Ojalá se la mereciera.

CAPÍTULO 30

¿En qué momento se había vuelto su mundo del revés? Mientras acompañaba a Briar a través del castillo, no podía dejar de pensar en el beso que le había dado y en la inesperada invitación de él.

«¿Quieres ver a tu padre?».

Un espejo.

Un regalo envenenado de la hechicera.

Había escuchado el tono de su voz, una mezcla de dolor y rabia al responder aquello. No estaba contento con ello, fuese lo que fuese, pero aun así, se lo había ofrecido.

Pero ¿por qué ahora? ¿Siempre había existido esa posibilidad?

Iba a estallarle la cabeza.

La biblioteca. En la vida había visto un lugar semejante. Era el jodido paraíso para un lector… ¡Y había libros en inglés! ¡Al fin podía tener algo para leer! Estaba tan emocionada que no pensó en lo que hacía. Él estaba allí y lo besó. Y demonios, no podía decir que no lo hubiese disfrutado. Él olía demasiado bien, era cálido, sus labios blandos bajo los suyos… No dejaba de ser un hombre, por mucho que él dijese lo contrario.

Briar había sido más amable y atento con ella en un par de semanas de lo que algunos de los tíos con los que había salido lo habían sido en meses. Toda la gente de este lugar lo había sido, más atenta y amable que muchas de las personas que en su día dijeron ser sus amigos.

Dio un par de pasos rápidos y lo cogió del brazo, obligándole a detenerse.

—¿Por qué? —preguntó buscando su rostro cara. Al menos no había vuelto a ponerse la capucha—. ¿Por qué me dices esto ahora?

Sus ojos se clavaron en ella y, cuando pensó que no obtendría respuesta, él dijo:

—Porque siempre pareces estar triste, incluso cuando sonríes. —Su respuesta la impactó. ¿Se había dado cuenta?—. Y, tal y como te advertí, ni siquiera puedo asegurarte que funcione, pero si existe una sola posibilidad de que así sea, mereces tenerla a tu disposición.

—Y dices que ese espejo, ¿fue un regalo de ella?

—En realidad, el espejo fue un regalo de otro reino. Se encontraba en el salón de baile la noche en la que ella apareció y me maldijo. Su superficie fue el primer lugar en el que vi mi nueva faz.

—Joder…

—Lo destruí, pero el cristal se recobró. Desde entonces me muestra aquello que deseo ver, pero solo durante un instante —concretó—. Puedo ver lo que deseo, pero no escuchar. Tampoco pueden verme ni oírme desde el otro lado. Es como una ventana, una a la que no siempre deseas asomarte.

Si lo que decía era cierto, podría ver a su padre. Al menos podría confirmar por sí misma que se encontraba bien. Era lo que más deseaba, comprobar que su sacrificio le había dado una oportunidad al hombre.

Dejó caer la mano y asintió.

No sabía por qué no le había dicho antes que existía esa posibilidad, funcionase o no, pero no iba a pensar en ello, no cuando ahora se la estaba ofreciendo.

—Enséñamelo, por favor —pidió aferrándose a la esperanza de que funcionase para ella—. Solo una vez.

Asintió y señaló el corredor que tenía por delante.

—Sube.

Elvia miró la escalinata que tenía ante ella y frenó en seco.

—Espera, ¿está en…?

—Está en mis viejos aposentos —confirmó él, consciente de que se estaban dirigiendo al ala oeste.

—¿Te das cuenta de que no haces más que decirme que no ponga un pie en este ala, solo para que tú acabes trayéndome a ella una y otra vez?

—Soy consciente de ello, Elvia Rose —afirmó posando la mirada sobre ella y no dudó en añadir, dejando claro que solo era un pase especial—. Pero estoy a tu lado. Eso me da la tranquilidad de saber que no irás dónde no quiero que vayas.

No sabía por qué esas palabras no le sonaron tan mal como deberían.

—Te sigo —le dijo y lo hizo, lo más cerca que pudo sin acabar sobre él.

Este lugar estaba destrozado, tan abandonado como lo recordaba. No dijo una sola palabra mientras entraban en una habitación. Briar la miró, como si quisiera asegurarse de que le seguía.

—Aquí me tienes.

—Lo sé. —Fue un hilo de voz, pero sonó alto en ese lugar.

Las habitaciones a las que accedieron no estaban en mejores condiciones que las que habían dejado atrás. La única diferencia estaba en el tenue fuego que ardía en la chimenea. Era casi agónico, como si hiciese demasiado frío para arder. Briar pasó junto a él y se detuvo delante de unas cortinas. Suponía que iba a abrirlas para dejar entrar algo más de luz, pero lo que apareció en cambio fue un espejo dorado, de forma ovalada con el cristal totalmente hecho añicos. Ni siquiera sabía cómo se mantenía unido.

—Pon la mano sobre el cristal y pídele que te muestre a la persona que quieres ver —instruyó y acto seguido le hizo una demostración—. *Muéstrame a Paisley.*

El cristal crujió y, mientras Briar retiraba la mano y daba un paso atrás, la superficie se fue reparando hasta alisarse por completo. Apareció un remolino de niebla y acto seguido apareció la fantasmagórica figura del mayordomo. El mayordomo parecía concentrado en sacar brillo a una copa. Era como si estuviese justo allí, al otro lado del espejo, pero no se escuchaba nada.

—Está en la antesala de la cocina —reconoció el lugar, pues había empezado a hacer incursiones por esa área del castillo.

—Sí.

El hombre parecía especialmente concentrado en limpiar una mancha que solo él debía ver. Lo vio ladear la cabeza y mover los

labios, respondiendo a alguien. Una muchacha del servicio pasó por delante. Tenía que ser ella a la que se estaba dirigiendo. Y entonces, la imagen empezó a perder nitidez, desdibujándose como si estuviese hecha de niebla, y el cristal volvió a resquebrajarse completamente.

Solo habían sido unos cuantos segundos, pero había sido suficiente para ver al hombre, su entorno, incluso observarlo interactuar con alguien del servicio.

Sintió que se le aceleraba el corazón. Podría ver a su padre. Aun si era solo durante unos pocos segundos, podría ver si estaba bien.

Por favor, Dios. Que esté bien. Que haya llegado a casa y se encuentre bien.

Era lo único que necesitaba saber, lo que podía ahogar de una vez por todas la angustia de la incertidumbre que habitaba en su interior. No es que no creyese en la palabra de Briar, en lo que Tristan le había asegurado en más de una ocasión, pero siempre le quedaría ese *«y si»* que rodeaba la incertidumbre.

—Ya has visto que es tan solo un momento fugaz… —señaló el señor del castillo, indicando el espejo—. Es todo el tiempo que puede ofrecerte.

—Será suficiente —respondió más para sí misma que para él, intentando convencerse de ello.

Él asintió, tomó su mano y la presionó contra la superficie del espejo. Estaba fría, helada en realidad.

—*Muéstrale lo que desea ver* —murmuró él y la invitó a hacer su petición con un gesto.

—*Muéstrame a mi padre* —pidió con el corazón encogido—, *por favor.*

Al principio no pasó nada, pero entonces la superficie empezó a cambiar y, al igual que antes, se restauró para finalmente llenarse con una neblina que dio paso a una imagen.

—Oh, Dios… —jadeó dejando caer la mano para llevársela al pecho con visible emoción—. *Papá*.

Arthur Cobe estaba sentado en la mesa de la cocina de casa, con una copa de vino entre las manos y la mirada fija en esta. Una

mano apareció posándose sobre la de él, ciñéndole los dedos, entonces vio también a la persona a la que pertenecía.

—*Emma…* —Los ojos empezaron a llenársele de lágrimas y tuvo que parpadear para alejarlas y no perder un solo detalle de la escena.

Emma estaba acompañándole y él estaba en casa. No estaba solo. Sabía que ella lo acompañaría en su ausencia y eso la tranquilizó. Se concentró en él, bebiéndose su imagen, tenía bastante buen aspecto a pesar del obvio cansancio en su rostro, pero sobre todo la tranquilizó el hecho de que parecía fuerte, decidido y no hundido en sí mismo. Esta era una cara de su padre que no había visto en mucho tiempo, una que había deseado volver a ver.

Entonces, la imagen empezó a empañarse y supo que no era por sus lágrimas. El tiempo había llegado a su fin.

—*¡Papá!* —No pudo evitar gritar al ver que desaparecía. El grito de una hija que sabe que es la última vez que lo vería—. *¡Estoy bien, papá! ¡Te prometo que estoy bien!*

Deseó con todas sus fuerzas que él pudiese escucharle, que supiese de algún modo que ella seguía viva y bien. Que no le había fallado, que había sido su decisión y que, a pesar de todo, ella estaba bien.

—Elvia…

El peso de esa garra sobre su hombro la llevó a posar su propia mano encima.

—Está bien. Está en casa y Emma está cuidando de él —respondió y con cada palabra sentía que se estaba quitando un poco de peso de encima—. Saldrá adelante. Lo sé. Lo he visto en su rostro. No se rendirá.

Ladeó la cabeza hacia él y le dedicó una pequeña sonrisa, quizá una de las más sinceras hasta ahora.

—Gracias, Briar. Gracias por dejarme ver a mi padre —le dijo con voz rota—. Lo… necesitaba. Era lo que necesitaba para cerrar el círculo.

Acercó un dedo a su rostro y lo arrastró sobre la mejilla, limpiando sus lágrimas.

—Estás llorando.

—Sí. Parece que hago mucho eso últimamente —admitió con una mueca, pero eso no borró su sonrisa—. Pero está bien. Estas son lágrimas buenas.

—¿Existe algo como las lágrimas buenas? —preguntó genuinamente confundido.

—Claro que sí. Son las que hacen que deje de dolerte el pecho, las que alivian una parte del peso que traen consigo las preocupaciones, las que surgen porque eres feliz. —Enumeró una tras otra—. Mi madre decía que las lágrimas buenas vienen del alma cuando esta se libera de un peso o el corazón se llena de gozo.

—Era una mujer sabia, tu madre.

—Lo era —afirmó convencida de ello—. A ella le habría gustado esto. Tu mundo. Le encantaban los cuentos de hadas, las leyendas de todo tipo. Creía que en el nuestro todavía existía la magia, solo que de una manera muy distinta a como la concebís aquí. Ella era de las que creían que cada buena obra tenía una recompensa, incluso si no la veías… Y le encantaban las rosas. Era su flor favorita. Sé que se habría enamorado perdidamente de tus rosas de invierno. Yo lo he hecho.

—Es la flor de Winteria, está en su escudo de armas —mencionó dejando caer la mano—. Florece en invierno, soporta la nieve y su fragancia llena el aire frío como un anuncio de que, incluso en la estación más fría, puedes encontrar algo hermoso.

—Y lo son. Hermosas.

—Te pareces a ellas. —El comentario la cogió por sorpresa—. Tú también floreces en el invierno, sobrevives a la nieve y tu aroma me acompaña en cada momento…

Se quedó sin palabras. Nadie la había comparado jamás con una rosa, ni tampoco le habían dedicado palabras semejantes. Sintió que se le encendía la cara y un inesperado calor se hundía en su vientre.

—Siento que no hayas podido verle durante más tiempo… —añadió dando un paso atrás y cubriendo de nuevo el espejo con las cortinas.

—Fue suficiente.

Él se volvió entonces hacia ella y asintió brevemente.

—Si alguna vez necesitas…

Negó con la cabeza y acortó la distancia entre ambos.

—No me tientes —pidió y lo decía en serio—. Ahora sé que está bien. Era lo que necesitaba saber. Si cedo al deseo de verle de nuevo, sé que no sería solo una vez y no quiero caer en esa tentación. —Había visto como su padre se aferraba a su madre a pesar de que ya no estaba, como seguía hablándole a sus fotos, a su recuerdo, impidiéndose seguir adelante—. No es como si tuviese un teléfono a mano y pudiese hacerle una videollamada, hablar con él y preguntarle como está cada día. No. Esto tiene que ser suficiente, Briar. Te lo agradezco. De corazón.

Se la quedó mirando como si de un momento a otro se hubiese vuelto todo un enigma para él, como si esperase encontrar en su rostro la respuesta que buscaba. Notó como bajaba la mirada y se imaginó que la posaba sobre sus labios, deseó que lo hiciera porque ella no podía dejar de mirar los suyos y recordar el beso que le había dado.

—Ojalá pudiese hacer algo más por ti… —murmuró, su voz profunda, algo ronca, provocándole un inesperado escalofrío.

—Puedes hacerlo… —Se encontró respondiéndole también en voz baja, las palabras naciendo de esa parte de sí misma que había empezado a despertar en su presencia—. Podrías… besarme.

La sorpresa bailó en esos ojos verdes, sus pupilas parecieron hacerse un poco más grandes y empezó a negar con la cabeza solo para detenerse. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Parecía estar a punto de dar un paso atrás y no le sorprendería si incluso salía por la puerta y la dejaba allí, pero al final no hizo nada de eso.

—¿Estás… segura? —Acabó preguntándole con voz estrangulada.

Elvia sonrió. Había algo tierno, casi inocente, en la manera en que había pronunciado esas palabras. Ella misma parecía tener problemas para formular una respuesta en voz alta, porque acabó asintiendo con la cabeza.

Briar no pareció necesitar más. Un momento después, esos dedos oscuros de uñas largas se hundían en su pelo y su aliento

fresco le acariciaba los labios antes de unirlos con los suyos. Fue una caricia suave, tentativa, un roce que prometía más y, cuando ella separó los suyos, rozándole la boca con la punta de la lengua, la bestia que habitaba bajo la piel de su anfitrión dio un paso adelante, apropiándose de ella.

El beso se hizo más profundo, sus lenguas se encontraron en una dulce caricia, un primer contacto que la llevó a suspirar. Probó su sabor, a hombre, a tierra, a nieve, todo lo que evocaba en ella ese paraíso nevado, notó sus desarrollados caninos, así como la delicadeza que ponía en cada caricia, conteniendo esa parte primitiva de sí mismo, disfrutó de todo ello como no lo había hecho en toda una vida.

Cuando sus labios se separaron y pudo volver a respirar, supo, sin ninguna duda, que este era el mejor beso que había recibido en su vida.

—Elvia Rose… —Su nombre fue el sonido más erótico de todos —. Perdóname. No debí…

No terminó la frase. Dio un paso atrás, desenredando los dedos de su pelo, privándola de ese primitivo calor y dejándola tan confundida como parecía estarlo él.

—No. Está bien. Yo lo pedí… —admitió sintiéndose ahora cohibida e incómoda. Joder. No se había sentido de esa manera desde que era una quinceañera—. Y te he puesto en un compromiso. Perdón. Yo…

—No. Es culpa mía. No debí tomarme semejante libertad… — añadió él.

Ambos se miraron, dándose cuenta de que se estaban disculpando al mismo tiempo y, por primera vez, lo vio sonreír. Una sonrisa inesperada, sincera y quizá algo desacostumbrada, pero una sonrisa a fin de cuentas.

Y Dios, cómo le cambiaban las facciones al hacerlo.

Era completamente arrebatador, de una manera extraña, pero hermosa, en cierto modo.

Sonrió en respuesta, contagiada por él, y sacudió la cabeza.

—Mira, ha sido un beso estupendo, así que olvidémonos de las disculpas, ¿vale? —pidió y mirándole todavía algo avergonzada, le

tendió la mano—. ¿Amigos?

Briar miró su mano y resbaló la suya sobre la ropa, como si quisiera limpiársela antes de tomar la suya, engulléndola por completo.

—Será un honor —respondió ciñéndola con su habitual delicadeza.

—Vale… —Retiró la mano de la suya con cierta renuencia—. ¿Podrías… *um*… acompañarme de vuelta a la biblioteca? Prometo no obligarte a sentarte conmigo en el suelo. Me gustaría coger el libro que dejé allí.

Dio un paso a un lado y la invitó a acompañarle de nuevo.

—Por supuesto. Es por aquí.

CAPÍTULO 31

Apricow Green
Idaho
Estados Unidos

Momentos antes…

—¿Y bien?

Arthur se encontró con la mirada impaciente de Emma. A pesar de que intentaba disimularlo, era obvio el nerviosismo que la recorría, después de todo, había sido ella la que lo convenció de reunirse con Eliot Cooper, el propietario de la marca interesada en su trabajo como perfumista.

Las condiciones que le había puesto sobre la mesa no habían variado de la oferta que le había presentado la primera vez que se encontraron en el mercado de Gilligan. En esta ocasión, además, había tenido la oportunidad de ver las instalaciones, el laboratorio y conocer a la gente que trabajaba para el joven empresario. Se trataba de una empresa modesta, pero con un buen ambiente de trabajo. Había podido hablar con los empleados y le sorprendió que incluso alguno de ellos le conociese. Al parecer, todavía tenía un nombre que era respetado entre el gremio.

Eliot, como le había pedido que le llamase, pues era más joven que él, había empatizado además con su reciente situación y se había mostrado comprensivo. De hecho, estaba dispuesto a que trabajase media jornada al principio, mientras veían como les iba

trabajando juntos y así tener tiempo también para ocuparse de sus asuntos personales.

A todas luces era una oferta ventajosa. Le ofrecían control absoluto sobre sus creaciones y fórmulas, estaría al frente del equipo del laboratorio como perfumista jefe y las esencias que crease serían exclusivamente para la marca. No era una mala forma de volver a hacer lo que más le gustaba, sobre todo porque ya no tendría que preocuparse de llevar una empresa. Esta vez solo quería disfrutar de su pasión y disponer también de tiempo para dedicarle a su familia.

Se lo debía a Elvia, le debía estar ahí como no había estado en el pasado. Su hija merecía poder hacer realidad sus propios sueños, elegir su camino en la vida y no dejar esta en pausa como lo había estado haciendo todos estos años.

—He aceptado el trabajo —confirmó finalmente en voz alta—. He visto las instalaciones. La empresa es pequeña, está en Idaho, a las afueras en realidad. Hora y media en coche, no está mal. Empezaré con media jornada, para ver cómo me va. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Me prometí a mí mismo que esta vez iba a hacer las cosas bien por ella. He estado ciego durante mucho tiempo, insensible, pero eso se acabó. Elvia merece poder seguir adelante con su vida, completar sus estudios, si es lo que desea. Vivir, a fin de cuentas, algo que no se ha permitido hacer, no de verdad por mi causa.

—Va a sentirse muy orgullosa de ti. Lo sé —aseguró Emma cogiéndole de la mano—. Enhorabuena por tu nuevo trabajo, Arthur. Estoy convencida de que esto también será bueno para ti.

Miró las manos femeninas envolviendo las suyas y agradeció para sus adentros una vez más tener a esa mujer a su lado. Era extraño como en todo el tiempo que llevaba en Apricow Green no hubiese visto a Emma Petersen como otra cosa que su vecina, la mujer que de vez en cuando les traía comida a su hija y a él. La profesora del pueblo, una persona entrañable y algo excéntrica, esa era la manera en la que había escuchado que se referían alguna vez a ella. La persona que había estado junto a su hija desde el minuto uno, probablemente su única amiga.

Elvia también lo había perdido todo cuando dejaron atrás Chicago y se mudaron a este pueblecito de Idaho. Pero al contrario que él, ella se había remangado y tirado hacia delante, dispuesta a seguir enfrentándose a la vida. Y Emma había estado allí para apoyarla, para escucharla y ayudarla si era necesario.

Era tan solo unos pocos años menor que él y, siendo honesto consigo mismo, también poseía unos rasgos bonitos. Pero más allá de su físico, era su forma de ser lo que empezaba a encontrar muy agradable, su compañía la que lo hacía sentirse menos extraño y también menos solo. Quizá fuese el secreto que compartían el que los hubiese acercado, el estar día sí y día también hablando de su hija, del abuelo de ella y de un mundo que solo ellos conocían. Pero no era lo único de lo que hablaban. En esas últimas cuatro semanas también había conocido a la Emma profesora, la que disfrutaba de su casa, de sus plantas y de la cocina. La que se sonrojaba como una adolescente cuando él le hacía alguna broma o la que no dudaba, como ahora, en cogerle la mano para felicitarle por algo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

Desde la muerte de Maggie no había vuelto a fijarse en ninguna mujer, no había permitido que ningún ser humano se le acercase realmente. Se había aislado en sí mismo, abrazado a un duelo que no se permitió dejar atrás. Pero ya era hora de que lo hiciese, de que corrigiese el rumbo de su vida y volviese al mundo de los vivos.

—Supongo que esto se merece al menos un brindis, ¿no? —mencionó y señaló la habitación que se había convertido en su centro de operaciones, su sala de largas charlas y, en definitiva, el lugar en el que pasaban más tiempo juntos—. Creo que todavía tengo una botella de vino guardada en la parte de atrás de una de las alacenas. Fue la única manera de que mi hija no la usase en uno de sus experimentos culinarios.

La mujer se rio.

—Es un buen recurso —le dijo ella, siguiéndole a la cocina.

—¿Tú crees? —le devolvió la sonrisa.

Tras unos minutos de búsqueda abriendo y cerrando alacenas, la botella en cuestión apareció.

—Sé que es un poco temprano para beber, pero…

—La ocasión lo merece —declaró ella moviéndose por la cocina para sacar un par de copas y acompañar la bebida de un pequeño tentempié de media mañana—. Y así no se nos subirá a la cabeza.

—Piensas en todo —asintió. Descorchó la botella y vertió el líquido rojo en ambas copas—. Por los nuevos trabajos y por amigos con quienes compartir las buenas noticias.

—Por los nuevos trabajos —confirmó ella levantando su copa para chocarla con la suya—, y porque todas las noticias que vengan a partir de ahora sean igual de buenas.

Asintió a sus buenos deseos, entrechocó su copa con la de ella y le dio un sorbo al vino.

—Entonces, ¿cuándo empiezas? —le preguntó, sentándose ambos a la mesa.

—El próximo lunes —confirmó—. Quiero poder empezar con la cabeza despejada, si es que eso es posible en esta situación. Necesito volver al zarzal. Quiero comprobar lo que encontramos otra vez.

No hubo ni una sola pega por su parte.

—Hoy tengo la tarde libre. Ayer terminé de corregir los exámenes, así que podré comprobar eso que hemos estado hablando —mencionó ella—. Quizá solo haya sido una casualidad entre un millón, pero también podría ser una condición necesaria para que se abra el… camino.

—Una noche de luna llena —confirmó. En los cuadernos de Charles Gibons hacía mención de la luna llena y a su posible efecto sobre todo el reino. El hombre se había pasado tres años en ese lugar. ¡Tres años! Emma no había mentido al decir que el tipo había sentido realmente aprecio por aquel lugar y sus habitantes. Había una cantidad considerable de nombres, pero solía hacer hincapié en un puñado de ellos, mencionando algún episodio en concreto, haciendo sus propias valoraciones… A veces el relato se volvía confuso, como si no acabase de recordar con exactitud lo que quería decir. Con todo, les había brindado información más que suficiente para apaciguar en cierto modo sus temores y hacerles pensar que su hija podía encontrarse bien y a salvo dentro de aquellas paredes—.

Creía que había cruzado en luna llena. Y, por lo que comprobamos en el calendario, la noche en que primero yo y después Elvia atravesamos las zarzas, esa noche también la había. —Aun cuando no pudiesen verla, ya que el cielo estaba cubierto y, según supo por Emma, había terminado cerrándose de lluvia, lo que había dificultado su búsqueda—. A estas alturas estoy dispuesto a aferrarme a cualquier posibilidad.

Ella extendió la mano sobre la mesa y cogió la suya en un gesto ya muy usual entre ellos.

—Encontraremos la manera de llegar a ella —le aseguró con esa fe inquebrantable—. Si la luna tiene algo que ver, lo descubriremos. Y si no, seguiremos indagando. Ese bosque ha sido el hogar ancestral de muchísimas tribus de nativos americanos. Si alguien sabía sobre magia, sobre espíritus y portales a otros reinos, eran ellos. Quizá podamos tirar también de ahí.

—No sé cómo lo haces.

—¿El qué?

—Mantener la fe de esa manera, creer que…

«¡Papá!».

Arthur se quedó inmóvil durante un segundo, entonces se levantó con tanta rapidez que la silla cayó al suelo.

—¿Elvia? —Se volvió como un resorte, mirando hacia la puerta casi como si pudiese verla allí.

Emma se levantó también, sus ojos abiertos como platos mirando a su alrededor.

«¡Estoy bien, papá!».

De nuevo. Era su voz. Esa era su hija, ¿pero dónde…?

—¡Elvia Rose!

—¿Elvia?

«Te prometo que estoy bien».

Un susurro, su voz alejándose como si estuviese demasiado lejos y entonces solo quedó el silencio. Arthur miró a la mujer próxima a él y vio en sus ojos el mismo asombro que seguramente habría en los suyos, pero también vio alivio, uno que él mismo empezaba a sentir ante aquellas inesperadas palabras llegadas de… ¿Otro mundo?

—No han sido imaginaciones mías, ¿verdad? —preguntó con voz suplicante, rogándole en silencio a Emma que no le dijese que lo había imaginado.

Ella sacudió la cabeza, las lágrimas brillando en sus ojos.

—La escuché —afirmó con la voz rota por la emoción—. Era ella. Está… está bien. Te lo dije. Sabía que estaba bien.

Dejó escapar una pequeña risa entre lágrimas y, un segundo después, él mismo estaba riendo mientras abrazaba a la mujer, compartiendo aquel momento de inmenso alivio, aun si no era capaz de entender cómo se había producido.

Solo sabía una cosa.

Su hija estaba bien y eso era lo único que realmente le importaba en esos momentos.

CAPÍTULO 32

Winteria Castle
Reino de Winteria

Dos semanas después...

La rosa se estaba quedando sin pétalos. Briar había sentido la caída del último como si le arrancasen un pedazo del corazón. No quedaba demasiado tiempo, y, por primera vez en todos estos años, quiso suplicar por más.

Elvia Rose hacía que quisiera más tiempo con ella, que su esperanza hubiese renacido y lo que una vez creyó imposible, ahora fuese una realidad.

Nunca se había visto unido a una mujer tanto como lo hacía con ella. Estaba cómodo en su presencia, había aprendido a no ocultarse, a volver a vivir y eso se lo debía a su pequeña rosa de invierno.

Todo parecía haber cambiado en el momento en que le permitió ver a su padre a través del espejo. Era como si hubiese alcanzado algún tipo de paz consigo misma. Ya no veía esa tristeza continua en sus ojos. Sí, sabía que todavía lo añoraba y lo añoraría, pero se había conformado con confirmar su bienestar.

También había tomado en sus manos la tarea de romper su maldición. Cuando no se encerraba en la biblioteca, la encontraba en la sala azul, buscando, investigando, elucubrando e incluso ayudando a London con sus propias pesquisas.

Ella se había convertido ya en un miembro más del castillo. Los sirvientes la adoraban, la ama de llaves la trataba como a una hija y

sus amigos, a ellos se los había metido en el bolsillo.

Y no eran los únicos a los que había conquistado. Él había sido incapaz de sacarse de la cabeza el beso que compartieron. Si el que ella le había dado a modo de agradecimiento en la biblioteca lo había dejado pasmado, el que compartieron entre las ruinas de sus antiguos aposentos lo había vuelto del revés. El corazón jamás le había latido tan rápido, sentir su calor, el delicioso aroma a rosas que ahora parecía envolverla continuamente, conocer su sabor y la suavidad de esa dulce boca… No podía sacárselo de la cabeza. Tan solo pensaba en lo mucho que deseaba volver a besarla otra vez.

Ella se había convertido en su hogar en estos invernales días, a su lado volvía a sentir calor. Y, por fortuna, no eran pocos los momentos que podía compartir con esa mujer, pues Elvia Rose no se había alejado de él después de aquello, por el contrario. A menudo la encontraba sentada a su lado, compartiendo las vivencias del día, frustrada por no dar con la respuesta que buscaba. Le gustaba escucharla hablar, pero también buscaba que él le hablase. Quería saber sobre su infancia, sobre cómo había sido su vida, sus mejores recuerdos, y se preocupaba porque no tuviese que recordar cosas que le hiciesen daño.

Se había convertido en su amiga, en alguien dispuesta a cogerle de la mano sin temblar, a mirar más allá de la bestia en la que se había convertido. Su sonrisa, ahora más frecuente, iluminaba sus días de una manera en que nunca pensó que podía haberlo hecho alguien.

Si tan solo encontrase el valor para decirle lo preciosa que se había vuelto para él, lo mucho que su presencia había ayudado también a su gente… El castillo estaba reviviendo gracias a ella y él estaba emergiendo de esa cárcel de hielo en la que se había hundido por sí mismo.

—Necesito hacer algo por ella —murmuró mirando la rosa—. Dame tiempo. Solo un poco más. Permíteme amarla. Sé que nunca seré digno de un amor semejante, pero déjame al menos intentarlo. Yo… *La quiero*.

Ella se había metido bajo su piel, en su corazón y, aun si nunca llegase a corresponderle, se conformaría con amarla en silencio.

La rosa pareció temblar dentro de su invernadero, un rumor que se replicó en su interior. Sintió que era correcto, que la flor comprendía sus palabras, más no hubo cambio alguno en ella.

—*Cuando ames a una mujer y te ganes a cambio su amor*… —Su vía de escape, la única manera en que podría romperse dicha maldición—. ¿Crees que ella lo haría? ¿Qué podría llegar a amarme a mí? ¿A una bestia?

Un nuevo temblor. La flor se veía tan frágil que temía que una simple corriente de aire se llevase los tres pétalos que le quedaban. Uno de ellos estaba haciendo equilibrismos y sabía que no tardaría en caer y marchitarse también.

El tiempo se agotaba.

—Si no logro que ella me ame, no la castigues y deja que vuelva a casa —pidió a la rosa—. Deja que todos ellos vuelvan a su hogar. Condéname solo a mí. Aceptaré el castigo en nombre de todos ellos. Fui yo quien cometió el pecado, yo fui el egoísta, el que despreció tu regalo. Así que, te lo ruego, cuando caiga el último pétalo, si no se ha roto la maldición, perdónales a todos y deja que sea yo quien cargue con sus pecados como debí hacerlo entonces.

Ese silencioso murmullo pareció recorrer la habitación. El aire fresco se coló por las ventanas abiertas y barrió la estancia antes de volver a desaparecer. Solo esperaba que eso pudiese ser considerado como un *«sí».*

Briar suspiró, le dio la espalda a la rosa y abandonó la torre. Era casi la hora de la cena y, por primera vez en mucho tiempo, iba a compartir mesa con ellos.

Se había acostumbrado a hacer sus comidas en soledad. Sus manos eran demasiado grandes y toscas, por lo que utilizar los cubiertos se había convertido en un desafío. Era una de las cosas que había tenido que volver a aprender a hacer y solo porque Tristan y London se habían empeñado en ello; en mantenerle todavía humano.

Les debía más a esos hombres de lo que ellos jamás sabrían. Podrían haberle abandonado, haberle dado la espalda después de cómo los había tratado, pero siguieron leales a él, a su amistad a través de los años. El capitán de su guardia se había encargado de

que volviese a coger una espada, que volviese a aprender a tensar un arco y London, él se ocupó de que volviese a aprender a escribir, a utilizar los cubiertos, aun si eso lo frustraba sobremanera. Ellos no habían dejado que la bestia los mantuviese alejados, la habían combatido a cada paso del camino a fin de que conservase la poca humanidad que le quedaba.

Así que tendría que poner en práctica sus viejos modales e intentar no avergonzarse a sí mismo comiendo como un animal o usando los dedos, como solía hacer últimamente.

Había cosas que había tenido que eliminar de su dieta o variarlo para poder comérselo. Por fortuna, su cocinera era muy ocurrente y había hecho maravillas con lo poco que conseguían cazar o cosechar últimamente.

Y es que eso también había cambiado, se dio cuenta. El huerto estaba empezando de nuevo a dar frutos, la nieve de algunas zonas había empezado a derretirse, la esperanza se estaba abriendo paso en Winteria. Solo esperaba que no fuese demasiado tarde.

Y, una vez más, ella había sido la responsable de convocarlo en el comedor. Esa audaz muchacha le había dicho que no cenaría a menos que él los acompañase en el comedor. Había dado por hecho que el hambre la disuadiría, pero London le había confirmado que no probaba bocado. Tres noches ya. No podía permitirle una cuarta.

Descendió el último tramo de escaleras y se encontró con London, quien abandonaba la biblioteca con gesto pensativo.

—¿Va todo bien?

El hombre se sobresaltó. Parecía que no se había dado cuenta de su presencia. Ondeó una mano, quitándole importancia a lo que quiera que le preocupase.

—Buenas noches, Briar. —Lo saludó—. Sí, todo bien. Es solo… Acabo de ver… *Ah*. No importa. El fuego de la chimenea ha tenido que jugarme una mala pasada.

Miró la biblioteca y luego a él.

—¿Qué viste?

—Mariposas —bufó contrariado—. Pero han tenido que ser las ascuas del hogar. Llevan toda la tarde chisporroteando.

Entrecerró los ojos sobre la puerta y gruñó.

—Olvídalo. He pasado demasiado tiempo leyendo. Ya no sé ni lo que veo. —Le dio una palmada y señaló las escaleras—. ¿Has decidido por fin unirte a los comensales? Estás más elegante que de costumbre.

Hizo una mueca.

—Elvia sigue sin cenar… —resopló.

—Y volverá a negarse a probar bocado si no te unes a ella en el comedor —confirmó su amigo con una pícara sonrisa—. Esa mujer es tan terca como tú.

Se limitó a gruñir.

—Ya es hora de que te unas al mundo de los vivos, amigo mío —le aseguró—. Hazlo al menos por ella…

—Me gustaría poder hacer algo más, pero… No sé qué podría hacerla feliz.

London sonrió y esta vez dicha sonrisa le iluminó el rostro.

—Ah, mi príncipe al fin está de vuelta. —Casi parecía aliviado —. ¿Has probado a preguntárselo?

—No.

—Pues hazlo. Pregúntale qué le gustaría hacer, qué la haría sonreír, si hay algo que puedes hacer por ella… —le sugirió—. Elvia no es una mujer complicada, así que no te pedirá la luna…

—Se la daría si eso la hiciese feliz…

Su compañero se lo quedó mirando.

—Ella te ha hecho bien. Nos lo ha hecho a todos, en realidad. Haz lo que tengas que hacer para conservarla, amigo mío. Winteria ya no será lo mismo sin ella.

—¿Y si lo que me pide es que la deje ir? —Ese siempre había sido su mayor miedo.

—Entonces tendrás que averiguar si eres capaz de renunciar a ella o quieres conservarla a pesar de todo.

Bufó.

—¿Qué clase de respuesta es esa?

—La única que tengo, *hermanito.* La única que tengo.

Hermanito. London solía llamarle hermano antes de que la bestia apareciese. Cuando todavía era humano. No se había dado

cuenta de que, a pesar de permanecer junto a él, ninguno había vuelto a ser el mismo.

—Lo siento. Si esa noche te hubiese enviado a casa, no habrías sufrido mi maldición, *hermano*.

London lo miró.

—Todos fuimos culpables esa noche, Briar. Tú obraste… Como siempre. Y nosotros no hicimos nada para evitarlo. Todos somos culpables.

Asintió y confesó.

—Me he enamorado de ella. La quiero —declaró en un susurro, con miedo todavía a pronunciar aquellas palabras ante alguien más —. Pero no sé si ella llegará a amarme de vuelta. Y no voy a exigírselo. Ni siquiera a pedírselo.

—Lo sé. Tristan y yo nos hemos dado cuenta de cómo la miras y lo haces como un hombre, Bri, no como una bestia.

—Solo quedan tres pétalos…

El silencio cayó entre ambos.

—Pase lo que pase, *Briar de Winteria* —le dijo London con una seriedad y entereza absolutas—. Pase lo que pase, tú siempre serás mi hermano. Y sé que Tristan siente lo mismo.

Ambos se tomaron del antebrazo, un gesto fraternal, de hermandad y lealtad.

—Y ahora, ¿qué te parece si me acompañas y evitas que nuestra chica ayune una noche más? —Señaló el pasillo que llevaba al ala norte—. Me pone nervioso oír el crujido de sus tripas.

—Supongo que no me queda otro remedio.

—Ánimo, *alteza* —le guiñó el ojo—. ¿Qué es un pequeño paso hacia el camino de la felicidad?

Sacudió la cabeza, pero acabó acompañándolo al comedor.

CAPÍTULO 33

Elvia cruzó el umbral del comedor principal y frunció el ceño. La cabecera de la mesa seguía vacía. La señora Doubs y el señor Paisley se afanaban en poner la mesa como cada noche. Era el único momento del día en que se reunía para comer con London y Tristan. Cada noche esperaba ver a Briar ocupando la cabecera, pero acababa decepcionándose al ver que él no aparecía.

Desde que estaba en el castillo no había cenado con ella ni una sola vez. Solía recluirse en sus habitaciones o en el salón azul, manteniendo esa necesidad de guardarse para sí mismo ciertos momentos.

Con todo, no tenía derecho a quejarse. Él le había permitido ocupar su espacio, pasaba más tiempo con ella que antes, escuchándola, e incluso había empezado a hablarle un poco más. Se había convertido en un buen amigo en muy poco tiempo, alguien que llenaba una parte de sí misma en la que no había pensado antes.

Y la culpa la tenía ese maldito beso. La había trastocado por completo. No podía dejar de pensar en ello, en lo que la hacía sentir.

Ahora estaba más decidida que nunca a romper la maldición. Después de preguntar aquí y allá, de incluso ayudar a London con su propia investigación sobre el encantamiento, empezaba a hacerse una idea de en dónde podía encontrar las respuestas que necesitaba. Y estaba aquí, en este castillo, justo delante de sus narices, pero no lo había visto hasta que empezó a prestar atención a los comentarios que escuchaba aquí y allá.

El castillo y todo Winteria había empezado a cambiar a raíz de su llegada y no era algo que hubiese pasado con anterioridad.

No quería echar las campanas al vuelo, pero estaba bastante segura de que su presencia podía tener algo que ver con romper la maldición. Solo tenía que descubrir cómo y dónde encajaba ella y cuál era su papel.

No podía sacarse de encima esa sensación de familiaridad, de haber hecho o visto algo similar, pero cada vez que intentaba escudriñar en sus recuerdos, se encontraba con la mente en blanco.

—Buenas noches, lady Elvia. —La recibió el mayordomo.

—Buenas noches, señor Paisley —le sonrió—. ¿Qué tal está hoy?

El hombre se había herido al ayudar en las cocinas, moviendo un mueble o algo similar y llevaba unos días con dolores en el brazo.

—Muchísimo mejor, mi señora —afirmó. Su rostro enrojeció ligeramente ante la pregunta, pero era obvio que estaba encantado de que ella se lo preguntase—. El remedio que me sugirió ha dado muy buenos resultados.

—Me alegra saberlo. Cuídese el brazo, por favor. Este castillo no funcionaría igual sin usted.

—Sí, señora. —Se había hinchado igual que un pavo real. Era tan divertido como enternecedor verlo así.

—Querida, la señora Mills os ha preparado el platillo del que estuvisteis hablando días atrás —le informó la señora Doubs—. Espera que lo encontréis de vuestro agrado.

La noticia borró un poco la decepción ante la ausencia del anfitrión.

—¿Lo hizo? —Se emocionó—. Oh. Después bajaré a darle las gracias personalmente.

—Se dará por agradecida si esta vez probáis bocado —la regañó el ama de llaves con esa voz maternal—. Si volvéis a saltaros la cena, seré yo misma la que os dé un tirón de orejas.

Se sonrojó y miró de nuevo la cabecera de la mesa. El servicio estaba puesto, como siempre, pero el comensal… ¿Aparecería hoy? Le había asegurado que no pensaba cenar si él no se unía a ellos… y estas últimas tres noches era lo que había hecho.

Oh, la idea no le había gustado un pelo. Él mismo se había encargado de decírselo, ¿pero había hecho algo para ponerle

remedio? No. De hecho, habían sido Tristan y London quienes intentaban tentarla, pero su cabezonería había ganado la partida. Al menos por ahora.

—Me ha dado una idea con eso del tirón de orejas, señora Doubs —aseguró volviéndose hacia la mujer—. Estoy por ir a buscar a su señor y arrastrarlo hasta aquí yo misma.

—Eso no será necesario, Elvia querida. —La voz de London llegó desde la puerta. Tristan le acompañaba, como cada noche.

—Buenas noches, Elvia Rose.

—Buenas noches, Tristan. —Lo saludó en respuesta, entonces miró a London, quien le guiñó el ojo y señaló a su espalda.

—Alguien ha decidido unírsenos esta noche —le dijo el consejero.

Y allí estaba él, vestido de negro, como siempre, pero esta vez llevaba también una casaca con bordados verdes que hacían juego con sus ojos. Por primera vez no llevaba la túnica con capucha, tenía el pelo húmedo y parecía tan incómodo como lo había estado ella la primera vez que entró en ese lugar.

—Mi príncipe —jadeó el mayordomo, dedicándole una inmediata y profunda reverencia.

—Hasta que al fin os decidís a salir de vuestra cueva —murmuró la ama de llaves visiblemente encantada.

—Buenas noches —respondió a nadie en general, pero sus ojos acabaron sobre ella.

—Ya era hora. —No dudó en decirle y, moviéndose entre los presentes, fue a la silla de la cabeza y tiró de ella hacia atrás. Esa cosa pesaba una tonelada—. Me estaba muriendo de hambre.

Sus ojos se encontraron, los labios negros se tensaron un poco y entonces apareció esa renuente sonrisa que había visto últimamente asomando en ellos.

—Me disculpo por el retraso —contestó avanzando hacia ella, deteniéndose antes de invadir su espacio personal—. Ya estoy aquí.

—Y me alegro por ello —admitió, le tocó el brazo y señaló su propio asiento—. ¿Cenamos?

Asintió con la cabeza. Un gesto breve, algo incómodo, pero una afirmación a fin de cuentas. Entonces la acompañó a su propio

asiento y le retiró la silla.

—Señora Doubs, señor Paisley, pueden retirarse —les dijo London, atento como siempre al protocolo y, sin duda, a la necesidad de su príncipe de cierta privacidad en esa noche en familia—. Ya nos servimos nosotros, como siempre.

London miró a Briar, esperando la confirmación a sus palabras, y este volvió a asentir mientras ocupaba su propio lugar en la cabecera de la mesa.

—Como deseéis, milord —confirmó el mayordomo, quien alentó a todos los sirvientes presentes a abandonar rápidamente el comedor. La señora Doubs y él mismo fueron los últimos en salir y Elvia habría jurado que el hombre sonreía de oreja a oreja cuando cerró las puertas detrás de ellos.

—¿Soy yo o Paisley estaba tan hinchado como un pavo? —acabó mencionando en voz baja.

—Hacía mucho que su alteza no se reunía con nosotros para cenar en el salón —respondió Tristan, volviéndose hacia ella—. Es posible que le haya recordado a los viejos tiempos, ¿no creéis?

La pregunta final estaba dirigida a Briar, el cual se limitó a gruñir en respuesta.

—Estaban a punto de saltarle las lágrimas de la emoción —aseguró London con una sonrisa de oreja a oreja—. Iba a ofrecerle mi pañuelo para que se las enjuagase.

—Parad. Los dos —resopló Briar, fulminando a ambos caballeros con la mirada. Entonces se volvió hacia ella, que se sentaba a su izquierda—. Hoy cenarás.

No era una pregunta, sino una orden en toda regla, pero esta vez no tuvo problemas en obedecer.

—Como dije, estoy muerta de hambre —aseguró de buen humor. Y no era una mentira. Estaba famélica.

Los dos hombres ocuparon sus respectivos puestos en la mesa y la velada comenzó con las mismas preguntas de cada noche:

—Bueno, ¿qué nuevo descubrimiento hiciste hoy, Elvia Rose?

Con anécdotas sobre el día y su transcurso, apreciaciones sobre las elecciones culinarias de la cocina y otros chascarrillos, discurrió la primera cena en la que estaban presentes los cuatro.

Briar estuvo algo tenso al principio, comedido, en realidad, pero se fue soltando a medida que sus compañeros soltaban pullas, obligándole a reaccionar y participar de la tertulia. Antes de darse cuenta, los tres estaban hablando de tiempos pasados, algo que, como podía apreciar, no habían hecho desde hacía mucho.

Tampoco le pasó por alto que los hombres prescindieron de los cubiertos, pellizcando la comida. Elegían pasteles o tartaletas que no requerían de cuchillo y tenedor en favor de su anfitrión. Los modales de este en la mesa eran exquisitos, pero parecía tomarse su tiempo cada vez que usaba los cubiertos, como si quisiera asegurarse de que los agarraba bien y no se le escapaban entre las uñas.

Se avergüenza de sí mismo.

Se sintió realmente tonta ante algo que debería haber sido evidente. No se trataba solo de evitar asustar a los miembros del servicio con su aspecto, ni tampoco de que prefiriese estar solo a tener compañía. Era el motivo por el que se ocultaba debajo de la capucha de la túnica, el porqué siempre llevaba guantes, por el que siempre iba envuelto en telas oscuras. Intentaba pasar desapercibido, ocultarse lo más posible para que nadie recordase que había un monstruo habitando el castillo. No comía con los demás porque no se sentía digno de compartir su mesa, porque no se veía a sí mismo como un hombre y sí como una bestia.

Él no se había negado a comer con ella porque no quisiera su compañía, sino porque no quería avergonzarla.

Idiota. No tienes nada que ocultar. Eres perfecto tal y como eres.

Por Dios, había personas con un claro atractivo exterior y que por dentro eran auténticas mofetas. Él no era así. Puede que no se hubiese portado bien en el pasado, que hubiese cometido errores, pero ¿quién no? No conocía al antiguo Briar, al príncipe que había sido cien años atrás, pero conocía al hombre que estaba a su lado en la mesa. Sí, conocía al tipo que no había dudado en salvarla de los lobos, el que la había tratado con sumo cuidado mientras le curaba las heridas, el que le había mostrado la biblioteca y se había sentado a su lado sobre una alfombra frente al fuego… El que la había besado hasta dejarla mareada y sin aliento y deseando más.

No le importaba quién hubiese sido antaño, el hombre que era hoy en día no se merecía una maldición que había soportado durante más de cien años.

—Elvie, ¿cómo dices que se llama esto?

Parpadeó y se volvió hacia London. Se había quedado mirando a Briar sin darse cuenta. Por suerte nadie parecía haberlo notado.

Miró lo que señalaba su nuevo amigo; unos cuadrados de masa con un crujiente exterior dorado.

—Empanadillas —respondió. Cogió una con los dedos y se la metió en la boca. El sabor era fuerte, la preparación algo tosca, pero seguían estando para chuparse los dedos—. Es como un aperitivo que puedes comer de un par de bocados. Es como una masa de pan rellena de carnes o vegetales. Le pedí a la cocinera que me las hiciera. Las echaba de menos.

—¿*Empaladilla*?

—*Empanadilla* —lo corrigió, cogió una más de la bandeja y se volvió en la silla, hacia Briar, presentándosela ante los labios—. Vamos, muerde. Te prometo que están buenas.

Él la miró con visible sorpresa. Observó sus dedos, la masa dorada y luego a ella.

—No creo que debas…

Aprovechó ese momento para metérsela en la boca, haciéndolo callar.

—Muerde —repitió, sus dedos ahora más cerca aún de sus labios.

No le quedó otra que hacerlo, seccionando el trozo.

—Buen chico —le soltó. Se metió en la boca la parte sobrante y volvió a sentarse bien. A ninguno le pasó por alto el absoluto fracaso de los otros dos comensales al intentar ahogar la risa—. ¿Qué te parece?

—Es… interesante —respondió después de masticar y tragar.

—La masa es un poco tosca todavía, pero no puedo pedirle más a la señora Mills. Ha sido un amor preparándolas con lo que tenía a mano —le dijo y no dudó en volverse hacia los otros dos—. ¿Qué? ¿También tengo que daros de comer a vosotros?

—No, no. No hace falta. —Tristan se apresuró a coger una y metérsela en la boca con tanta rapidez, que casi se atraganta. Nunca había visto a ese hombre tan rojo.

London, por su parte, perdió la batalla y estalló en carcajadas.

—Briar, a tu dama empiezan a pegársele los malos modos de la señora Doubs —aseguró su amigo. A estas alturas tenía ya los ojos llorosos.

Tristan tosió, cogió su copa y bebió antes de responder.

—Acabo de recordarlo —dijo él, todavía algo ahogado—. Nos metía las verduras en la boca antes de que pudiésemos protestar… El príncipe casi se atraganta con una col.

—Lo recuerdo —afirmó este volviéndose hacia el capitán de la guarida—. Empezaste a golpearme la espalda con tanta fuerza que escupí la cosa y acabó dándole a Paisley en la oreja.

—Después de ese episodio, no volvió a servirnos coles —aseguró Tristan, sonriendo abiertamente.

—Y a mí siguen sin gustarme —aseguró Briar con gesto divertido. Entonces cogió otra empanadilla y esta vez la comió despacio, disfrutando del sabor y también de la velada con sus viejos amigos.

Elvia aprovechó para contemplarlos a los tres, maravillándose de esa camaradería, del respeto que se profesaban. El vino les soltó la lengua a lo largo de la cena, al menos a ellos dos, pues el señor del castillo no volvió a rellenar su copa hasta después del postre. Para ese momento, London y Tristan se habían puesto a cantar y reían rememorando cosas que solo ellos parecían entender.

Menuda borrachera tienen encima.

Sonrió para sí, manteniéndose al margen, limitándose a disfrutar de aquella camaradería.

—Elvia Rose… —Su nombre fue como una caricia. Volvió la cabeza y se encontró con la mirada de Briar. Señaló el lugar a su lado y no tuvo ni que explicarlo. Se levantó, cogió la silla y se acercó más a él, poniendo de ese modo algo más de distancia con los embriagados hombres—. Te pido disculpas en su nombre. Sé que mañana se sentirán terriblemente avergonzados por su estado de embriaguez.

Se inclinó hacia él, para que aquella conversación se mantuviese entre ellos.

—No suelen emborracharse a menudo, ¿no?

—No lo habían hecho en… Demasiado tiempo —admitió mirando a la pareja con ojo crítico—. Esta noche creo que es la primera vez en la que se permite de verdad hablar sobre el pasado. Sobre el de los tres. —La miró y notó su dedo índice acariciándole el rostro—. Gracias por concedernos este momento.

—No tienes que darme las gracias. —Se sonrojó bajo su toque. Lo supo porque le empezaron a picar las mejillas—. Me alegra saber que al menos he podido hacer algo para aliviar su carga… La de los tres.

—¿Y qué puedo hacer yo por ti? —Le preguntó en tono bajo, casi íntimo—. ¿Cómo puedo ayudarte a que seas feliz aquí?

—Soy feliz —dijo y, sorprendentemente, se dio cuenta de que era verdad—. Este mes me he sentido mejor estando aquí, con un puñado de desconocidos a quienes ahora considero mis amigos, que durante estos últimos tres años que he pasado en Apricow Green.

En estas últimas semanas le había hablado de su padre, de como habían cambiado sus vidas a raíz de la muerte de su madre y el motivo por el que habían terminado en Apricow Green. Quería que la conociese, que supiese de dónde venía, a qué se dedicaba, cuál era su sueño. Él la había escuchado, acompañándola, preguntándole por cosas como *«frigorífico»* y otros conceptos ajenos a él.

—Me gusta estar aquí con vosotros… Contigo —admitió sincera —. Y creo que, de alguna forma, este es el lugar al que siempre estuve destinada a llegar. No sé. Es muy conveniente que de repente a mi padre se le apareciese un ciervo mágico en el bosque y acto seguido yo acabase persiguiendo a un zorro blanco, ¿no crees?

Como ya era habitual, no respondió a su comentario, lo que confirmaba que estaba cerca de lo que no podía decirle.

—Apricow Wood es una enorme extensión boscosa, fue el hogar de muchas tribus de nativos americanos, una etnia asentada en aquella región. Eran personas muy espirituales, tenían su propia magia, sus propias creencias y decían que en ese bosque se encontraba un portal al mundo de los espíritus, de sus antepasados

—mencionó, recordando las leyendas de las que le había hablado Emma—. Siempre pensé que eran solo eso. Leyendas, pero entonces… acabé aquí.

Hizo una pausa mientras buscaba las palabras exactas con las que quería transmitir sus pálpitos.

—Dices que solo se puede atravesar las zarzas si has perdido algo, pero… —Se lamió los labios y lo miró—. ¿Y si también puede atravesarla aquello que está perdido? ¿Y si se me ha permitido venir hasta aquí porque yo soy la que puede romper la maldición? ¿Y si yo soy lo que has perdido?

—Lo eres. —La seguridad con la que respondió la dejó sin palabras—. Eres la única que puede romper mi maldición.

—¿Cómo? —Se echó hacia delante en la silla.

—No puedo decírtelo.

Sus palabras fueron como un balde de agua fría. Sí, lo había supuesto. Era lo que llevaba intuyendo todo este tiempo, pero escucharlo de sus labios no lo hacía más fácil.

—Así que soy yo quien debe averiguarlo.

—Sí —susurró en respuesta. La mirada en su rostro se apagó un poco y pareció casi triste.

—¿Qué no me estás diciendo? —preguntó en el mismo tono de voz—. Sé que no es la respuesta que busco y no puedes darme. Es algo más, ¿verdad? ¿Qué pasa, Briar?

—Si pudieses pedir algo, la única cosa que deseases más que nada, ¿qué sería?

A ti.

La respuesta apareció de inmediato en su mente, con mayor claridad que ninguna otra cosa en su vida. Y por lo mismo tuvo que borrarla de un plumazo.

¿En qué demonios estaba pensando?

—¿Por qué…? —Se evadió, intentando alejarse de aquella respuesta.

—Respóndeme, por favor —pidió él, inclinándose un poco más sobre ella, acortando la distancia de modo que parecían compartir un momento de intimidad.

—No lo sé. Supongo que… Volver a casa —murmuró, pero sabía que ya no era así, que eso ya no era lo primero en su mente—. Es lo que siempre quise, desde el momento en que llegué aquí. Aunque…

—¿Aunque?

Aunque ahora no tenía tanta prisa por marcharse, no cuando él y todos los demás estaban aquí.

—*Esto*. —Decidió, señalándolos a ambos con un dedo—. Si pudiese pedir algo, creo que sería una noche como esta, un momento igual a este…

—Y un baile, *Elvie*. —London cayó sobre ellos, ni siquiera lo habían escuchado acercarse. Había estado demasiado pendiente del hombre que tenía delante. El consejero los rodeó a ambos con los brazos y pudo notar el alcohol en su aliento mientras hablaba—. Tienes que sacarla a bailar, Bri. Un baile de verdad, con la rosa más fragante del castillo. Os merecéis ese recuerdo. Todos merecemos desterrar a esa perra de nuestras mentes, aunque solo sea durante una jodida noche. —Declaró como quien hace una proclama, entonces bajó la voz y se centró en su príncipe—. Y tú, *hermano*. Tú te mereces tener al fin un momento de felicidad. —Dicho lo cual, depositó un sonoro beso en la cara del señor del castillo, el cual puso una cara de profundo horror.

Elvia se echó a reír. No pudo evitarlo.

—London, querido, creo que estás un poquito perjudicado —le aseguró—.

—No. —Negó categórico—. Estoy jodido. Todos estamos jodidos, *Elvie.*

—Ya veo, ya —replicó ella con una risita.

Entonces el tipo giró sobre sí mismo y miró a Tristan, al otro lado de la mesa.

—*Tris*, ¡otra botella!

Briar gruñó, despegando los labios y fulminando a ambos con la mirada.

—Está bien, Briar, solo está borracho —lo apaciguó, posando la mano sobre su brazo.

Esos intensos ojos verdes cayeron sobre ella y su expresión se suavizó.

—Mañana se sentirá peor si no evito que siga bebiendo —le dijo. Su rostro tenía esa expresión de preocupación y culpabilidad—. No puedo dejarlos ahora…

Asintió comprensiva y los señaló.

—¿Necesitarás ayuda?

Briar la miró y negó.

—Tristan todavía no ha caído —aseguró. Al parecer conocía mejor al capitán de la guardia que ella, porque a su juicio, estaba igual de borracho que London—. Voy a pedirte que te retires, por favor.

—No te preocupes. Lo entiendo —afirmó. Había pasado por algo así con su padre después de la muerte de su padre. Fue una de las pocas veces que lo vio realmente borracho—. Ocúpate de tu familia.

Abandonó la silla, levantándose, cosa que también hizo el señor del castillo.

—Mañana por la noche… —le dijo él, interrumpiéndola—. ¿Querrías… cenar conmigo?

La manera en que se lo pidió, casi como si creyese que no se merecía tal honor, la desarmó.

—Me encantaría cenar contigo mañana, Briar —asintió con total seguridad. Se inclinó sobre él, tiró de su chaqueta hacia abajo y lo besó esta vez es la mejilla.

—Buenas noches, alteza.

—Buenas noches, *mi rosa*.

Elvia dejó el lugar sintiéndose más ligera que nunca y llena de una calidez inesperada.

Miró atrás al llegar a la puerta y lo vio negando con la cabeza mientras London se abrazaba a la cintura de su príncipe. Sonrió y salió dejándolos solos.

CAPÍTULO 34

Su primera prioridad ya no era regresar a casa.

¿Desde cuándo? ¿Por qué?

La respuesta parecía demasiado obvia, una que siempre había estado ahí, pero que no se atrevió a mirar hasta esa misma noche.

Briar. Él era su motivo.

Se lo había dicho de verdad, que lo que más deseaba era repetir momentos como el que acababa de tener en el comedor con esos tres hombres. Quería tener esto cada día, poder sentirse parte de algo por primera vez en su vida y no solo limitarse a seguir adelante porque es lo que se esperaba de ella.

Y quería cargarse esa maldita maldición para que esos hombres y toda la gente del castillo fuesen libres por fin.

Dejó atrás el comedor y se orientó para volver al recibidor y subir a su dormitorio. Era un camino que repetía cada noche, podría hacerlo con los ojos cerrados. Sin embargo, cuando llegó al pie de las escaleras, no inició el ascenso como venía siendo su rutina. Algo captó su atención por el rabillo del ojo. Un movimiento, algo demasiado rápido, casi imperceptible, pero que la hizo bajar el único escalón que había llegado a subir y cambiar de dirección, dirigiéndose hacia el ala sur.

Ya había explorado antes esa parte del castillo, encontrándose con una sala de música, varios salones llenos de objetos, incluso uno con trofeos de caza, algunos con muebles y pinturas y, por último, un par de enormes puertas que siempre estaban cerradas y que daban al gran salón de baile.

Allí había comenzado todo.

Este ala era sin duda la más fría de todo el castillo y la que le provocaba una sensación de lo más incómoda. No entendía por qué,

pero sentía un absoluto rechazo a estar aquí, como si toda la rabia de Briar hubiese impregnado las paredes y cada centímetro del suelo, estando continuamente presente.

Él no había vuelto a pisar ese lugar desde aquella noche. Nadie lo había hecho, pues las puertas se cerraron a cal y canto, llegando incluso a congelarse; eso es lo que le había contado London en una de esas tardes de charla. Una habitación completamente aislada de las demás, que había convertido la zona sur del castillo en una de las menos frecuentadas.

«¿Acaso crees que alguien siente el impulso de entrar en la sala de música y tocar el piano? Nadie quiere congelarse o que le caigan los dedos a pedazos. Y es lo que consigues paseando por esa zona del Winteria. No hay un solo hogar ardiendo allí».

Y había podido comprobar por sí misma que era así.

Pero aquí estaba ahora, desafiando al frío que le erizaba la piel y caminando por los solitarios pasillos hasta terminar ante ese par de puertas fuertemente cerradas de las que parecía emerger algo como un apagado murmullo e incluso lo que creyó que podía ser música.

—Imposible… —musitó sacudiendo la cabeza.

No había nadie allí dentro. A pesar de que las lámparas del corredor estaban encendidas, sabía que no era un lugar al que se pudiese acceder. Las puertas se habían cerrado por última vez tras aquel baile y nadie había conseguido volver a abrirlas.

—¿Hola? —Llamó. Levantando el quinqué que llevaba consigo, iluminó las manijas de las enormes puertas y adelantó la mano libre para presionar una de ellas. Como la vez anterior, esperaba notar la extrema frialdad y la resistencia bajo su mano, pero para su completo estupor, la puerta cedió bajo su empuje y ambas hojas acabaron abriéndose ante sus ojos.

El silencio que la envolvió en ese momento fue sepulcral. Los murmullos y la música que había creído escuchar no se oían por ningún lado y ante ella todo lo que había era una pesada oscuridad. Solo el rango que bañaba la luz del quinqué quedó iluminado, despejando las sombras y dejando a la vista el polvoriento suelo marmóreo. El aire parecía tan denso y hacía tanto frío que por un

momento se sintió ante una de las cámaras frigoríficas del supermercado en el que trabajaba. Prácticamente podía ver el humo generado por su propia respiración ante ella.

—¿Hola? —repitió de nuevo, creando de nuevo esa nube de vaho. No quería estar allí, deseaba dar media vuelta y correr en dirección contraria, pero como siempre acabó haciendo todo lo contrario. Dio un paso adelante y entró en la habitación—. Voy a arrepentirme de esto, lo sé.

En el mismo instante en que puso un pie sobre ese opaco suelo, el fuego estalló desde tres puntos distintos de un enorme y apabullante salón. Las tres chimeneas de la estancia se encendieron a la vez y las lámparas que adornaban cada pared cobraron vida siguiendo el sentido de las agujas del reloj.

—¡Joder! —Dio un salto ante aquel inesperado truco de prestidigitación. Se llevó tal susto que a punto estuvo de tirar el quinqué y salir corriendo, pero en cuanto la luz se hizo, se quedó impactada por la belleza y opulencia de la estancia. Ni siquiera la capa de polvo que apreciaba sobre el suelo y algunos de los muebles le restaba magnificencia al lugar. Las paredes blancas, con mamposterías doradas, eran exquisitas. Esas columnas de mármol del suelo al techo impresionaban con su altitud y el techo abovedado dejaba entrever los colores de un enorme mural del que colgaban sendas lámparas de araña—. Hostia… puta.

Sí. No había mejor forma de describir aquello desde su punto de vista. Desde su posición había una larga fila de ventanales de suelo a techo, unos enormes cortinones hechos girones colgaban de ellos. Sabía que justo detrás de ellos se encontraba la terraza sur y, bajo esta, una gran rosaleda cubierta por la nieve.

Se movió por la estancia, buscando el calor de una de las chimeneas más cercanas, pues a estas alturas ya le castañeaban los dientes.

—Y pensar que un lugar tan hermoso es capaz de albergar tanto dolor —musitó para sí, pensando en el relato que había hecho Briar sobre este lugar y los acontecimientos de aquella noche.

Sus pasos hicieron eco en la enorme estancia, lo que hacía, si cabía, más espeluznante a pesar de la claridad de sus colores y sus

ricos decorados. Y es que no todo era perfección en aquel lugar. Una de las paredes estaba marcada con los mismos surcos que había visto en el ala oeste; los realizados por las garras de una bestia.

Había también varias piezas de mobiliario destrozado. Entre los restos se encontraba un enorme reloj de pared que parecía haberse enfrentado a la furia de un enajenado animal salvaje.

—Briar… —pronunció su nombre, doliéndose al pensar en todo lo que tuvo que sufrir el amo del castillo al verse de repente convertido en aquello.

Su nombre hizo eco en la sala y, como si fuese una palabra clave, la luz emergió también sobre su cabeza, haciendo cobrar vida ambas lámparas.

A pesar de que su brillo alejaba ahora por completo la oscuridad de la noche y realzaba las paredes de colores claros, de que las chimeneas volvían a arder con intensidad, seguía existiendo un frío inusual en la estancia. Y este no tenía que ver con las bajas temperaturas, sino más bien con una ausencia total de calidez y emoción. Aquí no llegaba esa sensación hogareña que había empezado a calentar otras partes del castillo, arrancándolo de las garras heladas del encantamiento.

Elvia apretó los dientes. Cuanto más miraba a su alrededor, cuanto más pensaba en una noche que no había contemplado, pero de la cual sí conocía los resultados, más se enfurecía, más se indignaba y fue inevitable que acabase estallando.

—¡Cómo pudiste! —Su voz resonó en la estancia como un cañonazo—. ¿Es que no sabes lo que es la compasión? ¡Cómo pudiste condenarle de esa manera! Tu maldición no era un escarmiento, ¡era una venganza!

Esa idea se había instalado en su cabeza desde que empezó a hacerse preguntas sobre esa presunta hechicera, sobre su extraña aparición y los motivos que podría haber tenido alguien para hacer algo semejante. Solo se le había ocurrido esa, pero Briar, al igual que los demás, juraba no haber visto nunca antes a esa mujer.

—¡Lo condenaste a la soledad, a la vergüenza, lo aislaste de todos y de todo! Y por qué, ¿eh? ¿Por qué te negó la entrada a su castillo? ¿A su propiedad? —Acusó a voz en grito, deseando tenerla

delante para decirle todo aquello a la cara—. No llegaste aquí por casualidad, ¿verdad? No es posible que lo hicieses, ¡este maldito sitio no está de paso a ningún pueblo, a ninguna ciudad! ¡Viniste al castillo a propósito!

Apretó los puños. Le dolía la garganta de desgañitarse, pero no pensaba callarse. Alguien tenía que decirle a esa zorra lo que nadie se había atrevido a decirle. Porque ella no era una simple anciana, ni tampoco una compasiva hechicera de hermosa faz.

Tan bella como podía haberles parecido por fuera, era cruel, despiadada y fría por dentro.

—No te dio la bienvenida que esperabas, ¿es eso? —continuó a voz en grito, deslizando la mirada por todo el salón—. Sí. Admito que no estuvo bien dejarte fuera con la que estaba cayendo. Fue insensible y egoísta. Pero admitámoslo, bruja, ni siquiera llamaste a la puerta del castillo, dónde sin duda te habrían recibido. Fuiste directamente a los jardines porque sabías que se celebraba una fiesta. —Acusó cada vez más rabiosa, como si el eco del pasado, del dolor y la furia de Briar se estuviese canalizando a través de ella—. Irrumpiste en una celebración de gala vistiendo harapos y con el aspecto de haberte revolcado en una cochiquera. ¡Venga, ya! Incluso yo, que no soy de aquí ni tengo la más mínima idea de jodida etiqueta, tendría el sentido común de no colarme en una fiesta oliendo a establo.

Elvia pegó una patada al suelo por pura frustración.

—Así que lo siento, bruja, pero tú solita te buscaste que te echaran a la calle de una patada en el culo —remató. A estas alturas ya había dejado su lugar junto a la chimenea y daba vueltas en el centro del salón—. Has sido egoísta y sibilina. Castigaste a un chico por el simple hecho de comportarse como lo que era, un joven príncipe en su propio castillo.

Sacudió la cabeza.

—Cien años. ¿Se te ha ido la cabeza o qué? —rezongó—. ¿Qué clase de lunática castiga a alguien durante cien putos años? Y no es que la tomases solo con Briar, no. Tuviste que extender tu ponzoña sobre todos los habitantes de este castillo. ¡Sobre el reino entero! —

Sacudió la cabeza—. Por Dios, mujer, si eso no es una rabieta épica, no sé lo que es.

Tuvo que hacer una pausa para recuperar el aliento, pero no había terminado. Nada de eso. Estaba demasiado cabreada, demasiado furiosa para detenerse ahora.

—¡Él no cometió ningún asesinato! ¡No le declaró la guerra a ningún país! Si quieres joder a alguien a base de bien, vete a mi mundo. Te aseguro que allí tienes líderes mundiales, genocidas y locos de atar a los que puedes convertir en una jodida babosa y ganarte con ello el agradecimiento de buena parte del planeta! —la desafió—. No has sido justa con este reino ni con sus habitantes.

El fuego chisporroteó a sus espaldas, las ascuas ascendieron sobre ella, pasándola y elevándose como pequeñas motitas de luz que se extinguían ante sus ojos.

El ambiente cambió, el frío se hizo más intenso, dibujando su agitada respiración, y el suelo bajo sus pies empezó a vibrar como si estuviese anunciando la llegada de un terremoto.

—Vale, parece que te ha llegado mi mensaje —murmuró mirando en torno a ella, casi esperando que se abriese la tierra o algo, pero no fuese ese el fenómeno que contempló.

El polvo del suelo pareció elevarse y condensarse hasta formar una especie de voluta de humo que empezó a opacar las luces de las lámparas. Y entonces volvieron las voces, ese murmullo que había escuchado al otro lado de la puerta, así como la música de cámara, con el rasgueo de los violines. Ante sus ojos se fueron formando las fantasmales figuras de corrillos de gente elegantemente ataviados, mujeres con vestidos de anchas faldas, hombres con trajes y chaquetas de vivos colores… Era como si estuviese viendo en un viejo proyector de imágenes uno de esos bailes de la alta sociedad de otras épocas.

Los silenciosos y fantasmales actores aparecían y desaparecían. Una vez se representaba una escena a un lado del salón y la próxima se reproducía en el lado contrario. Los veía mover los labios, pero no escuchaba lo que decían. Solo había murmullos y música.

Entonces, una de esas fantasmales figuras pasó a su lado. Alto, vestido de gala, con un corto y espeso pelo negro. Solo lo vio de espaldas, pero supo al instante de quién se trataba.

—Briar…

Cruzaba el salón a zancadas hacia las puertas que daban al jardín. Su imagen se disolvió y acto seguido apareció otra figura distinta junto a esas puertas. Era una mujer encorvada, con largo pelo blanco asomando desde debajo de la capucha de una túnica grisácea. El hombre de pelo negro apareció de nuevo, enfrentándose ahora a ella, haciendo gestos airados mientras la mujer le tendía una rosa que él despreció de un golpe.

El polvo se disolvió y volvió a formarse, creando dos nuevas figuras que se unieron a la representación. Las reconoció al momento. Tristan y London. Ambos se habían interpuesto entre el joven moreno y la mujer. Uno de ellos señalaba las puertas abiertas con una mano extendida, llamando a los soldados.

La escena estalló en un fogonazo de luz, el polvo se disolvió y volvió a formarse ahora en una especie de cortina próxima al centro de la sala. El muchacho moreno estaba de rodillas, en actitud suplicante, frente a él, una figura femenina, cuyo rostro estaba parcialmente oculto por una capucha, se alzaba como una reina que sabe que tiene el poder en sus manos. Elvia se fijó en lo poco que podía ver de ese rostro, en el rictus de sus labios y reconoció lo que había en él, pues lo había visto demasiadas veces en las personas a las que una vez llamó amigas, las que no dudaron en darle la espalda en cuanto perdió su estatus.

—*Soberbia*. —Catalogó la expresión en el rostro de la mujer—. Esto era lo que venías a buscar. Es lo que pretendías viniendo aquí, tenerle de rodillas, suplicando a tus pies… —Se le encogió el corazón por el muchacho, uno que había crecido para convertirse en un hombre torturado, en una bestia que cargaba con el peso de un error que los había condenado a todos.

La vio mover los labios, pero no podía escuchar sus palabras. Dio un paso adelante, luego otro, solo para tener que detenerse y cubrirse el rostro ante un nuevo fogonazo de luz que no tardó en tragarse la más densa oscuridad.

Una vez más el polvo cambió. Vislumbró distintas escenas aquí y allá. Gente corriendo, huyendo, en realidad. Huían de ella, de su poder, de una magia que causaba miedo, pavor.

—Cobardes… —siseó, viendo a un par de hombres pasar corriendo a su lado, aun cuando sabía que no estaban allí.

Vio a Tristan navegando en contra de la corriente, desesperado por llegar a su señor. Vio a London retorciéndose en el suelo de puro dolor a los pies de esa mujer que lo miraba como si fuese un insecto.

—Maldita perra… —dio un paso adelante, pero las imágenes volvieron a desdibujarse. La rabia la inundó una vez más—. ¿Por qué? ¿Por qué les hiciste esto? —Gritó ahora a la niebla, a ese remolino de oscuridad envuelto en luz que giraba más y más rápido y en cuyo interior, aun si no lo veía, sabía que estaba él—. ¿Por qué eres tan cruel?

Un alarido resonó en todo el salón procedente de aquel pasado. Notó como el castillo se estremecía, la ola de frío que se expandía desde el centro de la estancia hacia fuera, congelándolo todo, y justo en el punto que había estado ese remolino apareció él. La ropa hecha girones colgando de un cuerpo que era el doble de grande, con manos y pies que nada tenían que ver con los de un ser humano. Vio como clavaba las uñas negras de las manos sobre el suelo, arañando surcos en el mármol como si fuese mantequilla. La vio a ella de pie ante él, clavando los ojos en la bestia que ahora tenía a sus pies.

—Briar… —Pronunció su nombre, sintiendo que el corazón se le encogía al ver como el príncipe que una vez fue, descubría la bestia en la que había sido convertido. La manera en que se miró las manos, en que se revolvió, negando con la cabeza, arrancándose el pelo y la ropa, la rompió por dentro. Eso no era rabia, era miedo, desesperación, pánico en estado puro.

Solo es un joven aterrorizado.

La hechicera se quedó mirándole. No había nada en ella que sugiriese que conocía la compasión, nada que sugiriese otra cosa que una absoluta soberbia. Ni siquiera cuando se agachó ante su creación y levantó esa maldita rosa, cuando movió los labios

recitando alguna cosa, pudo apreciar en ella una sola chispa de compasión.

«Este castillo será un eterno reflejo de tu helado corazón».

La recorrió un escalofrío al escuchar las mismas palabras que formaban esos labios cerca de la cabeza de la bestia. Estos volvieron a curvarse en una sonrisa de pura satisfacción y, cuando levantó el rostro, Elvia vislumbró parte de su fisionomía, la pequeña nariz, los pómulos altos y unos labios tan rojos como la sangre sonriendo de pura satisfacción.

—Hija de la gran puta… —siseó deseando poder tenerla delante para estrangularla.

Antes de que pudiese dar un solo paso y cargarse aunque su recuerdo, la imagen se disolvió y el silencio volvió a caer sobre el salón de baile.

El fuego de la chimenea volvió a crepitar, provocando pequeños estallidos de ascuas que la sobresaltaron. Trastabilló, tropezó con sus propios pies y acabó sentada en el suelo, la caída amortiguada por la falda del vestido. Nuevas chispas se elevaron del hogar más cercano a su posición, el fuego ardía con intensidad, como si se hiciese eco de la rabia que todavía bullía en su interior.

Pero esta vez no era a ella a quien respondían, sino al señor del castillo, que irrumpió en el salón de baile en ese momento, con la misma expresión de rabia, miedo y ansiedad que había tenido aquella aciaga noche.

Briar frenó de golpe, sus botas deslizándose unos centímetros más sobre el suelo de mármol antes de detenerse por completo. La expresión de rabia que había en su rostro mudó a una de sorpresa e incomprensión al verla junto a la chimenea.

—Elvia Rose, ¿cómo has…? —Las palabras se esfumaron de sus labios y esos bonitos ojos verdes se abrieron con horror al mirarla—. No, no, no…

La rapidez con la que estuvo a su lado, recogiéndola del suelo, enmarcándole el rostro entre las manos, la habría sorprendido de no estar tan entumecida en esos momentos.

—Elvia, ¿qué has hecho? —A juzgar por la mirada en su cara, debía de haber hecho algo muy gordo, porque parecía a punto de

desmayarse.

—Le he dicho unas cuantas cosas a esa perra… —murmuró, entonces miró a su alrededor y formó una pequeña o con los labios —. Aunque si te estás preguntando por el fuego y las luces… Creo que estoy descongelando este puto castillo. Sí. Aunque no me preguntes cómo, porque no tengo la menor idea.

—¿De qué estás hablando? —Él parecía genuinamente confundido, pero la preocupación seguía presente en sus ojos.

—¡De esa puta perra! —siseó. Le hervía la sangre solo de pensar en lo que acababa de ver—. Lo vi, Briar. Vi lo que pasó esa noche. Vi a esa víbora ahí de pie.

El hombre perdió el color, lo cual, dado su tono de piel, era mucho decir.

—Algo me atrajo hasta aquí. Escuché música, murmullo de voces detrás de las puertas. Sé que siempre están cerradas, pero se abrieron y… —Señaló a su alrededor—. El hogar de cada chimenea prendió fuego, las lámparas se encendieron… Incluso las arañas del techo. Y entonces, el puto polvo hizo de proyector de cine y vi… —resopló—. Vi fragmentos de esa noche, pero sobre todo la vi a *ella*. Y vino aquí a propósito. Estoy segura de ello. No sé por qué, pero quería joderos a todos, empezando contigo. Y disfrutó haciéndolo. ¡Si ha habido una bestia alguna vez en este castillo, ha sido esa puta serpiente!

Él reaccionó dejando escapar un poderoso gruñido al tiempo que la recogía del suelo y la mantenía entre sus brazos.

—Voy a reducir este maldito salón de baile a escombros —bramó, podía notarlo temblar de pura rabia.

—No. No vas a hacer tal cosa. —Lo contradijo, ganándose una mirada fulminante de su parte y un nuevo gruñido—. Y deja de gruñirme, que no eres un perro. —Le golpeó sin miramientos—. Escúchame antes de ponerte en modo *«estoy que arraso».*

—Elvia Rose —siseó mirándola a los ojos—. ¿Eres consciente siquiera de lo que te ha hecho este lugar?

Bufó.

—Sí. Y no es nada que un baño caliente no arregle.

—¿Baño caliente? —gruñó de nuevo y resbaló los dedos una vez más sobre su rostro antes de mostrárselos.

—¿Eso es sangre? —jadeó sorprendida y procedió a tocarse las mejillas, encontrándolas inesperadamente húmedas. Las puntas de sus dedos acabaron manchadas de rojo—. Ay, Dios. ¿Pero qué? No me he hecho daño, no…

—Son *lágrimas de sangre* —siseó él. No sabía si era el lugar o que estaba demasiado cabreada como para asustarse, pero tampoco tuvo que responder, pues Briar ya estaba dando media vuelta y sacándolos a ambos de ese lugar—. Será mejor que salgamos de aquí.

—No. Espera. —Consiguió espabilarse lo suficiente para detenerle—. El fuego se ha encendido aquí también, en el lugar dónde todo empezó… La maldición está perdiendo fuerza.

—¿Perdiendo fuerza? —Su asunción le pareció de lo más absurda, a juzgar por la mirada que le dedicó—. Eso es imposible.

—¿Lo es? ¿Entonces por qué se está descongelando la nieve de los jardines? ¿Por qué ha dejado de nevar? ¿Por qué el calor está volviendo al castillo?

—Por ti, Elvia. Porque tú estás aquí y eres… *mi esperanza*.

—Pues ten fe en esa esperanza, Briar —le dijo, cubriéndole un lado del rostro con la mano—. Ten fe en mí. Empieza a recuperar lo que esa perra te arrebató esa noche. Tú eres mucho más que estos colmillos, que estas garras, que el color o la forma de tu piel. Eres el príncipe de Winteria. No dejes que la bestia se apropie de tu reino, de tu castillo. Tu corazón no es de hielo, alteza. Si lo fuese, no te importaría lo más mínimo lo que le pasase a tu gente, lo que pudiese pasarnos a mi padre y a mí. Además, el hielo puede derretirse, solo hace falta una buena hoguera y azuzar el fuego.

—El castillo lleva mucho tiempo congelado, Elvia Rose.

Y también mi corazón. No lo dijo con palabras, pero lo vio en sus ojos, en su rostro, en la manera en que la miraba, como si ella fuese lo único que lo alejaba de ese frío.

¿Podría serlo? ¿Podría calentarle lo suficiente como para derretir hasta la última capa de hielo con la que esa bruja maliciosa lo había envuelto? Algo le decía que solo había una manera de

descubrirlo, una que, por mucho que se lo hubiese estado negando a sí misma, estaba deseando probar.

—Bueno. Da la casualidad de que tú has encontrado una buena antorcha para prenderle fuego —susurró rodeándole el cuello con los brazos para acercarse más a él, a su boca, la cual rozó brevemente con la propia—. No me importaría ser la que aleje ese frío de ti, Briar. —Se apartó lo justo para mirarle a los ojos, para que pudiese ver en los de ella la sinceridad de sus palabras—. Si quieres.

La manera en que bajó los ojos sobre su boca, la sutil aparición de su lengua sobre su propio labio inferior, la repentina tensión en sus brazos… Elvia sabía que no era la única que deseaba aquello, pero al mismo tiempo todavía existían reticencias.

—No me tientes de esa manera, Elvia Rose. Es cruel. —Y lo decía en serio, se dio cuenta.

—No me crees.

—*Mírame.* —La retó con dureza, con dolor—. Ve bien lo que soy.

—Eres… —*A quien quiero.* Completó en su mente, dándose cuenta de que así era. No era una respuesta lógica, pero nada de lo que había vivido hasta ahora respondía a la lógica, ni a nada que hubiese vivido antes. Se había enamorado de este hombre con aspecto de bestia y corazón de hielo. Briar se había colado bajo su piel, se había ido metiendo poco a poco en su corazón y ahora no había manera de sacarlo de ahí—. Eres el único que ha conseguido arrebatarme el aliento con un solo beso, cuyas manos me han cuidado con suavidad y ternura, que ha sido capaz de superar sus… reticencias para sentarse a cenar a la misma mesa que sus amigos y que yo misma. Eres un buen hombre, Briar de Winteria. Eso es lo que veo en ti.

—Elvia Rose… —Había una súplica en su voz.

—Pero entiendo que quizás tengas otros… *er*… gustos y…

—No preguntarías eso si supieses… —Se quedó a media frase, como si se hubiese frenado a sí mismo—. Demonios. Eres la dama de este castillo, no una meretriz. No puedo…

Le cubrió los labios con el dedo, impidiéndole continuar.

—Te lo pondré fácil, *Bri*. —Utilizó el diminutivo de su nombre, el que le había visto usar a London—. ¿Me deseas? Porque Dios sabe que yo a ti sí y… me muero porque vuelvas a besarme como lo hiciste ese día en la biblioteca.

—No podría conformarme solo con besarte, Elvia. Ahora no —admitió casi a regañadientes. Estaba luchando consigo mismo, entre el deseo y el honor. Él era un hombre de su propia época y ella… ella debía parecerle una meretriz o a saber.

—Bien. Porque yo tampoco me conformaría solo con eso —declaró pegando de nuevo los labios a los suyos, sin rozarle todavía —. ¿Sí o no, Briar? No te reprocharé nada, elijas lo que elijas.

Dejó escapar un profundo gemido que le erizó la piel al instante.

—No hay nada que desee más en este mundo que a ti —susurró él con esa voz ronca, enterrando los dedos en su pelo para acercarla más a él—. Recuérdalo siempre, mi pequeña *rosa de invierno*.

—Siempre, Briar —susurró acariciándole los labios con la punta de la lengua—. Siempre.

Un segundo después, sus bocas se encontraron en un húmedo beso que prometía hacerla tocar el cielo.

CAPÍTULO 35

No podía creer que estuviese tan nervioso como un adolescente con su primera mujer, pero así era. No solo estaba excitado, sino también temeroso de cometer algún error que hiciese que ella lo despreciara. No era el muchacho que había sido, ni siquiera el hombre que debería ser, solo era una bestia enamorada de una mujer llegada de otro mundo, alguien a quien protegería con su propia vida, así fuese de sí mismo.

Elvia era cálida donde él era frío como el hielo. Era valiente cuando a él le falta valor. Se había enfrentado a tantas cosas desde que llegó a su orilla, le hizo frente incluso a él, al monstruo del castillo, a la bestia rabiosa enfadada con el mundo, que mantenía a todo el mundo a raya para evitar herir y ser herido. Ella se había derribado cada una de sus defensas, metiéndose poco a poco bajo su piel hasta que todo en lo que podía pensar era en su voz, su piel, la mirada en sus ojos, la manera en la que a veces se sonrojaba, la suavidad de sus labios cuando la había besado en la biblioteca… y lo dulce que sabía ahora que por fin había podido volver a probar sus labios.

Se perdieron el uno en el otro, robándose besos, mirándose en busca de arrepentimientos que nunca llegaron mientras atravesaban el castillo de un ala a otra, hasta recalar en el único lugar en el que sabía que nadie los buscaría.

Briar la dejó entonces en el suelo, sobre sus propios pies y atizó la leña de la chimenea antes de lanzar un par de leños más al hogar.

—Pensaba que las chimeneas del castillo se alimentaban solas. —La escuchó decir a su espalda, para un segundo después tenerla pegada a él.

—Este fuego no es como los demás —mencionó mirándola de soslayo, aprovechando para mirar su expresión—. No lo trajo de vuelta el hechizo, ni el castillo. Lo encendí con mis propias manos y ni siquiera sé cómo se ha mantenido vivo hasta ahora. No produce tanto calor como los demás a menos que lo alimentes así. —Cogió otro leño y lo lanzó al fuego—. Te lo dije, Elvia. Soy lo que soy.

—Y eso es lo que te hace especial, Briar —aseguró ella cogiendo un leño por sí misma y lanzándolo también al fuego—. Arde para nosotros esta noche, por favor.

Las llamas se avivaron, envolviendo la madera que se le había proporcionado con inesperada hambre. El calor que emanó del hogar fue mucho más intenso que de costumbre, alejando la frialdad que solía envolver sus aposentos del ala oeste.

—Vamos. Ahora tú. —Se volvió hacia él con una bonita sonrisa curvándole los labios. Señaló el fuego y lo invitó con un gesto—. Este es tu castillo, es tu fuego. Sé que lleva mucho tiempo esperando escuchar tu voz.

La miró. En otras circunstancias la habría mandado a callar o la habría ignorado, pero las manchas rojas que le manchaban todavía la cara le recordaron el lugar en el que la había encontrado. Se le apretaron las entrañas, miró el fuego y luego en torno de la habitación, buscando lo necesario para una tarea que debería haber sido prioritaria.

—¿Briar? —Su súbito cambio de proceder la confundió, pero se quedó quieta junto al fuego, esperando a ver qué hacía.

Depositó una palangana con agua limpia delante del hogar e introdujo un paño para humedecerlo.

—Cumple la petición de mi señora y hazla sentir cómoda durante su tiempo junto a mí —le dedicó aquellas palabras al fuego y al instante notó el murmullo de la magia, uno que siempre había achacado al encantamiento de la hechicera sobre el castillo, pero que ahora sentía mucho más cercano a él—. Te he abandonado durante mucho tiempo, Winteria. Te prometo que todo cambiará a partir de ahora.

Un quejido de piedra, el chisporroteo de las llamas, ese temblor de nuevo debajo de sus pies y algo empezó a cambiar en su

entorno. Lo primero fue la ausencia de frío, como si esa perpetua frialdad acabase de ser empujada fuera de la alcoba, siguió el roce de la piedra y las grietas que cubrían las paredes se fueron cerrando poco a poco, dejando tras de sí solo una fina línea. Pequeñas reparaciones se fueron sucediendo por las estancias hasta devolverle algo de la dignidad perdida. Sabía que todo lo demás, reparar los muebles, encalar las paredes y retirar los cascotes tendría que hacerlo él o los sirvientes, pero el castillo parecía estar diciéndole que su voz era todo lo que había ansiado escuchar durante esos últimos años.

—Bueno. Creo que voy mejorando porque ya no me pongo a gritar ni hiperventilo cuando pasan estas cosas a mi alrededor —mencionó ella acuclillada junto a la palangana, cogiendo el paño y escurriéndolo para luego dárselo a él—. Gracias. Debo tener un aspecto terrorífico.

—Nunca podrías parecer terrorífica —aseguró y procedió a limpiarle el rostro, enjuagando el paño un par de veces hasta que retiró todo rastro de sangre de sus mejillas. Para cuando terminó, las tenía rojas, pero no sabía si debido al frío del agua o al efecto de sus dedos sobre ella. Se miró las manos. Demasiado grandes, demasiado toscas, con uñas afiladas. No eran humanas—. ¿Estás segura de que quieres esto? ¿Que yo te toque?

Su respuesta fue quitarle la palangana y dejarla a un lado. Cuando volvió a él, le cogió ambas manos y, sin medias tintas, las posó sobre sus pechos.

—¿Es suficiente respuesta para ti?

Briar gruñó involuntariamente, miró sus manos, todavía aferradas por las de ella, y luego el rostro colorado, pero divertido de la chica.

—Eres de lo más atrevida —admitió. Y no es que le pareciese mal, por el contrario. Lo hacía sentirse más tranquilo consigo mismo.

—Solo estaba respondiendo a tu pregunta de *tener tus manos sobre mí* —replicó inocente, apretándose más contra él—. Y por si necesitas confirmación verbal: *Sí, Briar. Estoy segura de que quiero que me toques.* No te habría acompañado hasta aquí si no quisiese estar contigo. Créeme, por favor.

Escucharla rogarle lo desarmó.

—Te creo, Elvia —asintió, buscando ahora su boca para besarla —. No hay una sola palabra que no crea de ti.

Ella gimió en su boca, separando los labios para su lengua, recibiéndole como si llevase mucho tiempo esperándole. Se dejaron llevar, perdiéndose en un beso diseñado para subir la temperatura, algo que parecía dárseles muy bien.

Se besaron sin prisa, disfrutando del momento y del calor de la chimenea que calentaba ahora sus cuerpos por encima de la ropa. La atrapó contra su cuerpo, envolviéndola en sus brazos, perdiendo las manos en su pelo hasta desordenarlo por completo. Le recorrió el rostro con los labios. Le besó las mejillas, la frente, la nariz, el mentón y bajó por ese delicado cuello de cisne, pellizcándole la piel con los dientes para succionarla después, recibiendo un erótico gemido como premio.

—Mi pequeña y dulce Elvia —gruñó contra su piel. Sus manos habían vuelto a sus pechos, apretándolos por encima del corsé. Continuó el descenso desde el costado hasta la cintura, le moldeó las caderas y le ciñó las nalgas, atrayéndola contra él, haciéndola notar la erección de la que solo la separaban varias capas de tela—. Eres como una exótica flor y hueles a mis rosas de invierno.

—¿Puedo sugerirte que me quites todo lo que llevo encima? —pidió ella resbalando sus propias manos sobre las suyas—. He de confesar que, de no ser por Elizabeth, mi doncella, no sabría ni como ponerme la mitad de estas cosas. Y hoy insistió en que tenía que verme como un repollo para la cena.

—No te pareces en nada a un repollo —aseguró él ofendido. No sabía cómo se le podía ocurrir a una doncella decirle tal cosa a su señora—. Y me gusta verte así, vestida como una dama de Winteria. Aunque he de reconocer que tus calzas son… Un añadido muy interesante.

—Sí. Te he pillado un par de veces mirándome el culo —le soltó ella con picaresca.

—No puedes ponerle a un hombre delante un manjar semejante y esperar que aparte la vista. Aunque lo he intentado —admitió. Lo que le dijo era que había lanzado miradas asesinas a sus

dos amigos si se les ocurría hacer lo mismo cuando ella llevaba tan revelador atuendo.

—Siento haberte puesto las cosas difíciles… —canturreó.

—Mentirosa.

—Oye. Tú tampoco me lo has puesto fácil paseándote por ahí con esos pantalones de piel.

—¿Me has estado mirando el culo, Elvia Rose?

—Un poquito —admitió, sus mejillas coloreándose de rubor—. Y no siempre a propósito.

—Está claro que no somos unos santos.

—¿Quién quiere ser santo cuando se lo pasa uno mejor ejerciendo de demonio? —chasqueó ella llevándose las manos a la cintura—. ¿Y bien? ¿Me ayudas? Hablaba en serio al decir que no sé cómo quitarme la mayoría de estas cosas. Sé que tiene unas cintas en algún lado, pero…

Sonrió. Era adorable. Siempre lo había sido a sus ojos, pero en este momento, en esta creciente intimidad que nacía entre ellos, su sinceridad y frescura hacían que no se sintiese… tan torpe, por el contrario. Lo hacía recordar quién había sido y hacía que dejase a un lado la vergüenza por quien era ahora.

—Venid aquí, mi señora. —La rodeó, atrayéndola hacia él desde atrás—. ¿Hasta dónde quieres que te desvista?

—¿Hasta el final? —sugirió ladeando la cabeza y mirándole por encima del hombro.

Gruñó y deslizó los dedos dentro de la falda, moviéndolos con cuidado para no arañarla con las uñas, ni cortar accidentalmente su ropa. Sus garras eran duras como el acero y lo bastante afiladas como para cortar la tela.

Las capas de falda y enaguas fueron cayendo una detrás de otra, le soltó los cordones del corsé y dejó que fuese ella quien se deshiciese de la prenda y la blusa que la acompañaba. Para cuando terminó de desvestirla, solo quedaban las botas, las medias y la camisola que a la luz del fuego transparentaba, permitiéndole apreciar las formas de sus pechos, sus oscuros pezones y la uve de vello rojizo entre sus piernas.

—Eso es rapidez. —Se desperezó allí mismo, inconsciente de lo sensual que resultaba frente al fuego—. Gracias, *Bri.*

—Me gusta como suena ese apodo en tus labios —mencionó al escuchar ese apodo cariñoso en ella.

—Entonces, te llamaré así. Si me lo permites.

Asintió con la cabeza y se quedó disfrutando de la hermosa vista que tenía ante él. Era como un sueño poder verla de esa manera, tenerla tan cerca, poder disfrutar de su aroma.

—¿Me dejas hacer lo mismo por ti?

Estaba tan ensimismado en sus pensamientos que tardó un instante en captar sus palabras.

—Si es lo que deseas… —concedió. No pudo evitar tensarse ante la idea de desnudarse ante ella, pero no había llegado hasta aquí para detenerse ahora. La deseaba cada vez más, su polla estaba dura, erecta, confinada en los pantalones. Solo la parte baja de la túnica disimulaba su excitación.

La vio lamerse los labios y caminó hacia él como una cazadora que acaba de vislumbrar a su presa. Sus dedos se movieron con suavidad y eficiencia. Le quitó la casaca y procedió a hacer lo mismo con la camisa. Dada la diferencia de altura, acabó él el trabajo donde ella no llegaba, quitándose la prenda por la cabeza, quedando desnudo de cintura para arriba frente a ella.

Elvia lo recorrió con la mirada. Tenía los ojos verdes brillantes, había deseo en ellos y la manera en que parecía disfrutar de lo que veía lo tranquilizó al momento, haciéndolo sentirse más seguro ante su presencia.

—Y me lo quería perder… —La escuchó musitar. Esas pequeñas manos acabaron sobre él, deslizándose sobre su piel, acariciando la parte más oscura de su piel, notando el cambio de la textura y rodeando sus tetillas con los dedos—. Qué suave y caliente. Me encanta esa dualidad de colores. Sigue el mismo patrón de tu rostro, más claro por el ceño y oscureciéndose hacia los laterales. No debería ocultarte, Bri, eres hermoso. No pueden llamarte bestia cuando eres una jodida escultura de pura masculinidad.

Esas pequeñas manos resbalaron entonces sobre sus brazos, siguieron el mismo cambio en el tono de piel y se detuvieron sobre

sus guantes, los cuales ocultaban las placas de piel que tenía sobre la parte superior de las manos.

—¿Puedo quitártelos? —preguntó mirándole a los ojos.

Asintió dándose cuenta de que no quería ocultarse más de ella. Quería que lo viese entero, tal y como era.

Los guanteletes abandonaron sus manos uno a uno. Ella volvió a resbalar los dedos e incluso se llevó el dorso de su mano contra la mejilla, algo que lo descolocó por completo.

—Confío en estas manos, Briar —le dijo mirándole a la cara—. Así que no tengas miedo de tocarme con ellas.

Si lo que quería era ponerle de rodillas, por Dios que iba por buen camino.

El fajín de su cintura fue lo próximo en abandonarle, seguido por las botas a las que tuvo que explicarle cómo se desabrochaban. Al final quedó de pie delante de ella, llevando tan solo las calzas, sin nada que disimulara la erección que empujaba contra el cierre abotonado de los pantalones.

La vio morderse el labio, admirándolo del mismo modo en que él la había admirado a ella. Desde la cabeza a los pies, terminados también en garras. Se relamió como una gatita. Su excitación le acarició la nariz, incrementando la suya propia. Elvia se quitó sus propias botas, siguió con las medias y detuvo esas pequeñas manos sobre la tela de la camisola.

—Juntos —musitó, su mirada se clavó en sus calzas, dejando clara cuál era su petición.

Briar tragó, desató el pantalón y se lo quitó al mismo tiempo que ella se quitaba su propia prenda. Ambos quedaron completamente desnudos uno frente al otro.

—Ay, madre… —farfulló ella mirándole y abanicándose con la mano—. No tienes nada pequeño, ¿no?

La miró sin entender, a lo que ella agitó la mano, su rostro coloreándose más y más.

—Nada, nada —balbuceó—. No me hagas ni caso. —Se mordió el labio inferior y lo recorrió de nuevo de la cabeza a los pies—. No hay nada en ti que no sea perfecto, Briar.

Él redujo la distancia entre ambos, encontrándola ahora más pequeña comparada con él, tan delicada y preciosa. Le temblaban las manos cuando las posó sobre sus hombros. No podía dejar de mirarla, de asombrarse con la mujer que tenía frente a él. Si bien había tenido amantes en el pasado, todas ellas palidecían en comparación con su Elvia Rose. Ella no lo miraba como a un príncipe, ni siquiera como a una bestia, solo lo estaba viendo a él, a Briar, y era una novedad.

Se dejó caer de rodillas ante ella, sobresaltándola. Le envolvió la cintura con los dedos, su piel más oscura contra la suya más clara, sus garras sobre esa suavidad.

—Prometo cuidarte con todo lo que soy y seré, mi rosa de invierno —le dijo levantando la cabeza para encontrarse con su mirada—. Winteria está a tus pies, hoy y siempre.

—Briar… —Susurró su nombre y se inclinó hacia delante, rodeándole con los brazos, fundiéndose con él, piel con piel—. Eres demasiado dulce para ser real, mi príncipe. —Sus manos acabaron entonces en su rostro, enmarcándoselo—. Vine a este mundo por ti, así que tómame. Soy tuya.

—¿Estás segura, Elvia?

Asintió y le acarició los labios con los suyos.

—Quiero tu boca y tus manos sobre mí. Quiero tu piel pegada a la mía. Quiero todo lo que puedas darme, Briar —confirmó con un beso que no hacía más que reforzar sus palabras.

—Elvia.

No fue necesario que se lo dijese dos veces. Tomó su boca allí mismo. La besó profundo, con hambre, disfrutando de su sabor y de tener ese cuerpo suave y cálido contra el suyo. Se levantó con ella, sus piernas envueltas en torno a su cadera, sus manos debajo de esas prietas nalgas y la tumbó de espaldas sobre la cama.

—A partir de este momento, eres mía, Elvia Rose.

—Sí, por favor.

La besó en la boca una última vez y procedió a venerar su cuerpo como quería. Lamió cada centímetro de su piel, quería grabarse su sabor para siempre. Se apropió de sus pechos, disfrutó de sus pezones, succionándolos, jugando con ellos mientras ella se

retorcía bajo él. Se tomó su tiempo para jugar, para descubrir qué la hacía jadear o gemir de placer, descubrió que tenía cosquillas en torno al ombligo y, cuando al fin hundió la cabeza entre sus piernas, supo que ya no volvería a ser el mismo después de probarla. La lamió a placer, bebiendo de su sexo como un hombre sediento, degustando cada instante del deseo femenino e incrementándolo a fin de conseguir de ella lo que deseaba; su rendición total.

Se corrió gritando su nombre contra su boca y fue el momento más satisfactorio de su vida. Elvia se daba a él con absoluta generosidad, respondía a sus besos, le recorría el cuerpo con las manos, tocándole sin reparos ni fingimientos. Podía oler su deseo, sentir su placer y eso no hacía más que incrementar el suyo.

—Bri, te necesito… —gimió contra su boca, aceptando su beso, saboreándose a sí misma en su lengua—. Te quiero dentro.

—¿Estás segura? —Se moría por entrar en ella, pero si lo hacía, sabía que no habría vuelta atrás, que no podría parar.

—Más que segura —ronroneó acercándolo más a ella—. Te necesito en mi interior, follándome hasta que no puedas más…

—Dices las cosas más dulces…

Ella se rio contra sus labios, lo besó y le susurró.

—No me hagas esperar más. —Empujó las caderas contra él, frotándose contra su dura erección.

—Vas a matarme, mi rosa.

—Ya lo veremos. —Demandó un beso y se lo dio gustoso.

—Si es demasiado para ti, dímelo y pararé —le dijo siendo muy serio—. Hablo en serio, Elvia.

—No me harás daño, Bri, estoy hecha para ti —le aseguró ella, deslizando la mano entre sus cuerpos y acariciándole la polla—. No seas malo y dámela…

—Joder —rezongó, usando la palabra que solía salir tan a menudo de la boca femenina.

—Sí, justo eso, Bri —sonrió ella contra su boca—. Jódeme de una vez.

—Pero qué boca más sucia tienes…

—¿Es un problema para ti?

—Dios, no —admitió divertido—. Eres la horma de mi zapato.

Una horma que, como comprobó, encajaba a la perfección.

Entró en ella con cuidado, dejando que su cuerpo se acostumbrara a su tamaño. La escuchó jadear, pero impulsó las caderas pidiendo más, haciéndole llegar más adentro hasta que estuvieron tan unidos como podían estarlo.

—¡Oh, Dios mío!

—¡Elvia!

Ella era perfecta. Húmeda, caliente y ceñida alrededor de su polla. No había mayor tortura, ni mayor liberación que esa. Se tomó unos instantes antes de retirarse y volver a entrar. Se movió despacio, escuchando sus gemidos, notando las pequeñas uñas clavándose en sus brazos. La montó suave al principio, disfrutando de esa deliciosa fricción, y empezó a ganar intensidad a medida que el deseo se apoderaba de él, de ambos. Ella era una gatita lujuriosa, una mujer completamente entregada al placer, y no dudó en sacar beneficio de ello. La folló como deseaba, hundiéndola en su cama, haciéndola gritar su nombre una y otra vez. Estar con ella de esta manera era el maldito paraíso y no quería abandonarlo, no deseaba volver a ese mundo frío y yermo, en el que solo era el señor de un castillo encantado. Quería quedarse aquí, así, dentro de esta habitación, en esta cama, con ella. Deseaba que este momento durase eternamente, pero el deseo mandaba y el suyo exigía liberación.

—Mi Elvia, mi dulce y caliente Elvia —gruñó bombeando en ella, gimiendo de puro placer.

El cuerpo de su amante se adaptaba perfectamente al suyo. Estaban hechos el uno para el otro.

—¡Briar!

Cuando un nuevo orgasmo reclamó a su mujer, se dejó llevar, empujando más y más en ella hasta que su propia liberación lo reclamó, dejó escapar un gruñido puramente animal y salió de su interior, corriéndose sobre ella y marcándola como solo un macho podía hacerlo.

Agotado, se dejó caer de espaldas sobre la cama, jadeando en busca de aire mientras esa pequeña gatita se arrastraba para acurrucarse a su lado.

—¿Estás bien? —Buscó su rostro, su mirada y, cuando se encontró con sus ojos verdes y la sonrisa en sus labios, supo cuál era la respuesta.

—Mejor que bien —jadeó ella.

La atrajo sobre él. La quería así, piel con piel, donde pudiese abrazarla y no dejarla ir.

—¿Bri?

—¿Sí, Elvia?

—Puedes follarme así siempre que quieras.

Ante tan sincera respuesta, no pudo hacer otra cosa que echarse a reír.

—Ten cuidado con lo que deseas, mi rosa, o no dejarás esta cama.

—*Um*. ¡Bien!

Briar rompió a carcajadas justo antes de tender a su amada de espaldas y susurrarle pícaro.

—¿Lista para otra ronda?

—Siempre que tú lo estés, mi príncipe, siempre que tú lo estés.

CAPÍTULO 36

Elvia se quedó mirando en silencio al hombre que dormía tranquilo a su lado. El fuego seguía ardiendo en la chimenea, crepitando de vez en cuando. El ambiente había cambiado por completo. Hacía una temperatura agradable, una tranquilidad inexplicable que solo podía etiquetar como paz. Era como si se hubiesen quedado en una burbuja fuera del mundo, un lugar en el que podían ser ellos mismos.

—¿Cómo puede alguien llegar a pensar en ti como una bestia? —musitó, negando con la cabeza—. Eres el ser más dulce, tierno y amable que he conocido en mi vida.

Le apartó un mechón de pelo, acarició una de esas pequeñas trenzas y lo sintió despertar. Se quedó inmóvil, tenso durante unos instantes. Entonces abrió los ojos, murmurando al techo y luego se volvió hacia ella. Y lo que vio en sus ojos fue alivio.

—Estás aquí.

—¿Dónde más podría estar? —susurró, besándole en los labios, apoyándose en él—. Buenos días, Bri.

Esos labios negros se estiraron en una pequeña sonrisa. Entonces miró hacia la chimenea.

—¿Ya ha amanecido?

—Eso creo —afirmó—. Aunque no debe ser demasiado temprano.

—¿Has dormido? —La miró de nuevo.

—Como un bebé —asintió—. Me he despertado hace solo un momento.

—¿Una pesadilla?

Le sorprendió la pregunta casi tanto como el hecho de no haber pensado en ello.

—No —admitió—. No he soñado con nada. Creo que es la primera vez desde que estoy aquí que no sueño.

Briar se volvió hacia ella. Su mano la acarició por debajo de la sábana, una caricia suave, como si quisiera asegurarse de verdad de que estuviese aquí.

—Eres tan suave —murmuró, enterrando la nariz en su cuello, oliéndola—. Hueles a mí.

Un gruñido plenamente satisfactorio escapó de su garganta.

—Me gusta oler a ti. —Y era verdad. Tenía un aroma personal que le encantaba, que lo identificaba solo a él, y tenerlo sobre ella era sumamente erótico.

—No quiero dejar esta cama —gruñó.

—Bueno. No me opongo a quedarme aquí todo el día, pero me da en la nariz que después de no haber aparecido en mi dormitorio anoche y no verme esta mañana, puede que se pregunten si he desaparecido.

—Saben que estás conmigo.

—¿Perdona? ¡Cómo!

—Al servicio del castillo no se le escapa nada, pero no temas. Son muy discretos.

—*Um-hum.*

—¿Quieres irte? —Levantó la cabeza para mirarla—. Puedo acompañarte a tu dormitorio si es lo que deseas.

—¿Me estás echando?

—Jamás.

—Entonces voy a quedarme justo donde estoy —le aseguró, abrazándose a él, resbalando la pierna por encima de él. Su mano le acarició la espalda, bajando por su cadera y nalgas. Sus uñas eran duras contra su piel, pero notó que las había replegado, cerrando los dedos para no arañarla accidentalmente—. No me arrepiento de nada, Briar. Quiero que lo sepas. Quería esto. Te quería a ti. No cambiaría esta noche por nada en el mundo.

—Yo tampoco, mi Elvia —aseguró, besándole la cabeza—. Yo tampoco.

El fuego de la chimenea chasqueó, emitiendo unas chispas naranjas que saltaron en el aire. Volvió la mirada y la cama se movió

o quizá fueron las paredes. Fue un temblor repentino, seguido de una especie de rechinar, como si el castillo se asentase. Fue fugaz, pero no lo pasó por alto, como tampoco la reacción de puro dolor que dominó a su amante. Fue como un dolor físico, se tensó por completo, apretó los dientes y contuvo el aliento.

—Briar, ¿qué pasa?

Dejó escapar un bajo alarido que la asustó.

—¡Bri!

Hizo a un lado las sábanas y saltó de la cama.

—Quédate aquí —gruñó y, cogiendo la primera prenda que encontró, salió como una exhalación del dormitorio.

—¿Que me quede? Y una mierda.

Saltó detrás de él, se coló la camisola por la cabeza, se calzó las botas y se puso la casaca masculina antes de salir corriendo detrás de él.

Ya no lo vio en el pasillo, pero escuchaba sus pasos. Estaba subiendo a la torre. Dudó, pero solo unos segundos. Voló escaleras arriba, llegó a verle entrar en aquella habitación. Ella se detuvo en el umbral. Él estaba de espaldas a ella, solo vestido con sus pantalones, con la mirada fija en el invernadero de cristal.

—¿Bri? —susurró. Lo último que quería era sufrir su ira, como la vez anterior, pero no quería dejarle solo—. ¿Briar?

—¡Te dije que te quedases en la habitación!

Esta vez no se amilanó ante su fiera respuesta. Sabía que no estaba enfadado con ella, solo era una reacción propiciada por la frustración y la desesperación.

—No voy a dejarte solo con esa perra —declaró con firmeza, dejándole claro que no pensaba moverse de donde estaba.

Él dejó escapar una risa amargada y se volvió a mirarla.

—No es necesario que esté aquí para jodernos a todos —replicó y señaló con un gesto hacia el interior de la torre—. Acaba de caer otro pétalo. Ya solo quedan dos.

Ella frunció el ceño.

—¿Dos pétalos? ¿Qué tiene eso que ver con…?

—Es una cuenta atrás, Elvia Rose —le dijo con derrotado—. Cuando caiga el último pétalo de la rosa, todo habrá acabado.

Su corazón se saltó un latido ante el significado de esas palabras.

—La maldición será para siempre —concluyó él, confirmando con sus palabras lo que acababa de comprender.

—No. —Negó decidida—. No dejaré que eso suceda.

—No queda tiempo… —le dijo y se dirigió de nuevo hasta ella, haciendo que pudiese ver el rosal—. Vámonos. No pienso desperdiciar un solo instante de los que me queden contigo…

Le cogió el rostro entre las manos y bajó sobre su boca, devorándosela, dejando patente su rabia, pero también su deseo.

—Briar… —jadeó al sentir su mano bajo la chaqueta, acariciándole el pezón.

—Si no quieres, dímelo ahora, Elvia Rose —gruñó, empujándola contra la pared, engulléndola con su cuerpo, calentándola, haciéndola olvidar ese frío corredor.

Ella gimió cuando su otra mano se metió bajo el borde de la tela y encontró su sexo.

—A la mierda —jadeó, atrayéndolo más hacia ella, desatándole el pantalón y tomándolo en sus manos—. Siempre voy a quererlo todo contigo.

Gimió. Un gemido ronco, erótico, la levantó sin esfuerzo, envolviéndole las piernas en torno a su cintura. La punta de su polla ya posicionada en su entrada, lista para entrar en ella. Y lo hizo, rápido, profundo, arrancándole un jadeo de puro placer.

Esta vez no hubo palabras bonitas, ni preliminares, él la necesitaba, ella le deseaba, así que se entregaron al placer, pura y llanamente. Fue un polvo rápido, intenso y disfrutó de cada embestida, entregándose completamente a él y sucumbiendo en sus brazos al más intenso y delicioso de los orgasmos.

—¿Es… Estás bien? —Logró preguntarle cuando consiguieron bajar de esa nube de lujuria. Ella seguía todavía entre sus brazos, pegada a su cuerpo, bajándose de la montaña de placer.

—Eso tendría que preguntártelo yo a ti —gruñó él. Se arregló el pantalón, todo ello sin soltarla—. He sido muy brusco contigo. Perdóname.

—Bri. Tengo las piernas de gelatina y una sonrisa tonta en la cara. Eso en mi mundo se le llama *«estar bien follada»* y es delicioso.

Su respuesta fue sostenerla en brazos y besarla, ahora con suavidad.

—Eres demasiado buena para ser real.

—Soy muy real. —Le peinó el pelo con los dedos—. ¿Estás bien?

—Mientras pueda tenerte así, lo estaré.

—Bien. —Lo besó con suavidad.

Elvia optó por no decir nada al respecto de lo que había pasado allí dentro. No de momento, al menos. No quería preocuparle más de lo necesario.

—Volvamos a la cama. —Lo cameló—. Déjame que te muestre lo mucho que me gusta tenerte para mí sola.

—Como desees, mi rosa de invierno.

CAPÍTULO 37

Horas después…

—¿Dime qué estupideces he soltado por esta boquita?

Briar no respondió. Había cosas que no merecía la pena recordar y London había estado lo bastante borracho como para revivir de nuevo sus propios infiernos personales.

—Lo último que recuerdo fue que besaste a Briar en la cara y te abrazaste a su cintura —mencionó London—. A partir de ahí todo es… Confuso en mi mente.

—Dime que está delirando —gimió su fantasmal amigo. Con la salida del sol, su borrachera se había esfumado, al igual que su cuerpo.

—Elvia Rose abandonó el comedor antes de que empezase todo —les informó. Sabía que al menos eso tranquilizaría la conciencia de su amigo.

—Gracias a Dios —suspiró y lo miró de soslayo—. ¿Te hice algo?

La preocupación estaba presente en su tono de voz y no era por lo que podía haber dicho, sino por lo que temía haber hecho en semejante estado de embriaguez.

—No. —Negó posando la mano sobre su hombro de manera tranquilizadora—. Estabas demasiado ocupado destrozando la mesa del comedor.

—Mierda —siseó y se pasó ambas manos por el pelo rubio.

—Esta mañana ya volvía a estar de nuevo de una pieza —le informó—. El castillo siente aprecio por esa mesa, así que la ha traído de vuelta intacta.

De hecho, solía hacer lo mismo en todo el castillo, salvo el ala oeste. Lo que él había destrozado allí había permanecido hecho pedazos, al menos hasta anoche. Después de que Elvia le hubiese obligado a recuperar lo que era suyo. Sus aposentos habían tenido mucho mejor aspecto esta mañana. El polvo había desaparecido, las grietas más grandes de las paredes estaban reparadas e incluso había algunos muebles que habían aparecido indemnes ocupando de nuevo su lugar original.

El Winteria estaba vivo. De alguna manera, el hechizo había despertado al castillo o quizá fuese la magia primigenia de su reino la que era responsable de esto. De un modo u otro, tenía que estar agradecido, pues su reino no le había abandonado a pesar de que él le hubiese fallado.

—Joder. No había perdido el control de esa manera en… más de medio siglo —aseguró su amigo.

—Más, diría yo —mencionó Tristan sentado al lado de la mesa, repasando un par de mapas. Se habían reunido en el salón azul, como ya venía siendo habitual.

—No volverá a pasar. Lo juro —aseguró London.

—Está bien, Lon —le restó importancia—. Deberíamos haberlo hecho más a menudo.

Ambos se volvieron hacia él como si acabasen de salirle cuernos.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con el príncipe?

Puso los ojos en blanco, pero entendía su reacción.

En todas estas décadas, más de cien años, no se había sentado realmente con ellos, no como antaño. Esa noche había cambiado las cosas, pero sobre todo lo había cambiado a él.

—Ha sido culpa mía —añadió. No le resultaba fácil admitir que se había equivocado, pero tenía que hacerlo. Necesitaba hacerlo para poder continuar—. Me he encerrado en mí mismo durante demasiado tiempo, me he regodeado en mi autocompasión y no he mirado más allá, no realmente. Os dejé fuera, aun cuando sabía que vuestro sufrimiento era culpa mía.

—Las decisiones que tomamos esa noche, las tomamos voluntariamente, Briar. —Escuchar a Tristan dejar a un lado su

habitual protocolo y hablarle como cuando eran solo dos niños, fue su forma de decirle que no lo culpaba de lo sucedido—. Debí protegerte, como nací para hacer. Pero no pude hacerlo.

Negó con la cabeza.

—Estuviste allí, conmigo. Te quedaste cuando todo el mundo salió huyendo. Te plantaste y me defendiste incluso cuando deberías ser el primero en haberme atravesado con tu espada —replicó mirando a su capitán de la guardia—. No tengo nada que reprocharte, Tristan. Todo lo contrario. Solo tengo gratitud por tu lealtad hacia mí, *hermano.*

El hombre lo miró a los ojos y asintió con la cabeza. Sabía que no iba a obtener nada más de él, pero tampoco era necesaria una respuesta verbal. Ellos dos siempre se habían entendido así y seguirían haciéndolo hasta el fin de los tiempos.

—Siempre me tendréis a vuestro lado, príncipe Briar —declaró con esa firmeza tan característica suya.

—Dios, ¿vamos a ponernos sentimentales? —rezongó London, pero en sus ojos podía ver una nueva luz y una comprensión tan profunda como el mar.

—No. —Negó él con rotundidad.

—Bien. No lo soportaría —aseguró con esa particular sonrisa suya. Entonces, dio un paso adelante y se apoyó en él—. Vale, dado que nosotros nos quedamos completamente K.O. anoche, ¿vas a decirme por qué hoy por la mañana todo el mundo estaba sonriendo como bobalicones? Lo que he oído por ahí…

—No se habla de otra cosa… —admitió Tristan, lo que era en sí mismo una novedad.

—Elvia ha despertado el salón de baile —les informó, aunque sabía que eso no era lo que estaban preguntando.

—¿Qué? —London casi se cae del susto—. Espera, eso no era lo que… Es igual. Lo diré de nuevo. ¿Qué?

—¿Cómo? —preguntó también Tristan, tan sorprendido como su compañero.

Si tenía que guiarse por la explicación de la chica, había sentido que algo la llamaba y se había dirigido al ala sur.

—Algo la llamó desde ese lugar —mencionó en voz alta—. Las puertas se abrieron para ella, el fuego se encendió y… parece que el castillo quiso mostrarle lo que pasó esa noche.

—Joder…

Había notado el estremecimiento desde sus cimientos. Los tres habían notado que algo no iba bien, él mismo rememoró el miedo y la rabia que lo envolvieron aquella noche, al igual que lo hizo London. Lo supo, simplemente supo que estaba pasando algo en el salón de baile y salió como una exhalación. Y se la había encontrado allí dentro, iluminada por la fría luz de las lámparas, con todas las chimeneas ardiendo. Estaba blanca como la cal, pero había una pena, un dolor y una profunda rabia en ella como nunca la había sentido antes.

—Cuando la encontré estaba tirada en el suelo y su rostro… —Se estremeció al recordarlo—. Había surcos de sangre por sus mejillas.

Ambos se quedaron impactados.

—Lágrimas de sangre… —musitó London.

Briar asintió.

—¿Ella está bien? —Se interesó Tristan.

—Lo está —afirmó con la cabeza—. Se asustó, pero… Era mayor su enfado que su miedo. Dice que vio… Lo que vio se aleja bastante de lo que recuerdo con respecto a la hechicera. Dice que… parecía regodearse en sus acciones, que se sintió vencedora, como si fuese algo que hubiese estado buscando y su llegada no hubiese sido fortuita.

—Te lo dije. —Los ojos claros de su consejero cayeron sobre él —. Esa perra no llegó al castillo por casualidad, Briar. Tenía un propósito y se encargó de llevarlo a cabo.

Sí. London había barajado esa posibilidad desde el principio. Todos ellos lo habían hecho, en realidad, pero ninguno había conseguido dar con el porqué.

Ojalá algún día pudiese tener esa respuesta en sus manos.

—Puede que nunca lo sepamos, pero si tenemos la oportunidad… —mencionó Tristan, pero no llegó a terminar la frase.

—¡Príncipe Briar! ¡Alteza!

La voz de Paisley les llegó incluso antes de que el hombrecillo irrumpiese en el salón con la cara congestionada.

—Alteza…

—¿Qué ocurre, Paisley?

—La nieve… la nieve…

—¿La nieve? —repitió London sin entender.

—Tranquilo, viejo. Respira. —Tristan ya se había adelantado y conducía al hombre hacia una silla vacía, pero este se plantó y negó con la cabeza.

—La nieve no está —consiguió decir el hombre—. Las terrazas delanteras y los jardines… No hay nieve. Se ha derretido.

—¿Cómo? —London se adelantó a su propia pregunta, igualando su incredulidad.

—Las plantas, milord —le dijo el mayordomo antes de volverse a él con lágrimas en los ojos—. Los rosales de los jardines delanteros… Están floreciendo.

Si le hubiesen golpeado en la cabeza con algo, no se encontraría más sorprendido.

—¿Qué has tomado, viejo? Es demasiado temprano para ponerse a beber —chifló London, a quien le costaba aceptar semejante explicación.

El hombre sacudió la cabeza y se acercó a él con tono implorante.

—Venid a verlo, alteza —suplicó, señalando hacia la puerta—. Vedlo por vos mismo, por favor.

Asintió y señaló la puerta.

—Veámoslo, Paisley.

El hombre asintió y volvió a salir a la carrera. Pronto estuvieron todos ante la puerta principal, en el exterior y, ante ellos, se encontraban las terrazas que hasta ayer habían estado cubiertas de nieve, completamente limpias.

—La nieve se ha derretido… —London estaba tan asombrado como él mismo.

—¿Cómo…?

Elvia. Esto era por ella. Por su presencia en Winteria, comprendió Briar. Desde el momento en que llegó a este lugar, las

cosas empezaron a cambiar. Ella era la que estaba descongelando el palacio y, posiblemente, el reino.

—Elvia Rose —pronunció en voz alta, mirando los rosales que, tal y como había dicho el mayordomo, habían empezado a brotar—. Ella ha empezado y tenemos que seguir su ejemplo.

Se lo había prometido. Le prometió que recuperaría lo que esa hechicera le había robado y ya era hora de que hiciese honor a esa promesa.

—Paisley. Ordena a los sirvientes que empiecen a airear las habitaciones del ala sur. Que abran las ventanas, retiren los cascotes, las cortinas, lo que sea necesario. Si algo se puede reparar, que así sea, sino alimentaremos el fuego de cada una de las chimeneas del castillo con ello.

—Oh, sí, mi príncipe. Formaré enseguida las cuadrillas para la limpieza. —El mayordomo pareció sumamente emocionado de poder cumplir con sus órdenes.

Asintió y miró a sus compañeros, sus dos amigos. No estaba acostumbrado a pedir las cosas, a pedir ayuda, pero era hora de aprender a hacerlo.

—El ala oeste —dijo mirándolos a uno y a otro—. Voy a necesitar algo de ayuda para… traerla de vuelta.

No hubo vacilación por parte de ninguno de ellos.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó London con absoluta seguridad.

—Solo decid lo que necesitáis, mi príncipe —corroboró Tristan.

Cabeceó a modo de asentimiento y se volvió hacia el mayordomo, que ya iniciaba la retirada para cumplir sus demandas.

—Y una cosa más, Paisley —le pidió—. Necesito que la sala de música esté lista para esta noche. Lady Elvia Rose y yo cenaremos allí. Encárgate de que el salón de los espejos brille y… Mira si puedes encontrar a alguien en el castillo que sepa tocar algún instrumento.

—¡Sí, mi señor! —El hombrecillo iba a explotar de felicidad. Dio media vuelta y entró gritando—. ¡Señora Doubs! ¡Señora Doubs! ¡Tenemos trabajo! ¡El amo quiere que el castillo vuelva a brillar!

—Así que los rumores sí son ciertos, ¿eh? —inquirió London en voz baja, mirándole conocedor—. Winteria ya tiene señora.

Le devolvió la mirada.

—La tiene. —Se limitó a decir, sabiendo que ninguno de sus compañeros necesitaba de más explicaciones—. De todas las rosas de este reino, es la única que ha sido capaz de derretir el hielo que me consume. Es ella, London… siempre será ella.

Su amigo asintió.

—Y esa es la mejor noticia que podías darnos, ¿verdad, Tristan?

—Desde luego que sí —aseguró el capitán de la guardia—. La mejor.

CAPÍTULO 38

Apricow Green
Idaho
Estados Unidos

—¿Has hablado ya con Sam? ¿Tiene alguna idea de quién entró en tu casa?

Arthur negó con la cabeza mientras miraba una vez más por el retrovisor. Hacía un buen rato que venía viendo las luces de un coche en el espejo, pero no parecía tener la más mínima intención de adelantar.

—No. Ni la más mínima —negó volviéndose a su acompañante —. La manera en que revolvieron todo… Estaban buscando algo, pero ¿en mi casa? ¿Qué narices se pensaban que podían encontrar?

—Es la primera vez en todo el tiempo que llevo viviendo en Apricow Green que oigo que suceda algo semejante —admitió ella—. No somos una comunidad conflictiva, por el contrario. En este pueblo nunca ha pasado nada.

—Hasta este último mes… —resopló. Él y su hija se habían convertido en el cotilleo municipal. La cantidad de estupideces que estaba escuchando sobre la desaparición o ausencia de Elvia Rose empezaba a ponerlo realmente de mal humor. ¿Cómo podían pensar algo así de ella? ¿Cómo sus propias compañeras de trabajo podían dar pábulo a tales estupideces?

—¿Crees que pudo haber sido *él*? —preguntó Emma. Sabía a quién se refería, pues había sido otra de las grandes novedades en su vida esas dos últimas semanas—. Deberías dar parte a la Policía. Ese hombre te ha estado acosando…

—Le advertí que si volvía a cruzarse en mi camino, lo haría —confirmó arrugando la nariz—. No me sorprende que Eliot lo expulsase de la empresa. Ese tipo no está bien de sus cabales.

Miles Wilkins había sido el socio de su actual jefe hasta hacía unos seis meses, cuando él descubrió que estaba metido en algún asunto turbio y decidió poner punto y final a la sociedad. Desde entonces, el hombre se había presentado en la empresa al menos dos veces, que Arthur fuese consciente, profiriendo amenazas y reclamando algo sobre una fórmula. La segunda de esas veces irrumpió en el laboratorio. Se coló sin que nadie lo viese. No tenían idea del tiempo que habría estado allí, pero a juzgar por su actitud cuando uno de los técnicos lo descubrió, no parecía haber encontrado lo que había venido a buscar o, en este caso, robar.

En esos días había estado probando algunas combinaciones, tan solo la base de algo que había estado destilando él mismo en casa y cuyas notas no se encontraban en el laboratorio. No quería echar las campanas al vuelo tan pronto, sobre todo después de lo que le había costado su obsesión. Esta vez estaba decidido a hacer las cosas bien, sobre todo porque le gustaba la franqueza de su jefe y las ideas que tenía para su empresa, le gustaba su nuevo trabajo y estaba dispuesto a contribuir con sus conocimientos para sacar al mercado una fragancia que supusiese un antes y un después para ambos.

Como fuese, lo que quiera que hubiese visto u olido ese lunático lo había llevado a dejar de presionar a su jefe o a la expresa e intentar obtener lo que deseaba por otros medios.

Lo interceptó esa misma semana, justo antes de subirse al coche. Le ofreció una desorbitada cantidad de dinero por la fórmula que estaba creando. Se presentó como el verdadero dueño de la empresa y le contó una versión distorsionada de la realidad. Como se negó no solo a escucharle, sino que rechazó de pleno cualquier contacto con él, el tipo decidió dejar las buenas formas a un lado y pasó a las amenazas.

Después de eso no volvió a saber de él, ni siquiera volvió a pasarse por la empresa y, si lo hizo, no lo había visto. Había puesto al corriente a Eliot de lo sucedido, no quería malos entendidos y

este, no solo se lo había agradecido, sino que prometió tomar cartas en el asunto.

Y esa misma semana alguien había entrado en su casa por la mañana, poniéndolo todo patas arriba. Él se había enterado al llegar a casa y ver el coche de la Policía delante y a uno de sus vecinos diciéndole a Sam que había visto a un tipo salir de la casa y montarse en un vehículo de color negro. Ni el coche ni el tipo eran de la zona, ya que de ser del pueblo lo habrían reconocido.

Eso era lo que lo había llevado a pensar en la posibilidad de que hubiese sido ese lunático y, por lo mismo, puso en conocimiento de su jefe esa misma mañana el episodio. Su jefe le había prometido tomar cartas en el asunto. Si realmente ese imbécil estaba detrás del allanamiento a su casa, iba a tener serios problemas.

Así que, por si no tuviese suficiente con intentar encontrar la manera de cruzar ese zarzal para traer a su hija a casa, ahora también tenía a un lunático rondándole a la espera de conseguir de él lo que no pudo conseguir de su jefe.

Elvia Rose. No podía quitarse de la cabeza su voz aquella mañana en la cocina. Solo el saber que Emma también la había escuchado había impedido que empezase a pensar que se estaba volviendo loco de verdad.

Estoy bien, papá.

Esas palabras habían supuesto un antes y un después para él. Fue lo único que necesitó para presentarse el lunes en su nuevo trabajo y afrontar aquella nueva etapa de su vida con renovadas ganas. Con todo, no estaría del todo tranquilo hasta que la viese con sus propios ojos, hasta que pudiese tenerla delante y comprobar que esas palabras no habían sido un engaño y sí una realidad.

El vehículo que había visto durante buena parte del trayecto le adelantó por fin, dejándolo atrás. Se estaba poniendo paranoico, lo sabía, pero a estas alturas y después de todo lo que había pasado, ya no se fiaba de nada ni de nadie. Con excepción de la mujer sentada a su lado.

—Voy a dejar el coche en el apeadero —le informó a Emma. Estaban ya en la carretera del bosque. Pronto encontrarían el

remanso a un lado y podrían dejar el coche allí y hacer el camino a pie, tal y como habían planeado.

Esta noche había luna llena. Sabía que era un tiro al aire, pero necesitaba intentarlo aun si el resultado volvía a decepcionarle.

—Tenemos una noche completamente despejada, hay bastante luz para movernos por el bosque —mencionó ella mirando a través de la luna del coche el cielo oscuro carente de nubes.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó una vez más, mirándola de soslayo—. No es necesario que vengas conmigo.

—Elvia Rose también es importante para mí —le aseguró y no por primera vez—. Si puedo hacer algo para ayudar a que regrese a casa, ten por seguro que lo haré. Además, alguien tiene que impedir que hagas algo estúpido.

Sonrió de soslayo, pero no dijo nada. Había cosas en las que no podía ganar y ya se había dado cuenta de que discutir con Emma Petersen era una de ellas.

—Ahí está el apeadero —señaló ella—. Hay otro coche. Creo que es el de Cliff Owens. Desde luego, esas son las jaulas de sus perros.

Lo que quería decir era que el cazador debía de haber venido al bosque a hacer alguna batida con sus perros. No era lo ideal, pero dado que solían moverse por el lado contrario en el que se encontraba el zarzal, no debería haber problema alguno.

—Ponte el chaleco reflectante —le dijo señalando la guantera —. Lo último que necesitamos esta noche es que nos tomen por un ciervo o algo similar.

No necesitó decírselo dos veces, gracias a Dios.

Arthur dejó el coche junto al del cazador y se apeó.

Emma y él acababan de equiparse para entrar en el bosque y cumplir con la misión que les había llevado hasta allí cuando las luces de un nuevo vehículo los cegaron. El motor permaneció en marcha mientras la puerta del conductor se abría y alguien se apeaba de él…

CAPÍTULO 39

Winteria Castle
Reino de Winteria

Esa misma noche…

—¿Y bien? ¿Qué piensas, querida?

Elvia se quedó absorta mirando a la mujer que le devolvía la mirada en el espejo. Había algo en ella que la mantenía atrapada. No era el precioso vestido de baile negro y dorado, ni el elegante peinado. Era su mirada, el brillo de sus ojos, el rubor en sus mejillas, pero sobre todo la sonrisa de felicidad que le curvaba los labios.

Felicidad. Irradiaba felicidad como no la había visto nunca antes en sus ojos. No recordaba haberse sentido antes así, pero tampoco había llegado a enamorarse de un hombre como Briar. Se sentía eufórica, como una adolescente enamorada, deseando reencontrarse con su amor.

—Se va a infartar…

—¿Qué?

—Que hay cierto hombre en este castillo que se va a quedar sin palabras.

—Oh, lo hará, querida, lo hará —aseguró y vio como las dos mujeres se miraban y sonreían.

La señora Doubs era una mujer inteligente y discreta. Esa misma mañana, cuando volvió a su dormitorio para asearse, la esperaba con un té especial y unos bocadillos.

—Tomároslo todo cada día —le había dicho y su mirada dejó claro que no era su bebida habitual; le había preparado un brebaje

anticonceptivo.

Inteligente y discreta.

No hubo comentarios insidiosos, ni miradas culposas. Lo que hacía en la intimidad era asunto suyo y de nadie más. Incluso si esa intimidad era con el señor del castillo.

Que diferencia con su pueblo, donde todo el mundo metía las narices en vidas ajenas, dónde si salías con alguien ya estabas en el punto de mira y automáticamente te convertías en alguien a quien criticar.

Se movió delante del espejo. Parecía una princesa. Le habían colocado una diadema de rosas y la tela del corpiño le ceñía los pechos, elevándoselos. Había elegido esa particular creación burdeos con bordados que realzaban su melena cobriza. No era alguien de colores claros, no quería parecer un pastel, sino ella misma o la versión más sensual de ella misma. Y bendita fuera la señora Doubs y la pericia de su doncella, porque habían conseguido dejarla más hermosa de lo que jamás se había visto.

Necesitaba verse así, pero sobre todo mirarse al espejo y ver esa mujer valiente, alguien capaz de inspirar la esperanza que Briar necesitaba para seguir adelante.

Dos pétalos. Ese era todo el tiempo que tenía antes de que la maldición se asentase para siempre. Y estaba cerca. Algo le decía que estaba muy cerca de romperla.

El cambio ya había comenzado. Prueba de ello era que la nieve se estaba derritiendo en las tierras de Winteria, que las plantas volvían a florecer y el castillo estaba recuperando su calor. Y su príncipe había empezado a hacer frente a esa perra, superando sus miedos, su vergüenza, recuperando una posición que era solo suya.

Su príncipe había empezado a liberarse del hielo que escarchaba su corazón.

—No sé qué haría sin vosotras —aseguró mirando a las dos mujeres—. Sois capaces de convertir una fregona en una princesa.

—Oh, vos jamás fuisteis una fregona, *Elvia* —chasqueó Elizabeth—. Sois una dama de la cabeza a los pies y muy hermosa.

—Os merecéis todas las atenciones, querida. Habéis logrado un milagro —aseguró la señora Doubs—. Mi príncipe está aprendiendo a

volver a sonreír y eso es gracias a vos. La nieve se ha retirado, el castillo está volviendo a revivir… Sois la esperanza de Winteria.

—Sí, Elvia. Sois nuestra esperanza.

—Si tan solo supiera como romper esta maldición…

—Lo sabéis, querida. Está dentro de vos. Lo veréis antes o después y comprenderéis.

Deseaba que las palabras del ama de llaves fueran ciertas y encontrase ese último hilo que parecía escapársele de entre los dedos.

—Vamos. Iros ya. No le hagáis esperar.

Asintió, sonriéndoles a ambas. Las besó rápidamente en las mejillas, haciéndolas reír, y abandonó sus habitaciones.

El calor la siguió nada más salir por la puerta. Las lámparas ahora iluminaban todo el corredor, olía a limpio, a rosas y resultaba sumamente acogedor. Ya no tenía que andar de un lado para otro con un quinqué, lo que era de agradecer.

Sabía por el ama de llaves que Briar había ordenado empezar a limpiar y reparar el castillo y eso sin duda tenía mucho que ver con ese cambio en el aire. No había chimenea que no estuviese encendida, dorado que no brillase, la oscuridad había ido decreciendo bajo la luz de las lámparas que ahora arrojaban un bonito brillo sobre todo el castillo.

Sonrió y agradeció mentalmente a esas paredes que la habían acogido, cobijado y protegido. Su hogar… Después de mucho tiempo, sentía que podía llamar así a un lugar.

Como si hubiesen sincronizado su llegada, Briar y ella se encontraron en el descansillo de encuentro de las dos alas. Los ojos verdes de su amante se abrieron con genuina sorpresa, mirándola como si fuese la primera vez que la veía. Y entonces, allí estaba su hambre, su deseo crudo y desnudo. Se lamió los labios y, sin quitarle la mirada de encima, le dedicó una elegante reverencia.

—En la noche más fría y oscura, un ángel baja a la tierra para iluminarme el camino —murmuró galante—. Me has dejado sin aliento, mi rosa de invierno.

Estaba tan guapo y elegante. Acostumbrada a verle siempre de oscuro, ocultándose bajo la capucha de la túnica, hoy su aspecto era

majestuoso, además de sexy. Había elegido unos colores que hacían juego con su propio vestido, convirtiéndolos en una pareja perfecta.

Elvia se recogió entonces las faldas y ejecutó una cortés reverencia en respuesta a la suya.

—Mi señor —inclinó la cabeza con coquetería—. No eres el único que se ha quedado sin aliento. Estás de lo más atractivo, Briar.

Lo vio sonreír sin despegar los labios, un gesto típico en él. Pero sus ojos, estos eran los que decían tantas cosas sin necesidad de palabras, los que la derretían con tan solo su intensidad.

—¿Me permites acompañarte al comedor? —solicitó tendiéndole el brazo.

—No querría ser escoltada por nadie más.

Enlazó su brazo en el de él, se recogió la falda para no pisar el dobladillo y juntos bajaron la escalinata, listos para disfrutar de una noche solo para los dos.

***

Briar retiró la silla y esperó a que su mujer tomase asiento para ocupar el suyo. Había pedido que acomodasen la sala de música, donde la mesa era más pequeña y el ambiente más íntimo. Habían prescindido de usar ambas cabeceras y ella se sentaba a su derecha, hermosa, sonriente y… ¿Quizá feliz?

Tenerla entre sus brazos, en su cama, fue una experiencia que atesoraría durante el resto de su vida. Ella se había envuelto en su corazón, lo había descongelado y sabía que se quedaría allí para siempre. Era su amiga, su mujer, su amor…

Le cogió la mano y le besó los nudillos.

—Estás hermosísima —le aseguró—. Eres como una radiante rosa de invierno.

—¿Te gusta mi vestido, entonces?

—Me gustas tú. Con y sin vestido. Sobre todo sin vestido. Pero admito que toda esa tela realza tus encantos.

—Briar —se rio.

—¿Eres feliz aquí, Elvia? —preguntó, buscando la respuesta en sus ojos.

—Sí. —Su admisión le quitó un peso de encima—. La verdad es que sí, lo soy.

—Me alegra oírlo. —Le besó de nuevo la mano y entonces se la soltó—. ¿Cenamos?

Asintió y, esta vez, fue él quien le sirvió la comida.

—¿Cómo te deshiciste de Tristan y London?

—Se han esfumado ellos solos después de ayudarme con algunas cosas.

—¿Algunas cosas?

—Hemos estado adecentando el ala oeste —confesó—. Tú tenías razón. Es hora de que recupere lo que esa hechicera me quitó.

—*Perra*, Briar. No es una hechicera, es una perra egoísta.

Había estado tan enfadado, tan encerrado en sí mismo, que solo había recordado sus palabras, aparentemente dulces, casi amables, y no vio más allá de esa ilusión. Pero creía en Elvia, en lo que había visto. Estos cien años de maldición había tenido más que tiempo para pensar en ello, para preguntarse por qué esa noche, por qué esa mujer, y ahora estaba convencido de que el motivo era uno que quizá nunca sabrían.

Venganza.

Su amada pensaba que ese era el móvil, pero por más que se había estrujado el cerebro, había sido incapaz de pensar en alguien que le tuviese tanta inquina, a quién pudiese haber herido u ofendido de tal manera como para provocar semejante reacción.

Ya no importaba. Solo quedaban dos pétalos en la rosa.

Él había llegado tan lejos como había podido, se había rendido al amor como nunca antes lo había hecho, pero ¿podría tener el regalo de que ella también le amase antes de que cayese el último pétalo?

Sabía que le gustaba, que había deseo y lujuria entre ellos, puede que incluso ella le profesase algo de cariño, ¿pero sería capaz de amarlo?

—¿Va todo bien?

Se dio cuenta de que se había quedado callado, mirándola.

—Lo siento. Me quedé absorto contemplándote. —No era una mentira.

—Puedes mirarme todo lo que quieras siempre y cuando me des de comer, porque estoy famélica.

Sonrió y le sirvió.

—Entonces te miraré toda la noche, mi Elvia.

Le sirvió la cena, el vino y, tras hacer lo propio consigo mismo, procedieron a disfrutar de la comida que les habían preparado.

—La nieve ya ha empezado a derretirse también en el jardín del ala sur. Los rosales están en flor. Pequeñas, todavía capullos, pero han resistido al invierno.

—Tus rosas.

Asintió.

—He visto desde la ventana de mi dormitorio que también se está derritiendo en la campiña.

—Winteria está despertando de un largo invierno y es gracias a ti —le aseguró—. Tú nos has devuelto a la vida, Elvia, has traído contigo la esperanza.

—Ojalá pudiese hacer más…

La cogió de la mano por encima de la mesa.

—Has hecho lo que podías hacer. No te haces una idea de lo que has conseguido ya, querida. Has obrado un milagro conmigo.

—Bri…

—Me has devuelto a mi gente. Me has devuelto mi reino. Y me has enseñado que no existe la Bestia, solo los ojos de aquellos que la ven —aseguró. Dejó la servilleta sobre la mesa, se levantó y le tendió la mano—. ¿Bailarías conmigo?

—Debo advertirte que no sé bailar, pero no diré que no a pasar tiempo entre tus brazos —le guiñó el ojo.

—Solo tienes que dejarte llevar —le dijo cerrando los dedos en torno a la mano que acaba de depositar en la suya.

Elvia no pudo evitar admirar la estancia. La sala de música era íntima, colorida, con la misma opulencia del resto del castillo, pero tenía una calidez distinta. Todos sus murales eran florales, había rosas por doquier y el techo era un cielo de verano con angelotes.

La sala estaba dividida en dos. Donde habían cenado había un piano, algunos muebles con partituras y sillones en forma de «s». Y una vez cruzadas las puertas francesas, había un salón de baile con sus suelos resplandecientes y espejos que ocupaban dos de las cuatro paredes. Estaba bellamente decorado e iluminado con lámparas en las paredes y una araña igual de extraordinaria en el techo.

—Esta sala es bellísima —mencionó—. Creo que es mi favorita de todo el castillo.

—Era la sala privada de mi madre. La señora Doubs me contó que solía pasar tiempo aquí, cantando y tocando el piano.

—No tienes muchos recuerdos de ella, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—Como ya te dije, era un niño cuando ellos me dejaron —mencionó—. No recuerdo gran cosa de ninguno de ellos. No conservo ni los retratos. Los… Destruí.

No supo cómo responder a eso, así que le apretó el brazo, consolándole.

—He estado enfadado mucho tiempo, furioso con el mundo, conmigo mismo… Hice cosas que sé que no puedo arreglar ya…

—Briar, lo único que no tiene solución en este mundo y en cualquier otro es la muerte, para todo lo demás siempre existirá un camino —le aseguró.

—Eres muy sabia.

—Soy un refranero andante. Lo heredé de mi padre. —Mencionar a su progenitor la hizo suspirar—. Estoy segura de que alucinaría si me viese vestida así.

—Te encontraría irremediablemente hermosa —aseguró—. Pues lo estás.

—Tú también estás muy elegante y atractivo —lo galanteó—. Incluso diría que te has cortado un poco el pelo, ¿me equivoco?

—No quería avergonzarte.

—Tú jamás me avergonzarías, Briar —le aseguró, tomándole de las manos—. Ven, bailemos.

Tiró de él hacia el ceño de ese pequeño salón que les devolvía su reflejo y entonces llegó la música. Siguió el sonido con la mirada

y encontró a tres miembros del servicio sonriendo mientras tocaban los instrumentos.

—Oh…

—Ander, es el hijo de la cocinera y tiene un don con el violín —le indicó él, señalando a cada uno del terceto—. Emet es el jardinero, el mejor en todo el reino. Ama la música y es capaz de tocar cualquier instrumento. Y George es uno de los primeros lacayos. Fue quien lo organizó todo, después de que se lo pidiese Paisley.

Cada uno asintió en respuesta, agradecidos y orgullosos de que su señor los conociese por su nombre y los apreciase.

—Gracias a todos —les dijo ella—. Lo que tocáis es precioso.

Y lo era, una melodía que invitaba a bailar, a soñar y dejarse llevar.

—Mi señora. —Briar la tomó entre sus brazos, le ciñó la cintura, le colocó el brazo sobre su bíceps y tomó su otra mano en la típica postura del vals—. Solo déjate llevar.

Siempre se había tenido por un pato mareado cuando, antes de que todo explotase, había asistido a alguna fiesta con su padre. Solía declinar las invitaciones a bailar, porque le daba vergüenza pisar a alguien, pero entre sus brazos se sentía segura, arropada y no pudo evitar apoyar la cabeza contra su pecho, dejándose mecer.

—No quiero que esta noche termine —murmuró, sintiéndose como en un sueño—. Quiero quedarme así contigo, para siempre.

—Nada me gustaría más —aseguró moviéndose con ella por el salón—, que tenerte junto a mí durante toda la eternidad.

Levantó la cabeza y se encontró con esos ojos verdes llenos de anhelo fijos en ella.

—Sé que soy egoísta al decir esto, pero eres lo que siempre deseé y nunca pude tener. Eres quien pensé que nunca llegaría a mi vida, pero aquí estás. Cruzaste las zarzas para convertirte en mi esperanza. Te opusiste a mí, te quedaste a pesar de mi comportamiento, me enseñaste a amar, Elvia Rose, me has enseñado a amarte —confesó dejándola pasmada—. Te quiero, mi rosa de invierno. Déjame ser un poco egoísta ahora y decírtelo, déjame tenerte solo un poco más junto a mí…

Se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Él la quería? ¿A ella?

—Elvia, no llores…

Sacudió la cabeza y sonrió.

—Sé que no soy digno de ti, pero…

Lo silenció con los dedos.

—¿Lo dices de verdad? Tú… ¿Me quieres?

Asintió.

—Sí.

—¿A mí?

—A ti. —Le acarició el rostro, limpiándole las mejillas—. No existe nadie más digno de ser amado que tú.

—Oh, Briar. —Lo abrazó. Los brazos de él la rodearon, apretándola contra sí—. Yo…

No pudo hablar, no porque no tuviese palabras que decirle, ni porque no estuviese muriendo de felicidad ahora mismo. No habló porque el castillo se estremeció como si acabase de sacudirlo un terremoto y ambos lucharon por mantenerse en pie.

—¿Qué demonios está pasando?

—El rosal… —murmuró quedándose repentinamente blanco—. Ha perdido… otro pétalo…

Pero no era lo único, comprendió cuando Tristan apareció a la carrera, con su atractivo rostro igual de pálido. Frenó en seco justo cuando el suelo dejaba de vibrar y el castillo volvía a aquietarse.

—Alteza… —Que lo llamase así no era un buen presagio—. *Es el Pozo*. La verja se ha abierto.

Los ojos de Briar cayeron sobre ella con extremo dolor.

—Te están llamando a casa.

—¿Qué? —Sacudió la cabeza—. No. No he roto la maldición. No he terminado aquí. No. No puedo dejarte…

La sola idea la sofocó. No quería abandonarle, dejar este lugar, a su gente…

—Nadie ha cruzado —confirmó Tristan, su expresión igual de angustiada que la de su amo.

Los dos hombres se volvieron a mirarla.

—No te atrevas… —Lo señaló.

—Algo ha tenido que ocurrir en tu mundo… O a ti.

—Yo estoy perfectamente, no hay nada… —Las palabras se le atascaron en la garganta. ¿Su padre? ¿Le habría sucedido algo a él? —. Briar, ¿es mi padre?

—No lo sé —confesó, pero su rostro se endureció—. Solo hay una manera de averiguarlo. Vamos.

La cogió de la mano y tiró de ella fuera de la sala.

El espejo, comprendió Elvia cuando la guio de vuelta a sus aposentos. Subieron las escaleras a la carrera, irrumpieron en la habitación que tan solo la noche anterior había sido su refugio, donde ambos se amaron, y Briar descorrió el cortinaje.

La miró y juntos posaron su mano sobre el cristal.

—Muéstrale lo que la llama —pidió él.

—Muéstrame a mi padre.

Como aquella primera vez, el espejo se reconstruyó, se oscureció con la niebla y acto seguido apareció la imagen.

—¡No! —jadeó al ver lo que le mostraba el espejo—. Oh, Dios mío. ¡Papá! ¡Papá!

Su padre se llevaba una mano al costado. Había sangre en su camisa. Alguien lo amenazaba con un cuchillo, pero no era capaz de ver de quién se trataba. Lo vio trastabillar, estaba a punto de caer y entonces… el espejo se oscureció.

—¡No! ¡Papá! ¡Papá! Oh, Dios mío. —Se llevó las manos a la cabeza, las piernas le fallaron y acabó amortiguando la caída con la voluminosa falda de su vestido—. No, no, no. Mi padre, no. ¿Por qué? Tengo… Tengo que ir… Tengo que ayudarle. Oh, Dios. —Levantó la cara y miró a su amante, su rostro serio, duro, sus ojos llenos de dolor, pero resolutivos.

—Ve, Elvia Rose. Eres libre. Vuelve a su lado.

Sintió que el corazón se le rompía en pedazos, miró el espejo y se las ingenió para ponerse en pie.

—Pídele al pozo que te lleve junto a él —le dijo y le hizo entrega de un enjoyado cuchillo—. Llévatelo. No puedo acompañarte, amor mío, pero no te enviaré allí desarmada. —Declaró con firmeza—. Vamos. De prisa.

Se espabiló solo porque él estaba al mando. Se quitó el vestido. No podía cambiarse con rapidez, no había tiempo para eso.

Se quedó en ropa interior y él la cubrió con su propia casaca. Atravesaron el castillo a la carrera. Tristan y London les dieron alcance en la puerta.

—¿Briar? ¿Qué está pasando? ¿Por qué…? —London se cayó al verla.

—Tiene que volver. —Fue todo lo que dijo su amante, mirando ahora al capitán—. Hay que llevarla al *Pozo* para que cruce.

—¿Estás seguro? Estás muy cerca…

—Han apuñalado a su padre —siseó pasando delante de ellos —. No la privaré de estar a su lado en sus últimos momentos.

—Mierda —masculló London, pero no dudó y siguió la estela de su compañero.

Cada paso se volvía más y más pesado. Intentaba avanzar, pero sentía como si algo tirase de ella de vuelta, como si intentase retenerla allí. Sabía que tenía que avanzar, seguir adelante, pero hacerlo significaba darle la espalda a algo que ya había decidido quería para sí. Se encontraba dividida en dos. Aterrada por lo que había visto en el espejo, desesperada por poder llegar a tiempo y al mismo tiempo, reticente a continuar, pues no sabía si podría volver aquí una vez hubiese abandonado este lugar.

La verja que cerraba el pozo estaba abierta, la nieve había desaparecido y había un murmullo saliendo del pozo.

«Elvia».

«Regresa».

«Sálvale».

«Sálvalos a ambos».

Se detuvo en seco ante la puerta y sacudió la cabeza. Esa voz…

No. Es imposible.

Le dio la espalda a ese lugar, luchando consigo misma, con esa voz que la impulsaba a volver y miró a Briar. Él se había quedado unos pasos atrás.

—Eres y siempre serás mi rosa de invierno, Elvia Rose —le dijo sin apartar los ojos de los suyos, brindándole su fortaleza incluso en la distancia—. Haz lo que debes hacer. Mi amor siempre estará contigo.

No. No podía irse así. Corrió de vuelta a él y se echó a sus brazos, aferrándole y robándole al tiempo esos pocos segundos para poder decirle:

—Te amo, Briar de Winteria —le dijo al oído. Se separó y le cogió el rostro entre las manos, viendo su sorpresa, su dolor, pero también su alivio—. Eres mi corazón y mi fuerza. No me rindo contigo, Bri. Volveré a ti, te lo prometo. Tú eres mi hogar, mi fuego, todo lo que quiero en mi vida. Aguanta un poco más, mi amor, porque voy a acabar de una vez por todas con esta puñetera maldición. —Echó la cabeza atrás y gritó a los cuatro vientos—. ¡Lo amo! ¿Me oyes, perra? ¡Amo a Briar de Winteria y pienso hacer pedazos tu puta maldición!

Dicho eso reclamó la boca de su hombre con un beso desesperado, se arrancó de él y echó a correr de nuevo hacia el pozo. Era ahora o nunca.

—Tristan, London, cuidad del príncipe y no lo dejéis nunca solo —les gritó al pasar junto a ellos—. ¡Volveré pronto!

Poniendo su mente y su corazón en lo que le había dicho Briar, deseó:

«Llévame a casa, llévame con mi padre. Y, por favor, déjame volver cuando todo termine. Deja que me reencuentre con el hombre que posee mi corazón».

Cruzó la verja y fue como si el suelo desapareciese bajo sus pies, el entorno desapareciese, su cuerpo fuese lanzado al vacío y acabase aterrizando un segundo después sobre sus manos y pies.

Una potente luz la cegó, obligándola a levantar el brazo para escudarse. Intentaba abrir los ojos, protegiéndose del foco, cuando escuchó el disparo.

Se le heló la sangre, el aire se le quedó atascado en los pulmones y gritó de puro miedo:

—¡Papaaaaaaaaa!

CAPÍTULO 40

«Te amo, Briar de Winteria. Eres mi corazón y mi fuerza. No me rindo contigo, Bri. Volveré a ti, te lo prometo».

Briar todavía la sentía entre sus brazos, aunque estos estuviesen ya vacíos. Notaba el peso de sus labios, el sabor de su boca aun cuando ella corría hacia el *Pozo*. La miró, la siguió hasta que cruzó aquella verja de hierro y su magia la hizo desaparecer, arrebatándosela.

El suelo bajo sus pies tembló y un dolor agudo le atravesó el corazón, haciéndolo caer de rodillas. Escuchó el grito del castillo, notó como las paredes temblaban aun sin estar dentro, como todo parecía venirse abajo a su alrededor y lo supo; el último pétalo había caído al fin.

«¡Lo amo! ¿Me oyes, perra? ¡Amo a Briar de Winteria y pienso hacer pedazos tu puta maldición!».

Todo se reproducía a cámara lenta en su mente, volvía a escuchar su voz diciéndole al mundo a gritos que *ella le amaba.* A *él*. A la Bestia. Todo ello antes de cruzar ese maldito umbral.

El temblor se hizo cada vez más intenso. Estaba seguro de que el suelo acabaría abriéndose bajo sus rodillas, que cada piedra del castillo se vendría abajo y todo terminaría. Algo se rompió en su interior, resquebrajándose. La había perdido. Había tenido que dejarla ir. No podía soportar el verla triste, verla sufrir, cuando estaba en sus manos evitarlo.

El último pedazo de hielo de su corazón se rompió y este volvió a latir con toda su intensidad. Las lágrimas que no había derramado en cien años acudieron ahora a sus ojos, la sensación de pérdida lo ahogó y su voz se convirtió en un alarido que dejó salir su nombre:

—¡Elviaaaaaaa!

El grito de un animal herido, de una bestia que había aprendido a amar y había renunciado a su amor solo para que ella fuese feliz.

«Te amo, Briar de Winteria».

Un lacerante dolor lo atravesó de lado a lado, atravesándole con la misma intensidad que un millar de agujas al rojo vivo. Habría caído al suelo si no estuviese ya sobre él.

Ella me ama.

La comprensión se fue abriendo camino al mismo tiempo que lo hacía el fuego por sus venas. La conciencia llegó mientras todo su cuerpo se hacía pedazos. Se retorció en el suelo incapaz de emitir una sola palabra, Lo único que salía de su apretada garganta eran gritos de puro dolor, uno tanto físico como espiritual que acabó uniéndose al de otros.

Le zumbaban los oídos, pero reconoció el alarido de London. Intentó abrir los ojos, pero todo lo que llegó a ver fue un cuerpo cayendo también al suelo, retorciéndose como si lo torturaran. Y no era el único. Tristan gritó también, desplomándose, y supo que todo había terminado.

El último pétalo había caído.

El *Pozo* tembló, escuchó el sonido de la verja de hierro sacudiéndose y, haciendo un último esfuerzo para fijar la vista a pesar de las lágrimas y el agonizante dolor, llegó a ver lo imposible. Las zarzas de forja empezaron a moverse como si cobrasen vida, desenredándose, replegándose hasta que aquella jaula empezó a deshacerse. Las succionó la tierra. Fue como si las estuviese reclamando de vuelta. Y cuando la última de ellas desapareció, dejando la magia contenida en el aljibe libre, esta explosionó arrasando con todo a su paso. Los atravesó un haz de luz que se extendió hacia los cuatro puntos cardinales, recorriendo todo el reino y derribando a su paso cada muro, puerta y ventana que se interpusiese en su camino hasta que el hechizo que una vez había contenido Winteria se hizo pedazos.

«Te amo, Briar de Winteria».

Sus palabras se repitieron una y otra vez en su mente. Pero no era solo una frase, era una declaración, la conquista de una

maldición y la clave de su liberación.

Ella me ama.

Del mismo modo en que él la amaba a ella.

Una vez más se rompió. El dolor era insoportable, lacerante y estuvo a punto de perder la conciencia. Le estaban partiendo los huesos de las manos, de los pies. En cualquier momento escupiría los dientes de la boca, pues iba a perderlos también. La sangre saldría a borbotones de su boca, de sus oídos, se le abriría el pecho y moriría allí mismo.

Cerró los ojos y aulló de rabia y también de felicidad. Ella había cumplido su palabra, había roto la maldición liberando su reino. Ya daba igual qué le pasara a él. Elvia estaría a salvo en su mundo, su gente sería libre, eso lo compensaba absolutamente todo.

Se dejó ir, entregándose al olvido, rogando porque este se llevase consigo la horrible sensación que lo recorría por entero. Se entregó a la oscuridad hasta que sintió que navegaba en ella y todo se apagaba a su alrededor.

Un latido. Dos. El aire volvió a entrar en sus pulmones con una gran bocanada. Respiró como si hubiese estado conteniendo el aliento bajo el agua y, al hacerlo, notó ese intenso aroma a rosas y la tibieza del ambiente.

¿Tibieza?

Un búho ululó. El sonido era tan claro que atravesó el silencio, trayendo consigo otro tipo de ruidos que no había escuchado en más de cien años. Grillos, el batir de unas alas, voces apagadas en algún punto a su alrededor.

«¡Briar!».

«¿Está vivo?».

«Dios. Eso espero».

«Está respirando».

«Alteza, ¿podéis oírme?».

Luchó por abrir los ojos. Hizo un par de intentos por levantar los párpados hasta que por fin lo consiguió. Y lo que vio no tenía sentido. Más allá de los rostros que se arremolinaban sobre él, había un cielo cuajado de estrellas. No había una sola nube, solo terciopelo

negro y unos brillantes puntos de luz que no contemplaba desde hacía más de cien años.

—Estás de vuelta. Por todos los dioses, estás de vuelta. —Una carcajada, la voz de London penetró alta y clara.

—Lo conseguiste. Ambos lo hicisteis —aseguró Tristan, con lágrimas en los ojos.

Lágrimas. Tristan estaba llorando.

—Dejadle respirar. No lo atosiguéis. —Allí estaba también la señora Doubs, apartando a sus amigos. Y Paisley, también lloraba—. Todo está bien, Briar. Ya ha acabado.

¿Acabar? Sí. Ella se había ido, había terminado.

Se incorporó poco a poco. Le dolía el cuerpo. Se volvió de costado, apoyando las manos en el suelo en un intento por clavar la rodilla en tierra e impulsarse. Notó la tierra bajo sus manos, tierra seca y cálida que contrastaba con el tono bronceado y liso de su piel. Movió los dedos. Los abrió y los cerró. Sus dedos, humanos, carentes de garras. Deslizó la mirada sobre sus piernas, movió los pies dentro de unas botas que le quedaban demasiado grandes, notando que no había nada que se enganchase en el cuero.

—Briar, ¿puedes levantarte? —Allí estaba London, tendiéndole una mano, Tristan la otra. Tomó ambas y se encontró de nuevo en pie y mirando a la gente a su alrededor. Lágrimas, sonrisas y esperanza, eso era lo que predominaba a su alrededor.

—¿Qué…? —Su voz. Esa cavernosa profundidad había desaparecido, pero no era lo único. Se llevó los dedos a los dientes y no los encontró. Los colmillos que habían llenado su boca no estaban.

Resbaló las manos sobre sí mismo, palpándose, reconociendo las diferencias, consciente al fin de lo que le faltaba, de que al fin se había liberado de la Bestia.

—Tristan… London… —miró a uno y luego al otro, ambos asintiendo en respuesta.

—Se acabó, hermano —aseguró London con esa rotundidad que no dejaba lugar a dudas—. Lo hizo. Elvia ha roto la maldición.

—Bendita sea mi señora —murmuró la señora Doubs—. Pero ¿dónde está ella?

—Ha vuelto a casa, señora Doubs. —Las palabras salieron de su boca con un dolor que era la primera vez que experimentaba, pero también con esperanza.

«Volveré a ti, te lo prometo».

—Pero volverá —añadió confiado. Elvia siempre cumplía su palabra y estaba seguro de que haría hasta lo imposible por volver a su lado.

—¿Cómo que a casa? —preguntó Paisley visiblemente preocupado.

—Hirieron a su padre y el *Pozo* la reclamó —explicó London en voz baja.

—El *Pozo*… —El ama de llaves jadeó—. La verja… Ya no está.

Todos se volvieron hacia el lugar que había ocupado, pero fue él quien caminó hasta el aljibe, apoyando la mano en la construcción de piedra por primera vez en demasiado tiempo.

—La siento… —murmuró. La magia seguía presente, pero no como antes, sino como una presencia amable, casi familiar. Y no se limitaba solo a este lugar en concreto. No. Estaba en el aire, en cada cosa a su alrededor.

Todo había cambiado en un abrir y cerrar de ojos. Fue como si la primavera hubiese llegado de sopetón. Incluso en la oscuridad de la noche, seguía pudiendo ver los árboles, que antes no habían sido otra cosa que ramas desnudas, ahora cubiertas de follaje, notar el mullido suelo bajo sus pies, el aroma de las rosas perfumándolo todo… Winteria había despertado por fin de su letargo y florecía en toda su gloria. No podía esperar a verlo durante el día, a que Elvia viese su mundo bajo esta nueva luz.

—La magia ancestral ha vuelto a Winteria —murmuró. Giró sobre sus ahora demasiado grandes botas y empezó a impartir órdenes—. Paisley, señora Doubs, necesito que revisen el castillo. Cada estancia, cada rincón. Abran todas las ventanas, dejen que el aire puro lo inunde todo. Que entre la primavera y después váyanse a descansar. Mañana va a ser un día ocupado para todo el servicio.

La ilusión volvió a los ojos de los sirvientes y las lágrimas que permanecieron en sus ojos eran lo que su amada habría catalogado como *«lágrimas buenas».*

—Sí, mi príncipe.

—Traedla a casa, Briar. Haced todo lo que tengáis que hacer, pero traed a Elvia Rose a casa.

No sabía quién se sorprendió más de sus acciones, si la mujer o él cuando acortó la distancia entre ambos y la envolvió en sus brazos.

—Ella volverá, *Nana*, antes o después volverá a nosotros —le aseguró, pronunciando el nombre con el que la llamaba siendo solo un niño—. Gracias por cuidarme, incluso cuando no lo merecía.

—Oh, mi niño. —Se le escapó un sollozo, le devolvió el abrazo y volvió de inmediato a adoptar esa profesionalidad tan suya—. Bien, Paisley. Ya ha oído a su alteza. Vamos.

Los dos sirvientes se apresuraron en volver al castillo, lo que lo dejó con sus dos compañeros. Sus amigos, sus hermanos.

—Tristan, cuando amanezca envía a algunos de tus hombres a la aldea Winter —pidió mirando a su capitán—. Necesitamos saber cómo están las cosas ahí fuera, lo que haya podido cambiar. Que extremen la prudencia.

—Sí, mi príncipe.

—London, te necesitaré a mi lado —admitió mirando a su hermano—. Si el muro también ha caído…

—Cien años es mucho tiempo —confirmó su amigo y apoyó la mano sobre su hombro—. Sea lo que sea que tengamos que enfrentar, lo haremos juntos.

Asintió, imitando su gesto.

—Bien, caballeros —murmuró volviéndose hacia la enorme construcción iluminada por la luna que se alzaba llena a sus espaldas —. Preparemos el reino para el regreso de su futura princesa. Cuando Elvia Rose vuelva, quiero que sienta que ha regresado a casa.

—Sí, mi príncipe —respondieron ambos al mismo tiempo, flanqueándolo por cada lado, tal y como habían hecho toda su vida.

CAPÍTULO 41

Apricow Green
Idaho
Estados Unidos

Elvia corrió a ciegas hacia aquella potente luz. Cayó, tropezó, pero se volvió a levantar. El disparo seguía resonando en sus oídos y todo lo que podía ver era la imagen que le había mostrado el espejo. Su padre, herido y sangrando, con la mano en el costado. Su cuerpo cayendo al suelo en presencia de su atacante.

Por favor, no dejes que sea demasiado tarde.

No podía perderle. No así. Esta no era la manera en la que debían suceder las cosas. Arthur Cobe tenía que vivir, no podían arrebatárselo de nuevo.

Luchó para mantener las lágrimas a raya, pero no era sencillo. Se esforzó por no pensar en lo que acababa de dejar atrás, porque si traía ahora a Briar a su mente, se derrumbaría y necesitaba estar entera para enfrentarse a lo que quiera que se encontrase. Tenía que llegar a su padre antes de que fuese demasiado tarde.

—¡Papá! —gritó una vez más, llevándose la mano por delante, evitando así las luces que ahora veía pertenecían al coche cuyo rugido le decía que tenía el motor en marcha.

Con el propio latido de su corazón en los oídos, la respiración jadeante y un miedo atroz apretándole el corazón, tuvo dificultases para entender lo que estaba escuchando. Había voces. Alguien estaba gritando, otro le respondía y, en la lejanía, empezó a escucharse también lo que parecían sirenas de la Policía.

«¿Elvia? ¿Esa es mi hija?».

«¿Elvia Rose?»

Salió del bosque como una exhalación, encontrándose con varias personas. Le llevó unos instantes situar a cada uno hasta encontrar al hombre que la había engendrado y que, gracias a Dios, seguía con vida.

—¡Dios santo!

—¡Por todos los dioses! ¡Estás viva!

—Déjame… la oí —decía su padre, quien estaba sentado en el suelo, con Emma sobre él, apretando con fuerza su ensangrentado costado—. Es ella… ¡Elvia!

Se movió a trompicones, dejando que el alivio la recorriese al ver que él estaba vivo. Herido, sí, pero vivo. Cliff, uno de los cazadores del pueblo, estaba al lado de su padre, con una escopeta al hombro, había otro tipo en el suelo, aullando mientras se aferraba la pierna. Una escopeta le apuntaba directamente a la cabeza, una clara amenaza de que si movía un solo músculo, le volarían la tapa de los sesos. Pasando entre ellos, localizó a su padre apoyado contra la rueda de su propio coche, con Emma llorando mientras ejercía presión sobre la herida en su costado.

El rostro de Arthur Cobe estaba pálido, pero todavía palideció aún más en cuanto la vio, solo para ver como el dolor que formaba arrugas en su boca y ojos se desdibujaba bajo una obvia sensación de alivio.

—Oh, Dios… —jadeó ella, cayendo de rodillas a su lado. Buscando su rostro, mirando su herida, dando gracias a la providencia por no haberle permitido llegar tarde—. Estás vivo. Gracias a Dios, estás vivo.

—Mi niña. Eres tú. Eres tú. —Se desprendió de Emma y la envolvió en sus brazos, olvidando su propio dolor, su propia herida. Estaba temblando, aunque no sabía si era ella o él, pero en ese momento tampoco le importaba—. ¿Cómo? ¿Cómo has escapado?

Sacudió la cabeza resistiéndose a dejarle ir, necesitando ese abrazo, aunque solo durase unos segundos.

—No me escapé, papá. Briar me dejó ir —le respondió al oído antes de liberarse de sus brazos, mirar a Emma y luego las manos

que seguían presionando el costado. Había sangre, demasiada sangre allí—. ¿Qué ha pasado? ¿Quién le hizo esto?

La mujer sorbió por la nariz. Su palidez era evidente, pero parecía mucho más entera que ella a pesar de las lágrimas.

—Ese lunático lo atacó —siseó señalando con un gesto al tipo que seguía quejándose en el suelo—. Le ha clavado un cuchillo.

Elvia notó que se quedaba sin aire y una ciega rabia se elevaba desde algún lugar en su interior. Iba a matar a ese hijo de puta.

—No… —Su padre, quien incluso en su estado, se dio cuenta de su cambio, la aferró de la muñeca, impidiéndole alejarse de él—. Todo está bien, cariño.

¿Bien? ¡Nada estaba bien allí! ¡Lo habían apuñalado, por Dios!

Respiró hondo, miró a Emma y asintió, pidiéndole silenciosamente que apartase las manos para poder examinar la herida.

—Sangra mucho —le dijo la mujer haciéndose a un lado para que ella ocupase su lugar—. Ya hemos llamado a una ambulancia, pero tarda demasiado.

—Podemos meterlo en la camioneta y llevarlo al hospital —sugirió Cliff señalando con un gesto más allá de los vehículos presentes—. Ya hemos avisado al *sheriff* de lo ocurrido.

Apretó los dientes, intentando discernir qué era lo mejor en estos casos. ¿Podían meterle en un coche y salir pitando para el hospital? ¿Sería mejor seguir esperando a la ambulancia?

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que lo hirieron, pero había tanta sangre…

El eco que había escuchado de unas sirenas volvió a hacerse ahora más presente y, a juzgar por como el cazador siguió su mirada, estaba claro que también lo había escuchado.

—Ahí vienen.

Asintió, dobló el pañuelo que Emma había usado como improvisado tapón y apretó con fuerza, haciendo gruñir al hombre herido.

—Lo siento —susurró a su padre.

—Estoy bien, Elvia. Ahora que estás aquí, estoy bien. —La tranquilizó.

Asintió y miró a Emma, quien ahora temblaba como una hoja. Sus manos estaban manchadas de sangre, al igual que su blusa.

—¿Tú estás bien? ¿Estás herida? —preguntó recorriéndola con la mirada—. No te vi. Vi a papá… y el cuchillo. Alguien sostenía ese horrible cuchillo.

Sus palabras la sorprendieron.

—¿Cómo…? —No terminó la frase. Sacudió la cabeza y respondió a sus preguntas—. Estoy bien. Ese demente nos siguió desde Apricow Green. Nos salió al paso cuando bajamos del coche y apuñaló a tu padre. Si no fuese por la puntería de Garret… —No fue capaz de terminar la frase y entendía muy bien el porqué. A ella se le revolvía el estómago solo de pensarlo.

Elvia se volvió entonces sobre el hombre que estaba apuntando con el cañón de la escopeta al hombre en el suelo. Garret Olivier. No había reparado en él más que de pasada. Ahora que se fijaba, no solo le apuntaba con la escopeta, tenía un pie sobre la pierna herida del tipo, impidiéndole hacer algo estúpido.

—Fue una suerte que los chicos estuviesen cazando por la zona… —aseguró su padre con voz cada vez más agotada—. Ese muchacho me salvó la vida.

Asintió. Estaba claro que su actuación había sido providencial. Se encontró con la mirada del hijo del alcalde. Había algo en su mirada que le provocó un escalofrío. Era dura, sin esa bravuconería que tan bien conocía en él y la estaba mirando con una desconfianza absoluta.

—Te habíamos dado por desaparecida —mencionó sin dejar de mirarla—. ¿Dónde coño estabas?

Estaba claro que su atuendo no era precisamente el ideal para andar por el bosque, pensó al ver como la recorría con la mirada. Sabía lo que estaba viendo, con lo que poco podía decir que resultase convincente, así que optó por ignorarle y mirar al hijo de puta que había atacado a su padre.

—¿Quién coño es ese tío?

—Un gilipollas —respondió Garret apretando su pisotón, lo que hizo aullar al tipo—. Tu padre se negó a darle no sé qué fórmula y al parecer quiso quitársela por las malas. Lo habíamos visto rondar por

el pueblo, pero no sabíamos quién era… Si no llegamos a escuchar los gritos de Emma… Fue pura suerte que nos encontrásemos cerca y que mi puntería fuese buena.

Infalible, diría ella, si había conseguido dispararle en la pierna con un arma de caza.

—Dice la verdad, hija —aseguró su padre entre dientes. Su rostro era cada vez más pálido y estaba claro que le dolía.

Cualquier pregunta que tuviese con respecto a todo ese sinsentido, quedó inmediatamente relegada bajo su preocupación por él.

—¿Por qué no está ya aquí esa ambulancia? —siseó mirando hacia la carretera. Seguía escuchando las sirenas, ahora más cerca, pero no veía las luces.

—Tranquila, ya llegan —le dijo su escolta. Cliff también la miraba ahora con el mismo gesto extraño de Garret y, cuando pronunció las siguientes palabras, supo por qué—. Has salido del bosque… Nunca te fuiste, ¿verdad? Cruzaste al otro lado.

Se lo quedó mirando sin saber cómo interpretar aquello.

—Mi abuelo era *Kootenai* —le dijo en voz baja—. Él decía que este bosque no era lo que parecía, que de vez en cuando se llevaba a gente que cruzaba al mundo de los espíritus.

Enarcó las cejas como toda respuesta y él se limitó a asentir.

—Bien. Bueno. Estás aquí y no flotando en el río —respondió como si eso fuese todo lo que tenía que decir.

Las sirenas que había estado escuchando hicieron por fin acto de aparición con sus luces. El vehículo del *sheriff* apareció primero, seguido por la ambulancia. No pudo evitar soltar un suspiro de alivio.

Las puertas de ambos vehículos se abrieron y salieron los policías y los sanitarios.

—¡Aquí! —Emma llamó a los técnicos de la ambulancia.

—Garret, ¿qué ha pasado? —Sam se acercó corriendo, la mano sobre su arma. El *sheriff* de Apricow Green recorrió rápidamente el escenario con la mirada, deteniéndose en su padre y luego en ella—. ¿Arthur…? ¡Jesús! ¿Elvia Rose?

Al parecer, su repentina aparición estaba causando más revuelo que el intento de asesinato que se había cometido aquí.

—Después, Samuel —respondió mirando a los paramédicos, que ya llegaban hasta ellos—. Le han acuchillado.

—Bien, déjeme ver, por favor… —pidió el sanitario, haciéndola dejar el lado de su padre para que pudiese atenderle.

—Elvia, no te vayas… —Su padre estiró el brazo, cogiéndose de su mano.

—Estoy aquí, papá. —Se la apretó y procuró ponerse donde no molestase—. Tranquilo. Vas a ponerte bien.

Por Dios. Tenía que ponerse bien. Tenía que salir de esta. No podía perderle ahora.

Su padre, sin embargo, parecía mucho más interesado en saber qué había sido de ella que en su propia condición.

—¿Te hizo daño? —la miró a los ojos, apretándole la mano mientras preguntaba—. ¿Te atacó?

Le sonrió tranquilizadora y negó con la cabeza. Se acercó de modo que su respuesta fuese solo para él.

—No. En absoluto —le aseguró—. Briar me ha cuidado. Le debo la vida, papá.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Señor, por favor, no se mueva —siseó uno de los sanitarios—. ¿Cuál es su nombre?

—Arthur. Arthur Cobe —respondió ella por él, entonces se dirigió a su progenitor—. Estoy bien, pero tú estás herido, así que deja que te curen para que luego podamos tener una larga charla sobre *«por qué un hijo de puta te ha apuñalado».*

—Emma —le dijo su padre, señalando a la mujer que se mantenía en un segundo plano con la cabeza—. Quédate con ella.

Su petición la cogió por sorpresa, pero asintió. Le besó en la frente y dejó que los sanitarios lo atendiesen mientras se reunía con la mujer. En cuanto sus ojos se encontraron, su amiga dejó escapar un suspiro de alivio al tiempo que la atraía a sus brazos y la apretaba contra ella.

—Dios, pequeña. Pensamos que no volveríamos a verte, que quizá no podrías volver —le susurró al oído—. No sabíamos si el

Pozo se abriría o cuándo…

Sus palabras la golpearon. Se echó hacia atrás confundida, buscando el rostro de la mujer, mirándola a los ojos.

—¿Cómo sabes…?

Ella sacudió la cabeza y deslizó la mirada sobre los presentes en una clara advertencia.

—Tu padre estaba muy preocupado —mencionó manteniendo la voz baja—. Le dije que todo iría bien. Sabía que mi abuelo no se habría equivocado con él. Le conocía bien.

—¿Tu abuelo? ¿De qué estás…?

Sacudió la cabeza y gesticuló un «después» justo en el momento en que el *sheriff* llegaba hasta ellas.

—Emma, ¿estás bien? —le preguntó, mirándola de la cabeza a los pies.

—Sí, Samuel. No es mi sangre —afirmó ella algo más serena—. Ese hijo de puta nos salió al paso y apuñaló a Arthur. Es el mismo individuo que se coló en su casa días atrás.

—¿Cómo? —Las noticias iban llegándole como migajas y Elvia era incapaz de seguirles el rastro.

El *sheriff* se volvió entonces hacia ella, mirándola de la cabeza a los pies con visible sorpresa.

—Elvia Rose, por el amor de Dios, criatura, ¿dónde has estado metida? —preguntó visiblemente contrariado—. Desapareciste la noche de la búsqueda. Nadie sabía dónde estabas, si te había pasado algo o… —Sacudió la cabeza y miró a su alrededor—. ¿De dónde has salido?

—Del bosque —respondió Cliff. El cazador estaba ahora ayudando a Garret y al policía que había llegado con Sam a esposar al atacante de su padre.

—¿Qué? —El *sheriff* paseó la mirada entre el cazador y ella.

—Elvia está bien, eso es todo lo que importa —zanjó Emma y señaló lo obvio—. Pero a Arthur lo han apuñalado y ese canalla es el responsable. Estaba presente cuando lo hizo. De hecho, de no ser por Garret, ese desquiciado me habría apuñalado a mí también. Es un demente.

El policía miró de nuevo al tipo en el suelo y frunció el ceño.

—¿Quién le disparó?

—Yo —declaró Garret incorporándose—. Escuché gritar a una mujer. Cliff y yo volvíamos a la carretera después de una batida y los vi. Ese cabrón acababa de clavarle un cuchillo al señor Cobe y estaba amenazando a la señorita Petersen con el arma, así que le disparé a la pierna. Estaba demasiado lejos para poder hacer otra cosa.

—Bien. Necesitaré que vengas a la comisaría a declarar, hijo.

—Lo que sea, *sheriff* —asintió el aludido—. Hay testigos sobre lo que digo.

Emma asintió confirmando sus palabras, al igual que el otro cazador. Además, estaba su padre también como víctima y testigo.

—Ese hombre lleva varias semanas acosando a Arthur, Sam —añadió Emma—. Ya lo ha puesto en conocimiento de la Policía de Idaho. Es un exsocio de su actual jefe y lo ha estado acosando. Ha llegado incluso a amenazarlo…

Ella siguió hablando con el *sheriff* sobre algo que no comprendía. Tendría que pedirle después una explicación detallada, porque, por no saber, ni siquiera sabía que su padre había vuelto a trabajar. Se volvió de nuevo hacia los sanitarios, quienes ya habían puesto una vía al herido y cubrían la herida con nuevos apósitos.

—Hay que llevarlo al hospital —escuchó que decían, por lo que se acercó para recibir sus instrucciones.

—Soy su hija —se adelantó, llamando la atención de ambos.

El primero que había llegado asintió.

—Vamos a llevarle al hospital de Gilligan —le informó el paramédico que se había quedado atendiendo a su padre. Era el centro hospitalario de la zona, ya que Apricow Green solo tenía una clínica—. A primera vista diría que no ha tocado ningún órgano vital, pero es mejor que lo examinen allí detenidamente. Además, ha perdido bastante sangre.

Asintió.

—Voy con ustedes.

—¿Elvia? —Escuchó que la llamaba él.

—Estoy aquí, papá. —Se trasladó de inmediato a su lado—. Vamos a ir al hospital. Tienen que mirarte esa herida.

—Este necesitará también ser trasladado —anunció el segundo paramédico, que se había acercado a atender la pierna del hombre esposado—. Hay orificio de entrada, pero no de salida. No ha tocado hueso, pero necesitará cirugía.

—Está bien, chicos. A este lo trasladamos nosotros —anunció Sam—. Estabilizadlo y llevaos al señor Cobe.

El sanitario asintió y volvió con su compañero para trasladar a su padre a la camilla que ya habían dispuesto e introducirlo en la ambulancia.

Elvia se separó un segundo de él para reunirse con Emma.

—Se lo llevan al hospital de Gilligan —le informó.

La mujer asintió.

—Ve con él en la ambulancia —le indicó—. Yo llevaré el coche de tu padre y os veré allí.

No fue necesario ningún tipo de arreglo más, dio media vuelta y subió a la ambulancia donde ya le esperaba su padre.

—Todo irá bien —le dijo aferrando su mano, besándole los nudillos—. Ya estoy aquí y todo va a ir bien.

—No debí dejarte atrás, Elvia. Debí quedarme yo. Yo era quien tenía que… —empezó a decirle, pero lo silenció, posando un dedo sobre sus labios.

—Fue mi decisión y no me arrepiento, papá —le aseguró—. Lo hice una vez y volvería a hacerlo todas las que hicieran falta.

—Nunca debiste cargar con semejante peso… —musitó él apretándole la mano—. Lo siento. Lo siento muchísimo.

Negó con la cabeza y le sonrió.

—Ya habrá tiempo para que hablemos —le aseguró—. Ahora, lo importante es que te pongas bien.

Las puertas de la ambulancia se cerraron y salieron por fin hacia el hospital.

CAPÍTULO 42

Odiaba los hospitales. Su olor a antiséptico, el sonido de las máquinas, el ir y venir de las enfermeras y los médicos. Todo la remontaba años atrás, a las interminables pruebas, las sesiones de quimioterapia que al final no habían servido absolutamente para nada. Su madre se había pasado mucho tiempo en una de esas camas de hospital. Había sido en una de ellas donde le había prometido que cuidaría de su padre, que velaría por él. Y aquí estaba ahora de nuevo, esperando a que algún médico saliese y le diese noticias sobre ese hombre.

Por el amor de Dios. ¡Lo habían atacado! ¡Lo habían acuchillado!

Su padre podía ser muchas cosas, pero jamás había sido un hombre violento, nunca se había metido con gente de ese tipo y aquí estaba, siendo tratado por una cuchillada.

No entendía nada de lo que estaba pasando y sentía rabia, tanta rabia que no estaba segura de dónde salía o a qué obedecía. ¿Rabia porque hubiesen herido a su única familia? Sí. ¿Rabia porque su padre se había metido de nuevo en problemas? Sí. Sobre todo porque estos casi acaban con su vida. ¿Rabia porque había tenido que dejar atrás al amor de su vida, su felicidad? ¡Dios, sí!

Se envolvió en la chaqueta de Briar, dejando que la tela secase sus lágrimas y ese aroma a tierra y hombre la envolviese. Sabía que tenía que concentrarse en el aquí y el ahora, porque si se permitía pensar en lo que había quedado atrás, se rompería en pedazos.

Qué tonta había sido al pensar que aquí las cosas irían bien. Se había sentido libre demasiado pronto, confiando en que lo que había

visto la primera vez en el espejo era suficiente para aliviar sus preocupaciones.

Sacudió la cabeza, hundió las manos en el pelo y se enganchó los dedos en los innumerables nudos que tenía. Tenía que tener un aspecto horrible vestida de aquella manera. Llevaba puesto tan solo la camisola, el corsé, unas calzas y unas enaguas con sus botas y la chaqueta de su amante. Bajó la mirada a la caña de la bota. El mango del cuchillo enjoyado que su príncipe le había dado para protegerse estaba guardado a buen recaudo. No quería que se lo quitasen. Después de todo, no es como si pudiese ir por ahí con un arma a la vista.

No pudo evitar rememorar ese último beso, la expresión en la cara de su amado, el dolor en sus ojos, el mismo que ella sentía en lo más profundo de sí misma.

—Ahora no, Elvia. Todavía no —se dijo a sí misma y apretó con fuerza los ojos en un intento por retener las lágrimas.

Si empezaba a llorar ahora, sabía que no podría parar, no cuando su corazón sangraba de esa manera.

—¡Elvia!

Levantó la cabeza y se encontró a Emma avanzando a toda prisa por el pasillo. Tampoco se había cambiado. Llevaba la blusa manchada de sangre, aunque se había puesto una chaqueta encima. También se había lavado las manos. Pero, por lo demás, seguía teniendo tan mal aspecto como ella misma.

—Cariño, ¿va todo bien? —Ni siquiera era consciente de que se había levantado y se había echado a sus brazos—. Tu padre…

—Él está bien —respondió con la voz ahogada contra su chaqueta—. Iba a hacerle pruebas para descartar cualquier daño interno. Creen que solo necesitará puntos.

—Gracias a Dios —musitó y sintió como dejaba escapar el aire visiblemente aliviada. Entonces notó sus brazos en torno a ella, frotándole la espalda—. Ven, vamos a sentarnos.

Asintió y la acompañó de vuelta a las incómodas sillas de plástico en las que había estado sentada.

—¿Qué pasó, Emma? ¿Cómo ha terminado mi padre en semejante situación? —preguntó. Necesitaba respuestas o se

volvería loca—. Le han apuñalado, por el amor de Dios.

—Tranquila —le apretó las manos, manteniéndolas entre las suyas—. Tu padre no ha hecho nada malo. Por el contrario, Elvia. Se está esforzando en hacer las cosas bien. Quería que vieses que ha cambiado y, créeme, lo ha hecho.

La mujer empezó a relatarle cómo habían sido las cosas para Arthur este último mes, cómo había aceptado la oferta de empleo que había visto en los papeles que habían aparecido en su coche la noche del accidente. Ahora trabajaba como perfumista en el laboratorio de una pequeña empresa de Idaho. Hacía el trayecto cada día entre la ciudad y Apricow Green porque no deseaba dejar la casa por si ella regresaba.

Él no había dejado de buscarla después de regresar. Estaba decidido a encontrar la manera de volver a por ella y rescatarla. Su desaparición la noche del accidente había despertado toda clase de rumores en el pueblo. Los había quienes decían que se había caído al río y se había ahogado, pese a que no encontraron su cuerpo. También quien prefería pensar que se había ido con un hombre y, la mejor de todas, los que justificaban su repentina desaparición a una posible abducción por parte de los espíritus del bosque.

Lo típico en un pueblo pequeño y lleno de leyendas y supersticiones como este. Por eso Cliff y Garret la habían mirado de esa manera al verla salir del bosque. Ahora cobraban sentido las palabras que le había dedicado el cazador, al mencionar que su abuelo era nativo americano. Eran las creencias arraigadas en una zona, en una etnia.

Si supieran que no estaban tan alejados de la realidad…

Tendría que pensar en algo que justificase su ausencia y su desaparición, sobre todo porque los rumores en Apricow Green proliferaban con demasiada facilidad y los resultados a menudo eran desastrosos.

Sacudió la cabeza. Le asombraba que hubiesen pasado tantas cosas en tan poco tiempo, pero más aún descubrir que, de no haber sido por Emma, su padre estaría posiblemente internado en una clínica de reposo o en un sanatorio mental.

—Cuando encontraron a tu padre en el río lo llevaron inmediatamente al hospital. Estaba desvariando. Hablaba sobre bestias, castillos y fantasmas… —Emma dejó escapar un resoplido—. Querían hacerle un estudio psicológico e internarle, en caso de ser necesario…

—Pero qué disparate —jadeó. Aunque, si se ponía en el lugar de los médicos, era normal que acabasen llegando a semejante diagnóstico. Nadie que hablase de esas cosas como algo real podía estar cuerdo.

—Por suerte llegué a tiempo para hablar con tu padre y lo convencí de que no dijese una sola palabra más —admitió con las mejillas algo sonrojadas—. Yo sabía que Arthur no estaba delirando, que no estaba loco. Tampoco se trataba de ninguna alucinación. Todo lo que estaba diciendo, las personas y el lugar del que hablaban… Yo había escuchado hablar sobre él mucho tiempo antes.

Si le hubiese pegado con algo en la cabeza, no se habría sorprendido más que con lo que acaba de salir de su boca.

—¿Qué? —La miró, buscando cualquier tipo de ironía o burla en su rostro, pero… Ella hablaba en serio—. ¿Cómo es posible?

—Porque mi abuelo ha estado también en el reino de Winteria.

Semejante confesión la dejó sin palabras. Bajó la voz, de modo que lo que estaban hablando no cayese en oídos ajenos, aunque dudaba que cualquiera que las escuchase se interesase en una conversación tan bizarra.

—Mi abuelo pasó algunos años allí, con el señor del castillo y sus cortesanos —continuó. Con cada nueva palabra que salía de su boca, Elvia se sentía más y más sorprendida—. El príncipe Briar de Winteria, lord London de Turia y el capitán de la guardia real…

—Tristan —pronunció el nombre del hombre moreno y de ojos del color de la tormenta que siempre estaba atento a su señor.

Emma asintió con una sonrisa. Había emoción en su rostro, una que no hacía más que aumentar con cada nueva palabra que salía de su boca.

—El abuelo siempre hablaba de ellos, aun cuando nadie le creía —continuó ella—. Aseguraba que era verdad, que esos tres

años que había estado desaparecido, en realidad había sido huésped de un príncipe en un reino invernal.

Pero qué clase de fantasía era esta, ¿cómo era posible que ella supiese…?

—Tres años… —repitió en un susurro, recordando algo que había mencionado Briar y muchos otros en el castillo.

Ella asintió y añadió.

—A su regreso empezó a dibujar, a crear mapas y bocetos de aquel lugar…

—Mapas. —Las piezas iban encajando poco a poco, haciendo que la casualidad se convirtiese en una absurda realidad. No pudo evitar pensar en el globo terráqueo que había en la biblioteca del castillo, en quién había sido su autor, en todo lo que había escuchado hablar sobre él—. Lord Gibons… —Jadeó y miró a Emma como si fuese una persona completamente distinta en ese momento —. Tu abuelo se llamaba Charles Gibons.

Escuchar su nombre hizo que los ojos marrones de Emma se abriesen de par en par. Estaba claro que había reconocido el nombre y que estaba tan sorprendida como ella de escucharlo en su boca.

—¿Cómo…? —jadeó, pero no dejó de sonreír—. Sí, ese era su nombre. ¿Cómo…?

—Briar y los chicos siempre hablan de él —admitió—. Lord Gibons pasó mucho tiempo entre ellos. Tres años. Briar… Briar guarda muchos recuerdos de él, al igual que el resto de los habitantes del castillo. Pero… —Frunció el ceño—. Dijeron que él había llegado desde Inglaterra.

—Mi abuelo era inglés, Elvia —confirmó.

—¿Era? —No pasó por alto que usase el término en pasado.

Asintió con suavidad.

—Falleció hace dieciocho años —le dijo—. Tenía leucemia.

Por eso lo había enviado el Pozo de vuelta, comprendió. Porque su tiempo se estaba agotando.

¿Lo sabría Briar? Probablemente sí.

—Él mantuvo hasta el último momento que había visitado un reino llamado Winteria, que se había sentado a la mesa con un príncipe y que le había mostrado nuestro mundo a aquellas gentes a

través de sus ojos —le explicó—. A mí me gustaban sus historias, aun cuando sonaban a cuentos de hadas. Debo confesar que nunca creí realmente que fuesen más que eso, historias, pero cuando tu padre empezó a hablar sobre aquello, sobre algo que había dicho un hombre mayor hace casi veinte años… —Negó con la cabeza—. Me di cuenta de que no podía ser una coincidencia, que de alguna forma tenía que ser real.

—Lo es —asintió con absoluta convicción—. Todo es real, aun cuando a veces crees estar viviendo dentro de un sueño.

—Le habría ilusionado saber que no se olvidaron de él, que lo tenían tan presente como él a ellos —admitió Emma con visible satisfacción—. ¿Sabes? Él decía que el reino lo echó cuando supo que iba a morir, que en cierto modo le estaba dando la oportunidad de despedirse de los suyos. Y lo hizo. Luchó contra la enfermedad un par de años hasta que ya no pudo más. Pero fue tiempo suficiente para que le escuchase hablar del lugar en el que parecían nacer los cuentos que conocemos. Paisajes nevados, un príncipe encantado, atrapado por una maldición que solo se rompería cuando encontrase el amor verdadero. Un hombre convertido en bestia por una hermosa hechicera, con una rosa encantada que permanecería fresca hasta que…

—…que alcanzase la mayoría de edad… —recitó sintiéndose de repente como una auténtica idiota—. Y si no conseguía amar y ser amado antes de que cayese el último pétalo, seguiría siendo una bestia para siempre.

Eso era lo que siempre había estado presente en su mente, pero nunca era capaz de alcanzar. De ahí nacía esa continua sensación de *déjà vu* que experimentaba de vez en cuando. Dejó escapar una sonora carcajada y sacudió la cabeza con absurda incredulidad.

—No, es imposible. Él no es… —Pero lo era, ¿verdad? ¿Acaso no era cierto que toda leyenda surgía de una realidad? ¿De algún evento que acababa siendo modificado para adaptarse a aquellos que lo escuchaban?—. Mierda. Y yo diciéndole que todas las historias y leyendas de su cuaderno se parecían demasiado a los cuentos de hadas de mi mundo.

Cuando él había sido la base de dichas leyendas, cuando vivía y respiraba en un mundo que era demasiado real y también muy cruel.

Y en el que existía la magia.

—Siempre ha sido la *Bestia…*

Y ella siempre había sabido como romper su maldición. Siempre había estado en sus manos, en las suyas y en las de él.

«Te amo, mi rosa de invierno».

Y ella lo amaba a él. Con todo su ser. Y lo había gritado a los cuatro vientos, desafiando la voluntad de esa hechicera, diciéndole que haría hasta lo imposible para romper su hechizo. En esta historia nadie había cantado, los habitantes del castillo no habían sido objetos parlantes, aunque sí estaban encantados, y él… Él siempre había sido Briar para ella, nunca fue la *Bestia.*

«La hemos roto. La maldición la hemos roto». Dijo para sus adentros.

¿Había sido suficiente? Ese último beso, esa confesión por su parte en el último minuto, su declaración a los cuatro vientos, ¿habría sido suficiente? ¿Habría llegado a tiempo?

Ajena a la conmoción en su interior, Emma siguió contándole sobre lo ocurrido en esas últimas semanas.

—Se lo conté todo a tu padre —continuó Emma—. Él estaba completamente desesperado, se sentía tan culpable de haberte dejado allí, de no haber podido evitar lo que ocurrió. Me habló de lo que le dijiste, de la promesa que le habías hecho a tu madre sobre cuidarle… Eso lo rompió, pero también hizo que abriese los ojos, Elvia. Se ha esforzado cada día desde que volvió para que cuando volviese a verte, ya no fuese una carga para ti, sino el padre que siempre debió haber estado a tu lado.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al escuchar las palabras de su amiga.

—Por eso aceptó el trabajo en el laboratorio y la verdad es que le ha sentado bien, porque cada día que vuelve a casa lo hace contento, ilusionado… —aseguró la mujer y, cada vez que hablaba de él, podía ver cómo se le iluminaba el rostro—. Eliot Cooper, el jefe

de tu padre, es un joven trabajador y entusiasta. Ha hecho muy buenas migas con Arthur, ambos se entienden muy bien.

Escuchar aquello la tranquilizó y le devolvió la esperanza. Según parecía, lo que había visto la primera vez en el espejo no había sido un engaño, sino el comienzo de algo nuevo y mejor.

—¿Y quién demonios es el tipo del cuchillo? ¿De dónde salió y qué narices tiene que ver papá con él?

Desde luego, era lo más importante de todo, ya que era el motivo de que ella estuviese ahora aquí.

—Es el antiguo socio del nuevo jefe de tu padre. —Hizo una mueca—. Al parecer desfalcó la empresa o algo así. Cuando se enteró de que tu padre estaba trabajando en una nueva fórmula para el laboratorio de Cooper, quiso robarla para joder a su antiguo socio. Ese hombre está desequilibrado. Entró en casa, destrozó todo… Al principio pensamos que sería alguien del pueblo, la gente se ha vuelto imbécil desde que tu padre tuvo el accidente y tú desapareciste. El caso es que lo vieron rondando el pueblo estos últimos días, pero no lo supimos hasta que lo mencionó Cliff. Lo reconoció después de que Garret le disparara.

Así que el infeliz solo era un gilipollas más suelto por el mundo, uno que se había encontrado a su padre en el camino.

Papá de verdad lo está intentando, mamá. Está intentando salir adelante.

—Arthur quería volver al bosque e intentar cruzar una vez más —continuó Emma, captando de nuevo su atención—. Hemos estado yendo cada fin de semana al bosque, a la zona en la que está el zarzal. También hemos estado leyendo algunos de los relatos que escribió mi abuelo, apuntes, cosas que escribió sobre su tiempo en Winteria. Recuerdo que decía que no quería olvidar todo aquello. Se suponía que íbamos a comprobar si lo que había escrito el abuelo Charles sobre ciertos momentos del año eran verdad, si se podía atravesar con ciertas condiciones. Aparcamos en el apeadero de siempre, bajamos del coche… Y ese tipo apareció con el suyo, bajó y empezó a increpar a tu padre.

Maldito desequilibrado.

Ella asintió.

—Amenazó con matarlo si no le daba la fórmula. Arthur lo enfrentó, le dijo que se marchase o llamaría a la Policía. El tipo, ante esa amenaza, enloqueció y se abalanzó sobre él. —Las lágrimas le habían inundado los ojos—. Grité a todo pulmón… Cliff y Garret estaban en la zona, haciendo una batida. La bendita providencia hizo que estuviesen lo bastante cerca como para escucharme y ver lo que ocurría. El hijo del alcalde le pegó un tiro en la pierna con su escopeta de caza en cuanto vio que levantaba de nuevo el cuchillo. Si ellos no hubiesen estado en ese momento en el bosque…

Ella no habría llegado a tiempo, se dio cuenta sintiendo como las lágrimas se le acumulaban también en los ojos. No para llegar a tiempo de verlo con vida. Si el Pozo no se hubiese abierto, si no la hubiese llamado de vuelta, si no hubiesen visto lo que ocurría en el espejo… Ella quizá no habría llegado a tiempo para despedirse, para estar allí cuando todo sucediese.

Y Briar. Si él no la hubiese empujado a volver, si no hubiese tomado en sus manos la responsabilidad de enviarla a casa, ella jamás se habría perdonado a sí misma el no haber vuelto cuando tenía que hacerlo.

Rompió a llorar al darse cuenta de que él había renunciado a ella, a romper la maldición incluso antes de saber que le amaba. Había estado dispuesto a condenarse durante el resto de su eternidad con tal de que ella pudiese tener un último momento con su padre, con su única familia.

—Tengo que volver —murmuro entre lágrimas—. Tengo que volver a casa, tengo que volver con él.

Y con ese anhelo en el corazón dejó que toda la tensión de las últimas horas saliese en forma de llanto.

CAPÍTULO 43

Al día siguiente…

Elvia saltó del coche y se apresuró en abrir la puerta de atrás para ayudar a su padre a salir del vehículo. Emma había estado al volante, pues ella todavía estaba bastante nerviosa como para conducir.

Estar de nuevo en Apricow Green, en frente de la casa en la que había vivido los últimos tres años, parecía algo irreal después de todo lo que había pasado. Su mente volvía cada dos por tres a Winteria, a Briar y sus amigos. Allí era donde había quedado su corazón y lo sabía, lo sentía en cada latido hueco que resonaba en su pecho.

Una vez más se obligó a relegar su dolor y centrarse en el aquí y el ahora. Su padre le necesitaba. Le habían dicho que tenía que reposar y es lo que iba a hacer, así tuviese que atarlo a la cama.

No le pasó por alto la de puertas y ventanas que se abrieron en el vecindario ante el paso del coche de su padre. Lo que empezó como un discreto cotilleo dejó de serlo en el momento en que la vieron a ella bajarse del vehículo y atender a su padre.

Una de sus vecinas llegó hasta la acera, dispuesta a tener una buena visión del suceso, sin duda para poder radiarlo al resto del pueblo.

—Emma, querida, ¿qué ha ocurrido?

Oh, claro. No había huevos de preguntárselo a ella, ¿verdad?

—Será hija de…

—*Shh.* —La detuvo su padre, apoyándose en ella y en la muleta que le habían dado en el hospital—. No le hagas caso. Ya

sabes como es.

—Una jodida entrometida, eso es lo que es —siseó mirando por encima del hombro.

—Buenos días, señora Hopper —respondió Emma con tal sequedad que le sorprendió incluso a ella—. Nada que sea de su incumbencia. Puede volver a su casa.

Vale. Eso sí que no lo había visto venir, pensó mirando a su amiga, la cual sacó las llaves de su propia casa del bolso y le indicó que la siguiesen.

—¿Qué me he perdido? —musitó, preguntándole a su padre. Él se limitó a sonreír y parecía bastante satisfecho—. En serio, papá. Paso un mes fuera de casa y no solo te apuñalan, también me cambian a mi vecina favorita.

—Créeme, hija. Te aseguro que no lo hice a propósito —aseguró él, avanzando lentamente hacia los escalones de la entrada —. Y en lo que se refiere a la cuchillada, no tengo nada que ver con ese lunático.

No sabía que le sorprendía más, que su padre hubiese encontrado el humor o la satisfacción que escuchaba en su voz.

—Sí, lo sé. El señor Cooper se presentó en el hospital. Estaba desencajado —admitió. El hombre había llegado como una exhalación. Emma lo había reconocido. Le sorprendió su juventud, pero resultó ser un tipo afable, educado y dispuesto a hacerse cargo de todos los costes del hospital—. Y nos ha dicho que te tomes todo el tiempo que necesites antes de reincorporarte al trabajo. Me ha dado incluso su tarjeta. Quiere que lo llame si pasa algo más. No sé qué fragancia nueva habrás creado para él, pero está encantado y no solo con tu trabajo, sino contigo.

—Ah, la fragancia, sí —asintió empezando a subir los escalones con visible esfuerzo.

—Despacio —lo instó a ir más lento.

—Con cuidado, Arthur. —Emma bajó para ayudarles después de abrir la puerta.

—¿Queréis dejar de tratarme las dos como si estuviese inválido? —resopló—. Solo ha sido una heridita de nada.

—Y una mierda —replicó ella mirando a su padre—. Trece puntos no es una heridita de nada.

—Es un buen número —le dijo como si nada.

—Anda, cállate ya —resopló y, entre las dos, lo metieron en casa y lo llevaron hasta el salón, donde lo acomodaron en el sofá—. ¿Estás bien así? ¿Necesitas algo?

—Sí. —La cogió de la mano y señaló el sofá—. Que te sientes. —La miró de arriba abajo e hizo una mueca—. Aunque quizás prefieras darte un baño antes y cambiarte de ropa.

Sacudió la cabeza y se envolvió aún más en la chaqueta que se negaba a soltar.

—Estoy bien. El baño y la ropa pueden esperar.

—¿Estás segura? —insistió.

Asintió con la cabeza y se sentó despacio, quedándose cerca de él, pero no tanto como para poder herirlo por descuido. Él, que todavía tenía la mano entre las de él, le dio la vuelta y se quedó mirando las cicatrices que tenía en la palma.

—¿Cómo…?

—No quieres saberlo —declaró retirándola.

—Elvia. —La miró con tal congoja que se le hizo un nudo en el estómago.

—Estoy bien, papá —le aseguró—. Contrariamente a lo que podrías pensar, no he pasado un mes en aquella fría celda. He disfrutado de mis propios aposentos con una chimenea y fuego para calentarme, he comido todos los días en una agradable compañía, he podido dar largos paseos y he disfrutado de una inmensa biblioteca… además de la compañía de mi anfitrión. Él y yo llegamos a un entendimiento después… de nuestro primer encontronazo. Desde entonces, me ha tratado como a una princesa.

—Lo que eres, cariño mío —aseguró recuperando su mano y llevándosela esta vez a los labios—. ¿Te ha contado Emma sobre Charles?

Asintió.

—Sí. De hecho, ya sabía también de él por Briar y los chicos —confirmó—. Fue un viajero y pasó tres años en el castillo. El señor

de Winteria tiene en alta estima, fue un hombre que sin duda dejó huella.

Él se la quedó mirando, casi como si estuviese intentando averiguar si lo que le decía era verdad o solo lo hacía para hacerle sentir bien.

—Estás distinta —le dijo, en cambio.

—¿Distinta? ¿En qué sentido?

—Brillas. —La respuesta vino de Emma, quien se sentó en la butaca próxima a su padre—. Tus ojos, tu expresión… Hay más seguridad en ti y también más talante.

—Sí, es verdad —confirmó su progenitor—. Antes estabas… apagada, pero ahora… Hay algo distinto, más allá de esa tristeza que asoma en tus ojos.

A ese hombre no se le escapaba una. Él también estaba distinto y no era solo el obvio cansancio en su rostro o el dolor que le provocaba la herida, era su presencia. Había mayor seguridad, una confianza que había echado de menos en el pasado.

—Y te envuelve esa fragancia —añadió con cierto tono nostálgico—. Fue allí donde la olí, donde la reconocí. La misma que te envuelve, la misma que tu madre y yo percibimos una vez.

Se llevó la mano a la nariz y sonrió de soslayo.

—Son las rosas de invierno.

—¿Ese es su nombre? —La sorpresa en los ojos de Emma era casi cómica.

—Sí. Es una variedad autóctona de Winteria.

Elvia vio como ambos intercambiaban una mirada y eso la inquietó.

—¿Qué pasa? —Miró de uno a otro.

—Es el nombre que tu padre le ha puesto a la nueva fragancia que ha creado —le dijo entonces la mujer, quien volvió a mirar al hombre a su lado.

—He encontrado esas rosas aquí —le informó él—. En el zarzal del bosque.

A Elvia se le secó la garganta.

—¿Qué?

Emma asintió.

—Tu padre me llevó a verlas. Es un pequeño rosal salvaje, enredado entre las zarzas.

—Pero eso es… imposible. —Negó con la cabeza—. Esas rosas son de Briar. No nacen en otro lugar que no sea mi…

Mi casa, mi hogar, mi reino. Winteria era todo eso para ella, era donde estaba todo lo que anhelaba.

—No ibas a volver, ¿verdad?

La pregunta fue casi como una acusación, como si de repente el hombre que estaba sentado a su lado se hubiese dado cuenta de la verdad.

—Quería hacerlo. Al principio, fue lo único que quería… —admitió mirándole a los ojos. No iba a mentirle—. Quería asegurarme de que habías vuelto a casa, que Briar me decía, lo que Tristan me aseguraba era verdad. Necesitaba asegurarme de que estabas bien, de que estabas aquí y… Cuando te vi, cuando supe que era así, que estabas bien… Quise quedarme con él.

—¿Qué quieres decir con que me viste? —se interesó.

Elvia asintió y les contó lo del espejo, cómo los había visto a ambos a través de aquel envenenado regalo de la hechicera.

—Os vi a los dos a través del cristal —mencionó—. Estabais en la cocina. Cuando vi que estabas aquí, en casa y en la compañía de Emma, pensé que todo estaba bien, que podrías seguir adelante sin mí.

Ambos volvieron a intercambiar una mirada, algo sorprendida esta vez.

—Te oímos, Elvia. —No esperaba esa respuesta—. Juro que pensé que estaba escuchando voces, pero tu padre también lo escuchó y ambos sabíamos que era tu voz.

—*«Estoy bien».* Eso fue lo que dijiste —confirmó su padre—. Y escucharte fue lo que más paz me dio en todos esos días de incertidumbre. Quise creer que eras tú, que de veras estabas bien. Necesitaba hacerlo.

—Entonces, ¿nos viste a través de un espejo? —Se interesó Emma.

—Sí. De hecho, así supe que habían apuñalado a papá. —No pudo evitar estremecerse al decir aquello—. El *Pozo* se había cerrado

después de que él volviese a casa. De repente se abrió, todos lo sentimos y Briar supo que era por mí. Algo tenía que haber pasado aquí, así que me llevó al espejo para que pudiese ver si estabas bien. Él fue quien me obligó a volver. No había tiempo que perder, así que… Regresé.

No pudo evitar que se le quebrase la voz, pero sí consiguió mantener las lágrimas al margen.

—Por eso salí del bosque. El *Pozo* me trajo tan cerca como pudo del lugar en el que estabas tú y, bueno, por fortuna llegué a tiempo. —Lo había hecho y no para despedirse, gracias a Dios.

Su padre se la quedó mirando de nuevo. Era como si fuese capaz de ver más allá de ella. Y quizá pudiese. Después de todo, era su hija.

—Por fin has encontrado tu lugar, ¿no es así? —No había acusación, ni pena en su voz, solo una firme convicción.

¿De qué servía negar lo evidente?

—Sí, creo que lo hice.

—Y no está aquí, en este pueblo, ni tampoco al lado de este viejo.

—Papá, no eres viejo —le aseguró, llevándose su mano a los labios y besándole los dedos—. Eres el hombre más atractivo de todo el estado de Idaho.

Él resopló, pero a sus labios asomó una perezosa sonrisa.

—Tu lugar está junto a él, ¿no es así? —Aquella pregunta era delicada, sobre todo porque la respuesta era una ruptura, lo quisiese o no. El fin de una tapa y el comienzo de otra, algo que antes o después siempre pasaba en la vida de los hijos. Crecían, buscaban su propio camino, se iban de casa.

—Sé que puede resultarte extraño, que con lo que has visto sobre él pienses que me he vuelto loca, pero él es una buena persona, un buen hombre y me quiere —aseguró dispuesta a defender a su amor—. Me ha mostrado más bondad en un puñado de semanas de la que mucha gente me ha mostrado en años. Ha estado a mi lado cuando me sentía sola, me escucha, es capaz de sentarse conmigo en el suelo, junto a la chimenea, aunque preferiría hacer cualquier otra cosa. Me respeta, no me considera solo un

objeto que llevar del brazo para presumir, escucha mis opiniones, me pregunta qué es lo que deseo y se preocupa de que sea feliz. Me he enamorado de él sin darme siquiera cuenta y ahora, ahora solo puedo pensar en que tengo que volver a su lado. Porque, papá, se lo prometí. Le prometí que volvería.

Él asintió. Si alguien comprendía el significado de esas palabras, era él.

—Y los Cobe siempre cumplimos nuestras promesas —afirmó con rotundidad. Entonces dejó escapar un suspiro—. Te he buscado sin descanso porque necesitaba asegurarme de que estabas bien, que no había sido una completa nulidad como padre. Cuando debí estar ahí para ti, fuiste tú la que estuvo para mí. Tomaste en tus manos una responsabilidad que no te correspondía, Elvia Rose, una que siempre debió haber sido mía. —Sacudió la cabeza y aferró su mano con las dos suyas—. Yo ya he vivido mi vida, hija, pero tú no has hecho más que empezar a disfrutar de la tuya. Desde que falta tu madre, nunca te he visto feliz, nunca has vuelto a sonreír, pero cuando hablas de él, cuando piensas en lo que has dejado atrás, resplandeces, mi niña. Y eso es todo lo que cualquier padre desea para sus hijos; su felicidad.

—Papá…

—Si tu felicidad está en otro lugar, en otro mundo y con ese hombre, debes perseguirla cueste lo que cueste —le dijo con total convicción—. Debes encontrarla y aferrarte a ella. Sé que me dolerá no volver a verte, que te echaré terriblemente de menos, pero mientras sepa que eres feliz, mientras tus ojos brillen siempre de esta manera, podré hacerle frente a cualquier cosa.

—Papá, yo… —No sabía qué decir, aunque era posible que sus lágrimas ya estuviesen hablando por si solas.

—No llores. —Negó y se las limpió con sus propias manos—. Disfrutemos del tiempo que tengamos y preparémonos para tu próxima partida.

Dejó escapar un sollozo, tanto por sus palabras como por no saber si esa partida sería posible.

—¿Y si no puedo volver? —Ese era su miedo, el que habitaba en su interior—. ¿Y si el camino no se abre?

—Se abrirá. —La seguridad que exhibía ahora Arthur Cobe era algo que no había visto en su vida y era mucho decir. Había cambiado, mucho más de lo que había creído posible—. Si lo que decía Charles en sus escritos es verdad, el paso se abre cada luna llena.

—¿En luna llena?

Asintió.

—Nosotros cruzamos en luna llena —confirmó él y señaló a Emma—. Su abuelo también cruzó en luna llena. Es imposible que sea una coincidencia. Y tiene sentido. La luna también era sagrada para los antiguos nativos que poblaron estas tierras.

¿Luna llena? ¿Podría ser así de sencillo? ¿Podría volver a casa? ¿Con Briar?

—*Um*… Veamos, la próxima luna llena es… en veintitrés días —les informó la mujer, quien lo estaba consultando en su teléfono—. Y además coincide con la luna azul. Eso es un buen augurio.

—Buen augurio —repitió mirándola. Estaba demasiado aturdida pensando en que podría volver a casa con su amor.

—Ella es la experta en estas cosas, así que hazle caso —aseguró el hombre.

—Tendremos que prepararnos adecuadamente —asintió ella inclinándose hacia delante en el asiento—. Habrá que ir pensando en una historia que justifique la presencia de Elvia estos días y su posterior partida. —Empezó a darse golpecitos con el dedo en los labios de manera pensativa—. Bueno, siempre podemos ceñirnos a la verdad y decir que se muda con su marido.

—Las verdades, aun a medias, son las más fáciles de mantener —confirmó su padre al tiempo que se volvía hacia ella y le decía—. Dile a esa bestia tuya…

—No es una bestia —resopló.

—…que solo te concederé su mano cuando ponga un anillo en tu dedo y se case contigo. Hasta entonces, tiene prohibido tocarte un solo pelo.

No pudo evitar sonreír de soslayo ante semejante petición.

—Creo que la advertencia llega un poquito tarde… —musitó Emma, visiblemente divertida.

—Padre, presente, por favor, no sigas…

Elvia no pudo evitarlo y acabó riéndose a carcajadas.

—Sabes qué, le escribiré una carta —sentenció—. Se lo diré yo mismo. ¿Tenemos papel por ahí? Emma, ¿puedes traerme un par de folios y algo para escribir?

—¿Pero lo de la carta va en serio? —Casi se atraganta con la risa.

—¿Tienes que preguntarlo? —sonrió también su amiga.

Sacudió la cabeza entre incrédula y divertida.

—Pues ya tienes tu respuesta.

Tuvo que enjuagarse las lágrimas, porque entre el llanto y la risa, había terminado con la cara empapada. Solo entonces se inclinó sobre su padre y, mirándole a los ojos, le dijo:

—Te quiero, papá —le aseguró y añadió—. Y estoy muy orgullosa de ser tu hija.

—También te quiero, hija —aseguró, acunándole la mejilla con su mano—. Sin importar el lugar o la distancia, siempre te querré. Estoy muy orgulloso de la clase de mujer en la que te has convertido y sé que mamá, allá donde esté, también lo está.

Pensar en su madre la llevó de nuevo a escuchar aquellas palabras que habían provenido del *Pozo* y que ahora parecía entender.

«Sálvalos a ambos».

Quizá su madre no había estado tan lejos después de todo.

Estoy en ello, mamá. Estoy en ello.

CAPÍTULO 44

Winteria Castle
Reino de Winteria

Un mes después…

Los jardines estaban especialmente hermosos esa noche. No sabía si era porque la luz de la luna llena los iluminaba, otorgándoles a las rosas una palidez particular, o porque al fin había podido encontrar unos momentos para sí mismo.

El último mes había sido extraño en muchos sentidos. No podía negar que había sentido cierto alivio ante ciertos descubrimientos, pero también era consciente de otras preocupaciones con las que tendría antes o después. Había intentado mantenerse ocupado y, si bien durante el día era una tarea sencilla, las noches se le hacían demasiado largas y solitarias pensando en ella.

—¿Mi príncipe?

Briar ladeó la cabeza en dirección al llamado. Había sido consciente de que el capitán de su guardia se acercaba incluso antes de haber escuchado su voz. Puede que la bestia se hubiese marchado en el momento en que se rompió la maldición, pero cien años eran demasiados como para que no quedase algo de ella en él. Sus sentidos seguían aumentados, poseía un oído bastante fino y su nivel de tolerancia, bueno, estaba haciendo un esfuerzo por comportarse como se esperaba del gobernante que debía ser.

Pronto se encontró con aquella mirada de tormenta sobre él. Tristan había dejado a petición suya el uniforme para vestirse más

acorde a su nuevo cargo. No solo seguía al mando de sus soldados, sino que ahora también era uno de sus consejeros. Necesitaba toda la sabiduría posible y el temple para poder afrontar los cambios que estaban por venir.

—¿Todo bien, capitán?

El recién llegado se cuadró ante él y le dedicó un saludo propio de sus soldados.

—Todo según lo planeado, mi príncipe —confirmó—. Poco a poco las cosas van volviendo a su sitio.

Y eso era todo un avance, sobre todo después de cómo se habían dado las cosas.

El muro de zarzas que mantenía el reino aislado había desaparecido y con ello volvían a tener las fronteras abiertas. Todas las incógnitas sobre el mundo exterior se habían despejado durante las primeras semanas de silenciosa vigilancia en torno a ellas. Nadie sabía qué había pasado con el mundo fuera de Winteria, qué sería de los reinos, de su configuración o sus alianzas. Cien años era demasiado tiempo para estar ausentes y para volver de la nada.

Y, sin embargo, lo que se encontraron fue exactamente eso, nada fuera de lugar o casi nada.

Cuando Tristan había visitado la aldea Winter a la mañana siguiente de romperse la maldición, se había encontrado con algo totalmente insólito.

«La aldea sigue igual que el día en que nos confinaron, Briar».

London, que había estado con él en esos momentos, comprobando las reparaciones instantáneas que había sufrido el castillo, había mirado a su amigo con la misma expresión de sorpresa que él.

«¿Qué quieres decir?».

La respuesta los había pasmado a ambos.

«Me encontré con el panadero preparando su puesto en el mercado y me miró como si acabase de verme todavía ayer». Le había respondido Tristan. «De hecho, me preguntó por la salud del príncipe y su evolución».

Según le había contado el panadero esa misma mañana, para la aldea y para todo Erisia, el reino de Winteria estaba en una

especie de cuarentena desde hacía tres años. Se había ordenado cerrar las fronteras impidiendo la entrada y salida de viajeros. Winteria Castle estaba cerrado a cal y canto. Solo algunos sirvientes tenían permitido ir y venir del castillo a la aldea para comprar suministros.

«Nadie ha visto al príncipe Briar en tres años». Les había dicho el capitán. *«Al parecer se extendió el rumor de que habíais caído enfermo y ordenasteis cerrar el castillo a cal y canto. Oficialmente, lleváis tres años sin aparecer en público, sin que nadie sepa cuál es el mal que os aqueja. Algunos piensan incluso que habéis muerto, que el reino no tiene gobernante y que por eso sigue adelante esta inusual cuarentena».*

«Eso es imposible. El tiempo…».

«Es posible que no haya pasado igual para ellos que para nosotros». Había mencionado London, su mente de nuevo en marcha. *«Winteria ha estado aislada, congelada, sus ritmos muy bien podrían haber sido otros».*

Y eso los dejaba con un único lapso de tres años en el que nadie sabía lo que había ocurrido dentro de las paredes del castillo, ni en el territorio de Winteria. La única interrogante seguía siendo la gente del pueblo, para lo que London había tenido otra teoría.

«Nunca encontramos a una sola persona en Winter. Las casas estaban vacías, congeladas. Los aldeanos no estaban allí, por lo que pueden haber seguido adelante dentro de su propia realidad».

Demasiado confuso para su propia mente, pero que, en esencia, explicaría esa posibilidad. Después de todo, el reino había estado sometido a la magia, una que ahora también formaba parte de sus tierras.

Al final, el hecho de que el castillo hubiese estado cerrado a cal y canto y el príncipe presuntamente enfermo les había dado algo de tiempo para idear una estrategia para su reaparición en público. Por ahora habían vuelto a abrir las fronteras y corrido la voz de que ya se había recuperado de tan grave dolencia, lo que estaba permitiendo que el tránsito entre la aldea y el castillo se hubiese casi normalizado por completo.

London, por su parte, había partido hacia el reino de Turia. Su amigo y consejero se había resistido a dejar su lado tan pronto, pero Briar lo había empujado a volver a casa para ver a la familia que había añorado tanto tiempo. Era consciente de que su hermano había llevado una gran carga sobre los hombros durante estos últimos cien años, culpándose por haber dejado a su familia y a su reino a la deriva. Había esgrimido además la carta de que podría utilizar su vuelta a casa también como viaje diplomático, para correr la voz de que el príncipe de Winteria volvía a estar al mando del reino y en perfecto estado de salud.

Al parecer, otro de los rumores que habían corrido era el de que su amigo se había quedado en esta región para ejercer como senescal durante su convalecencia, así que optaron por aferrarse a ese rumor y convertirlo en una realidad que ayudase a traer de nuevo las cosas a su sitio.

Solo que ya nada era como antes. Ni él, ni su reino, ni ninguno de los habitantes del castillo. Todo había cambiado desde el momento en que ella pisó su hogar y no veía el momento de verla regresar. Por qué lo haría. No le cabía la menor duda sobre ello.

Había intentado verla a través del espejo, pero este había perdido todo su poder. Ya no era otra cosa que un ornamento roto, inservible, con lo que solo le quedaba esperar a que ella encontrase la manera de volver por sí misma.

Vuelve a mí, Elvia. Te lo ruego, amor mío. Vuelve a mí.

Añoraba estrecharla entre sus brazos, sentir su toque, escuchar su voz, verla sonreír. Quería oír de nuevo esas dos palabras de sus labios, saborearlas teniéndola con él, sabiéndola suya por fin.

Miró más allá de las terrazas, de los jardines, a la fragante rosaleda de invierno que crecía salvaje, libre ahora de las zarzas. Sus flores ahora adornaban las pérgolas que habían brotado de la tierra para contenerlos y servirles de soporte. Al igual que muchas de las estancias del castillo, habían adquirido su propia personalidad, como brotes de esta nueva primavera. Había mucha más luz, más color. Incluso la torre oeste había adquirido su propia personalidad ahora que el rosal que una vez había albergado se había secado hasta convertirse en polvo.

La magia ancestral había llegado para quedarse y solo podían acostumbrarse a ella y dar las gracias por lo que tenía a bien hacer por ellos.

—¿Briar? —Escuchar su nombre de boca de Tristan le dijo que su capitán estaba preocupado.

—Estoy bien, Tristan —afirmó volviéndose de nuevo hacia él y admitió con sinceridad—. Es solo que la echo de menos.

—No sois el único —afirmó perdiendo la mirada más allá de los jardines, en la rosaleda—. Solo tened paciencia. Ella volverá.

Ese era el sentir general. Todos estaban seguros de que su rosa de invierno volvería.

—Y hablando de volver… —añadió dirigiendo su atención de nuevo hacia él—. London acaba de regresar.

Aquella noticia capturó por completo su atención.

—¿Ha ido todo bien en su viaje?

—Dice que ya no está demasiado mayor para dar estos paseos en *coche* —respondió y, a juzgar por el tono de su voz, estaba claro que le hacía gracia.

—En coche —repitió.

Su capitán asintió.

—Parece que el rey de Turia está decidido a que su heredero haga las cosas como deben hacerse, con la debida pompa y boato. Palabras suyas, no mías —aseguró.

Sonrió de soslayo. Podía imaginarse cómo había sido aquello.

—¡Briar!

—Ahí viene —le informó Tristan haciéndose a un lado.

Ambos se volvieron para ver a un elegante London dirigirse a zancadas en su dirección. Iba vestido como un cortesano y, a juzgar por como tiraba del pañuelo del cuello, ya no estaba acostumbrado a vestir con tanta formalidad. Sus ojos azules echaban chispas, pero a pesar del evidente cansancio en su rostro propiciado por el viaje, había una clara paz. Una que no había estado ahí antes de marcharse.

—Bienvenido a casa, London —lo recibió—. ¿Qué tal el viaje?

—¡Que le den al viaje! —siseó y no dudó en plantarse delante de él y clavarle el dedo en el pecho—. La próxima vez, vas tú a

Turia. —Entonces, abrió los brazos y lo rodeó con ellos—. Dioses, Bri, cómo echaba de menos volver a casa.

Sonrió ante el inesperado despliegue fraternal y le dio unas palmaditas en respuesta.

—¿Tan mal han ido las cosas?

—Peor —rezongó liberándolo y dando un paso atrás. Levantó la mano derecha y mostró el sello que tenía en torno al dedo corazón —. Soy oficialmente el príncipe heredero de Turia.

—¿Ahora tengo que llamarte alteza? —se burló Tristan.

—Ni se te ocurra —zanjó. Dejó escapar un profundo suspiro, rodó los hombros para descargar la tensión acumulada y lo puso al tanto de cómo había ido su visita.

El rey de Turia había recibido a su sobrino como si fuese un hijo largamente perdido y eso que, para él, solo había estado fuera tres años y no cien. El monarca se había interesado por Winteria, por su salud y lo que quiera que hubiese pasado dentro de sus fronteras mientras había estado cerrado. Por fortuna, London era bueno toreando los intereses políticos y enseguida tenía sobre la mesa una nueva alianza, ahora que él era el heredero y la promesa de que el rey vendría de visita cuando el príncipe de Winteria lo viese oportuno.

—Hazte a la idea de que tendrás que atender una visita oficial del soberano de Turia en breve —concluyó.

—Le recibiremos como el amigo y aliado que es —confirmó. Iba a ser interesante volver a ver al rey Oreas. Era un hombre bastante particular. En el pasado lo había tenido más por un bufón que por otra cosa, pero el tiempo pone a cada persona en su lugar y él había aprendido una buena lección de humildad.

—¿Ha habido alguna novedad en mi ausencia? —se interesó su amigo.

Negó con la cabeza. No necesitaba preguntar a qué se refería, pues solo había un tema que realmente interesase en esos días en el castillo.

—¿Creéis que llegaría a tiempo? —La pregunta llegó de Tristan.

—Eso espero —deseó. Ni siquiera sabía si su amada habría conseguido llegar a tiempo para decirle adiós a su padre. Y esa

incertidumbre era casi tan dolorosa como todo lo demás. No poder estar junto a ella para sostenerla, para consolarla, se le hacía terriblemente duro.

—Volverá, Briar —le dijo London, posando la mano sobre su hombro—. Sé que volverá.

Solo tuvo ánimo para asentir en respuesta. Prefiriendo cambiar de tema, se dirigió al nuevo príncipe de Turia para sugerirle:

—Ve dentro y descansa —lo invitó a ello—. Nos reuniremos para la cena y podrás contarme cómo es que has venido en carruaje.

—Veo que las noticias vuelan —respondió pasando su mirada de él a Tristan—. Tú y yo tenemos que tener una pequeña charla sobre los carruajes, capitán.

—Cuando lo deseéis, *alteza* —respondió Tristan con un deje burlón en la voz. Entonces se volvió hacia él e inclinó la cabeza a modo de permiso y despedida—. Mi príncipe.

—No faltes a la cena —pidió London antes de aceptar su previa sugerencia y volver al castillo en compañía de su capitán.

Briar optó entonces por dejar la terraza e internarse en los jardines. Cruzó entre los frondosos parterres, dejó atrás la fuente que borboteaba agua, las estatuas que volvían a ocupar sus pedestales y se detuvo tan solo al llegar a la rosaleda de invierno.

Las flores estaban todas abiertas y llenaban el arco desde el suelo al techo. Su aroma lo envolvía todo y no dudó en respirar hondo, llenándose los pulmones de ese hogareño olor.

—Te estoy esperando, Elvia Rose. Regresa —susurró, deseando de corazón que pudiese escuchar su voz, que esta pudiese guiarla a casa.

Cortó una flor y la miró pensando en ella, como si pudiese ver de nuevo esos ojos verdes azulados, el pelo cobrizo, escuchar su risa, su voz susurrándole…

«Vuelvo a casa, Briar. Vuelvo a ti».

El aire se levantó, tironeando de su casaca, alborotándole el pelo. Las rosas temblaron y ese temblor se extendió también bajo sus pies con la promesa de que algo se avecinaba. Contuvo la

respiración cuando las salvajes lianas se hicieron a un lado, abriendo un camino hacia él…

CAPÍTULO 45

Apricow Green
Idaho
Estados Unidos

Elvia se internó en el bosque sintiendo que había pasado toda una vida desde la última vez que había estado allí. Y, en cierto modo, había sido así. Cada día que pasaba lejos de él le parecía una eternidad. Estos últimos veintitrés días se le habían hecho eternos a pesar de que había intentado aprovechar cada minuto de ellos para estar con su padre y con Emma, para atesorar cada momento y crear recuerdos que los sostuviesen a ambos en los años venideros.

Su padre. Arthur Cobe realmente había cambiado y no podía estar más que feliz por ello. Aun cuando había tenido que pelear a brazo partido para que descansase y dejase de hacer cosas que no debía mientras tenía los puntos. Por suerte era un hombre que se curaba rápidamente y, por suerte, la herida había cicatrizado bien, sin rastro de infección o complicación alguna.

Quien sin duda había marcado un antes y un después en ese cambio había sido Emma. Su vecina se le había metido debajo de la piel. Ya fuese que los había unido su preocupación por ella, sus investigaciones o que su progenitor por fin había abierto los ojos para ver lo que tenía delante, sabía que estaba ante una floreciente relación. Puede que llevase tiempo, pero ninguno parecía tener prisa, contentándose tan solo con pasar tiempo en el mismo lugar y charlar durante cenas y comidas.

Nunca podría agradecerle lo suficiente a esa mujer lo que había hecho por ellos. No solo les había tenido su mano cuando llegaron a

este lugar tres años atrás, sino que había estado ahí para él cuando ella había faltado.

Respiró hondo y movió el haz de luz a su alrededor. No es que hiciese realmente falta con la preciosa luna llena que hoy iluminaba la noche. El cielo estaba despejado y, por encima de la copa de los árboles, en algún claro, incluso podía apreciar las estrellas.

Ya voy, Briar. Ya voy.

El corazón le latía a toda velocidad. Hoy era la noche elegida, aquella por la que llevaba esperando todo el mes, y no podía dejar de preguntarse si al final todo lo que habían hecho hasta el momento no sería para nada. Ese era su mayor miedo, que el portal no se abriera, que las zarzas no le permitiesen regresar. ¿Y si ahora que el hechizo estaba roto, que había deshecho la maldición, el paso ya no funcionaba? ¿Y si no podía volver con él?

Le entraron ganas de llorar y tuvo que tragarse las lágrimas.

No podía ser tan pesimista. Necesitaba creer. Esa era la base de la magia. Creer en que era posible, en que todo saldría bien. Y lo haría. Volvería a casa, con el hombre al que amaba y todo sería perfecto. O tan perfecto como podían serlo dos cabezotas.

—No recordaba el bosque tan silencioso…

Miró a Emma, quien iba detrás del patriarca de la familia. Su padre dirigía el paseo nocturno, moviéndose con total seguridad, lo que no hacía más que constatar el hecho de que hubiese hecho este camino muchísimas veces en su ausencia.

Pero ella tenía razón. El bosque estaba en completo silencio. Por no oírse, no se oía ni el ulular de los búhos. Tampoco había ningún ave que levantase el vuelo o algún zorro o animalillo que corretease entre las hojas. Solo se oían los pasos de los tres excursionistas que habían decidido aventurarse en la naturaleza a esas horas de la noche.

—Es la quietud de la espera —respondió su padre unos pasos por delante de ella—. El bosque está a la espera, aguardando a que algo suceda.

La quietud de la espera. Un momento en el que no parecía correr ninguna brisa, en el que el tiempo parecía haberse detenido alrededor, en el que tenías la sensación de estar en suspenso.

Posiblemente, si se quedase muy quieta, si no fuese por el sonido de los pasos, podría escuchar incluso el latido de su propio corazón.

—Estamos cerca.

Dos palabras fueron suficientes para que se le encogiese el estómago de los nervios, para que el órgano en su pecho amenazase con salir corriendo. Incluso los oídos se le afinaron, como si quisieran captar algo que nadie más podía oír.

Continuó avanzando, un pie detrás de otro, obligándose a mantenerse por detrás de su familia y no salir disparada como una loca hacia delante. De algún modo sabía que estaba allí, no necesitaba verlo, ni siquiera necesitaba la guía de su padre. Era una sensación extraña, de estar en el lugar correcto, de estar cerca de su menta.

Y entonces lo vio. El zarzal.

La última vez había llegado a él casi por casualidad. Había vislumbrado a ese zorro blanco y lo había seguido hasta encontrar la bufanda roja de su padre; una bufanda roja que hoy ella llevaba atada de la mochila a la espalda.

«Tu madre la hizo para mí, así que quiero que te la lleves. Tendrás algo de los dos».

Tuvo que parpadear con rapidez para evitar que se le empañasen los ojos. No podía pensar en lo que dejaba atrás, si lo hacía, no sabía si sería capaz de dar ese paso y necesitaba hacerlo. Por ella, por su propia felicidad, por Briar… Tenía que volver a Winteria.

No dejaba de ser curioso como obraba el destino. La primera vez había llegado a este lugar buscando a su padre. Esa había sido su motivación, su motor para seguir adelante sin rendirse. Lo había seguido convencida de que daría con él, de que podría encontrarle, y ahora volvía con el convencimiento de que iba a regresar a casa, al lugar al que había llegado por accidente y que se convirtió en muy poco tiempo en su hogar.

Se pasó las manos por la cara, limpiándose las lágrimas que al final habían escapado a su control. Respiró hondo para serenarse y recorrió el zarzal con la mirada. No era tan grande como lo recordaba o puede que su mente hubiese tenido otra percepción en

aquel momento. Pero no importaba. Este era su camino de vuelta y haría lo que fuese para encontrar la entrada.

Resbaló las manos sobre la chaqueta de Briar. La traía puesta sobre su ropa de siempre, metió las manos en los bolsillos y cerró los dedos en torno al mango del cuchillo que su amante le había entregado.

«No puedo acompañarte, amor mío, pero no dejaré que vayas desarmada».

El hierro pareció calentarse bajo su mano, aunque puede que fuese tan solo su imaginación. Estaba demasiado nerviosa.

—Elvia… —La llamó su padre. Emma y él se habían trasladado unos metros a la derecha de su posición.

Se reunió con ellos y contuvo el aliento al ver lo que iluminaba la linterna de su padre. El aroma llegó a ella fuerte, claro, inconfundible. La rosa de invierno intentaba destacar entre las zarzas.

—Como te dije, las rosas de invierno aparecieron también aquí a mi regreso —le dijo su padre moviendo la linterna para que pudiese ver el pequeño rosal salvaje entre las lianas de espinas. No había muchas rosas y la mayoría estaban muy adentro, protegidas por las zarzas.

Adelantó los dedos, internándolos entre las espinas, y rozó los pétalos de una de ellas.

—Sus rosas… —Se le escapó un sollozo—. Briar…

Como si acabase de decir la palabra que necesitaban escuchar, las rosas y las zarzas temblaron bajo su toque. Y no fue lo único. El suelo pareció empezar a vibrar bajo sus pies.

—Por Dios, decidme que habéis notado eso —jadeó Emma.

—Es imposible no hacerlo —corroboró su padre, mirando a su alrededor, el suelo bajo sus pies.

Por favor, por favor, por favor. Rogó para sus adentros*. Déjame volver con él, déjame volver con mi amor.*

La rosa bajo sus dedos empezó a brillar, como si se iluminase de dentro hacia fuera y, un segundo después, se elevó de las zarzas, solo que ya no era una flor, sino una mariposa de alas blanquecinas. Una a una, las rosas del zarzal fueron resplandeciendo y

convirtiéndose también en luminosas mariposas que acabaron rodeándola.

—Dios mío...

—Esto es… increíble.

Sonrió, levantó la mano y dejó que una de las mariposas se posase sobre sus dedos.

—Gracias —susurró como si pudiese escucharla, como si le estuviese hablando aun cuando no escuchaba ninguna voz—. Por mostrarme el camino aquella vez y por estar hoy aquí.

«Ve a casa, hija. Ve con él».

Las lágrimas descendieron una vez más por su rostro al escuchar de nuevo esa voz, la misma que oyó en el *Pozo*, que había escuchado cuando apareció el zorro.

Asintió con la cabeza, como si pudiese verla o saber que estaba conforme.

—Elvia, ¿por qué está brillando tu chaqueta?

Bajó la mirada hacia uno de los laterales y metió la mano en el bolsillo, sacando de su interior el cuchillo de Briar.

—No es mi chaqueta, es su cuchillo…

«Te estoy esperando, Elvia Rose. Regresa».

Su voz. Era su voz y parecía provenir del cuchillo.

—Briar… —Se le escapó un nuevo sollozo.

—Elvia. —Su padre se había acercado a ella, sus manos sobre sus hombros—. Vuelve a tu hogar, hija. Vuelve a donde se encuentra tu corazón y recuerda siempre que tu padre te quiere y te querrá siempre.

—Papá. —Lo abrazó, sabiendo que sería la última vez que podría hacerlo—. Te quiero.

Él asintió. La besó en la frente y entonces la dejó ir.

—Cuídate mucho y sé feliz —le deseó Emma, con lágrimas en los ojos—. Y no te preocupes por nada, yo cuidaré de él.

Abrazó a la mujer que había sido como una madre estos últimos años.

—Te quiero, Emma. Has sido como una madre para mí —confesó a la mujer—. Lo dejo a tu cuidado.

Ella asintió con las lágrimas deslizándose también por sus mejillas.

Grabándose la imagen de ellos dos en las retinas, les dio la espalda y miró las mariposas que todavía revoloteaban cerca del rosal. Apretó con fuerza el cuchillo contra su pecho con ambas manos y rogó.

—Llevadme a casa —suplicó a esas pequeñas guías mágicas—. Llevadme ante Briar.

El viento se levantó de pronto, las zarzas temblaron y las mariposas se lanzaron hacia el zarzal. En el momento en que desapareció la primera, las lianas se separaron, replegándose sobre sí mismas y abriéndole el camino que debía seguir.

Echó una última mirada atrás y se guardó esa imagen de su padre y Emma abrazados, mirándola con confianza y amor, en el corazón.

—Os quiero.

Sin otra palabra, se giró y se internó en las zarzas, lista para reencontrarse con el amor de su vida.

La neblina la envolvió y solo le quedó el brillo del cuchillo y esas mariposas blanquecinas y brillantes ante ella. Las siguió con decisión. Cada paso parecía costarle más que el anterior, pero no se rindió. Esta vez no había nieve, solo un suelo mullido que no emitía sonidos y la figura de las lianas con espinas en torno a ella. Siguió adelante, con el corazón latiéndole a toda velocidad. El aroma de las rosas fue lo primero que percibió, fuerte, fresco, tan intenso que ya no respiraba otra cosa y en tan solo un par de pasos más las vio, a su alrededor, bañadas por la luz de la luna.

—La rosaleda. —Ahogó un sollozo y avanzó con decisión mientras las mariposas se iban extinguiendo ante ella, apagándose. Pero ya no las necesitaba, porque allí, unos pasos más adelante, se encontró con una figura oscura, alta y grande que la esperaba del otro lado. La vio extender el brazo, tendiéndole una mano completamente humana, grande, de dedos largos y, aun si carecía de su oscuridad y de esas garras negras, supo a quién pertenecía nada más posar la suya en la de él.

Un par de pasos y estuvieron frente a frente, mirándose a los ojos. Él volvía a vestir de negro, como siempre. No había perdido un centímetro de altura o corpulencia, ni ese aire sensual. Y lo vio, lo vio como el príncipe humano que había sido una vez, pero también como la bestia en la que lo habían transformado. Vio a Briar en unos ojos verdes y brillantes, en unos labios suaves y de un suave tono canela, vio una sombra de barba oscura de varios días delineándole el mentón, oscureciendo una piel bronceada y vio su pelo, rizándose a la altura de las orejas, tan negro como siempre, con esas pequeñas trenzas colgando sobre su sien.

—He vuelto, Briar. —Vio el reconocimiento en esos ojos verdes, una mirada que conocía tan bien como a sí misma y que hizo que sonriese al reencontrarse con el hombre que al fin había vencido la maldición—. Tal y como te prometí.

Esas manos subieron entonces a su rostro, acunándolo mientras la recorría con la mirada, como si tuviese que convencerse a sí mismo de que estaba allí, ante ella.

—Mi dulce rosa de invierno. Mi amor. —Su voz seguía siendo profunda, menos cavernosa, pero igual de masculina y sexy que siempre—. Te he añorado tanto…

Una mirada fue todo lo que necesitaron para fundirse en un abrazo, para que sus bocas se encontraran y diesen rienda suelta a la pasión y el amor que había nacido entre ellos.

—Elvia Rose —lo escuchó gruñir contra su boca y no pudo evitar sonreír—. Mi Elvia.

—Parece que le ganamos la partida a esa perra, ¿eh? —mencionó, apartándole el pelo de la cara, aprendiendo este rostro, amándolo ya, pues no había nada en él que realmente no conociese.

—Sí, amor mío —afirmó él, llevándose sus manos a los labios —. Se la ganamos.

—Te quiero, mi bestia de Winteria —le dijo sabiendo que esta vez, nadie la arrancaría de su lado—. Te quiero, te quiero, ¡te quiero!

Él se rio. Una risa ronca, sensual y llena de felicidad.

—Te quiero, mi esperanza entre las zarzas —le susurró él volviendo a buscar sus labios—. Y te amaré siempre.

Y así sería, se amarían durante el resto de sus vidas, porque su amor, nacido en lo más crudo del invierno, sería eterno.

EPÍLOGO

Winteria Castle
Reino de Winteria

Un mes después…

Le reconocería con los ojos cerrados, pensó Elvia, observando al hombre que le había robado el corazón. No se trataba de su apariencia, de la forma de su rostro o el color de su piel, sino quien era en su interior.

Y ese era *Briar*, su *Bri*.

Como si supiese que lo estaba mirando, su recién estrenado marido se volvió desde el lugar que ocupaba al lado de London. Tristan estaba cerca de ambos, el capitán de la guardia comprobando que ningún suceso repentino pudiese empañar la felicidad de su príncipe y de su princesa, ahora que ella había adquirido ese título mediante el matrimonio.

Tendría que aprender a ser una buena princesa, aunque algo le decía que mientras estuviese al lado de su príncipe, no había nada que pudiese hacer mal. Sabía que tenían por delante un largo camino hasta conseguir cierta estabilidad en el reino. Tristan y London la habían puesto al corriente de lo ocurrido en su ausencia, cómo, para el resto de Erisia, Winteria había estado en cuarentena durante un periodo de tres años. Nadie era consciente de lo que había pasado aquella noche, ni los invitados, ni la gente que quedó fuera del hechizo de la perra.

Todavía no habían descubierto quién era esa mujer, pero algo le decía que no tendrían que volver a preocuparse por ella, no ahora

que la magia ancestral había vuelto a su reino y parecía estar más que dispuesta a defenderlo de cualquier amenaza.

Poco a poco. Eso era lo que le había dicho a Briar y era el mismo mantra que pensaba adoptar a partir de mañana. O puede que la semana que viene. Hoy era el día de su boda, el de los dos, y Elvia no deseaba nada más que celebrarlo con su nueva familia, con los habitantes del castillo, ahora que al fin habían dejado atrás toda la pompa de una ceremonia real y sus ilustres invitados.

Siempre recordaría que Tristan y London la hubiesen llevado al altar para entregarla al hombre que amaba. En lo más profundo de sí misma sabía que su padre lo aprobaría, que estaría feliz.

El señor del castillo se excusó y caminó directamente hacia ella. Él seguía dejándola sin aliento. Su presencia era imponente, masculina y con ese punto de salvajismo que solo ella conocía.

—Mi princesa —se inclinó ante ella.

—Mi príncipe —le correspondió con una reverencia que había practicado para no avergonzarle—. ¿Ya habéis terminado de despedir a nuestros invitados?

—De todos y cada uno de ellos —asintió mirándola como un hombre que sabe que tendrá la suerte de deshacerse de ese pomposo vestido para disfrutar de los encantos que esconde su mujer—. Y no pienso hacer nada más por hoy. Veréis, alteza. —Se acercó a ella, metiéndose entre sus faldas para susurrarle al oído en confidencia—. Hoy me he desposado con la mujer más bella del reino. Me robó el corazón en cuanto la vi y solo puedo pensar en ella…

—¡Qué mujer tan afortunada, mi príncipe! —respondió divertida.

—El afortunado soy yo, princesa, por haberme ganado su amor. —Sus manos acabaron en torno a su cintura, su aliento calentándole el desnudo cuello—. Te amo, vida mía.

—Bri… —Se rio cuando le mordisqueó el cuello—. Comportaos, por favor.

Él gruñó contra su piel, pero notaba su sonrisa.

—Por cierto, he leído la carta de tu padre —le informó dando un paso atrás, mirándola ahora a los ojos.

Le había hecho entrega de esa carta al poco de llegar, diciéndole que se la leería si él no podía, pero no habían vuelto a mencionarla hasta hoy.

—¿Pudiste leerla? —Se sorprendió.

—Sí —asintió y parecía bastante orgulloso de ello.

—¿Y? —Se moría de curiosidad, pues no tenía idea de cuál era su contenido. Se la había dado tal cual se la había entregado su padre.

Briar dio un paso atrás, la cogió de la mano y se arrodilló ante ella.

—Prometo amarte, venerarte, cuidarte y no dejarte nunca sola durante el resto de nuestra vida juntos —enumeró y le besó los nudillos—. Creo que con eso cubro varias de sus peticiones. —Se levantó y la atrajo contra él una vez más, su pecho contra el de ella —. El punto principal acabo de cumplirlo haciéndote mi querida esposa.

—¿Por qué no me sorprende? —resopló ella, pero sus labios sonreían.

Su marido le acarició la mejilla con los dedos, buscando su mirada.

—Dime, Elvia Rose, ¿eres feliz?

Le rodeó el cuello con los brazos, pegándose tanto a él como le permitían esas endiabladas faldas.

—Ahora sí, Briar. Ahora sí —confirmó con el corazón lleno de felicidad—. Te amo, mi príncipe.

—Y yo a ti, *Bella* mía. Eternamente.

[1] Briar es *«zarza»* en inglés.